Cortar el viento

LYLA SAGE

Autora de *Morder el polvo*



Cortar el viento

Cortar el viento

LYLA SAGE

Traducción de Lidia González Torres

TITANIA

Argentina • Chile • Colombia • España
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay

Título original: *Swift and Saddled*
Editor original: Dial Press, un sello de Random House
Traductora: Lidia González Torres

1.ª edición: marzo 2025

Todo el contenido del presente libro, incluidas las imágenes e ilustraciones de cubierta, es original y se encuentra sujeto y protegido por las actuales normativas de Propiedad Intelectual españolas y europeas. Su uso y/o reproducción, ya sea total o parcial, para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial, así como cualquier tipo de minería de datos, queda terminantemente prohibido. El editor en tanto que titular de los derechos de la obra ejecutará las acciones que considere necesarias ante cualquier uso no autorizado.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Copyright © 2024 *by* Lyla Sage
© 2025 de la traducción *by* Lidia González Torres
Los derechos de la traducción han sido cedidos mediante acuerdo
con Sandra Pijkstra Literary Agency y Sandra Bruna Agencia Literaria, SL.
All Rights Reserved
© 2025 *by* Urano World Spain, S.A.U.
Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D — 28007 Madrid
www.titania.org
atencion@titania.org

ISBN: 978-84-10495-46-3

Fotocomposición: Urano World Spain, S.A.U.

No podía dedicarle este libro a alguien que no fueras tú, querido lector, por correr junto a mí mientras persigo mis sueños.

Y para Corrine, el amor de Leo.

«Our sunsets glow with color,
and in the pearly dawn of morn,
the pungent scent of sage drifts down,
on a breeze that's mountain born».

—*This God-forsaken Land*, Juanita Leach,
poeta *cowboy*, alrededor de 1940

1

Ada



Me he topado con muchos mentirosos, pero ninguno tan grande como Google. No pretendo desacreditar el motor de búsqueda, pero procuro atraer la atención sobre sus equivocaciones más desesperantes. En este caso, decirme que el antro en el que estoy (porque era el único establecimiento en el pequeño pueblo de Meadowlark, Wyoming, que estaba abierto después de las diez un domingo por la noche) servía comida.

No servía comida.

El estúpido gráfico de barras medidor de concurrencia también dijo que La Bota del Diablo (no estoy segura de si es el nombre real del bar, teniendo en cuenta que no hay ningún cartel que lo indique) no estaba concurrido.

Lo estaba.

No de forma descabellada, pero lo suficiente como para que, al menos, Google lo denomine «moderadamente concurrido».

También había una grupito muy alborotado de hombres mayores en la barra. Google no podía haberme dicho eso. Pero si hubiera habido alguna imagen de este sitio en la página de la empresa, lo más probable era que lo hubiera deducido por mi cuenta.

Y hubiera evitado La Bota del Diablo por completo.

Estúpido Google.

Este lugar es justo lo que se me venía a la cabeza cada vez que me imaginaba un antro de un pueblo pequeño. Por una gramola sonaba música *country* de la vieja escuela y había una cantidad excesiva de carteles de neón; olía a cigarros rancios y había partes del suelo a las que se me quedaron pegadas las Doc Martens cuando entré.

No soy una esnob. No tengo nada en contra de un buen antro. Es solo que no pensaba que acabaría en uno. No hoy.

Cuando ayer me fui de San Francisco y me dirigí a Wyoming, un antro era el último sitio en el que quería estar la noche antes de empezar el mayor trabajo de mi carrera profesional.

Pero tenía hambre, y el pequeño pero extrañamente pintoresco motel en el que me quedaba esta noche no tenía el mejor wifi, así que me fui en busca de sustento y acceso a internet, pero solo encontré una de las dos cosas. ¿Qué clase de antro no tiene comida pero sí buen wifi?

El que tenía un camarero muy alto y muy guapo que se apiadó de mí cuando le pregunté por comida y sacó una bolsa de Doritos pequeña de detrás de la barra y me la dio junto a mi *whisky* y mi Coca-Cola Light. No le pregunté cuánto tiempo llevaban ahí (no quería saberlo), pero lo tenía bastante claro, teniendo en cuenta lo blandos que estaban. Sabían como si la bolsa llevara un tiempo abierta, a pesar de que estaba sellada cuando me la dio.

Después de eso, me instalé en una mesa alta que había en un

rincón. En la pared de atrás había un neón de un vaquero montando una botella de cerveza como si fuera un toro. Era tan ridículo que noté un tirón en las comisuras, y me gustó esa sensación.

Sinceramente, no sabía si comerme unos Doritos que podían ser calificados como «aptos para vender a precio reducido» era mejor que no comer nada, pero ahí estaba, comiéndomelos.

Me limpié el polvo de queso para nachos de los dedos para no manchar la pantalla de mi iPhone. Había abierto el hilo de correos entre Weston Ryder y yo para volver a comprobar la hora a la que tenía que estar mañana por la mañana en el rancho Rebel Blue y asegurarme de que tenía el mapa descargado en el móvil, por si acaso.

Así era yo, Ada Hart, otra cosa no, pero preparada siempre.

No sabía mucho sobre Rebel Blue, solo lo que me había contado Teddy durante los últimos meses. Conocía a Teddy del primer año de universidad. Fuimos a la misma facultad en Colorado; al menos mi primer año. Después de eso, acabé pidiendo el traslado para estar más cerca de casa.

Ahora, haber ido a casa fue una decisión de la que me arrepiento profundamente, porque llevó a lo que, para mí, siempre será conocido como «el incidente», pero también conocido para otras personas como «mi boda».

Me saqué todo pensamiento sobre *eso* y sobre *él* de la cabeza.

Tras irme de Denver, mantuve el contacto con Teddy (en su mayor parte mediante las redes sociales) y ahora me sentía agradecida por ello. Fue la que me remitió a Weston, quien intuía que era el dueño de Rebel Blue, pero no estaba segura. Cuando lo buscas en Google (una vez más, estúpido Google), la única información que hay es que es un rancho de ganado bovino y que ocupa más de tres mil hectáreas.

Supongo que podría haberle preguntado a Teddy, pero no quería molestarla. Había hecho bastante por mí.

No sabía cómo conceptualizar tres mil hectáreas. «Inmenso de cojones» es lo que estaba pensando cuando oí cómo uno de los hombres mayores de la barra fastidiaba al camarero.

—¿Qué clase de bar se queda sin hielo? —rugió con incredulidad.

—El que tiene un puñado de viejos tristes que beben *whisky* como si fuera agua —replicó el camarero. Los miré. El camarero estaba esbozando una sonrisa pequeña, así que no podía estar muy molesto por las pullas—. Gus va a traer, así que apáñatelas para que esa bebida te dure diez minutos. —Señaló el vaso que había frente al hombre, y este le bufó.

Noté que el móvil vibraba sobre la mesa y lo cogí.

Teddy: ¡Hola! ¿Has llegado bien?

Yo: Sí. Preparándome para mañana.

Teddy: EXCELENTE.

Teddy: Va a ser muy divertido.

Teddy: Me pasaré esta semana.

Teddy: ¡Estoy deseando verte brillar!

Vi que también tenía un mensaje de mi socio, Evan (era el contratista), y de mi madre, quien, sin duda, me estaba diciendo que estaba perdiendo el tiempo en Wyoming.

Tal vez, pero, por alguna razón, lo dudaba.

Volví a dejar el móvil sobre la mesa y lo puse bocabajo. Necesitaba centrarme. Durante los últimos cuatro meses, había intercambiado cientos de correos con Weston. Habíamos discutido su visión,

habíamos decidido los plazos, el personal y el coste. La gente siempre pensaba que echar abajo las paredes era el paso número uno, pero, en realidad, era como el paso número trescientos. Estaba repasando desde el paso uno hasta el doscientos noventa y nueve cuando una bola gigante de pelo blanco apareció junto a mis pies.

—¡Waylon! Mierda —oí gritar al camarero. Asumí que Waylon era el perro que había junto a mis pies y que me estaba observando con la lengua fuera y una mirada loca en los ojos.

Qué cosa más adorable.

Me incliné y le rasqué la cabeza, peluda y muy suave. Mmm, menos de un par de horas en Meadowlark y este sitio me estaba sacando sonrisas a una velocidad récord.

—¿En serio? —oí quejarse al camarero—. ¿Quién coño se trae a su perro a un bar? —Alcé la vista justo cuando un hombre entraba por la puerta.

Dios. ¿Qué cojones le echaban al agua en Meadowlark, Wyoming?

Desde mi sitio vi que no era tan alto como el camarero, pero casi. Llevaba una camisa de franela abierta sobre una camiseta blanca que se le ceñía al pecho. Le recorrí con los ojos hasta que llegué a sus botas *cowboy* desgastadas.

Igual era porque llevaba demasiado tiempo rodeada de *tech bros* con chalecos de Patagonia, pero este hombre me estaba provocando cosas.

Seguro que tenía unas manos ásperas. Manos de trabajador. Durante un minisegundo, me imaginé cómo sería si me recorriera el cuerpo con ellas.

«Nop. No. Ni en broma».

No vayas por ahí.

No estábamos a punto de tener fantasías con el misterioso vaquero del antro oscuro, daba igual lo guapo que fuera.

Había venido a *trabajar*.

Mi nuevo amigo peludo me chupó las manos (seguro que saboreando el polvo de Doritos de antes), lo que me trajo de vuelta a la realidad.

No pude evitar escuchar el intercambio entre el camarero y el vaquero. Poner la oreja era una de mis aficiones favoritas.

—¿Qué clase de bar se queda sin hielo? —le replicó el vaquero al camarero. El grupo de hombres mayores gritaron en señal de acuerdo.

—¿Dónde está tu hermano? —preguntó el camarero.

—Ocupado. —El vaquero se encogió de hombros.

—¿Dónde está mi hielo?

—Camioneta.

—¿No podías traerlo?

—Supuse que podías hacer esa parte. —El camarero negó con la cabeza, pero salió de detrás de la barra y cruzó la puerta. Era obvio que había algún tipo de vínculo entre ellos. Dudaba que fueran hermanos (no se parecían), pero había algo.

Hermanos no, pero colegas sí, sin duda.

—Coge a tu perro —dijo el camarero mientras salía—. Por favor.

El vaquero empezó a escudriñar el bar con los ojos (en busca de su perro, lo más probable), pero se posaron en mí. Yo, cuya mano estaba siendo lamida a fondo y quien estaba mirando fijamente al vaquero sin pudor y de forma descarada.

Debería haber apartado la mirada, pero no lo hice.

Desde aquí no distinguí el color de sus ojos, pero quise hacerlo.

Nos miramos el uno al otro más tiempo del socialmente aceptable, y esbozó una pequeña sonrisa que dejó entrever un hoyuelo en cada mejilla.

No los putos hoyuelos.

Deberían ser ilegales.

O, al menos, requerir alguna clase de advertencia antes de mostrárselos a la gente.

«Precaución: pueden aparecer hoyuelos que hagan que se te caigan las bragas».

Parecía que estaba a punto de caminar hacia mí, pero nuestro concurso de miradas extraño e intenso se vio interrumpido por el camarero, que le metió un cubito de hielo por detrás de la camiseta al vaquero.

Emitió un ruido muy poco masculino que me hizo reír. Todo el mundo está bueno y es un malote hasta que tiene un cubito de hielo debajo de la camiseta.

—¡Brooks! ¡Qué coño! —exclamó, e hizo un pequeño contoneo mientras intentaba sacárselo. Era adorable.

Muy adorable.

El camarero (Brooks) se echó a reír al tiempo que volvía detrás de la barra, con una bolsa de hielo en una mano, y dijo:

—Coge a tu perro y te dejo que te quedes a tomarte algo.

El vaquero se ajustó la camiseta y se pasó una mano por el pelo castaño.

—Vale.

Dio un paso hacia mí, volviéndome a atrapar con su implacable contacto visual. ¿Por qué estaba viniendo hacia mí?

Una lengua cálida volvió a lamerme la mano.

«Oh. El perro. Claro».

Rompí el contacto visual y miré hacia abajo. Tenía que hacerlo. No podía hacerme responsable de lo que pudiera ocurrir si manteníamos el contacto visual mucho más tiempo. Había algo en él, la confianza que transmitía, que resultaba eléctrico.

—Lo siento. —Su voz sonó cerca. Mi compañero peludo movió la

cola a medida que se acercaban los pasos de su dueño—. Le gustan las mujeres guapas. —Alcé la mirada y se me escapó otra sonrisa, pero esta iba dirigida al hombre que ahora estaba a menos de dos pasos de mí.

—¿Te ha funcionado alguna vez esa frase? —dije con una risa. Mi voz me resultó extraña, no estable del todo. Como cuando hablas por primera vez después de despertarte.

—Dímelo tú —respondió. Sus ojos eran alegres. Y verdes. *Muy* verdes, joder.

—No está mal —contesté—, pero se podría mejorar la forma de decirlo.

Volvieron a vérsele los hoyuelos.

—¿Y eso?

—Tienes que decirlo en serio.

Se le cambió la expresión. Parecía confundido.

—Pues claro que lo digo en serio. —*Mmm*. Era muy convincente. A lo mejor, si hubiera tenido mejores experiencias con hombres, le habría creído.

—¡Oye! —La voz de Brooks cortó nuestra conversación, y el vaquero le miró—. ¿Botella o grifo?

En vez de contestar, el vaquero miró mi mesa, y debió de ser obvio que estaba trabajando en algo por el iPad, porque en vez de intentar sentarse o acoplarse, miró a su perro y dijo:

—Vamos a dejar que la mujer guapa trabaje, Waylon. —Waylon obedeció y se fue con su dueño, cuyos ojos volvían a estar sobre mí —. Estaré en la barra cuando termines… si quieres compañía.

Espera. ¿No iba a presionarme? ¿Intentar invadir mi espacio? ¿Iba a… dejarme trabajar y ya está?

Dios. Supongo que en Meadowlark los hombres estaban hechos de otra forma.

El vaquero me dedicó una última sonrisa con hoyuelos antes de girarse para ir a la barra. Mi nuevo amigo, Waylon, lo siguió.

Observé cómo se alejaba, y me costó apartar la mirada de su espalda.

En un intento por volver a la tarea, sacudí un poco la cabeza, como si estuviera sacudiéndome cada uno de los pensamientos sobre el guapo desconocido.

Me gustó que se fijara en mí, ser el objetivo de su mirada. Justo después de divorciarme, mi autoestima estaba por los suelos. Incluso ahora, más de un año después, no era muy buena.

Así que no podía negar que me gustaba que alguien me mirara como si fuera la única persona en la habitación.

Mi exmarido nunca me había mirado así.

Vale, *esa* era una línea de pensamiento con la que no iba a lidiar hoy. La aparté, volví a mi iPad y vi un correo nuevo del propietario de Rebel Blue.

Ada:

Espero que el trayecto haya ido bien y que no haya habido ningún contratiempo. Estoy deseando conocerte mañana y empezar.

Un saludo,
WR

Enviado desde el móvil

2

Ada



Miré la hora: 22:32. Habían pasado un par de horas desde que llegué al bar. Había quedado con Weston a las nueve y media, así que tenía que volver al motel pronto. Me puse a trabajar de nuevo y me aseguré de que no me faltara ningún documento o información importante que tuviera que revisar con Weston mañana.

Una vez que cogí el ritmo, se volvió más fácil no pensar en el vaquero que había en el bar, pero no era capaz de quitármelo de la cabeza del todo. Cada vez que alzaba la vista, tenía los ojos puestos en mí. Una y otra vez hacíamos contacto visual durante un segundo de más y luego volvía al trabajo.

Era un ciclo en apariencia inofensivo, pero me estaba poniendo nerviosa.

No sabía muy bien por qué, pero me sentía… atraída hacia él. Cómo bromeaba con el camarero, cómo el hombre mayor de la barra

le daba una palmada en la espalda de vez en cuando y cómo mantenía una mano en su perro, todo me hacía preguntarme quién era este hombre y cómo era a la luz del día.

Tenía curiosidad.

Por eso lo hice.

Al menos eso es lo que me diría a mí misma después.

Dejé de trabajar, recogí mis cosas y las metí en la bolsa de tela. No hacía falta que levantara la vista para saber que me estaba mirando, pero lo hice de todas formas. Justo cuando le daba un sorbo a la cerveza.

Nos volvimos a mirar fijamente mientras me levantaba. Sus ojos me siguieron, y tenía la esperanza de que su cuerpo lo hiciera también. No tenía ni idea de qué me había dado, pero no quería luchar contra ello.

Rompí el contacto visual cuando me acerqué a la puerta, pero mientras caminaba, notaba sus ojos en la espalda. En vez de cruzar la puerta, me dirigí al pasillo que había justo delante.

«Ada, ¿qué cojones estás haciendo?».

¿De verdad estás invitando a un desconocido a que te siga a un pasillo oscuro en un sórdido antro?

Sí, eso era lo que estaba haciendo.

Me detuve cuando llegué a una puerta que estaba en mitad del pasillo y me apoyé en ella. Esperando a ver si vendría.

Lo hizo.

Su sombra apareció en la entrada del pasillo, y el corazón me pateó las costillas como si intentara escaparse.

Sentía sus pasos a medida que se acercaba, porque mientras venía hacia mí, el mundo que conocía se sacudía y se desmoronaba para dejarle paso.

A algo nuevo.

Se detuvo a unos pasos de mí y sus ojos verdes atravesaron la oscuridad. Ardían mientras me absorbían, pero ¿también transmitían preocupación, quizá?

Ya éramos dos.

—¿Estás bien? —preguntó el desconocido, sin dejar que rompiera el contacto visual. Estaba cerca, por lo que tuve que estirar el cuello para mirarle. Di un paso hacia él y asentí. No me fiaba de mi voz. Me delataría. Le diría que no estaba bien y fuera cual fuese el trance en el que ambos nos encontrábamos sumidos se rompería.

No quería eso. Quería algo nuevo.

Lo quería a él, al hombre que me miraba como si mereciera la pena mirarme.

—¿Estás segura…? —le interrumpí cuando le agarré la camiseta con las manos, me puse de puntillas y bajé su boca hacia la mía.

Se quedó quieto, aturdido, pero solo durante un segundo, tras lo que alzó una mano para llevarla a mi cara y la otra para agarrarme el pelo.

«Sí», pensé. «Necesito esto».

Su mano contra mi cara era áspera, tal y como pensé que sería, pero él era suave, como si lo estuviera saboreando.

Moví la boca contra la suya y me recorrió el costado con la mano que tenía en mi cara hasta agarrarme la cadera. Su mano dejó un rastro de electricidad. Era como si el aire crepitara a mi alrededor.

Necesitaba estar más cerca de él.

Solté el bolso y le rodeé el cuello con los brazos justo cuando me empujó contra la puerta con una cantidad maravillosa de fuerza. Pensaba que mi cabeza iba a chocarse contra la puerta, pero la mano que tenía en el pelo me ahuecó la parte de atrás de la cabeza para asegurarse de que no me diera ningún golpe. Luego, utilizó esa mano para agarrar las mías e inmovilizármelas por encima de la

cabeza.

Nuestros cuerpos estaban sonrojados y nuestras lenguas, enredadas. Cuando me mordió el labio inferior con suavidad, no pude evitar gemir y esperar que el sonido quedara ahogado por la gramola.

Su otra mano viajó desde mi cadera hasta mi culo y me la metió en el bolsillo trasero de los vaqueros.

—¿Te parece bien? —preguntó contra mi boca.

—Más —susurré. Me agarró el culo. Con fuerza.

—Joder, ¿quién eres y qué me estás haciendo? —gruñó. Las caderas se me movieron de forma involuntaria, necesitadas de más, y noté su polla dura bajo los vaqueros. ¿Cuándo fue la última vez que había puesto cachondo a alguien? ¿Cuándo fue la última vez que *yo* me había puesto cachonda?

Se oyó una tos fuerte procedente del final del pasillo, y ambos nos quedamos congelados. Miré al vaquero, quien mantuvo los ojos en mí antes de soltarme las manos y girarse para dirigirse al intruso.

—Necesito entrar en mi despacho… si no os importa. —Era Brooks. El camarero. Parecía que estaba sonriendo, pero no le miré para confirmarlo. Me ardían las mejillas y quería meterme debajo de una piedra y no salir nunca.

Esto había sido una estupidez enorme. Yo era una estúpida enorme.

Siempre hacía esto. Daba igual lo mucho que lo intentara, no podía deshacerme por completo de esa parte de mí que encontraba estimulación en las decisiones precipitadas e impulsivas. Las decisiones impulsivas *per se* no eran el problema. Estoy segura de que algunas personas habían tomado unas muy buenas, pero yo no era una de ellas. Cuando yo tomaba una decisión impulsiva, solía acabar pagándolo un tiempo. Mi matrimonio fallido era el ejemplo

principal de este *Adanómeno*.

—Pero podéis seguir contra la otra pared —continuó el camarero.

Madre mía. Esto era demasiado embarazoso. No podía soportarlo.

Así pues, hice lo que había venido a hacer a Wyoming.

Hui.

3

Wes



Me quedé mirando la bolsa que había sobre la encimera de la cocina de la Casa Grande. Era la única prueba tangible de que lo de anoche pasó de verdad, mi zapato de cristal o alguna mierda así.

No me sacaba de la cabeza a la mujer del bar. No había dormido nada. Estuve despierto toda la noche haciéndome preguntas sobre ella.

¿Quién era?

¿De dónde había salido?

¿Por qué no fui tras ella después de que me besara?

Brooks era la respuesta a la última. Después de que saliera corriendo, Brooks se quedó en el pasillo de La Bota del Diablo, bloqueándome, con una estúpida sonrisita arrogante en la cara.

—Sinceramente, las mierdas que me encuentro en este pasillo dejaron de sorprenderme hace mucho tiempo —dijo—. Pero ¿esto?

Esto no me lo esperaba.

—Cierra el pico —contesté. Sin importarme que me acabara de ver con una mujer contra la puerta, más desesperado con cada puto segundo que pasaba.

—¿Acaso sabes cómo se llama? —preguntó. No, no sabía cómo se llamaba.

Pero me moría de ganas, joder.

—Te juro que, como se lo cuentes a Emmy, te pego un puñetazo en la cara —dije. A pesar de que no lo haría. Pero era la única amenaza que se me ocurrió en ese momento. Prenderle fuego me parecía demasiado agresivo. También sabía que se lo iba a contar a Emmy sí o sí.

Dudaba que a estas alturas hubiera algún secreto entre ellos dos.

—Ya he recibido un puñetazo en la cara a manos de un Ryder, no me da miedo. —Recordé cuando mi hermano mayor, Gus, le dio un puñetazo a Brooks cuando se enteró de que él y nuestra hermana pequeña, Emmy, habían estado viéndose a nuestras espaldas.

Brooks y Gus eran mejores amigos, así que el sonido de ese puñetazo seguro que se escuchó por todo Meadowlark. Les costó un poco, pero ya estaban bien. Aunque sabía que Gus se seguía sintiendo bastante culpable por ello.

—A propósito de eso, no se lo cuentes tampoco a Gus. —Lo último que necesitaba era que mis hermanos se burlaran de mí porque me habían pillado liándome con una chica en un bar como si fuera un chaval de veintiún años salido.

—Vale, hagamos un trato. —Se le agrandó la sonrisa—. Solo se lo contaré a Emmy, y lo más probable es que ella se lo cuente a Gus.

—¿Cómo va a ser eso un trato? —pregunté.

—Porque no se lo voy a contar yo.

—Eres desesperante, ¿lo sabes? —Se limitó a encogerse de

hombros. En ese momento, cogí la bolsa de la mujer del suelo, sin saber qué iba a hacer con ella, pero no quería dejarla ahí.

Así que aquí estaba, en la mesa de mi cocina.

Y seguía sin saber qué coño hacer con ella.

Podría preguntarle a Emmy. O a Teddy.

De hecho, borra eso, a Teddy no, eso seguro. No me dejaría en paz nunca. Emmy lo dejaría pasar después de un tiempo. Teddy sacaría el tema en mi funeral. Ella era la mejor amiga de mi hermana y lo llevaba siendo desde que el padre de Teddy la trasladó a Meadowlark cuando solo tenía unos meses. Le encantaba meter mierda, lo que me divertía cuando tenía puesta la mira en otras personas, pero no necesitaba que viniera a por mí.

Me vino a la mente el recuerdo de cómo me agarró la camiseta la mujer misteriosa. Fue tan… atrevida.

Me puso muchísimo.

¿Y cómo gimió cuando le mordí el labio? Dios. Puede que me dejara llevar, pero todo lo de ese momento fue perfecto. La línea de bajo procedente de la gramola, el pasillo poco iluminado, mi mano en su culo.

Noté cómo se me tensaban los vaqueros.

«Céntrate, Ryder. Te espera un día importante. No puedes tener empalmes espontáneos».

Técnicamente, era el Día Uno del Proyecto Rancho de Huéspedes de Rebel Blue. En mi cabeza me refería a él como «Proyecto Baby Blue», pero no iba a decírselo a nadie. Aunque era el primer día que la diseñadora, Ada, estaba *in situ*, llevábamos desde octubre trabajando juntos mediante correos.

Miré el reloj del horno, evitando volver a mirar la bolsa. Las seis y media. Me quedaban tres horas hasta que llegara Ada. Tenía la sensación de que iban a ser las tres horas más largas de mi vida.

Llevaba todo el invierno esperando, y ya estaba en la recta final.

Había un montón de ganado cerca de la entrada de Rebel Blue, así que esta mañana algunos de los trabajadores del rancho y yo los íbamos a conducir a otro lugar. Al menos no iba a pasarme las próximas horas esperando con el culo plantado en algún lado.

La ilusión me estaba matando.

Cuando mi padre y Gus aceptaron por fin lo del rancho de huéspedes, lo sentí como algo que iba más allá de confiar en mí con una gran responsabilidad.

Sentí como si me vieran.

Entre Gus, el hijo mayor exigente a la vez que dedicado, eficiente y trabajador, y Emmy, la campeona de carreras de barriles feroz a la vez que amable y cariñosa, era fácil perderse. No tenía ningún identificador como ellos.

Era Wes, nada más.

Y estaba bien. No me importaba, pero me seguía emocionando tener algo que fuera mío.

Oí cómo chirriaban las tablas del suelo a mis espaldas.

—¿Cómo te encuentras por lo de hoy? —La voz grave de Amos Ryder sonó detrás de mí.

—Bien —respondí—. Es raro que haya llegado por fin. —Mi padre rodeó la encimera de la cocina y se colocó frente a mí.

Llevaba sus clásicos vaqueros Wranglers y una camisa de algodón. Antes de empezar a trabajar, siempre se remangaba los puños de la camisa y se le veían los tatuajes descoloridos de las golondrinas que tenía en los antebrazos.

—¿A qué hora llega la diseñadora? —preguntó.

—A las nueve y media. ¿Vas a volver aquí o quieres que nos veamos en el sitio? —inquirí.

—La veré aquí —dijo mientras le daba un sorbo al café sin dejar

que se enfriara. No sabía cómo podía bebérselo cuando seguía hirviendo—. Es tu proyecto, Weston. No hace falta que esté allí. Puedes hacerlo.

Si había algo que siempre hacía Amos Ryder, era creer en sus hijos. Y en Brooks también, supongo. Y ni siquiera habíamos hecho nada para ganarnos su apoyo incondicional. Simplemente lo hacía. En plan, supongo que así eran algunos padres. Pero aun así.

Me daba un miedo de cojones decepcionarle.

Me pasé la mano por la cara.

—Lo sé. Es que… —Me detuve durante un segundo para intentar encontrar la forma de expresar mis pensamientos. Siempre había sido el segundo al mando (el tercero, si nos poníamos técnicos). Vivía bajo la sombra de Gus, consciente de que él acabaría dirigiendo el rancho algún día. Nunca había hecho nada por mi cuenta—. Es algo grande. —Fue por lo que me decidí.

Mi padre asintió. Creo que entendía la parte que no había dicho.

—¿Qué es eso? —preguntó al tiempo que hacía un gesto en dirección a la bolsa que había sobre la encimera.

No quería contarle a mi padre cómo había acabado la bolsa en mi posesión, así que simplemente dije:

—Una amiga se lo dejó en el bar anoche.

Amos enarcó las cejas de forma inquisitiva.

—¿Una amiga?

Tragué saliva.

—Sí. Me la traje a casa porque no quería que se le pegara el olor a humo de cigarro para siempre —respondí con indiferencia, o eso esperaba.

Mi padre entrecerró los ojos, solo un poco, antes de sacudir la cabeza y darle otro sorbo al café.

—Los tres tenéis que aprender a mentir mejor.

4

Ada



He tomado muchas decisiones estúpidas a lo largo de mi vida (decisiones muy estúpidas), por lo que cualquiera pensaría que soy consciente de que las decisiones estúpidas tienen consecuencias.

Por ejemplo: si decides casarte con un gilipollas, tu matrimonio va a ser una mierda. Si decides cenar solo Doritos pasados, lo más probable es que te despiertes con hambre. Y esta es mi nueva favorita: si, por impulso, decides besar a un desconocido en un antro de Wyoming, pierdes tu iPad.

El cual necesitas. Para tu trabajo. Que empiezas hoy.

Excelente.

Ahora tenía que aparecer el primer día de mi encargo más importante hasta la fecha sin la agenda, las renderizaciones, las paletas de colores, las hojas de cálculo de los productos y, básicamente, todo lo que necesitaba. Porque no solo me dejé la

bolsa de tela en un bar después de besar a un desconocido, sino que la dejé en un bar que ni siquiera tiene número de teléfono. Lo que, sinceramente, me parece un poco ilegal.

Pero el tufo a humo de tabaco que tenía en el pelo me decía que a La Bota del Diablo no le importaba mucho si era ilegal no tener un número de teléfono.

Así pues, no solo iba a parecer una idiota el primer día, sino que también tendría que volver a la escena del crimen y arriesgarme a encontrarme con el vaquero desconocido guapo, lo que me conduciría a otra decisión estúpida.

Porque madre mía.

No podía sacarme el beso de la cabeza. Soñaba con lo que habría pasado si el camarero no nos hubiera pillado. ¿Habríamos seguido? En mi sueño, deslizaba las manos ásperas por debajo de mi camiseta y me recorría el cuerpo con ellas. Le desabrochaba el cinturón. Me levantaba del suelo. Le rodeaba la cadera con las piernas. Me inmovilizaba contra la pared y…

—¡Café doble con leche y vainilla para Ada! —La voz de la barista me sacó de mi fantasía inapropiada de las nueve de la mañana.

Claro. El café. Eso estaba haciendo. No siendo presionada contra una pared por un vaquero buenorro en un antro oscuro.

Lo que era un fastidio, pero seguro que era lo mejor.

Me acerqué al mostrador, recogí mi café con leche y le asentí a la barista en una señal rápida de agradecimiento. Me observó un poco más de la cuenta, como si no supiera qué hacía aquí. Los ojos en la cafetería también se me quedaron mirando un poco más de la cuenta. Era como si llevara un cartel de neón enorme que dijera: no soy de aquí.

No me había dado cuenta hasta ahora de lo mucho que agradecía las cafeterías *drive-thru*, pero, a pesar de eso, tenía que admitir que

el lugar era bonito. Además, ¿se llamaba El Grano? No había necesidad de ser tan adorable.

Una vez que salí, eché una foto rápida del café con las montañas de fondo para subirla a las redes sociales con la frase «Día 1. Se viene nuevo proyecto».

Empecé @homeiswherethehartis después de que me echaran del programa de diseño de interiores por sacar malas notas. Sinceramente, no estaba hecha para los estudios. Empezar mi propio negocio me ayudó a darme cuenta de que no pasaba nada, que el hecho de que no fuera buena en los estudios no significaba que no pudiera ser una buena diseñadora y aprender el oficio en un aula diferente.

Lo que empezó como ofrecerme voluntaria para hacer limpieza en los armarios de la gente se había convertido en algo de lo que me sentía orgullosa.

Lástima que fuera la única en mi vida que lo estuviera.

Aun así, la comunidad que he construido en mi perfil era una de mis cosas favoritas. Había gente que ni siquiera me conocía a la que le gustaba seguir mis proyectos.

Y tenía la sensación de que este iba a superar con creces el resto de cosas que había hecho.

Mi Honda Civic rojo de 1993 me estaba esperando en el aparcamiento. A decir verdad, me sorprendió que llegara a Wyoming de una pieza. Debería haber tenido más fe en él. Después del divorcio, fue el único coche que pude permitirme. Tenía sus defectos. El líquido de la dirección asistida tenía una fuga, así que tenía que rellenarlo una vez a la semana si quería poder conducir. Tampoco tenía aire acondicionado. Pero era lo único que no me había fallado nunca. Me senté en el asiento del conductor y consulté el mapa de Rebel Blue en el móvil. Menos mal que me lo guardé en

el bolsillo y no en la bolsa. No sabía muy bien cómo iba a afrontar el día sin el iPad, pero llegados a este punto, no me quedaba más remedio.

«Toda estupidez tiene sus consecuencias, Ada».

Y las consecuencias son quedar como una idiota el primer día de tu nuevo trabajo.

Google Maps dijo que Rebel Blue estaba a unos veinte minutos del centro del pueblo. Eran las nueve en punto, así que iba bien de tiempo.

Nunca me verás ir a algún sitio sin un margen de al menos diez minutos.

Sinceramente, lo prefería de quince minutos, pero el café era una parada necesaria.

Me miré en el espejo retrovisor un segundo. Lo primero de lo que me di cuenta es que parecía cansada. Las ojeras no me estaban haciendo ningún favor.

«Rancho Rebel Blue, allá voy».

Había crecido en California, por lo que las montañas no me eran algo ajeno, pero nunca había visto montañas como estas. Casi todas mis montañas estaban secas y eran aburridas y marrones. Además, me había criado en los suburbios de San Francisco, no en el corazón del salvaje Oeste. Las carreteras sinuosas que me llevaban a Rebel Blue estaban talladas en lo que parecía la entrada a otro universo. Era principios de abril, por lo que todavía quedaba mucha nieve en las montañas, sobre todo cuanto más arriba miraba. El blanco puro de la nieve contra el gran cielo azul era increíble.

Juraría que el cielo azul de Wyoming era mucho más grande que el de California.

Mis zonas favoritas eran aquellos sitios en los que la nieve se había derretido lo suficiente como para ver el verde y el marrón de debajo.

Era como una promesa: ningún invierno podía durar para siempre.

Madre mía, era una locura lo que me estaban haciendo estas montañas. Unas vistas preciosas y ya estaba pensando en toda mi existencia. A pesar de que me sentía pequeña, el momento parecía… grande. Muy grande.

—*En el kilómetro ocho, gire a la izquierda*. —La voz de Siri sonó a través del altavoz, y no perdí de vista el lado izquierdo de la carretera de montaña en busca de la entrada. No sabía si estaría bien señalizada o si iba a aparecer de la nada.

Al cabo de uno o dos minutos, vi un arco de madera enorme y una verja. «Arco» no era la palabra adecuada, ya que más bien eran tres lados de un cuadrado con una puerta al fondo. Reduje la velocidad y me salí de la carretera antes de detenerme delante. Cerca de la parte superior del cuadrado, ponía rancho rebel blue en letras grandes de hierro. Encima, grabada a fuego en la madera, había una silueta de lo que me parecía el cráneo de un toro. ¿O un novillo? ¿Se llamaba así?

La puerta estaba abierta, y al otro lado había una carretera de tierra que parecía seguir hasta el infinito. Miré el móvil. Al parecer, la dirección que me dio Weston estaba a un kilómetro y medio por la carretera.

Esperaba que los amortiguadores del coche aguantaran. Levanté el pie del freno, respiré hondo y crucé el umbral hacia Rebel Blue.

«Allá vamos».

5

Ada



Por alguna razón, no se me ocurrió que un rancho de ganado bovino tuviera tantas vacas. En teoría, sabía que, obviamente, iba a haber vacas. Lo que no sabía era que habría un montón bloqueando la carretera que iba a la Casa Grande de Rebel Blue, que es como Weston la llamó en el correo.

Debería haber ido con un margen de quince minutos.

No me malinterpretes, me encantan las vacas. Creo firmemente que si te cruzas con ellas mientras conduces, estás obligado por ley a señalarlas y decir «¡Vacas!». Pero solo he visto una vaca así: a través de la ventanilla del coche, en un campo, lejos.

Ahora, las vacas y yo estábamos a una distancia corta e íntima. Se agolpaban en torno a mi coche como abejas en una colmena. No sabía cómo había ocurrido ni qué hacer. Tenía las ventanillas bajadas y se me ocurrió empezar por pedirles que se movieran.

—Chicas, ¿podéis moveros, por favor? —dije en voz alta—. Tengo

que pasar, de verdad. —Toqué el claxon una vez a modo de énfasis.

Nada.

Si avanzaba despacio, ¿se apartarían? ¿O me convertiría en una asesina de vacas sin querer? ¿Podría matar a una vaca yendo a un kilómetro por hora? ¿O solo la heriría? ¿Tendría que pagar la factura del veterinario? No podía permitirme la factura del veterinario de una vaca.

¿Y si atropellaba a más de una?

«Madre mía».

Miré el móvil. Eran las 9:25. Se me ocurrió dar marcha atrás y dar la vuelta, pero la idea se esfumó cuando miré por el retrovisor y vi más vacas.

«Muy bien, Ada, estas vacas se están interponiendo entre tu futuro y tú. ¿Cómo vas a pasar?».

Cogí el móvil, que estaba conectado al cable auxiliar (bueno, a una de esas cintas que tenían un cable auxiliar), busqué mi lista de reproducción de principios de los 2000 a toda velocidad y subí el volumen.

A los pocos segundos, estaba sonando *Move Bitch Get Out da Way* por los altavoces. Esto iba a funcionar. Si no me escuchaban a mí, a lo mejor escuchaban a Ludacris.

Puse las dos manos en el volante, preparada para pasar a toda velocidad por la abertura que aparecería inevitablemente una vez que las vacas se dieran cuenta de lo que necesitaba.

Estaba preparada.

Pero… no pasó nada.

Seguía atrapada y ahora (volví a mirar el móvil), era oficial, llegaba tarde.

Dejé caer la cabeza sobre el volante y jadeé. Las últimas doce horas no habían sido las mejores.

Mantuve la cabeza gacha, cuestionándome toda mi existencia, hasta que oí una voz.

La voz de un hombre. Y no era Ludacris.

Despegué la cabeza del volante y vi a dos hombres acercándose a caballo.

Con ellos también iba una bola blanca de pelo.

El vaquero del caballo con manchas grises y blancas se acercó más a la ventana del asiento del conductor y me apresuré a bajar el volumen. Esperaba que estuviera aquí para apartar a las vacas.

Cuando le miré, me topé con los mismos ojos verdes que me atraparon anoche en el bar.

Abrí los ojos de par en par. Se me escapó un «oh, mierda» antes de darme cuenta de lo que estaba diciendo.

Me topé con esos hoyuelos letales que eran incluso más perfectos a la luz del día. En mi cabeza, era un vaquero porque estaba en Wyoming y porque llevaba unas botas *cowboy*. No se me ocurrió que fuera un vaquero *de verdad*. Pero el hombre que tenía delante era un vaquero en toda regla, desde el gorro marrón hasta los zahones de cuero.

Y el caballo.

Obviamente.

—Qué alegría verte por aquí —dijo arrastrando las palabras. Se me secó la boca. ¿Cuáles eran las probabilidades de que la única vez que me enrollo con un desconocido resulte que trabaja en el rancho que también es el sitio de mi proyecto?—. Vamos a quitarte las vacas de en medio. —Hizo una pausa. El otro vaquero estaba encargándose de las vacas, quienes empezaron a alejarse de mi coche. Se estaban tomando todo el tiempo del mundo, pero al menos se estaban moviendo. La bola blanca de pelo, que ahora reconocía como Waylon (el perro que me metió en problemas para

empezar), también estaba contribuyendo—. No recibimos muchas visitas por aquí. ¿Buscas algo?

El silencio había dejado de ser una opción.

—H-He venido para reunirme con Weston Ryder —tartamudeé—. Empiezo a trabajar aquí hoy.

—¿Eres Ada Hart? —preguntó.

Al parecer, todo el rancho sabía que venía.

—Sí —respondí con la voz temblorosa.

—Falta medio kilómetro más o menos hasta la Casa Grande. Te veo allí. —Inclinó el sombrero en mi dirección y me recorrió un escalofrío por la columna.

Estaba claro que mi atracción por él no se había apagado a la luz del día.

Antes de que pudiera responder, empezó a gritarle al otro vaquero y a mover el caballo alrededor del coche. Intenté no mirarle, intenté no fijarme en cómo sus manos enguantadas agarraban las riendas ni en cómo tensaba las piernas alrededor de los costados del caballo.

Tras unos minutos, las vacas se habían apartado del camino y estaba fuera de peligro. El vaquero me asintió con la cabeza y lo tomé como la señal para que siguiera conduciendo por la carretera de tierra.

Para que dejara atrás al vaquero… por ahora. No sabía por qué tenía que reunirse *él* conmigo en la Casa Grande. Era imposible que fuera el dueño. No podía tener más de treinta años.

¿Importaba?

No sabía nada sobre ranchos. ¿Por qué no había visto más *Heartland*?

En mi cabeza, intenté trazar un plan. Iría a la Casa Grande, hablaría con Weston y luego, en algún momento, encontraría al vaquero otra vez para decirle que fue cosa de una sola vez.

Solo iba a ser cosa de una sola vez.

Anoche no era yo. Estaba cansada, hambrienta, nerviosa y ante los hoyuelos más bonitos que había visto. Todo fue una experiencia extracorpórea que no repetiría nunca.

Jamás.

Vine para alejarme de mis problemas, no para crearme otros nuevos.

Si no hubiera estado tan inquieta por el vaquero, me habría quedado más impresionada por el rancho Rebel Blue. «Precioso» no describía bien el paisaje que me rodeaba.

Sinceramente, era increíblemente majestuoso, como un cuadro hecho realidad. Nunca había visto nada igual.

Pero tenía otras cosas en la cabeza. Cosas con ojos verdes y hoyuelos.

A medida que me acercaba a la Casa Grande, los árboles se volvían más densos, hasta que vi a lo lejos una cabaña enorme de madera estilo rancho que supuse que era la Casa Grande. Había una curva que creaba una especie de entrada, y aparqué el coche cerca de la puerta principal. No había más coches en la curva, así que supuse que no pasaba nada.

Ahora que había parado el motor, se me aceleró el corazón. Eran los nervios del primer día. Eran los nervios de «no soy lo bastante buena» y, también, los nervios de «vaquero con hoyuelos».

Cuando anoche salí corriendo del bar, casi me arrepentí.

Ahora, necesitaba alejarme lo máximo posible de ese hombre. No los quería cerca ni a él ni a sus hoyuelos ni a su adorable perro.

Justo en ese momento, como si la hubieran invocado mis pensamientos, la bola blanca de pelo apareció en mi visión periférica. La miré a través de la ventana. Tenía la lengua fuera y movía la cola con tanta fuerza que todo su cuerpo se contoneaba

con ella.

¿Por qué tenía que ser tan adorable su perro? No debería tener un perro tan adorable *y* hoyuelos.

Salí del coche y Waylon estaba listo. Continuó meneando todo el cuerpo y me acerqué para rascarle detrás de las orejas. Debería haber mantenido los ojos en el perro, pero levanté la vista justo a tiempo para ver cómo Hoyuelos se acercaba a la casa.

Cuando detuvo el caballo, volví a mirar a Waylon y pensé en lo raro que era saber cómo se llamaba el perro (incluso sabía cómo se llamaba el camarero), pero que no tuviera ni idea de cómo se llamaba el vaquero.

Igual podía salirme con la mía y no saberlo nunca. Me parecería bien.

Oí cómo las botas del vaquero sin nombre pisaban el suelo, pero mantuve la mirada fija en el perro. No quería mantener más contacto visual del necesario con aquel hombre.

El contacto visual prolongado fue lo que me metió en este lío.

—Podemos entrar —dijo, y luego chasqueó la lengua. Waylon dejó las caricias a medias y se dirigió junto a su dueño, quien me esperaba al lado de la puerta principal. Había atado las riendas del caballo a un poste situado a unos cuantos metros de distancia, lo cual me alegró.

Me encantaban los animales, pero los caballos me acojonaban. Eran muy grandes.

Cuando me acerqué a la puerta principal, Fulanito Vaquero la abrió y Waylon entró corriendo. Tanto Waylon como su dueño estaban muy relajados, por lo que debían de pasar tiempo aquí a menudo. Me di cuenta de que me estaba manteniendo la puerta abierta, así que pasé corriendo junto a él, con cuidado de no mirarle a los ojos.

Una vez dentro, eché un vistazo a mi alrededor. Por alguna razón,

pensé que parecería más un negocio, pero enseguida me sorprendió lo acogedor que era.

Era un hogar.

Había un sitio para los abrigos y los zapatos cerca de la puerta principal. Incluso había ganchos especiales para los sombreros de vaquero.

La entrada estaba abierta y vi un pasillo amplio que daba al salón y a la cocina. La casa olía a masa de tarta, cedro y acondicionador de cuero, una combinación que no funcionaría nunca, pero que aquí era perfecta. Si en algún momento quisieran venderlo, no tendrían que usar el truco de las galletas en el horno, ya que el sitio olía a hogar por sí solo.

—Mi padre nos está esperando en la cocina. —Su voz sonó detrás de mí. Sabía que estaba cerca. Zumbaba la misma electricidad que nos rodeó en el bar. Casi me distrajo de lo que había dicho.

¿Su padre?

Eso explicaba por qué estaba tan cómodo. Su padre era Weston, el dueño del rancho. Gemí para mis adentros. Con suerte, su hijo no tenía mucho (o nada) que ver con el proyecto.

El Heredero Vaquero pasó junto a mí y recorrió el pasillo, y le seguí, intentando mantener la calma y ponerme la máscara de profesional que, por lo general, era un elemento permanente en mi cara, sobre todo en situaciones así.

No me gustaba que este hombre me hubiera puesto nerviosa, que me hubiera inquietado. No quería que nadie volviera a tener ese poder, y menos un desconocido.

Un desconocido muy amable que me dejó sola cuando necesitaba trabajar y que me dio un beso increíble después, pero un desconocido, al fin y al cabo.

Cuando entré en la cocina, había un hombre mayor

(probablemente de unos sesenta y pocos años) haciendo el crucigrama del periódico en la mesa larga de roble. Llevaba unos vaqueros azules desteñidos y una camisa remangada. Vi unos tatuajes descoloridos, pero no distinguí qué eran.

Tenía el pelo canoso tirando a largo y se le rizaba a la altura de la nuca, a juego con la barba canosa bien recortada. Nos miró, y era evidente que estaba emparentado con mi vaquero misterioso. No se parecían mucho, solo lo suficiente como para saber que pertenecían al mismo árbol genealógico. Cuando le vi, me sentí… tranquila, como si acabara de encontrar refugio en plena tormenta.

«Muy bien, Ada. A por ello».

El hombre se levantó y dijo:

—Tú debes de ser Ada Hart. Nos alegramos de que estés aquí. —Alargó la mano y se la estreché.

—Muchas gracias por recibirme. Encantada de conocerle, señor Ryder —contesté, intentando mantener la voz nivelada y fracasando a la hora de no pensar en el hecho de que notaba los ojos de otra persona sobre mí.

—Llámame Amos, por favor. —¿Amos? ¿Quién era Amos? ¿Dónde estaba Weston?

Me quedé callada un momento de más.

—E-Encantada de conocerte —tartamudeé. «Una primera impresión maravillosa, Ada»—. Lo siento, esperaba conocer a Weston, ya que hemos estado en contacto. —Amos miró al vaquero que tenía detrás de mí y frunció el entrecejo.

¿Estaba confuso? Bueno, pues ya éramos dos.

El vaquero que tenía detrás se aclaró la garganta.

—Yo soy Weston —dijo.

¿Le había oído bien? No. No. No. Ni de coña. No podía estar pasándome esto.

—Pero casi todo el mundo me llama Wes.

6

Wes



Hostia puta. La mujer del bar estaba en mi casa. No solo eso, sino que resultaba que también era la mujer a la que llevaba esperando todo el invierno, la que iba a hacer mi sueño realidad.

Hostia *puta*.

—Yo soy Weston —dije, y solo en ese momento me di cuenta de que no me había presentado antes. No sabía por qué. A lo mejor me sentía como si ya me conociera—. Pero casi todo el mundo me llama Wes.

Diría que era una coincidencia enorme, pero no creía mucho en ellas.

En La Bota del Diablo pensé que era una mujer espectacular y ahora pensaba que era una mujer espectacular. El pelo negro y ondulado le llegaba justo por encima de las clavículas. Llevaba unos vaqueros negros anchos y una camiseta de manga larga negra y

ajustada (que era demasiado fina para el abril de las montañas) y sus ojos marrones miraban a todas partes menos a mí.

No sabía cómo procesar el hecho de que quería que me mirara. Quería volver a sostenerle la mirada como hice en el bar hasta que acabáramos igual que anoche: enredados el uno con el otro.

—Disculpa la falta de modales de mi hijo, señorita Hart. —La voz de mi padre cortó mis pensamientos—. Pero estamos encantados de que estés aquí. —Me lanzó una mirada significativa, como si estuviera diciendo: «Esto es cosa *tuya,* Weston. Haz tu parte».

Cierto.

Concentración.

—¿Quieres sentarte? —pregunté, y señalé la mesa—. Podemos repasar… eh… todo. —Bueno, puede que no todo. Pasé junto a ella y le saqué una silla frente a mi padre. Parecía inquieta, pero se sentó, aun así.

—Lo siento —dijo—. Anoche perdí el iPad… me lo dejé en un sitio… así que tuve que escribirlo todo en una libreta y puede que se me haya olvidado algo. Voy a ir a por él esta noche, así que ¿podemos vernos mañana? Lo siento mucho, de verdad.

Estaba hablándole a mi padre, no a mí, pero la decepción (hacia sí misma) que oí en su voz me provocó una pequeña punzada en el pecho.

Supongo que hubo un motivo por el que anoche recogí su bolsa del suelo del bar. En vez de sentarme, me dirigí a la encimera de la cocina y cogí la bolsa de tela, tras lo que volví a la mesa y la dejé con suavidad delante de ella.

Ada me miró con los ojos marrones abiertos de par en par. Me froté la nuca y me expliqué.

—Lo que se queda en La Bota del Diablo es como si fuera absorbido por un agujero negro… no se vuelve a ver.

Aparté los ojos de ella y miré a mi padre. Odiaba que esto estuviera ocurriendo delante de él, pero se mostraba inexpresivo. Tenía los ojos un poco entrecerrados, pero eso solo indicaba que los engranajes de su cabeza estaban girando.

Nunca dejaba títere con cabeza en el póker, y era fácil ver por qué.

—Eh… ¿gracias? —dijo, como si no supiera muy bien cómo reaccionar. Si fuera ella, yo tampoco sabría qué hacer. Antes pensé que podría ser una escena a lo zapato de cristal, pero ahora que estaba ocurriendo, sentí que daba un poco de mal rollo que hubiera cogido su bolsa.

Seguro que estaba pensando eso, que daba un mal rollo de cojones.

—No he mirado dentro ni nada. Simplemente no quería que se estropeara. Conozco al dueño del bar, e iba a ayudarme a encontrarte para devolvértelo.

Asintió despacio, insegura todavía.

—Es curioso cómo se resuelven las cosas, ¿verdad? —Era mi padre. Estaba sonriendo un poco. Siempre tan observador, joder—. Weston tiene razón con respecto a La Bota del Diablo. Es donde desaparecen las cosas, incluidas las personas. —Ada soltó una risa.

—Esto es genial. —Parecía que estaba empezando a estabilizarse. Casi veía cómo se le deslizaba una máscara sobre los rasgos. Qué clase de máscara, eso no lo sabía, pero joder, quería averiguarlo—. Gracias —me dijo—. Me has ahorrado ir por ese camino de tierra. Dudo que mi coche hubiera sobrevivido. —Mientras me sentaba, Ada metió la mano en la bolsa y sacó la *tablet* y el lápiz óptico.

—Bueno, por lo general empiezo asegurándome de que respondo a cualquier duda sobre los contratos. Sé que los has firmado. —Me miró a mí y luego a mi padre—. Pero, Amos, ¿tienes alguna pregunta?

—No. Weston y yo los revisamos con nuestra abogada antes de firmarlos y todo parece estar en orden. —Cam nos estaba ayudando con el tema legal. Mi padre tuvo otro abogado durante años, pero sentía debilidad por la madre de mi sobrina. Era de la familia y Amos Ryder se lo tomaba en serio.

Todavía no había aprobado el examen de abogacía cuando revisó los contratos, pero lo tuvo en febrero, y ninguno de nosotros dudaba de que lo conseguiría. Los resultados llegarían en cualquier momento.

—Estupendo —contestó Ada. Ahora sonaba más segura, más profesional. Como si estuviera cogiendo el ritmo—. Terminaremos cualquier demo que ya hayáis empezado y luego nos pondremos con los proyectos más grandes: la cocina, las salas de estar y los baños. Una vez que los acabemos, empezaremos con las habitaciones y con el exterior al mismo tiempo. Si todo va según lo previsto, deberíamos terminar para el quince de junio, pero la fecha de finalización que aparece en el contrato es el uno de julio porque lo único seguro en una reforma es que algo saldrá mal. —Ada se rio un poco.

Si no hubiera oído su auténtica risa anoche en el bar, habría sido creíble. Pero esta risa era practicada, calculada.

—Mi contratista, Evan, llegará mañana. Ayudará a gestionar el proyecto y a los trabajadores locales. —Sabía de la existencia de Evan (estaba incluido en algunos de los correos y yo había organizado su estancia prolongada en la Pensión Poppy Mallow, situada a las afueras del pueblo), pero oír cómo pronunciaba su nombre hizo que se me dilataran los orificios nasales.

¿Qué cojones? No, no podía ponerme celoso por el hecho de que pronunciara el nombre de otro hombre cuando hacía menos de doce horas que la conocía. Eso era un comportamiento de gilipollas, e

intenté con todas mis fuerzas no ser un puto gilipollas.

—La semana pasada os mandé a ambos la reserva del alojamiento de Evan por correo, así que debería estar lista cuando llegue —dije en un intento por ser útil.

—Hablando de alojamiento —intervino mi padre—. Ada, sé que comentaste que, siempre que fuera posible, para los proyectos largos preferías quedarte *in situ*. —Ada asintió. ¿Adónde quería llegar mi padre? Ya le había preparado la cabaña que estaba más cerca de Baby Blue—. Weston te ha preparado una de nuestras cabañas, pero estamos teniendo algunos problemas con el agua debido a las fuertes nevadas de este año. Esta mañana me han dicho que la cabaña se ha inundado.

Mierda. No lo sabía. Debía de haber ocurrido hacía nada.

—Nos pondremos a ello para que vuelva a estar en condiciones, pero hasta entonces eres bienvenida a quedarte aquí, en la Casa Grande.

—Oh. —Parecía que había pillado desprevenida a Ada—. Es vuestra casa. No quiero molestar.

—No es ninguna molestia, prometido. Tenemos muchísimo espacio (ya te he preparado una habitación) y muchísima comida, y así podrás seguir estando *in situ*. —Mi padre estaba sonriendo. Le encantaba que hubiera gente en la Casa Grande. Por lo general, solo estábamos él y yo—. Además, la Casa Grande está más cerca del lugar del proyecto de lo que habría estado la cabaña, y puedes usar nuestros vehículos todoterreno, así no tienes que conducir tu coche por el terreno del rancho. Y cuando esté lista la cabaña, no tendrás que ir muy lejos.

—Eh… es muy amable por tu parte… —Se estaba trabando—. Lo aprecio, de verdad, pero…

—Es temporal, Ada —dije sin pensar, pero tenía la sensación de

que no quería aceptar la oferta por mí. Si prefería estar *in situ* y si eso era lo que la ayudaba a tener éxito, entonces no quería que renunciara a eso—. Creo que podremos arreglar la cabaña en una semana o así.

—No es la primera vez que se nos inunda algo —añadió mi padre —. Además, hago un café formidable. —Le guiñó un ojo, y eso le sacó una sonrisa, una de verdad. Mi padre sabía cómo tranquilizar a la gente.

Ada miró la mesa un momento antes de hablar.

—Siempre y cuando estéis seguros de que no es ninguna molestia.

Mi padre dio una palmada.

—Decidido, pues. Ahora, si me perdonáis, tengo que volver al trabajo. —Se levantó de la silla y Ada y yo nos levantamos con él—. Weston puede encargarse a partir de aquí. —Volvió a estrecharle la mano a Ada—. Tengo un buen presentimiento sobre ti, Ada. Bienvenida a Rebel Blue.

Y, tras eso, Amos Ryder cogió su sombrero de vaquero de la mesa y, siendo la viva imagen del ranchero que era, salió por la puerta.

Fue como si el aire supiera que nos habíamos quedado solos, porque empezó a zumbar.

—Siento si ha sido raro —dije, mirando a Ada, quien estaba volviendo a evitar el contacto visual—. Descubrir quién soy, el hecho de que cogiera tu bolsa, que mi padre te ofrezca quedarte aquí… ha sido mucho contenido para una conversación de diez minutos.

—Sí —murmuró, todavía sin mirarme—. Aunque gracias por lo de la bolsa. Ese sitio ni siquiera tiene un número de teléfono, así que no tenía esperanza en encontrarla.

Eso hizo que me riera.

—¿Cómo encontraste La Bota del Diablo? Ni siquiera sé si sale en Google Maps. El carril que cogiste para llegar no tiene ni nombre.

—Aparece —afirmó Ada, y en sus labios estaba empezando a insinuarse la sombra de una sonrisa—. Estaba buscando algún sitio en el que comer algo, y era el único que seguía abierto. —Se le ensanchó la sonrisa, como si estuviera compartiendo una broma consigo misma.

—Pero no. En plan, que no tiene comida. —Sabía que Brooks tenía la intención de empezar a traer un *food truck* los fines de semana durante el verano, pero todavía no.

—Ya, Google es un mentiroso. —Acto seguido, me miró por fin, y el corazón me dio un vuelco en el pecho tal y como lo hizo anoche. Le sonreí, pero en cuanto lo hice, apartó la mirada a toda velocidad.

—Bueno, aquí siempre tenemos la despensa llena, y si hay algo que te guste mucho, dímelo y te lo traemos. Evan también es bienvenido a la despensa. —Traté de deshacerme de la decepción que sentí cuando apartó la mirada. No me gustaba lo raro que era todo entre nosotros—. Puedo enseñarte tu habitación para que te instales y luego te llevo al lugar de trabajo, ¿te parece?

—Sería genial. Gracias.

Asumí que mi padre le había preparado la antigua habitación de Emmy, ya que tenía su propio baño y era la más privada.

También tenía unas vistas increíbles.

Conduje a Ada por un pasillo, donde pasamos por delante de mi habitación, en dirección a la parte trasera de la casa, donde estaba la habitación de Emmy. Mi padre había dejado la puerta abierta.

—Aquí te quedarás —dije—. Solía ser la habitación de mi hermana, pero tiene las mejores vistas, así que a mi padre le gusta dejarla para los invitados cuando no la está usando como sala de yoga.

Ada soltó un pequeño resoplido.

—Eso no me lo esperaba.

—Si hay algo que tienes que saber sobre Amos Ryder, es que está

lleno de sorpresas —contesté con una sonrisa. Algunos días no estaba muy orgulloso de ser yo, pero siempre estaba orgulloso de ser hijo de mi padre.

Le hice un gesto a Ada para que pasara, y entró en la habitación. Señalé una puerta.

—Esa puerta de ahí da a un baño privado, y si giras la esquina de la puerta de la habitación… —Hice un gesto en dirección a la puerta —. Hay un área de descanso con unas vistas parecidas. Es la parte trasera de la casa. —Era donde me gustaba dibujar siempre que tenía la ocasión.

—Es genial. Gracias por dejar que me quede. Me siento mejor cuando soy la primera en llegar y la última en irse, y estar cerca facilita las cosas. Dormiría en el sitio si pudiera.

—Nos alegramos de tenerte aquí —contesté con sinceridad. No porque me sintiera atraído por ella, ni porque fuera guapa, ni porque la hubiera besado. Me alegraba que estuviera aquí porque su presencia significaba que estaba en proceso de tener algo mío en Rebel Blue.

Y, para mí, eso no tiene precio.

7

Ada



A estas alturas, era muy difícil creer que mi vida no era una gran broma cósmica. Weston Ryder era un vaquero guapo, apropiado para mi edad y en apariencia amable, no el ranchero viejo y deteriorado que me había imaginado.

Y le había besado.

Bueno, «besado» era el término benigno, sobre todo cuando pensaba en cómo me empujó contra la pared y me sujetó las manos por encima de la cabeza, o cuando me acordaba de cómo era tenerlo apretado contra mí.

Y el recuerdo sería lo único que iba a tener, porque no iba a volver a ocurrir.

No solo mi trabajo era *su* proyecto, sino que estaba viviendo bajo su techo y era técnicamente mi *jefe*.

Madre mía.

Me había enrollado con mi jefe.

Lo que ya era bastante malo por fuera, pero se puso mucho peor cuando me di cuenta de que, de forma inconsciente, me había colocado a mí misma en el lado equivocado de una dinámica de poder injusta con un hombre.

Otra vez.

Las decisiones estúpidas tienen consecuencias.

Y ahora me veía obligada a pasarme los próximos cuatro meses trabajando para él, y bien cerca. Incluso ahora estaba más cerca de él de lo que quería: en el asiento del copiloto de un *side by side* y llevando una de sus chaquetas grandes de Carhartt.

En Wyoming hacía mucho más frío en abril de lo que había creído, pero mi intención era aguantarme hasta que pudiera coger más capas. Sin embargo, Weston, el amable vaquero, sacó esta chaqueta del armario de los abrigos cuando salíamos por la puerta porque no quería que pasara frío.

Ahora no solo estaba abrigada, sino envuelta en un aroma masculino a cedro que quería embotellar. Weston (que me había dicho varias veces que prefería que le llamara Wes, pero eso me resultaba demasiado familiar) me estaba llevando al lugar de trabajo y enseñando Rebel Blue por el camino.

Era incluso más impresionante ahora que en el trayecto en coche.

—El lugar del proyecto es lo que solía ser la Casa Grande —estaba contándome—. Es donde creció mi padre. Construyó la casa en la que vivimos poco después de casarse con mi madre. —Agradecí la lección de historia, ya que me gustaba conocer los lugares en los que trabajaba. Me ayudaba a crear algo que les encantara a los propietarios o residentes—. En esta parte del rancho es donde están la mayoría de las estructuras originales. Hacia el este tenemos los establos familiares y hacia el oeste es donde se encuentran las cabañas de los empleados del rancho y los establos más grandes.

—¿Cuánta gente trabaja aquí? —pregunté, curiosa de verdad en cuanto al funcionamiento de algo tan enorme como el rancho Rebel Blue.

—Cuarenta personas más o menos, depende de la época del año, pero estamos en otra etapa de crecimiento, así que lo más probable es que la cifra crezca el año que viene por estas fechas. Sobre todo, con el rancho de huéspedes. Necesitaremos vaqueros y otro cocinero como mínimo.

—¿Y toda tu familia trabaja en el rancho? —Las fotos familiares que había en la casa me dieron la impresión de que los Ryder eran un grupo muy unido.

—Sí. Mi hermano Gus es el mayor y el segundo al mando de mi padre. Algún día heredará el rancho. —Traté de ubicar el cambio en su voz. No era envidia ni celos, ¿puede que solo respeto?—. Y mi hermana pequeña, Emmy, da las clases de equitación, entrena a los caballos y trabaja en el rancho cuidando del ganado, haciendo el mantenimiento del terreno, ese tipo de cosas. Y Brooks viene un par de veces a la semana y nos ayuda cuando le necesitamos, por lo general en tareas puntuales.

Brooks. Conocía ese nombre. El camarero. Sabía que había algo familiar entre ellos, pero no había dicho «hermano».

—Es el camarero, ¿verdad? ¿Dónde entra?

—Se me olvidaba que ya lo habías conocido. —Por el cuello de Wes empezó a subir un rubor—. Es… bueno, es el mejor amigo de mi hermano y Emmy y él están juntos. —Me pregunto cómo ocurrió todo eso. Nunca me vi viviendo en un pueblo pequeño. Nunca había estado en uno hasta ahora, pero seguro que el cotilleo fue divertido.

—¿Son pareja, entonces? —inquirí.

—Parece una palabra demasiado normal para ellos —respondió. Esperé a que continuara—. Cuando los conozcas, lo entenderás. Es

fácil ver que lo suyo es para siempre. —Miré a Wes, que tenía los ojos fijos en el camino de tierra que teníamos delante. Uno de sus hoyuelos había aparecido. Era obvio que sentía mucho amor por las personas de su vida—. Así que describirlos solo como «pareja» es raro. No sabría describirlos, simplemente *son*. ¿Sabes?

No lo sabía, pero le creía.

—¿Y dónde entra Teddy? —pregunté, porque tenía que tener alguna clase de unión con esta familia como para convencerlos de que contrataran a una diseñadora sin nombre de San Francisco.

—Teddy es la mejor amiga de Emmy, son inseparables desde que nacieron. Y compartieron piso en la universidad. —¿Y por qué no me sonaba el nombre de Emmy? No llegué a conocer a la mejor amiga de Teddy, pero había oído hablar de ella de pasada.

—Creo recordar que la compañera de piso de Teddy en la universidad tenía un nombre raro —dije casi sin pensar. Wes se rio, una risa grande y fuerte. De esas risas que me harían preguntarme cómo era que alguien pudiera estar tan feliz.

—El nombre completo de Emmy es Clementine —explicó, todavía riéndose un poco—. Pero la llaman Emmy. Mi padre es el único que utiliza nuestros nombres completos con regularidad. —Clementine. Ese era el nombre. Sabía que tenía que ver con una fruta.

—¿Clementine como la canción?

La sonrisa de Wes se hizo más grande.

—Sí, pero no se lo digas. Tema delicado.

Por suerte, el *side by side* se detuvo antes de intentar ocultar el hecho de que acabo de insultar sin querer a la hermana de Wes, a quien era obvio que le tenía un cariño enorme.

Yo no tenía hermanos, así que nunca llegué a entender ese vínculo.

A decir verdad, había muchos vínculos que no entendía. Quería y

respetaba a mis padres lo normal, pero no creo que viviera en un rancho de Wyoming con ellos.

En cuanto a las amistades, no tenía ninguna, no porque no quisiera, sino porque hacer amigos de adulto resultaba difícil. Sinceramente, disfrutaba de la soledad, pero hay una diferencia entre eso y sentirse sola.

Durante mucho tiempo, la mayor parte del tiempo me he sentido sola.

Mi divorcio fue hace más de un año, pero me sentía sola antes de eso.

Ahora que lo pensaba, no recordaba ningún momento en el que no me hubiera sentido sola.

«Joder». Darme cuenta de eso a las diez de la mañana fue duro.

Me tragué el nudo que se me había formado en la garganta y miré hacia la casa en la que nos habíamos detenido.

Era grande y bonita, pero de una forma modesta. La pintura estaba desconchada y parecía un poco encantada. Incluso si no hubiera visto las fotos del interior, me habría dado cuenta de que iba a costar mucho trabajo convertirla no solo en un lugar habitable, sino también en un sitio en el que desear alojarse.

Eso no me asustó.

Cuando miré la casa, no vi el tejado que se hundía, las puertas y ventanas de madera contrachapada, ni la maleza que la rodeaba.

Vi mi sueño.

Esta casa no solo era mi billete de oro para salir de California, sino también mi parada técnica hacia algo más grande.

Todavía no sabía qué era eso más grande, pero sabía que estaba ahí fuera. Me había esforzado mucho para salir de mi estado natal, no iba a limitarme a hacer este proyecto y luego volver.

Wes (quiero decir, Weston) se bajó del lado del conductor y yo le

imité en el lado del copiloto, más despacio, incapaz de apartar los ojos de la casa. Verla en persona fue como si encendiera una cerilla y mi cerebro fuera gasolina. Una vez que los dos se encontraron, no había manera de detenerlos.

Estaba en mitad de una reflexión sobre los colores de la pintura exterior (el blanco era un clásico, pero estaba trillado, me llamaba una versión de azul celeste) cuando Weston (cuya voz estaba demasiado cerca) habló.

—La hemos mantenido lo mejor que hemos podido, pero no nos esperábamos que este invierno le pasara tanta factura a algunas de las estructuras más antiguas.

—Es preciosa —dije. Sí, se le notaba que era antigua, pero no estaba decrépita ni en mal estado. Solo necesitaba que alguien creyera en ella.

—Sí, lo es —coincidió Weston. Su voz seguía sonando muy cerca, pero no quería averiguar cuán cerca, así que empecé a caminar hacia la casa. Notaba el aire frío contra la cara. Era agradable, pero agradecí la chaqueta a regañadientes.

Sabía lo grande que era la casa por las especificaciones que me había enviado Wes (alrededor de trescientos veinticinco metros cuadrados), pero no parecía tan grande ni daba la sensación de serlo. No era llamativa ni abrumadora. Casi parecía que hubiera crecido aquí en lugar de haber sido construida, como si estuviera destinada a estar en este campo, en este rancho, con el gran cielo azul besando las montañas como telón de fondo.

Me encantó.

Antes de darme cuenta, estaba en los escalones de la entrada. Este lugar me llamaba. ¿Cómo era esa frase? ¿Las montañas me están llamando y debo ir? Bueno, pues la vieja casa de las montañas estaba susurrando y yo necesitaba entrar.

Oí la voz de Wes a mis espaldas a medida que subía las escaleras:

—Cuidado con el tercer escalón, tiene su truc… —No llegó a terminar la frase, porque cuando llegué al tercer escalón, la parte superior de la escalera se giró hacia arriba y empecé a ir en dirección contraria a la que quería.

Cerré los ojos y me preparé para caer al suelo, pero no caí al suelo. En vez de eso, choqué contra algo firme y cálido que olía a cedro.

Wes me agarró.

Tenía un brazo en mi cintura y me sujetaba la cabeza con la otra mano. Cuando abrí los ojos, le tenía justo delante. La postura que teníamos ahora me recordó a la noche anterior. De forma involuntaria, me pasé la lengua por el labio inferior y vi cómo los ojos de Wes seguían el movimiento.

El aire que nos rodeaba empezó a zumbar, tal y como lo hizo anoche en el bar y esta mañana en la cocina de la Casa Grande, y estaba desesperada por dejarme llevar otra vez, por perder el control durante un segundo.

—¿Estás bien? —preguntó Wes. Su voz era grave—. Intenté avisarte. —Sonrió, y obtuve unas vistas privilegiadas de esos hoyuelos.

Sentí una brisa fresca en la cara y me acordé de dónde estaba. En el exterior. En Wyoming. En el rancho Rebel Blue. Miré más allá de la cara de Wes y vi la casa.

Mi sueño.

Mi oportunidad.

Eso bastó para sacarme del trance en el que solo era capaz de meterme este hombre. Me puse de pie y me separé de sus brazos. No sabía cómo recuperarme de esa situación, así que me sacudí el polvo, a pesar de que no había tocado el suelo.

—Estoy bien —solté con más enfado del necesario. Tenía la esperanza de que mi tono de voz le alejara, porque cuando le tenía cerca era propensa a hacer estupideces, y no podía permitirme más consecuencias.

Cuando sus hoyuelos desaparecieron, quise disculparme al momento (un impulso antinatural en mí), pero no lo hice. No podía.

—Claro. Vale. —Miró el suelo—. Cuando subas los escalones, asegúrate de pisar en el centro del tercero para que no se mueva o saltártelo directamente. —Asentí con la cabeza y dejé que fuera él delante esta vez.

Observé cómo retiraba el trozo grande de madera que había en la puerta principal con un gruñido y traté de ignorar las mariposas que sentí en el estómago con desesperación.

Sinceramente, la reacción que estaba teniendo ante él era motivo de preocupación.

No *quería* reaccionar así. Por lo general, mi cuerpo no reaccionaba así ante la gente, ni siquiera ante mi exmarido, aunque él tampoco me deseaba, así que eso podía haber tenido algo que ver. Aun así, esto no era algo normal en mí, y no me gustaba. Me nublaba la mente y necesitaba que esa pequeña imbécil estuviera más que despejada.

Wes se giró hacia mí y me apresuré a apartar la mirada para evitar el contacto visual mientras entraba en la casa.

Una vez dentro, miré a mi alrededor y sentí lo mismo que fuera, pero hubo un sentimiento tan inesperado que se me subió el corazón a la garganta.

Esperanza.

8

Wes



Era un idiota.

Pero al menos sabía que era un idiota.

Aunque en esta situación habría perdido tomara la decisión que tomara. Podría haber dejado que se cayera o podría haberla cogido. Me habría sentido mal durante semanas si hubiera dejado que se cayera, pero ahora también me sentía mal por haberla tocado (aunque fuera para evitar que se diera contra el suelo) cuando era bastante obvio que no quería que la tocaran.

Alargué las manos hacia ella antes de ser consciente de lo que estaba haciendo. Luego, estaba en mis brazos y mi mundo se volvió a parar.

Tal y como lo hizo cuando bajó la ventanilla del coche hoy.

Y tal y como lo hizo anoche.

No sabía cómo gestionarlo. No era la primera vez que me sentía atraído hacia alguien, había tenido algunas novias, pero hacía años

que no me pasaba.

Y, sinceramente, no me importaba. A riesgo de sonar como un gilipollas, sabía que en Meadowlark había mujeres que querían estar conmigo, ya fuera para un rollo o alguna clase de relación. Las señoras mayores de Meadowlark siempre se morían de ganas por juntarme con su sobrina o nieta, decían que necesitaba encontrar una buena chica y sentar cabeza, y la fábrica de cotilleos de Meadowlark nunca entendió por qué no lo había hecho.

Era la palabra «buena» lo que me frustraba.

No era una palabra mala, pero no me parecía una buena. Siempre me habían llamado el chico «bueno». Daba igual el contexto (con amigos, con mujeres, con desconocidos), yo siempre era «bueno».

Una vez más, ni mala ni buena, ahí estaba simplemente.

A lo mejor ese era el motivo por el que pensar en una buena chica de un buen pueblo no me parecía… suficiente.

Pero a veces quería que lo fuera.

La verdad (en parte al menos) era que me gustaba mi vida tal y como era. Nunca sentí que me estuviera perdiendo algo ni nada solo porque no tenía pareja.

La otra parte era más personal. Era una inseguridad muy arraigada que provenía de tener un cerebro que a veces sentía que no era mío.

Hacía unos cinco años que me diagnosticaron trastorno depresivo mayor. A estas alturas había aprendido a vivir con ello, y tenía unas pautas (medicación, terapia, actividad física) que me funcionaban, lo que significaba que las cosas no se ponían tan mal como antes. También por eso me gustaba dibujar. Dibujar ayudaba a que mi cerebro fuera más amable conmigo.

Desde el punto de vista lógico, tenía al toro de la depresión cogido por los cuernos.

Pero la depresión no era un trastorno lógico. Era un frente frío inesperado en pleno julio. Era imposible de predecir, lo que significaba que me pasaba mucho tiempo preocupándome por cuándo iba a pasar algo malo. No *si*, sino *cuándo* acabaría hundido en otro agujero negro y tendría que decidir luchar para salir de él.

Incluso cuando era feliz, pensaba en el momento en el que dejaría de serlo.

Sinceramente, era agotador. Ocupaba una parte enorme de mi cerebro incluso cuando era consciente de que no había mucho que pudiera hacer al respecto.

A eso me refería cuando decía que a veces no sentía que mi cerebro fuera mío. Era como si, en vez de eso, le perteneciera a mi trastorno mental.

Y, francamente, era una mierda.

—Este sitio es increíble. —La voz suave de Ada me trajo de vuelta a Baby Blue. Estaba en medio de lo que solía ser el salón, mirando los techos abovedados—. ¿Cuánto tiempo dices que lleva vacía?

Miraba la antigua Casa Grande como la miraba yo: como si fuera un sueño. Sí, quería un rancho de huéspedes, pero también quería que este lugar *fuera* algo. No solo un edificio que *solía* ser algo. Quería que sobresaliera por sí mismo.

Era una parte de Rebel Blue, y Rebel Blue era una parte de mí.

—Mis padres se mudaron a la Casa Grande nueva antes de que naciera mi hermano, así que diría que unos treinta y cinco años.

—Está en buen estado para llevar tanto tiempo vacía —contestó, pasando la mano por el papel pintado de la cocina—. Pero eso significa que lo más probable es que nos encontremos algunas sorpresas.

Sonreí.

—Sinceramente, lo único que espero es no ver más animales aquí

dentro, ni muertos ni vivos.

Los ojos marrones de Ada se abrieron de par en par. Me gustaban sus ojos. Eran oscuros, pero tenían una variedad de anillos claros y oscuros, como el interior de un árbol. Los anillos eran como esos círculos de hipnosis.

—Sí —respondí—. A los mapaches les gusta este sitio casi tanto como a mí. Llamé al tipo de los mapaches para que viniera, pero esos cabrones son implacables.

Emitió una risa, no como la de la cocina ni como la de anoche. Esta era como si no quisiera reírse, pero no pudiera evitarlo.

¿Quién no quería reírse?

—¿El tipo de los mapaches? —preguntó cuando terminó de reírse.

—Sí. Wayne.

Ada enarcó una de sus cejas oscuras.

—¿Qué hace exactamente el tipo de los mapaches?

—Se ocupa de los mapaches —expliqué, un poco desconcertado—. Viene a atraparlos y luego los traslada de forma segura. —¿Qué iba a hacer si no el tipo de los mapaches?

Se le contrajo la comisura de la boca.

—Pues claro que hay un tipo de los mapaches —dijo. Más para sí misma que para mí, creo. Caminó hacia la mesa de trabajo que coloqué entre la cocina y el salón—. Vale —continuó—. Vamos a ver cómo va a ser esta semana.

Mientras sacaba el iPad recién recuperado de su bolsa recién recuperada, me acerqué a ella, asegurándome de que mantenía una distancia profesional. No quería que se sintiera incómoda, pero vi cómo se tensaba de todas formas, así que me alejé otro paso y su postura se relajó un poco. Sacó unos cuantos documentos y hojeó lo que parecía un programa.

—Bueno, Evan llegará mañana y supervisará el resto de la demo.

Por la pinta que tiene ahora, no debería llevar mucho tiempo. —Gus, Brooks y yo nos habíamos pasado los últimos fines de semana adelantándonos, ninguno de los dos había dicho nunca que no a golpear algo con un martillo.

—Los trabajadores locales vienen el lunes que viene, ¿no? —pregunté en un intento por hacerle ver que había hecho los deberes. Asintió—. Gracias por adaptarte a mi petición de contratar una mano de obra local —dije—. A mi padre… bueno, a toda mi familia, en realidad, le alegra. Es importante para Meadowlark.

—Sin problemas —contestó, esta vez mirándome—. No se me había ocurrido antes, pero tiene sentido hacer uso de la economía local, sobre todo para un proyecto como este. Asumo que vosotros sois una parte importante de ella. —Asentí. Era verdad—. Sinceramente, nunca lo había pensado de manera crítica antes de que lo mencionaras, pero es algo que quiero incorporar en mis futuros proyectos.

—En este pueblo pequeño es algo que se aprecia mucho —indiqué, y la volví a mirar a los ojos. Por fin. Sus ojos eran como imanes, y cuando no me estaban mirando, los míos exploraban cada parte de ella hasta que volvían a encontrarlos.

En ese momento los sentí, los latidos de mi corazón. Los oí también. Cuando nuestros ojos se clavaban así los unos en los otros, algo dentro de mí se desbloqueaba y todo mi cuerpo se acordaba de cómo era perderse en esta mujer, esta desconocida, y ansiaba esa sensación.

Creo que ella también lo sentía, porque dio un paso hacia mí.

Así que yo di un paso hacia ella.

En el silencio de la habitación, oía cómo se le entrecortaba la respiración.

Joder, quería escuchar ese sonido un millón de veces más.

Volvimos a acercarnos el uno al otro, tocando la línea con la punta del pie.

Para mí, Ada era una desconocida, pero no quería que lo fuera. Quizás lo que ocurrió anoche en el bar fue el destino.

Quizás Baby Blue no era mi única oportunidad de tener algo más grande, algo que pudiera ser mío.

Quería tocarla, alargar la mano y cubrirle la cara. Casi lo hice, pero cuando fui a dar el último paso, la tabla vieja crujió bajo mis pies lo suficientemente fuerte como para que retrocediéramos un paso.

Ada apartó los ojos de los míos y sacudió la cabeza.

—Escucha —dijo. Era la primera vez que le escuchaba un tono de voz así de áspero. No era el profesional y frío que llevaba usando todo el día conmigo. Este era enfadado—. No he venido para cumplir una estúpida fantasía en plan *Cowboy Take Me Away*. He venido a trabajar.

—Lo siento —contesté enseguida, sin pensar mucho en el hecho de que estaba usando a The Chicks contra mí—. No pretendía…

Pero Ada no me dejó terminar.

—El beso de anoche estuvo muy bien, pero no significó nada. Estaba aburrida y tú estabas ahí. No debería haber pasado nunca. —Vale, ¡ay! No sabía por qué me había afectado tanto, pero esta mujer lanzaba palabras como Gus lanzaba puñetazos.

Tenía razón: solo fue un beso.

A pesar de que no pareció «solo» nada. Para mí, al menos.

—Y no va a volver a pasar. Esto es estrictamente profesional. ¿Lo entiendes? —Los ojos de Ada eran fríos y su voz, afilada. Comparado con las risas que soltó anoche y hoy cuando le hablé del tipo del mapache, esto era como una patada rápida en el estómago.

Pero no iba a decírselo.

Tenía razón. Había venido a trabajar, y yo necesitaba que hiciera

un buen trabajo.

Así pues, asentí y dije:

—Lo entiendo.

E intenté ignorar el sonido que hizo mi corazón al agrietarse.

9

Ada



Mi opinión al respecto había cambiado hacía poco, pero ahora estaba convencida de que era mucho más fácil odiar a tu jefe que sentirte atraída hacia él, sobre todo cuando literalmente parecía sacado de la fantasía con vaqueros de cualquier mujer.

Durante la última semana, había conseguido evitar con éxito estar a solas con Weston e interactuar con él más allá de las preguntas sobre el proyecto. Por suerte, se despertaba antes que yo y hacía lo que fuera que hicieran los vaqueros las primeras horas del día antes de pasarse por el sitio de la reforma. Casi siempre encontraba una forma de ser útil, pero otras veces se limitaba a comprobar cómo iba antes de volver al trabajo.

A pesar de que le estaba viendo menos que durante mi primer día en Meadowlark, era incapaz de evitarle por completo. Era imposible.

Y a medida que avanzaran las semanas, se iría haciendo más

imposible. Al principio de un proyecto, Evan asumía el mando. Durante dicho tiempo, yo básicamente me convertía en una parte más del personal (elaboración de demos, formulación y construcción), pero era mi momento de la verdad para asegurarme de que tuviéramos los materiales que iban encima de los cimientos que Evan y el equipo estaban creando una vez que estuvieran listos.

También tenía que ocuparme de mantenerme al día con las redes sociales. Subía *stories* todos los días y publicaba tres fotos y un vídeo a la semana durante los proyectos. Podía volverse abrumador, pero no lo veía como una tarea. Mi trabajo como tal existía gracias a la comunidad que había construido en torno a mi perfil, y me encantaba compartir mi trabajo con ellos.

Había gente que creía que no era una diseñadora de interiores «real» porque no había ido a la facultad. Me preguntaba qué pensarían esas personas sobre mí si supieran que *sí* que fui a la facultad; simplemente no la terminé.

Como cualquier otro espacio, internet tenía su porcentaje de gilipollas, pero me sentía agradecida de que en Home Is Where the Hart Is fuera mínimo. Y parecía que le caía bien a mi comunidad. Ignoraba la pequeña voz de mi cabeza que decía que solo era porque no me conocían.

Hace unos días, publiqué una foto en la que aparecía Wes. No fue intencionado, y solo salía al fondo, mirando la casa con una sonrisa, pero en menos de cinco minutos empecé a recibir comentarios que decían cosas como «salva a un caballo» y «ese vaquero me está provocando cosas».

Intenté no enfadarme por ello.

Y, ahora mismo, Weston llevaba una camiseta blanca que puede que le quedara un poco ajustada y estaba golpeando la pared que separaba dos de los dormitorios con un mazo.

Estaba soltando unos gruñidos pequeños que me hacían preguntarme si alguien había subido el termostato sin querer.

Que me atrajera físicamente era… raro. No era algo que me ocurriera a menudo. Veía a alguien y sabía que era atractivo, pero si cualquier otro hombre que me atrajera estuviera soltando minigruñidos pornosos, lo más probable era que hubiera querido darle un puñetazo en la cara.

Sin embargo, a Weston no.

—Ada, ¿estás bien? —dijo Evan a mi lado, y me di cuenta de que me había quedado mirando fijamente a Weston.

—Sí, perdón. ¿Qué pasa? —pregunté. Evan y yo llevábamos poco más de un año trabajando juntos, pero sentía que lo conocía de toda la vida. No era mi amigo del todo, pero era más que un compañero de trabajo.

También sabía más sobre mí que nadie, pero no porque yo se lo hubiera contado. El marido de Evan, Carter, trabajaba con mi exmarido, Chance. Así fue como nos conocimos, así que cuando todo lo de Chance se fue al garete, Evan lo supo todo.

No hablamos de ello, pero sabía que Evan estaría ahí si lo necesitaba, y que estuviera en Wyoming era la prueba de ello. Este era mi primer encargo fuera de California, y la mayoría de los encargos habían sido en el área de San Francisco. Cuando le comenté a Evan lo de Wyoming y el cronograma del proyecto, no supe si iba a venir, pero lo hizo.

Y me sentía agradecida.

—Nada —respondió Evan—. Solo quería que fueras consciente de que tus miradas son tan sutiles como un disparo. —Miró a Weston y luego a mí.

Puse los ojos en blanco, pero agradecí que lo señalara. Lo último que necesitaba era que Weston me pillara mirándole y que

malinterpretara el significado.

Aunque algo me decía que no era de esos. Cuando le dije que no iba a pasar nada y que solo era trabajo, esperaba que… presionara, un poco al menos.

Pero no lo hizo.

Respetó mi límite y, aunque eso fuera lo mínimo que cabía esperar, para mí era algo nuevo. Su forma de interactuar conmigo, con los obreros, con todo el mundo me hacía pensar que era un buen chico.

Pero había tenido malas experiencias con un chico bueno y no quería que fueran dos. Además, no sentía ningún deseo de tener una relación. Mi vida por fin era mía, y todavía estaba intentando averiguar qué significaba eso para mí.

Cuando volví a la hoja de cálculo con los materiales que tenía abierta en el portátil (marcando lo que se había pedido y lo que no, comprobando las confirmaciones y actualizando los registros de contacto con los proveedores), oí un sonido que normalmente no oía en esta fase de una obra: tacones.

Alcé la vista y vi a una mujer entrando por la puerta principal. Sería más alta que yo incluso sin los tacones, pero con ellos lo más probable era que rozara el metro ochenta. El pelo oscuro y rizado le caía hasta los codos. Llevaba puesto un conjunto increíble compuesto por una camisa blanca de manga larga metida por dentro de unos pantalones negros anchos y un maletín de cuero. Parecía uno de esos bolsos sencillos pero que costaban una barbaridad.

Sus ojos, que desde aquí parecían negros, estaban escaneando el lugar en busca de alguien. Cuando vio a Wes, me dio un vuelco el corazón.

Mierda. Mierda. *Mierda*. ¿Había tonteado sin querer con un hombre que tenía novia? ¿Una novia muy guapa y con pintas de ser muy poderosa?

«Eso es lo que te pasa por enrollarte con un desconocido en un bar y no preguntar nada, Ada». Pero me devolvió el beso. Así que también era culpa suya.

Lo *sabía*, joder. Sabía que no podía ser tan bueno como parecía.

Wes había dejado de golpear con el mazo y se llevó la camiseta a la cara para limpiarse un poco el sudor.

Dios.

Si subiera eso a mi perfil, tendría un millón de seguidores en cuestión de una semana. Y ahora que estaba molesta con él de verdad, me enfadó pensar que todo lo que tenía que hacer un hombre para que la gente acudiera en masa a él era existir y ser semiatractivo.

Hizo contacto visual con la mujer y la saludó con la mano y una sonrisa con hoyuelos. Cuando se acercó a él, fue a abrazarla, pero ella lo detuvo colocando la mano delante y señaló su cuerpo sudoroso.

Cuerpo «resplandeciente» podría haber sido el término más preciso.

Se rio e hizo un gesto en dirección a la mesa en la que estaba sentada. Genial. Venían hacia mí.

—Ada —me llamó Weston a medida que se acercaban a la mesa—. Quiero que conozcas a alguien. —Me levanté y pensé en cómo decirle que su novio era un mierdas. Tendría que hacerlo después, ya que no podía soltar semejante bomba en medio de una obra.

»Esta es Cam, o, eh, Camille —dijo, como si no estuviera acostumbrado a usar su nombre completo. El nombre le pegaba. Sonaba… regio—. Es la abogada que está ayudando con el proyecto.

—Aspirante a, Wes —le corrigió Camille—. Los abogados se han graduado en Derecho y han aprobado el examen de abogacía. Yo no he hecho eso todavía.

—Sí que has aprobado. Simplemente no te han dado los resultados todavía —contestó. Mmm. ¿Cómo sería tener a alguien que estuviera tan seguro de ti y de tus habilidades? Camille puso los ojos en blanco, pero estaba claro que estaba reprimiendo una sonrisa. Vale, conque surtía ese efecto en todo el mundo.

—Ada —dije mientras extendía la mano—. Encantada de conocerte.

—Camille, pero aquí todo el mundo me llama Cam. —Porque aquí todo el mundo la conocía, incluido Weston. Mientras le estrechaba la mano, me di cuenta del diamante enormemente enorme que tenía en el anular izquierdo y me dio otro vuelco al corazón. ¿Estaba… *prometido*? Madre mía, la había cagado pero bien—. Es la primera vez que estoy aquí —continuó mientras miraba a su alrededor—. Estoy segura de que va a quedar genial.

—La visión de Ada es increíble —indicó Weston al momento, y sus ojos aterrizaron sobre mí, vivaces y tiernos—. Tiene talento.

—No lo dudo —contestó Cam, y me sonrió con dulzura.

—Esto, eh… —dije, intentando pensar en cómo preguntar por la relación de Weston y Cam. Si estaban prometidos, consideraba que ella tenía derecho a saber lo del beso, pero no tenía amigas mujeres, o amigos en general, así que no estaba del todo segura de cómo debería gestionar esto. Pero Weston habría mencionado una prometida en el resumen sobre su familia, ¿no?—. ¿Cuánto tiempo lleváis juntos?

Los ojos de Weston parecían estar a punto de salírseles de las órbitas y Cam soltó una carcajada. No lo entendía.

—No estamos juntos —respondió Cam al mismo tiempo que Weston decía:

—Es de la familia.

Dios.

¿Acababa de asumir que estaba prometido con su prima o algo así? «Madre mía, Ada, estás que te sales».

—El hermano de Wes es el padre de mi hija. —Vaya, menudo trabalenguas. Entonces, ¿estaba prometida con su hermano? Cam debió de ver cómo le lanzaba una mirada al anillo, porque añadió—: Y no, tampoco estoy prometida con su hermano. Un drama —concluyó con un gesto de la mano.

—L-Lo siento mucho. Vi el anillo y supuse… —Menuda metedura de pata.

—No, no pasa nada —aseguró Cam con una risa—. Es estimulante conocer a alguien que no está al tanto de toda mi vida amorosa. —Parecía tan sincera. Todavía no había conocido a nadie de la familia de Weston aparte de su padre, pero si todos eran así, iba a tener que trabajarme lo de suponer siempre lo peor.

Weston, que parecía que todavía se estaba recuperando del hecho de que había asumido que estaba prometido con Cam, dijo:

—Ya que hemos establecido el hecho de que no estoy prometido con la madre de la hija de mi hermano, ¿tienes esos papeles para que los firme? —Miró a Cam.

Cam se volvió a reír.

—En serio, Ada. Me has alegrado el día. Es divertido ser un misterio —comentó—. Y sí. Solo unos papeles de tenencia que tengo que llevar al ayuntamiento esta semana. —Dejó el bolso sobre la mesa, y me sentí mal porque iba a acabar cubierto de polvo en un milisegundo, pero no pareció importarle.

Hojeó unos cuantos documentos pasando a su vez por ellos las yemas de los dedos antes de sacar una carpeta de papel manila. La abrió, pasó unas cuantas páginas y le indicó a Weston dónde tenía que firmar antes de volver a mirarme.

—Bueno, Ada, ¿qué te parece Meadowlark? —preguntó Cam.

Cuando me sonrió, pareció sincera.

—Es bonito —respondí con honestidad. Mentiría si dijera que no estaba totalmente embelesada por las montañas y el cielo azul y grande—. No he visto mucho, pero el rancho es precioso.

—A ver, has estado en el bar y en la cafetería, así que básicamente has visto medio pueblo —dijo Cam con un gesto de la mano. No tenía ni idea de cómo sabía eso, lo que debía de tener escrito por toda la cara—. Pueblo pequeño, ¿recuerdas?

—Las comedias románticas no mienten, ¿verdad? —comenté con la esperanza de que se tomara mi sarcasmo de la forma correcta.

—No, pero te aseguro que no tenemos tantos dueños de pensiones buenorros.

—Pero parece que tenéis el monopolio de vaqueros buenorros —contesté sin pensar. Eso llamó la atención de Weston, que giró la cabeza a toda velocidad para mirarme. Nuestros ojos se encontraron durante una fracción de segundo y me arrepentí al momento.

El aire zumbó e hice todo lo posible por ignorarlo.

Cam se volvió a reír.

—Si buscas eso, sin duda estás en el lugar correcto.

—Cuéntame más sobre esos vaqueros buenorros —intervino Weston mientras se inclinaba sobre la mesa de trabajo con una arrogancia y un atractivo irritantes—. ¿Alguien en específico? —Cruzó los brazos sobre su pecho ancho, e incluso por el rabillo del ojo veía los puñeteros hoyuelos en todo su esplendor.

—Tu padre —bromeé sin mirarle a los ojos. Ya había cometido ese error hoy y no quería repetir lo que ocurrió la última vez que Weston y yo establecimos un contacto visual prolongado. Cam se tapó la boca con la mano y soltó unas cuantas risitas, pero me salvé de la respuesta de Weston gracias a una pequeña humana que se lanzó hacia las piernas de Cam.

—¡Mami! —gritó la pequeña. Cam todavía se estaba recuperando de la risa, pero alzó a su hija en brazos y le dio un achuchón.

—Hola, cielo —dijo Cam. La hija de Cam tenía su pelo, pero los ojos eran verdes y tenía dos hoyuelos grandes que me resultaron familiares. Llevaba lo que parecía un uniforme de fútbol color rosa.

—Riley —llamó una voz ronca desde la puerta—, te acabo de decir que tienes que ponerte un casco antes de entrar. —Alcé la mirada para ver de quién era la voz y, mira por dónde, me encontré a otro vaquero. Asumí que este era Gus.

Era obvio que Weston y Gus estaban emparentados, pero mientras que Weston llevaba una sonrisa, Gus llevaba un ceño fruncido. Su pelo y sus ojos eran más oscuros también, y lucía un bigote recortado a la perfección. Había pocos hombres a los que le quedara bien el bigote, y Gus parecía ser uno de ellos.

—Ya tengo la cabeza dura —le replicó la pequeña (Riley)—. Lo dijiste cuando no quise ponerme el pijama.

—Tener la cabeza dura no tiene la misma función que un *casco* —contestó Gus con un suspiro. Estaba acercándose a nosotros.

—No sé qué es eso —indicó Riley, y Gus negó con la cabeza.

—Ahí tiene razón —señaló Cam—. Me pregunto de dónde ha sacado lo de tener la cabeza dura. —Su hija le estaba rodeando el cuello con los brazos y me miraba mientras acariciaba el hombro de su madre con la nariz.

—¿Quién eres? —preguntó Riley, mirándome.

—Ada. ¿Quién eres tú?

—Riley Amos Ryder —respondió. Qué mona.

—Me alegro de conocerte, Riley Amos Ryder —dije con una sonrisa que no pude evitar.

—¿Tienes segundo nombre? ¿Cuál es tu apellido?

—Lo siento —intervino Cam—. Ahora le ha dado por eso. Tiene

que saber el nombre completo de todo el mundo. —Asentí para indicarle que no pasaba nada.

—Ada Althea Hart —contesté, segura de que mi madre estaría encantada de que alguien me hubiera preguntado mi nombre completo. Althea era el nombre de mi abuela. La abuela que le dio a mi madre el dinero que necesitaba para irse a Estados Unidos desde Grecia cuando tenía veintidós años.

Riley asintió con un gesto que parecía de aprobación.

—Es bonito —dijo—. Me gustan tus dibujos. —Me señaló el brazo, que estaba cubierto de tatuajes.

—Gracias. A mí me gusta tu uniforme rosa de fútbol.

—Mi padre también tiene dibujos, pero solo se le ven cuando vamos a nadar —declaró. Me gustaba eso de los niños: te contaban cosas porque sí. Sin secretos, sin filtros, solo porque sí—. Y el tito Wes me contó que el tito Brooks tiene un dibujo en el culo, pero no se lo he visto. —¿Ves a lo que me refiero?—. Así que no estoy segura.

Oí a Gus suspirar y Cam empezó a reírse otra vez.

Yo también noté cómo me brotaba una risa y no supe cómo reaccionar. Era como cuando comes un montón de chuches ácidas, las bajas con un refresco y notas burbujitas en la parte de atrás de la garganta. No era una sensación mala, pero era una sensación que no sabía cómo gestionar.

—Riley —dijo Gus.

Riley le miró.

—¿Qué?

—Es de mala educación hablarle a una persona del culo de tu tío cuando hace menos de cinco minutos que la conoces.

—Oh. —Riley parecía confundida—. Perdón.

—No pasa nada —dije—. Gracias por hablarme de los dibujos.

—Por cierto —empezó Cam—, tengo que llevar a esta cotorra al fútbol. —Miró a Riley—. Y tenemos que hacer algo con eso que tu padre llama coleta. —Wes recogió los papeles que había firmado, los metió en la carpeta de Cam y volvió a guardar la carpeta en el maletín, ya que ella tenía las manos ocupadas.

—He hecho lo que he podido, Cam —contestó Gus, que se encogió de hombros.

Riley gimió de una forma que me tocó muy de cerca viniendo de alguien que no podía tener más de cinco o seis años.

—¿Puedo ser portera hoy, mami? Odio correr.

—Me lo pensaré —respondió Cam con una sonrisa divertida. Gus cogió el bolso de Cam de la mesa y se lo colgó del hombro con cuidado.

—Dale duro, cielo —le dijo Gus a Riley—. Te quiero. —Le dio un beso en la frente a su hija, y ella se besó la palma de la mano y se la puso contra la mejilla.

—Te quiero.

—¿Puedes recogerla mañana? —preguntó Cam.

—Sí, debería —respondió Gus—. Si surge algo, mandaré a Brooks o a Emmy.

Cam asintió.

—Gracias. Muy bien, Riles. Despídete. —Riley agitó la manita, y Wes, Gus y yo le devolvimos el gesto.

—Te quiero, peque —dijo Wes—. Gracias, Cam. Por ayudarnos.

—No es nada. Voy a entregar esto y te escribo con cualquier otra cosa. Y, Ada, ha sido un placer conocerte. Avísame si alguna vez te apetece tomar un café o algo. Podemos hacer que las lenguas de Meadowlark se muevan.

—Claro —contesté, aunque las posibilidades de que me reuniera con ella para tomar un café eran escasas. Quería hacerlo (Cam me

parecía estupenda), pero no sabía cómo tener amigos, la verdad. Temía que, si hablaba conmigo más de cinco minutos, decidiera que no le caía tan bien como creía. Yo era mejor en pequeñas dosis.

—¡Hasta luego! —exclamó Cam mientras se dirigía a la puerta, y Riley volvió a despedirse con la mano, y no pude evitar devolverle el gesto.

Me giré hacia Wes, que me estaba mirando.

Siempre me estaba mirando, y yo siempre le estaba mirando a él.

Era un problema.

Un problema grande de cojones.

Así que decidí mirar a Gus en vez de a él, pero él ya estaba mirando a su hermano con una ceja alzada, y su hermano me estaba mirando a mí, así que estábamos en un festival de miradas raro, y necesitaba que parara.

—Soy Ada —dije, extendiéndole la mano a Gus. Siguió mirando a su hermano un segundo más antes de girarse hacia mí.

—Gus Ryder. Me alegro de conocerte por fin —contestó mientras me estrechaba la mano. Con firmeza. Ah, conque era uno de esos.

—Igualmente. Me cae bien tu hija.

Gus negó con la cabeza, pero vi cómo sonreía con los ojos.

—Es buena.

—Vale. —Wes dio una palmada—. Ahora que ya nos conocemos todos, Gus, te haré un repaso.

—No hace falta —respondió Gus mientras cruzaba los brazos sobre el pecho y se apoyaba en el banco de trabajo—. Quiero hablar con Ada sobre el proyecto.

Hasta ahora, no había visto a Weston comportándose de una forma que no fuera jovial. Parecía… nervioso. Veía cómo tragaba saliva y estaba golpeando sin parar el banco de trabajo con el dedo índice mientras se frotaba la barbilla con la otra mano.

—Me encantaría hacer un repaso contigo —dije—. Pero Weston sabe todo lo que yo sé.

No sabía por qué, de repente, sentía la necesidad de hacer algo que pensaba que tranquilizaría a Weston.

Yo no era así.

10

Wes



Esta semana había aprendido mucho sobre mí. En primer lugar, al parecer me iban las mujeres con tatuajes y petos que me ignoraban la mayor parte del tiempo. Me iban muchísimo. En segundo lugar, al parecer daba la imagen de que besaría a dicha mujer en el pasillo de un bar estando prometido con otra persona.

Eso no me sentó bien, y odiaba que Ada lo hubiera asumido sobre mí. Pero también hizo que me preguntara si conocía a alguien que *haría* eso.

Y si ese era el caso, lo odiaba también.

Era muy fácil olvidarme de que no me conocía y que yo no la conocía a ella, a pesar de que estaba desesperado por hacerlo.

Estábamos a finales de la primera semana y el proyecto había ido viento en popa. Sabía que eso no iba a durar para siempre, pero madre mía, Ada era… impresionante. Evan y ella tenían una forma

de conectar con el equipo que hacía que quisieran escuchar. Ada era callada y profesional; había oído a algunos miembros del personal decir que era «fría» o «distante», pero yo no creía que fuera el caso. Más que nada, porque de vez en cuando soltaba un chiste que arrancaba gritos de todo el equipo. Luego volvía a sumergirse en su trabajo, que es donde parecía sentirse más cómoda.

Siempre se estaba metiendo lápices detrás de las dos orejas. Estaba tan inmersa en su trabajo que no se daba cuenta de que ya tenía uno, así que acababa con dos lápices a modo de cuernecitos.

Era adorable de cojones.

Me gustaba mucho. Pero era obvio que ella intentaba tener el menor contacto posible conmigo, así que hacía todo lo que estaba en mi mano por captar la indirecta.

A pesar de que lo único que quería era estar cerca de ella.

Quería averiguar qué más la hacía reír como lo hizo aquella noche en el bar. Quería saber qué canciones escuchaba cuando tenía un mal día o uno bueno y cuál era su comida favorita.

Quería saber si su cuerpo reaccionaba ante el mío como el mío ante el suyo.

Quería una oportunidad.

Pero nada de eso estaba en los planes. Ada había establecido un límite, y yo no quería sobrepasarlo. Bueno, sí que quería sobrepasarlo. Pero quería que ella *quisiera* que lo sobrepasara.

Todavía seguía reproduciendo el beso en bucle en mi cabeza. Cada vez que la veía, me acordaba de lo maleable que sentí su cuerpo bajo las manos y lo sensible que se mostró cuando la tocaba.

Me acordaba de cómo me mordió el labio y de cómo gimió contra mi boca cuando le inmovilicé las manos contra la puerta.

Joder.

Yo no me ponía así con las mujeres. No *quería* ponerme así. Eso

hacía que a veces me preguntara si me pasaba algo. En plan, sabía que me pasaban muchas cosas (todo el mundo tenía sus cosas), pero mi neutralidad hacia muchas de las mujeres que en algún momento habían mostrado interés en mí me convertía en el raro, sobre todo porque me había criado con Gus y Brooks.

Antes de Emmy, Brooks era un donjuán, y Gus ahora lo negaría, pero antes de Riley no se le conocía precisamente por comprometerse, ya que nunca dejaba entrar a ninguna mujer. Excepto a Cam, pero no porque estuviera enamorado de ella, sino porque era su amiga y la respetaba.

No le tenía fobia al compromiso, era un padre dedicado y a las mujeres también les gustaba eso, pero Gus seguía teniendo la puerta cerrada a cualquier tipo de relación.

En cuanto a mí, no es que no quisiera una, sino que no había querido una con nadie que se hubiera interesado por mí. Y ahora quería conocer a la chica que no estaba interesada.

Maravilloso.

Hablando de esa chica, la vi en su ridículo coche mientras me dirigía hacia la entrada de la Casa Grande. Era sábado por la mañana, por lo que no había que trabajar en Baby Blue. Había paseado por uno de los senderos del rancho a primera hora de la mañana con mi caballo, Ziggy, y luego fui al picadero a ver a Emmy.

Miré el reloj. Eran un poco más de las diez, más tarde de lo que me esperaba. Ada estaba golpeando el volante, y me pregunté por qué hasta que la oí intentar arrancar el coche, el cual no respondía.

Teniendo en cuenta cómo este chirriaba y temblaba cuando lo condujo a Rebel Blue a principios de la semana pasada, me sorprende que llegara a Wyoming, y mucho más que durara tanto.

Caminé hasta el coche y le di un toque a la ventanilla. Se sobresaltó y me lanzó una mirada asesina una vez que se le hubo

pasado la sorpresa, pero me limité a sonreírle. Prefería sus miradas asesinas a las cariñosas de cualquier otra persona.

—¿Pasa algo? —pregunté mientras abría la puerta del coche.

—El imbécil de mierda no arranca —dijo con un resoplido. Apoyó la cabeza en el volante, derrotada.

—¿Adónde ibas? —inquirí, intentando no sobrepasarme.

—Quería comprar unas sudaderas y un par de cosas más en el pueblo —respondió con la cabeza todavía contra el volante.

—Tenemos una camioneta extra que puedes usar —ofrecí—. Está en el garaje.

Ada me miró.

—¿En serio? ¿Me dejas usarla?

—Sí. ¿Por qué no? No la usa nadie.

—No es la azul fea que tengo aparcada al lado, ¿no? —preguntó mientras le lanzaba una mirada de preocupación a la camioneta de Emmy, y me reí.

—No, esa es la de mi hermana, pero me aseguraré de decirle que piensas que su tesoro más preciado es feo. —Ada abrió los ojos de par en par. Esos ojos marrones y grandes tenían un gran efecto sobre mí.

Se mordió el labio inferior, y me vino el recuerdo de ella mordiéndome el mío.

—Es… un detalle. Sería genial. Gracias.

—No es nada, las llaves están puestas. Sígueme. —Le aguanté la puerta del coche mientras salía antes de cerrarla y dirigirme al garaje.

Nos conduje hasta mi antigua ranchera, una GMC Sierra. No estaba en el mejor de los estados, pero se podía conducir y era muchísimo más fiable que el coche en el que había llegado Ada. Más segura también. Ningún choque podría derribar a esta jaula de

acero.

Estaba al fondo del garaje, por lo que tenía que mover mi camioneta para sacarla. Ada lo miró y negó con la cabeza.

—Nunca en mi vida había visto tantas camionetas como en este rancho.

—Bienvenida a Wyoming —dije mientras abría la puerta del conductor.

—Igual si conduzco esta malota la gente del pueblo no me mirará tanto —comentó—. Me ayudará a integrarme.

—Odio tener que decírtelo —contesté—, pero una mujer guapa siempre va a recibir miradas. Conduzca lo que conduzca. —En cuanto lo dije me arrepentí. No porque no pensara que era guapa, sino porque sentía que acababa de sobrepasar el límite que había puesto.

Era como si viera cómo los muros de Ada se alzaban al momento. Mierda.

Apartó la mirada de mí y no dijo nada. Cuando miró dentro de la cabina de la camioneta, se le hundieron los hombros.

—No puedo conducirla —indicó. Nunca había oído su voz así, pequeña, tímida.

—Lo siento —dije enseguida—. No debería haber dicho eso, pero claro que puedes conducir la camioneta…

—No, literalmente no puedo conducirla —afirmó. Estaba jugueteando con los anillos de plata que llevaba en algunos dedos—. No sé conducir un coche manual.

Ni siquiera había pensado en eso. Sinceramente, a mí también se me había olvidado que la camioneta tenía una palanca de cambios. Pero hubo algo en su respuesta que noté raro en la cabeza y pesado en el corazón. Parecía mucho más profundo que el simple hecho de no saber conducir un coche manual, lo cual era bastante común

incluso en Meadowlark.

—Mierda, lo siento —dije, e intenté pensar en una forma de expresar mi sugerencia sin que provocara que saliera corriendo hacia las montañas. No sabía mucho de Ada, pero sabía que se espantaba con la misma facilidad que un caballo frente a una bolsa de plástico —. Puedo llevarte —ofrecí con rapidez—. Al pueblo. Tengo que ir a por unas cosas de todas formas.

Volvió a morderse el labio. Lo hacía cuando pensaba. Tenía los ojos fijos en el suelo y se negaba a mirarme, como de costumbre.

—Supongo que… —empezó, y luego añadió—: Está bien.

—Mi camioneta es esa —indiqué, señalando la camioneta marrón que teníamos detrás. La acompañé hasta el lado del copiloto, abrí la puerta y esperé a que subiera.

Parecía estar pensando otra vez, retractándose, lo más probable.

—¿Sabes? —dijo—. Creo que en realidad no hace falta. Gracias por ofrecerte, pero no es urgente. No quiero desbaratarte el día.

¿Desbaratarme el día? Me tiraría por un acantilado con la camioneta si eso significaba que tenía unos momentos a solas con ella, pero no tenía por qué saber eso.

—No desbaratas nada. Tengo que ir al pueblo de todas formas y tú necesitas que te lleven. —Intenté que sonara transaccional, como si no fuera más que negocios. No reaccionaba ante mí, pero reaccionaba ante los negocios.

—No, no hace falta…

Ya, estaba harto de eso.

—Sube a la camioneta, Ada. —Mi voz sonó más exigente de lo que pretendía. La columna vertebral de Ada se enderezó, sus ojos por fin se encontraron con los míos y me miró fijamente.

—No puedes decirme lo que tengo que hacer los sábados —replicó con naturalidad.

—Puedo cuando actúas de forma absurda —contesté. Yo no decía cosas así. Yo no me comportaba así, pero es que era tan… frustrante —. Es llevarte al pueblo, no una propuesta de matrimonio.

No le gustó esa respuesta, pero no iba a retractarme. Nos miramos fijamente unos segundos más. Me gustaba cuando me miraba, aunque fuera con enfado. Era mejor que las miradas frías que llevaba recibiendo toda la semana.

—Vale —soltó antes de subirse a la camioneta.

—Creo que he visto una vaca volando —murmuré para mí mismo mientras cerraba la puerta.

—Te he oído.

—Bien —repliqué.

Rodeé la camioneta por delante, abrí la puerta y me senté en el lado del conductor. Tardé menos de un segundo en darme cuenta de que Ada y yo estábamos solos… en un espacio pequeño y cerrado.

Aquí no podía huir de mí, por lo que hice algo que, probablemente, no debería haber hecho.

Le agarré la mano y la coloqué sobre el pomo de la palanca de cambios, con la mía encima. Intentó retirarla, pero la mantuve ahí.

—¿Qué haces? —preguntó, y sonaba tanto enfadada como confundida.

—Enseñarte a conducir con palanca de cambios.

—No quiero aprender a conducir con palanca de cambios.

—Sí que quieres —dije. Ada soltó un resoplido de fastidio, pero no lo negó. Lo sabía. Le había visto la cara antes y lo sabía. Era algo que podía hacer por ella—. Muy bien, ahora mismo, la palanca de cambios está en punto muerto, pero si la mueves… —Moví la palanca con las dos manos—. Y la bajas, pones la marcha atrás. ¿Has notado cómo ha encajado en su sitio?

Asintió. Intentaba parecer desinteresada, pero me di cuenta de

que estaba interesada.

—No voy a poder mirarte mientras conduzco, así que estaría bien que contestaras con palabras cuando te hago una pregunta.

—Sí, señor —contestó Ada mientras ponía los ojos en blanco de forma exagerada. Vale, eso fue directo a mi polla. Igual no lo había pensado bien, pero ya era demasiado tarde como para dar marcha atrás.

—Vale, un vehículo manual tiene tres pedales en vez de dos, y para hacer que la camioneta se mueva, tienes que alternar acelerador y embrague.

—No tengo ni idea de lo que significa eso.

—Significa que tienes que soltar el embrague mientras pisas el acelerador, y cuando se encuentren en el medio es el punto óptimo.

—¿El punto que hace que la camioneta se mueva? —preguntó.

—Sí —respondí, y puse la camioneta en marcha y nos saqué del garaje mientras volvía a disfrutar de la sensación de tener mi piel sobre la suya. Puse la palanca de cambios en punto muerto justo antes de que la camioneta se detuviera—. Y cuando la camioneta se detenga, asegúrate de que no tenga ninguna marcha puesta o se calará.

—¿Calarse? —preguntó. Puse la primera marcha y solté el embrague. El motor petardeó y se apagó.

—Calarse —repetí. Retiré la mano de la suya y enseguida eché de menos la sensación de su piel, pero tenía que volver a arrancar la camioneta. Luego, volví a colocar la mano sobre la suya—. Ahora mismo está puesta la primera marcha, y es la que tiene que estar cada vez que queramos empezar a movernos. Una vez que la camioneta empieza a moverse —dije mientras la camioneta se movía por el camino—, subimos a segunda. —Pisé el embrague y cambié de marcha—. Y una vez que alcances unos veinticinco kilómetros por

hora… —«Embrague, cambio de marcha»—. Subes a tercera, y así.

—¿Y hay que pisar el embrague cada vez que cambias de marcha? —preguntó.

—Sí. Pisas el embrague, sueltas el acelerador y cambias de marcha.

—Hay que recordar mucho —dijo en voz baja.

—No es tan complicado como parece —le aseguré—. Te lo prometo. —Después de eso, nos quedamos un rato en silencio. Notaba que Ada estaba concentrada en mí, en nuestras manos, en lo que estaba haciendo (intentando asimilarlo todo), así que no saqué tema de conversación.

Nos dejé estar.

Al cabo de unos minutos, Ada habló.

—Estuve casada. —Su voz volvía a ser pequeña, al igual que cuando dijo que no sabía conducir un coche manual. Mantuve la mano sobre la suya y procuré no reaccionar. Me sorprendió que compartiera algo sobre ella y quería que continuara—. Teníamos un coche. Era manual.

—¿Pero no sabías conducirlo? —pregunté, y se me tensó la mano que tenía en el volante.

—No, así que no salía de casa a no ser que pudiera ir andando o que me llevara mi ex.

—¿No intentó enseñarte?

—Decía que no hacía falta que condujera cuando él podía llevarme a donde yo quisiera. —Me vino a la mente una imagen de Ada, una imagen en la que parecía un pájaro en una jaula. La cabeza me daba vueltas por lo que significaba eso (que no podía hacer cosas por su cuenta) y me puso furioso de cojones.

Fuera quien fuese ese gilipollas, quería encontrarle y tirarle por un acantilado.

—Al principio pensé que era dulce que quisiera llevarme a todas partes, pensaba que estaba cuidando de mí, pero después de unas semanas empecé a sentirme atrapada.

—Lo siento —dije, sin saber cómo mejorar la situación.

—No pasa nada. Ya se acabó —contestó simplemente. Mantuve la vista en la carretera porque sabía que, como la mirara, detendría la camioneta y tiraría de ella hacia mí.

Bajé de la quinta marcha cuando llegamos a la última señal de *stop* que había antes de llegar al pueblo y me volví hacia ella. Nuestras manos seguían una encima de la otra y sentía los latidos de su corazón en las yemas de los dedos.

—Puedo enseñarte a conducir con marchas, Ada, si me dejas. No tienes por qué volver a sentirte así de atrapada.

Apartó la mirada de mí, y no tuve más remedio que empezar a conducir de nuevo. Al cabo de unos minutos, llegó un pequeño «gracias» desde el otro lado de la cabina.

Me quedé callado, ya que no sabía qué hacer por ella ahora. ¿Debería alargar la conversación? ¿O debería quedarme callado y dejarla en paz?

Por suerte, no tuve que tomar ninguna decisión, ya que Ada habló primero.

—¿De verdad tienes que ir a por algo al pueblo o solo estabas siendo amable?

Sonreí y respondí con honestidad. Bueno, semihonestidad. No tenía por qué saber lo mucho que deseaba pasar tiempo con ella.

—Ambas.

—Voy a entrometerme para distraerme del hecho de que acabo de contarte algo íntimo hace unos minutos. ¿Qué necesitas en el pueblo? —Formó unas comillas con los dedos al decir «pueblo».

Dudé un segundo.

—¿Quieres la respuesta de verdad? ¿O la fácil?

—La de verdad —respondió sin vacilar—. Acabo de hablar de mi exmarido y dudo que haya algo más vulnerable que eso.

—¿Tú me has enseñado el tuyo, así que yo tengo que enseñarte el mío? —inquirí, divertido.

—Algo así —respondió. También me pareció que sonreía un poco.

—Bueno —empecé—, tengo que ir a la farmacia a por los antidepresivos, y cierra el sábado a mediodía, así que tu coche estiró la pata justo a tiempo. Podría no haber llegado. —No me importaba compartir esto con Ada. Me mostraba abierto al respecto y quería que me conociera.

Me gustara o no, esto era parte de mí.

Estúpido cerebro triste.

Ada volvió a quedarse callada, así que intervine.

—Ahora los dos sabemos algo del otro —comenté.

—Sí —dijo por fin con una pequeña sonrisa—. Míranos, abriéndonos y todo eso.

—Sienta un poco bien, ¿no?

—La verdad es que sí —respondió—. Te… Mmm… —vaciló un segundo—. Gracias. Por hacer que me sienta menos rara por haberte soltado todo eso. Es agradable sentir que no soy la única que tiene mierda con la que lidiar.

Sí, lo era.

11

Ada



No sé qué me poseyó para hablarle a Weston de mi exmarido y no sé qué me esperaba que hiciera cuando se lo contara. Pensé que dejaría de mirarme como si pensara que era mejor de lo que era o como si todavía estuviera hambriento de mí, pero no ocurrió nada de eso.

En cambio, detuvo la camioneta, me miró fijamente a los ojos y pronunció las palabras que ni siquiera sabía que necesitaba, que ansiaba: «No tienes por qué volver a sentirte así de atrapada». Resonaron en mí como una campana de victoria. Cuando lo dijo, le creí. Tal vez era por el cielo azul y grande de Wyoming, pero aquí no me sentía atrapada.

El resto del trayecto transcurrió sin incidentes. Tuve la oportunidad de pensar en lo que me había dicho Wes y en lo dispuesto que estuvo a la hora de hablarme de su depresión para asegurarse de que no me sintiera sola en mi extraño estado de vulnerabilidad.

Sinceramente, jamás hubiera imaginado que era algo con lo que lidiaba. Wes parecía tan feliz. Pero supongo que, en realidad, la depresión no iba sobre cómo te percibían o la imagen que dabas, sino que iba más bien sobre lo que sentías.

Después de eso hablamos un poco. Me preguntó cuál era mi comida favorita, si me lo estaba pasando bien con el proyecto por ahora… cosas superficiales. Era fácil hablar con él. Antes de que me diera cuenta, estábamos llegando al centro de Meadowlark. Quería comprar unas sudaderas, un abrigo más gordo y unos guantes. Pensé que podría ir a una tienda de ropa y ya está, pero cuando le dije a Weston lo que me hacía falta, se detuvo a un lado de la calle principal, justo enfrente de la tienda de suministros para tractores.

—Dudo que aquí tengan lo que necesito —dije mientras aparcaba la camioneta.

—Confía en mí, este lugar tiene todo lo que necesitas y seguro que hasta cosas que ni siquiera sabes que necesitas todavía —contestó —. Y por la mitad del precio que pagarías en cualquier otro sitio. — Se movió para salir de la camioneta y le seguí.

»¿Estarás bien sola? —preguntó. En vez de responder en voz alta, puse los ojos en blanco y le lancé una mirada asesina. Pensé que se encogería un poco, pero no lo hizo. Se limitó a mostrarme su sonrisa con hoyuelos y siguió hablando.

»Tengo que recoger una receta y tengo dos pares de botas en el zapatero. —Inclinó la cabeza en dirección a la pequeña tienda que había enfrente. Pues claro que había un puto zapatero—. ¿Nos vemos aquí en media hora?

Asentí, a pesar de que una parte de mí quería que se quedara conmigo, aunque nunca lo admitiría. No sabía qué tenía, pero cuando estaba cerca de él, sentía que flotaba. Me sentía bien. Eran dos sentimientos que ya rara vez sentía.

Además, el hecho de que respetara constantemente mi espacio y mis límites también hacía que me sintiera muy segura.

Si no supiera nada, pensaría que Weston era un hombre bueno y decente hasta la médula. Lástima que eso fuera imposible.

—Claro —respondí. Inclinó el sombrero antes de darse la vuelta y cruzar la calle. Intenté sofocar las mariposas que se me habían desatado en el estómago. Eran las mismas cabronas de mierda que aparecieron antes cuando me ordenó subir a la camioneta.

No creía que fuera a encontrar lo que necesitaba en la tienda de suministros para tractores, pero entré de todas formas. Enseguida quedó demostrado que estaba equivocada, porque lo primero que vi fue un estante con sudaderas Carhartt negras, amarillas y verdes en oferta por treinta dólares cada una.

Joder.

Una tienda que había cerca de la casa de mis padres en San Francisco vendía las mismas sudaderas por el doble.

Si esto formaba parte de la vida pueblerina, podía acostumbrarme. Eché un vistazo a las sudaderas y elegí una negra y una verde antes de empezar a recorrer el resto de la tienda.

Sí que había suministros para tractores, o lo que supuse que eran suministros para tractores, pero también había muchísimas otras cosas, como esas pequeñas pinzas con forma de dinosaurio, mucha ropa, cosas de bricolaje, de las que me aseguré de tomar nota mental, y una sección de chuches a granel.

Vi un dispensador con aros de melocotón y no pude contenerme. Cogí una de las bolsas y la llené hasta arriba. Después de caminar un rato y coger algunas cosas más (un gorro, unos guantes y un abrigo, que era otro artículo rebajado), me dirigí a la caja.

Allí había un hombre rubio para escanear los productos. Era guapo, no tanto como Weston, pero lo bastante. Eso era algo que

había notado: si un hombre era atractivo en comparación con Wes.

—¿Lo has encontrado todo sin problemas? —preguntó. Sus ojos se detuvieron en mí un poco más de lo que consideraría cómodo.

—Sí, gracias —respondí. Empezó a escanear los artículos que había cogido.

—No te había visto antes por aquí —comentó. Fue casi acusatorio.

Entre lo que dijo y lo raro que me miraba, empecé a enfadarme.

—¿Se suponía que tenía que ser una pregunta? —inquirí, lanzándole al cajero mi mejor mirada de «ponme a prueba» al tiempo que deslizaba la tarjeta por el mostrador. Rehuyó mi mirada agresiva y me dio la sensación de que no iba a responder.

«Bien».

Observé cómo el cajero pasaba mi tarjeta. Al cabo de unos segundos, salió un ruido agresivo y horrible del lector de tarjetas, y me entraron ganas de meterme debajo de una piedra. Sabía lo que venía a continuación.

—Lo siento, pero la tarjeta ha sido rechazada. ¿Tienes otra con la que podamos probar? —No, no tenía. Esta era la única tarjeta de crédito que tenía que no estaba a nombre de mi exmarido. Como era lógico, no las utilicé después del divorcio, pero no cumplía los requisitos para tener ninguna otra y mi cuenta bancaria estaba vacía.

Hice el cálculo mental de para lo que había utilizado la tarjeta en las dos últimas semanas contra el límite.

Joder.

—N-No… —tartamudeé—. Déjame comprobarlo. —Saqué la cartera y traté de averiguar cómo podía salir de esta situación.

Justo cuando estaba a punto de huir, otra tarjeta se deslizó por el mostrador y la voz de Weston dijo:

—Usa esta. —No quería que me salvara. No necesitaba que me

cuidara. Esto es lo que había conseguido al abrirme a él en la camioneta: otro hombre que se creía con la potestad de intervenir—. A lo mejor la compañía de tu tarjeta piensa que te la han robado. —Se rio. Yo sabía que no era verdad, pero el cajero se rio con él. Me estaba cubriendo, estaba eliminando mi bochorno.

—No sería la primera vez que pasa —comentó el empleado rubio —. ¿Cómo va el proyecto en Rebel Blue?

—Va bien, Kenny. Gracias por preguntar. —Wes me señaló—. Y acabas de conocer a la que se está encargando de ello. —El cajero (Kenny) volvió a mirarme.

—Bienvenida a Meadowlark —dijo Kenny.

—Hasta luego —se despidió Wes mientras cogía la bolsa con todas mis cosas del mostrador y se dirigía a la puerta.

Una vez fuera, me detuve y miré a Weston, que se detuvo a mi lado. Su expresión era expectante, como si supiera lo que estaba a punto de decir.

Se lo había ganado.

—No tenías por qué hacer eso. No necesito que cuides de mí —espeté.

—Sé que no tenía por qué hacerlo —dijo—. Pero ver cómo tiemblas cada puta mañana me está volviendo loco, y no aceptas ninguno de los abrigos que te ofrezco. —Ya, porque la única vez que me puse uno de sus abrigos me distrajo tanto el olor que casi volví a besarle.

—Porque pensaba comprarme mi *propio* abrigo —repliqué.

—Ese plan ha funcionado de maravilla, ¿no?

—Se me habría ocurrido algo —contesté, aunque lo dudaba, la verdad. En el peor de los casos, tendría que haberme ido sin mi botín. En el mejor de los casos, Kenny se habría tragado mi numerito de «solo soy una chica» y me habría dejado pagarlo a plazos.

—Ada —empezó Weston, frotándose la sien con una mano como si fuera él quien tuviera derecho a estar molesto—, hice lo que habría hecho por cualquier otra persona. —Ignoré cómo eso provocó que me diera un pequeño vuelco el estómago—. Si es para tanto, lo devolveré todo. —A ver, no. No quería eso—. Pero necesitas un abrigo. Tu tarjeta no funcionaba y la mía sí. Devuélvemelo más tarde. —Me miró—. Incluso puedes añadir intereses si eso te hace sentir mejor.

No lo hacía, pero sí la forma en la que uno de sus hoyuelos intentaba no hacer acto de presencia.

—Vale —dije.

—Vale —contestó.

El trayecto a casa transcurrió en silencio, el único sonido era la lista de reproducción de *rock* suave (Tom Petty, The Eagles, Fleetwood Mac, Steve Winwood) que fluía por los altavoces.

Y no hubo lecciones de conducción.

Pero eso no me impidió imaginar cómo sería tener mi piel contra la suya.

Estupendo.

12

Ada



Cada mañana en Rebel Blue era preciosa, pero cuando me levanté el domingo por la mañana, supe que aquellas mañanas iban a convertirse en mis favoritas.

No era una persona madrugadora. Ni de las que se acostaban tarde. En realidad, prefería estar durmiendo y ya está. Pero despertarse en una cabaña de madera rodeada de árboles de hoja perenne y el aire frío de la montaña tenía algo que hacía que me costara muchísimo menos levantarme temprano.

Intenté recordar si había pospuesto el despertador en algún momento de la última semana y me di cuenta de que no lo había hecho. Algo raro en mí. Los domingos no ponía el despertador, pero eso daba igual en Rebel Blue, ya que me levantaba con el sol.

Salí de la cama y me tomé mi tiempo para lavarme la cara y hacerme la rutina facial matutina. Hoy no tenía grandes planes. Intentaba no trabajar los domingos. No siempre lo conseguía, pero

al menos lo intentaba. Me puse mi nueva sudadera negra Carhartt y unos *leggings* y rematé con un par de calcetines de lana gruesos que alguien me había dejado en la puerta hacía unos días.

Vinieron acompañados de una nota en la que ponía: «Para los suelos fríos».

Cuando me los puse la primera vez, supe que no querría soltarlos nunca.

Atravesé la casa hasta la cocina con la intención de coger un yogur de la nevera, y al instante me llegó un olor a mantequilla y beicon. Ponerme a salivar de verdad no era algo que soliera hacer, pero los olores que salían de la cocina de la Casa Grande eran deliciosos.

Amos estaba delante de los fogones, con unos vaqueros desgastados y una camisa de cuadros. Tenía el pelo mojado.

Me dedicó una sonrisa cálida cuando me vio. Aunque Wes se parecía más a su madre, al menos por las fotos que había visto esparcidas por la Casa Grande, pensé que también se parecía a Amos.

—Buenos días —dijo—. ¿Has dormido bien?

Asentí con la cabeza.

—Todavía no ha habido una noche en la que no haya dormido como un bebé. —Una vez más, algo raro en mí—. Gracias por dejar que me quede aquí. Ha sido increíble estar tan cerca del lugar de trabajo.

—Estamos felices de tenerte. ¿Has podido sentirte cómoda? —Pensé en que mi ropa ya no estaba en la maleta, sino en la cómoda vacía de la habitación de invitados, en que tenía mi propio *quad* con el que me gustaba ir al lugar de trabajo y en que, al final del día, volver a la Casa Grande era como volver a casa.

—Sí. Me gusta estar aquí —contesté con sinceridad.

—Bien. Nos gusta que estés aquí, sobre todo a Weston. —Me dio

un vuelco el corazón. Madre mía. Tenía la esperanza de que Amos no supiera nada—. Está impresionado por tu trabajo. Todos los días me dice que tomamos la decisión correcta al contratarte.

¿Habla de… mi trabajo? ¿Con su padre? ¿Y está impresionado?

Vaya, eso es… agradable, que es lo que le respondí a Amos.

—¿Dónde está? —pregunté. No es que me lo estuviera preguntando.

—Weston se despierta más temprano que cualquiera de nosotros. Habrá ido a algún sendero con Waylon. —Cómo no, dondequiera que Weston fuera, ese perro lo seguía—. Podría estar saltando a un lago helado desde un acantilado, nunca se sabe. —Amos se rio. La forma que tenía de hablar de sus hijos hizo que me preguntara cómo hablaban mis padres de mí.

Después de un rato, Amos volvió a hablar.

—Lleva mucho tiempo esperando esto. Le encanta esa vieja casa —dijo con una pequeña sonrisa mientras movía una cantidad obscena de huevos revueltos en la sartén.

—Es una casa preciosa —contesté—. ¿Es ahí donde creciste?

—Sí.

—Pero ¿decidiste construir algo nuevo para tu familia? —pregunté, curiosa por la historia de Rebel Blue. Me senté en uno de los taburetes de la encimera y me acomodé para conversar con Amos.

—Así es —respondió Amos—. Mi padre y yo teníamos una… —Hizo una pausa, y en la frente le apareció una profunda línea—. Relación complicada. —Asentí. Era algo que entendía—. Quería que mi matrimonio, mi familia, fueran diferentes. Y supongo que eso empezaba teniendo una casa nueva. Nos mudamos aquí unas semanas antes de que naciera August. —Pensé en algo que Wes me dijo durante mi primer día en Rebel Blue: que su padre usaba su nombre completo y el de sus hermanos. Supuse que August era Gus.

Tenía más preguntas, pero no me pareció educado hacerlas, así que cambié de tema.

—Eso es mucha comida —comenté tontamente.

Esta vez, la sonrisa de Amos era grande.

—Hoy toca desayuno familiar. —Prácticamente podía sentir el orgullo que desprendía al mencionar a su familia—. Obviamente, nos encantaría que te unieras a nosotros. Pero también sé que es tu día libre, así que puedo prepararte un plato para que lo disfrutes en algún lugar que no sea tan ruidoso como está a punto de serlo este sitio.

No suelo desenvolverme muy bien en ambientes de grupo. Mi cara de pocos amigos y mi energía en general no suelen prestarse bien a este tipo de situaciones.

—No te preocupes —dije—. Puedo coger algo de la nevera.

—¿No te unes a nosotros? —La voz de Weston vino de detrás de mí y, de alguna manera, la cabeza de Waylon acabó bajo la mano que colgaba a mi lado. Me giré en el taburete para mirar a Wes, incapaz de evitarlo, y nada podría haberme preparado para lo que vi en esta bonita mañana de domingo.

Era evidente que había estado corriendo, ya que todavía tenía el pecho ligeramente agitado. Tenía la camiseta blanca de manga larga empapada de sudor por todas partes y se le pegaba al cuerpo de una forma que no desentonaría en uno de esos calendarios de tíos buenos.

Hice una nota mental para buscar más tarde en Google «calendarios de vaqueros», e intenté convencerme de que el rancho Rebel Blue había despertado en mí una atracción por los vaqueros en general, no solo por un vaquero en concreto.

Volví a recorrer el cuerpo de Weston con la mirada y me encontré con una sonrisa burlona. Me acababa de pillar y, por si no fuera

suficiente con que me pillaran comiéndome con los ojos a mi jefe sin tapujos, eligió ese momento para *guiñarme un ojo*.

Un guiño muy bueno. Uno de esos guiños que te dejan boquiabierto y te provocan una oleada de calor.

Maldito sea.

Seguía esperando que respondiera su pregunta.

—Hoy no. —Fue lo que dije.

—Y tú tampoco te unirás a nosotros a menos que te duches —añadió Amos. Wes puso los ojos en blanco. Volvió a mirarme mientras se agarraba el dobladillo de la camiseta para secarse el sudor de la frente. Aquel hombre sabía lo que hacía a la perfección, y tuve que intentar de manera consciente no seguir mirándole—. Apestas.

—Me voy, me voy —contestó Weston a su padre. Se dio la vuelta para salir de la cocina y volvió a hablar—. Pero convence a Ada para que se quede a desayunar.

Volví a mirar a Amos. Parecía divertido, pero lo único que dijo fue:

—Te prepararé un plato. —Le respondí con una mirada que esperaba que interpretara como de agradecimiento.

En ese momento, oí que se abría la puerta principal y que dos voces llegaban hasta la cocina.

—Ya te lo dije. —Era una voz de hombre, y me sonaba extrañamente familiar—. Prefiero comprarte una camioneta nueva antes que intentar arreglar ese monstruo azul feo.

—La camioneta y yo somos un *pack*. —Una voz de mujer ahora—. Si ella va, yo voy. —Dos personas aparecieron en la cocina. Al hombre lo reconocí al momento como el camarero (Brooks), lo que significaba que la morena que estaba a su lado era la hermana de Weston, Emmy.

Emmy era alta, probablemente unos cinco centímetros más que

yo. Tenía el pelo largo, castaño y alborotado, como si hubiera montado a caballo y se lo hubiera dejado al viento. Todo en ella parecía tan… libre.

Llevaba toda mi vida sintiéndome encerrada en una jaula creada por mí misma. Una mirada a esta mujer y lo primero que sentí fue envidia.

—Hola, peque —saludó Amos—. Luke, buenos días. —Emmy le dio un beso a su padre y Brooks le hizo un gesto con la cabeza antes de volverse hacia Emmy.

—Bien —dijo Brooks. Miraba a Emmy de una manera que hizo que me sintiera como si me estuviera entrometiendo en algo, a pesar de que eran los que acababan de llegar a la cocina—. Pero me debes una, tesoro.

La cara de Emmy se iluminó aún más y Brooks le pasó un brazo por los hombros y la atrajo hacia él para darle un beso rápido en la sien. Mientras lo hacía, los ojos de Emmy recorrieron la cocina y se posaron en mí.

Se zafó de Brooks, quien pareció muy decepcionado por la pérdida, y me tendió la mano.

—Hola. Tú debes de ser Ada. Soy Emmy.

En ese momento me miró Brooks, y la boca se le estiró para formar una sonrisa cómplice.

—Bueno, bueno, bueno —dijo—. Pero si es la chica que se marchó sin pagar.

Emmy miró a Brooks, confusa, y luego a mí. Me observó durante un segundo, y vi un destello de luz detrás de sus ojos.

—Espera, *¿tú* eres la chica que se enrolló con mi hermano en el bar?

Nunca había deseado ser un cangrejo ermitaño, pero siempre hay una primera vez para todo. En ese momento, habría dado cualquier

cosa por tener un caparazón en el que refugiarme.

Amos tosió detrás de mí, y prenderme fuego habría sido más agradable que este momento.

—Lo siento —se apresuró a añadir Emmy—. No sabía que la chica misteriosa del bar y la diseñadora de interiores eran la misma persona. —Las palabras le caían de la boca ahora.

—Yo tampoco —indicó Brooks, sonriendo.

—*Calla*, Luke. —Emmy le chistó—. Lo siento mucho —repitió, volviéndose hacia mí—. A veces mi cerebro no se mueve tan rápido como mi boca.

—No pasa nada —contesté, aunque lo único que quería era salir de allí. Brooks seguía sonriendo—. Te pagaré la cuenta —le dije, molesta.

—No hace falta. —Brooks negó con la cabeza—. Wes pagó después de que batieras el récord mundial de velocidad al salir corriendo de La Bota del Diablo.

Pues claro que sí. Wes era el Don Correcto de Wyoming.

Emmy le dio un codazo a Brooks en las costillas, pero él no se inmutó. La atrajo hacia sí y la rodeó con los brazos. Ella se resistió durante medio segundo antes de volver a fundirse con él, como si en sus brazos fuera el único lugar en el que quisiera estar.

Brooks volvió a darle un beso en la cabeza a Emmy.

Pensé en lo que dijo Wes: que cuando los conociera, lo entendería.

Lo entendí.

Nunca me he sentido una persona que suela gustar. Mi ex confirmó esa sospecha, sobre todo al final. En general, no me molestaba. Pero al mirar a Brooks y a Emmy, sentí una punzada en el pecho y, por primera vez en mucho tiempo, me pregunté cómo sería no solo que te quisieran, sino que te amaran.

Sacudí la cabeza. Era un pensamiento demasiado intenso para

tenerlo un domingo a las siete y media de la mañana.

Me llamó la atención el ruido de un plato siendo empujado por la encimera y me volví hacia Amos, que me miraba con cara de disculpa, pero también con cierta complicidad. Era la misma mirada que me dirigió cuando Weston me devolvió la bolsa el primer día que trabajé en Rebel Blue.

El plato que me había preparado era más bien una bandeja, llena de beicon, huevos, tomates asados, dos tipos de tostadas, patatas fritas y lo que supuse que era una magdalena de plátano y nueces. Había comido unas cuantas magdalenas desde que llegué, siempre estaban en la despensa.

—Espera, ¿no vas a comer con nosotros? —inquirió Emmy. Parecía decepcionada de verdad.

—Es su día libre, peque —intervino Amos—. Déjala.

A Emmy se le hundieron los hombros, pero asintió.

—Deberíamos tomarnos un café alguna vez —propuso. Era la segunda mujer de la familia Ryder que me invitaba a hacer eso. Para alguien que no estaba acostumbrada a las invitaciones, de amistad o de otro tipo, fue… agradable—. Sé que Teddy se muere por verte. —Teddy me había enviado varios mensajes desde que llegué. Su padre no se encontraba bien y ella lo estaba vigilando de cerca, así que todavía no había podido venir a verme—. ¿Igual este viernes podemos hacer algo?

—Sí —respondí sin comprometerme—. A ver cómo va la semana. —Emmy me miró como si supiera lo que eso significaba: lo más probable es que no. Conocía esa cara. Toda mi vida me han descrito como fría, cruel y borde. Sé que no soy súper cariñosa ni demasiado amable, pero la verdad es que soy tímida, nada más. No creo que tenga don de gentes, desde luego no como parece tenerlo toda esta familia. Hacen que ser amable parezca muy fácil. Mientras que yo no

sé cómo hablar con la gente para caerles bien o para que vuelvan a por más. Parece que siempre acabo siendo una decepción, así que ¿para qué molestarme?

Antes de que Emmy pudiera insistir más, me volví hacia Amos.

—Muchas gracias por el desayuno. —Y luego de vuelta a Emmy y Brooks—. Ha sido un placer conocerte, Emmy. Y, Brooks, ha estado medianamente bien verte. —Tanto Emmy como Amos se rieron, menos mal.

Me bajé del taburete con la bandeja del desayuno y me dirigí a mi habitación.

—¡Espero que nos volvamos a ver pronto! —me gritó Emmy.

Pasé por delante del cuarto de baño que estaba usando Wes para ducharse. El agua que caía me trajo todo tipo de imágenes a la cabeza en las que preferiría no pensar.

Me senté en el escritorio de mi habitación para comer y mirar el móvil. Algunas de mis mejores ideas han surgido tras mirar Pinterest en mis días libres. Pero cuando busqué en el bolsillo de la sudadera, el móvil no estaba ahí. Mierda. Debí de habérmelo dejado en la encimera de la cocina.

¿Merecía la pena ir a buscarlo? Tenía toda la confianza del mundo en la habilidad de Emmy, Amos y Weston para conseguir que me quedara a desayunar con ellos, lo cual podría no ser tan malo después de todo. Me gustaban los Ryder, uno de ellos demasiado. Tras sopesar mis opciones, decidí que era mejor intentar coger el móvil ahora que esperar a más tarde. ¿Quién sabía cuánto duraba el desayuno para una familia que se *llevaba bien* de verdad?

Justo cuando pasaba por el baño del pasillo, la puerta se abrió con un chorro de vapor. No me dio tiempo a detenerme antes de chocar contra el pecho ancho de Weston.

—Ey, cuidado —me dijo. Al principio, había extendido las manos

como reacción involuntaria, era la forma que tenía mi cuerpo de protegerme de una colisión. Pero ahora tenía las manos flácidas sobre su pecho, y me quedé mirándolas, cómo eran mientras lo tocaban—. ¿Vas a alguna parte?

Mi boca era incapaz de articular palabra; estaba demasiado concentrada en lo que sentía al tocarlo y al tocarme él. Por mis brazos subieron y bajaron pequeños relámpagos, allí donde me estaba tocando los codos con las manos.

—L-Lo siento —tartamudeé.

Recorrí su cuerpo de arriba abajo con los ojos, absorbiéndole como lo había hecho en la cocina. Había visto cómo se le pegaban las camisetas al cuerpo y había visto atisbos de su abdomen en la obra, pero ahora lo tenía delante sin nada más que una toalla.

No tardé mucho en llegar a la conclusión de que, en realidad, *no* debería tener permitido llevar camisetas. Debería ir siempre así, sin camiseta y resplandeciente.

En ese momento, me sentí como una adolescente con un amor platónico. Un amor platónico intenso e ineludible.

Excepto que los amores platónicos no son tan divertidos si son con tu jefe.

Si hubiera tenido delante a cualquier otra persona, no habría sido un gran problema el hecho de que todo pensamiento lógico hubiera huido básicamente de mi cabeza.

Ni siquiera habría pensado dos veces en querer tocarle… por todas partes.

—Yo no —contestó. Una de sus manos se dirigió a mi cintura, lo que me sacó de mi mente nublada y me devolvió al momento. Se me cortó la respiración. Necesitaba zafarme de él, pero era incapaz de pensar con claridad cuando tenía sus manos sobre mí. Solo podía pensar en *más*. De forma casi involuntaria, le pasé las manos por el

pecho hasta los hombros, y separó los labios ligeramente. Seguía sin respirar—. Hazlo otra vez —susurró.

Así que lo hice, aunque sabía que no debía, pero no me detuve ahí. Bajé las palmas de las manos hasta su abdomen y volví a subirlas.

Por fin, dejé escapar un suspiro tembloroso. ¿Qué me estaba pasando?

—¿Es esto en lo que estabas pensando? Cuando no me quitabas los ojos de encima en la cocina, ¿estabas pensando en tocarme?

Tragué saliva y asentí, sin saber en qué momento había decidido admitirlo ante él… o ante mí misma.

—Te veo, Ada. Siempre te veo, incluso cuando no me miras.

Todo parecía tan… cargado cuando estaba cerca de él, que no sabía qué hacer para detenerlo, pero ni siquiera sabía si quería que se detuviera.

Sobre todo, ahora.

—Ahora te estoy mirando —dije. Era como si estuviera teniendo una experiencia extracorporal, como si mis palmas contra él hubieran inclinado el mundo sobre su eje. Me acerqué más a él y el agua que le goteaba por la piel me empapó la sudadera.

—¿Por qué ahora? —preguntó. «Porque estás delante de mí como un dios del salvaje Oeste llevando nada más que una toalla», pensé.

Esta sensación, esta atracción, era inaudita para mí. Ni siquiera sabía que existía hasta la noche que conocí a Weston en el bar. Había una parte de mí que deseaba volver a la versión de mí que no sabía lo que era esto, pero una parte mucho mayor sentía que podía respirar por primera vez.

La mano de Weston me recorrió la espalda, dejando chispas a su paso.

—¿Por qué ahora, Ada? —volvió a preguntar, esta vez con más

fuerza.

—No lo sé —respondí.

Apoyó la frente contra la mía y sentí su aliento en la cara. La mano que me estaba acariciando la espalda se deslizó por debajo de mi sudadera, atrayéndome hacia él. Notaba cómo se empalmaba contra mi abdomen.

Era mucho que procesar.

Tenía la respiración entrecortada y esperé a que continuara. En vez de eso, dijo:

—Avísame cuando lo sepas. —Y se marchó a su habitación, y la puerta me dejó fuera con un clic firme.

13

Wes



Mi encontronazo posducha con Ada era lo único en lo que podía pensar cuando me senté a desayunar con mi familia, y el hecho de que Emmy no parara de darme la vara con respecto a ella no ayudaba. Me bombardeó a preguntas: «¿Sabías que era la diseñadora cuando la besaste?», «¿Has vuelto a besarla?», «Más te vale no acosarla mientras trabaja. ¿Te gusta?», «¿Le gustas?».

¿Me gustaba? Pues claro, sin ninguna duda. Cuanto más tiempo pasaba con ella, más me gustaba. ¿Le gustaba? No lo sabía. Sabía que le atraía (era imposible fingir el calor que desprendía su mirada), pero eso no significaba que le gustara. Al menos, no como ella me gustaba a mí.

Es decir, de una forma ligeramente irritante que me provocaba fantasías y que ocupaba toda mi atención.

No respondí las dos últimas preguntas de Emmy. Ya era lo

bastante malo que me estuviera haciendo un repaso ante la mirada atenta y frustrantemente observadora de Amos Ryder, y los comentarios de mis hermanos lo empeoraban. Bueno, el comentario de Emmy, la cara divertida de Luke y la única observación de Gus que, básicamente, equivalía a «no jodas este proyecto».

Era obvio que no quería joder nada, ni el proyecto ni lo que estuviera pasando con Ada.

Quería ambas cosas.

Y quería que ella también quisiera ambas cosas.

En eso estaba pensando el miércoles por la mañana cuando Ada entró en la pequeña área de descanso que había al final del pasillo de su habitación. No la había visto mucho desde la debacle de la ducha y tenía la sensación de que era a propósito. El lunes no tuve tiempo de pasarme por la reforma y, cuando volví a la Casa Grande, la puerta de la habitación de Ada estaba cerrada y las luces, apagadas. Ayer la vi salir corriendo por la puerta trasera de Baby Blue cuando llegué, y Evan me dijo que él me iba a explicar los progresos de ese día.

Lo estaba haciendo de maravilla a la hora de evitarme, así que me pregunté por qué se acercaba a mí ahora.

—Hola —dijo, mirándose los pies.

—Hola —contesté mientras alzaba la vista de mi cuaderno de dibujo, y la miré. Era temprano, puede que alrededor de las cinco. No lo sabía porque no había dormido bien, así que me vine a dibujar a eso de las tres. Todavía no se había puesto la ropa de trabajo. Por lo general llevaba un mono con una camiseta de manga larga o de tirantes debajo. Me gustaba cuando llevaba camiseta de tirantes porque se le veían los tatuajes. A veces, lo único en lo que podía pensar era en la manga de rosas, enredaderas y espinas que tenía tatuada en el brazo derecho. Pero ahora llevaba unos *leggings*

negros y una sudadera negra con capucha. En las semanas que llevaba conociéndola, la había visto llevar algo que no fuera negro, blanco o vaquero igual dos veces. Tres veces, si somos generosos.

En los pies llevaba los calcetines que le dejé en la puerta. Los llevaba siempre, y cada vez que los veía, tenía que intentar no sonreír.

Sonreír me delataría y sabría con seguridad que fui yo. Entonces, seguro que decidiría no ponérselos nunca más y dejaría que se le congelaran los dedos de los pies con tal de fastidiarme.

Me gustaba eso de ella (su cabezonería), pero también me volvía loco.

Ella me volvía loco.

—Quiero hablar contigo —dijo sin mirarme.

—Nueva regla —respondí—. Tienes que mirarme cuando me hablas.

Alzó la vista a toda velocidad. Eso tuvo efecto en ella.

—No puedes crear reglas —replicó.

—¿En serio? Porque tú lo haces cada dos por tres —contesté. ¿Qué tenía que se me metía tanto debajo de la piel y me hacía actuar de una forma tan diferente a como lo haría normalmente?—. No podemos mirarnos, estar cerca, respirar en la dirección del otro en general. A no ser que, claro, me abordes después de salir de la ducha. Ahí no se aplican las reglas.

—Eso no fue lo que pasó —dijo con un bufido.

—Yo no lo recuerdo así. —Intentaba no acordarme, de hecho. Cómo era tener sus manos en la espalda, su respiración entrecortada que quería embotellar, cómo me miró como si estuviera dispuesta a dejar que pasara lo que fuera a pasar entre los dos.

Porque iba a pasar.

Los sentimientos como este no existían para ser obligados a

mantenerse en un estado latente. Simplemente tenía que esperar a que ella llegara a ese mismo punto.

—Bueno, pues eso no es lo que pasó —contestó mientras se cruzaba de brazos.

—Lo que te ayude a dormir por las noches, corazón. —Volví a mirar el cuaderno de dibujo y empecé a sombrear algunas partes de las hojas que estaba dibujando. No se fue. Se quedó ahí. Dejé que pasara un minuto o así antes de hablar—. ¿Necesitas algo?

Ada parecía molesta.

—¿Alguna novedad sobre mi coche?

Sí, ese pedazo de chatarra valía menos que el trabajo que había que dedicarle, pero no iba a decirle eso.

—Necesito que Brooks le eche un vistazo también. Se le dan mejor que a mí los coches —expliqué—. Pero por lo que he visto, fallan… —Me reí un poco, porque lo siguiente iba a sonar a que me lo estaba inventando, sobre todo si sabía algo de coches—. Todos y cada uno de los cilindros. —Las probabilidades de que todas las piezas de su motor tuvieran algún fallo eran escasas, pero, de alguna forma, su coche se las apañó para conseguirlo.

Era un poco impresionante, la verdad.

Ada hizo una mueca.

—¿Hablas en serio? —preguntó.

Me puse una mano sobre el corazón.

—Te prometo que sí. También necesitas una batería nueva. —«Y a saber qué más».

—Vale, bueno, pues necesito un coche para trabajar, así que, si no puedes arreglarlo, tendré que buscar a alguien que pueda. —Su discurso sonó ensayado. Me pregunté cuánto tiempo llevaba dándole vueltas.

—Cuando se trata de coches, no vas a encontrar a nadie más

capaz que Brooks. —Lo que era verdad. Cuando teníamos trece años, encontró su vieja camioneta Chevy en el desguace. El dueño le dijo a Brooks que, si conseguía que funcionara, podía quedársela.

Lo logró. Y procedió a conducir esa camioneta durante más de una década.

—Necesito un coche, Wes —volvió a afirmar Ada.

—Pues te compraré un coche —dije simplemente.

—No vas a comprarme un coche —se mofó. Volvió a mirar el suelo y empezó a dar golpecitos con el pie.

—Bueno… ¿se te ocurre otra cosa? —pregunté.

Respiró hondo y se sentó en el otro extremo del sofá en el que estaba yo.

—Quiero que me… —se detuvo, y deseé que terminara la frase de una forma en concreto— enseñes a conducir con marchas. En plan, enseñarme de verdad. No ese tonteo que hiciste cuando me llevaste al pueblo. —Sonreí ante el recuerdo de mi mano encima de la suya.

—No fue un tonteo —dije. Ada me miró con una de las cejas negras arqueada—. Vale, está bien —admití—. Fue un tonteo, pero también te enseñé. Es más fácil hacerlo en el asiento del conductor cuando ya sabes cómo es.

—Lo que tú digas, vaquero. —Sacudió la cabeza—. Entonces, ¿me vas a enseñar o no?

—Te enseñaré —respondí, intentando que no fuera obvio que me habría puesto de rodillas y le habría suplicado que me dejara hacerlo —. Con una condición.

Ada puso los ojos en blanco.

—¿Qué condición?

—Tienes que hablar conmigo, Ada. No puedes evitarme como llevas haciendo desde que llegaste. Tienes una idea de mí en la cabeza, una que me apostaría lo que sea a que es errónea, basada

en *esa* noche. Creo que no es justo, y para que te demuestre que te equivocas tienes que hablar conmigo. —Madre mía, estaba en racha —. Esa es mi condición.

Ada se mordió el labio, y mis ojos se dirigieron a su boca. Joder, por qué tenía que ser tan… ella. Tan todo.

Tras un momento, dijo:

—Vale. —No era la respuesta entusiasta que buscaba, pero por Ada la aceptaría—. ¿Cuándo empezamos?

14

Ada



—De entre todas las batallas por las que luchar, ¿vas a luchar para mantener los azulejos de baño rosas y amarillos? —preguntó Evan. Estábamos en el tocador principal de la casa, y Evan me estaba mirando con una expresión divertida a la vez que aburrida.

—Sí —dije con simpleza—. Y también voy a luchar por los azulejos azul cielo de la habitación principal.

—Cómo no. —Evan suspiró.

—Cómo no. —Desde que empecé a aceptar proyectos de diseño de verdad, siempre que podía hacía todo lo posible por restaurar en vez de demoler. Cuando empecé en Rebel Blue, no sabía cuánto íbamos a poder salvar, teniendo en cuenta todo el tiempo que había estado vacía la casa, pero gracias al programa de mantenimiento de los Ryder, los cuatro elementos se habían mantenido fuera de la casa en gran medida. Los animales eran otra historia, aunque creía que

ya los teníamos controlados. Ahora, el interior de la casa, después de la demo básica, estaba genial.

Me desanimaba que tuviéramos que poner suelos nuevos. Los actuales estaban en mal estado, más por haber albergado a generaciones de una única familia que por haberse pasado treinta años abandonada, probablemente.

Hice la nota mental de ver si había alguna forma de reutilizarlos. Ya sabía que tenía suficiente madera de las puertas antiguas para crear dos estanterías grandes para la zona de estar.

—Es un milagro que no haya goteras debajo de esta planta —comentó Evan. Tenía razón. Después de que vinieran a inspeccionar esta planta y el sótano sacado de una película de miedo, no encontramos goteras en ninguno de los baños. Ni moho, ni daños causados por agua, nada. Aunque había daños por agua en la cocina. De todas formas, ya teníamos la intención de deshacerla entera, así que no importaba mucho.

—¿Y quiénes somos nosotros para cuestionar un milagro? —pregunté.

Evan puso los ojos en blanco.

—Tu novio está aquí —dijo—. Pregúntale a él. —Le lancé la mayor mirada asesina que pude, y tuvo que ser de las buenas, porque apartó la mirada.

Antes de que me diera tiempo a deleitarme, vi a Wes cruzando la puerta de entrada y dejando fuera a mi bola de pelo blanco favorita.

«Nada de perros dentro de una zona en obras activa» era una regla necesaria, pero cada vez que veía cómo Waylon hacía pucheros con la mirada, me entraban ganas de romperla.

Sabía que Wes no tenía intención de pasarse hasta el final de la jornada, así que me pregunté por qué estaba aquí. Tenía su propio uniforme cuando venía a la reforma, pero hoy, como no había venido

a trabajar, iba modo vaquero total, con un abrigo grande y zahones de cuero.

Dios.

Miré mi reloj. Ya eran las cuatro y media. ¿Cómo era posible? Tenía que mirar mis notas. Había cosas que dejar terminadas hoy que no estaban hechas aún y eso nos iba a atrasar.

—Hola, Evan —dijo Wes al tiempo que se acercaba a nosotros—. Ada. —Era irritante lo mucho que me gustaba cómo sonaba mi nombre pronunciado por sus labios. Siempre sonaba… reverente, por algún motivo.

—Hola —contestamos Evan y yo a la vez.

—¿Qué tal el día? ¿Ha ido bien todo? —preguntó Wes. Me estaba mirando a mí.

—Sí —respondí—. De hecho, tengo unas preguntas que hacerte. —Miré a Evan—. Dile al personal que puede irse a casa, pero que mañana necesitamos que estén aquí a las siete en vez de a las ocho. —Evan asintió. Sabía que teníamos que echar abajo el techo al día siguiente—. Ven conmigo —le indiqué a Wes, y le conduje al tocador.

—Sí, señora —dijo. Malditos sean él y su estúpido encanto de vaquero. ¿Desde cuándo la palabra «señora» hacía que se me calentaran las mejillas? Nada me calentaba las mejillas. No era de las que se sonrojaban.

Mientras caminábamos, estaba un poco demasiado cerca de mí, y me deleité con ello.

Después del incidente de la ducha y de que accediera a enseñarme a conducir con marchas, supuse que podía soportar ser un poco más amable con él. Lo que no tenía nada que ver con el hecho de que pensaba en él todo el tiempo, el hecho de que fuera el hombre más guapo que había visto en mi vida, ni el hecho de que parecía una buena persona de verdad.

Obviamente, no tenía nada que ver con eso.

—A ver —empecé—, quería hablar contigo sobre algunos de los baños. —Estábamos fuera del tocador. Le habían quitado la puerta, por lo que veíamos el interior—. ¿Qué opinas sobre mantener los azulejos? —pregunté—. Obviamente, el váter y el lavabo se van a reemplazar y se va a volver a pintar, pero es raro ver unos azulejos así en tan buen estado, y creo que cuantos más elementos podamos conservar, más coherente va a ser el producto final.

Me puse nerviosa mientras esperaba su respuesta. No sabía por qué.

—Me encanta —dijo después de unos segundos.

—¿En serio? —inquirí, un poco impactada. Por lo general, me costaba que alguien accediera a mantener algo que pareciera anticuado. Todo el mundo lo quería siempre todo nuevo, elegante, moderno.

—Sí. Me encantan los azulejos, y los azulejos azules del otro baño también —dijo con una sonrisa—. Siempre y cuando se pueda mejorar el equipo y las tuberías, me parece bien.

—Vale, estupendo —contesté—. Ha sido fácil.

—¿Esperabas algo duro? —Se me vinieron a la cabeza un millón de bromas inapropiadas, pero las aparté. Era mi *jefe*.

—A veces lo es —dije—. La mayoría de la gente quiere cosas nuevas y brillantes.

—Yo no —indicó—. Este sitio tiene una historia. No quiero que sea como los demás sitios. —Eso lo sabía, fue una de las primeras cosas que dijo en el primer correo que me mandó, pero ahora que estaba aquí en Rebel Blue y que conocía al hombre que se encontraba detrás de los correos, entendía mejor lo que iba buscando.

—Ahora que estamos hablando de ese tema, he estado pensando en los muebles. Tenemos suficientes puertas antiguas como para

hacer algunas estanterías, y lo más seguro es que haya mucha madera salvable a la que podríamos darle un uso nuevo. ¿Hay algún carpintero en Meadowlark?

A Weston le brillaban los ojos. Le gustaba la idea también.

—Muchos —respondió—. Pero creo que Aggie te gustará.

—¿Podrías ponerte en contacto con ella? ¿O quieres que lo haga yo?

—Yo me encargo —dijo—. Aggie es una vieja amiga de la familia. —Pues claro—. Y Gus acaba de convencer a su hijo para que vuelva a Meadowlark, así que dudo que nos diga que no.

—¿La gente se va de Meadowlark? —pregunté en tono de broma, pero me arrepentí al momento. No quería sonar esnob, pero Wes se limitó a sonreír otra vez.

—Dusty sí —contestó—. Ha sido un vaquero por todo el mundo.

—¿Eso existe? —pregunté. Todo esto era nuevo para mí.

—Existe —afirmó—. Si cualquier otra persona aparte de Gus le hubiera pedido que volviera, dudo que lo hubiera hecho.

—¿Por qué se lo ha pedido? —Todo parecía estar bajo control en Rebel Blue.

—Como yo estoy con esto… —Señaló a su alrededor, la casa—. Gus necesita otra mano derecha.

—Pero no va a durar para siempre —indiqué sin la intención de que mis palabras tuvieran un doble significado, pero lo hicieron.

—A Dusty le gusta lo temporal —dijo Weston—. Debería llegar esta semana. Te caerá bien.

—¿En serio? —No creía que Weston me conociera lo suficiente como para saber si me caería bien el nuevo, o no tan nuevo, supongo.

—Es como la versión masculina de Teddy. —Se encogió de hombros—. Y a todo el mundo le cae bien Teddy. Menos a Gus.

—«Interesante». Me guardé esa información para preguntarle más tarde a Teddy. No la había visto todavía. Me había mandado algunos mensajes. Había estado ocupada con su padre, pero iba a pasarse el viernes.

—¿Y su madre es la carpintera? —pregunté.

—Sí, es simpática. Hablaré con ella a ver si podemos llevarle materiales esta semana y ahí ya hablamos con ella. —Hoy había muchos verbos en primera persona del plural.

Asentí.

—Genial.

Weston se frotó la nuca, como si de repente estuviera nervioso.

—Esto… —empezó—, me he traído la camioneta y se me ha ocurrido que podrías conducirla hasta la Casa Grande.

—Mmm, sí —dije, también nerviosa de repente—. Supongo que podemos intentarlo.

—Vale, genial. Nos vemos fuera cuando estés lista.

Después de que la mayor parte del equipo se hubiera marchado tras haber accedido a empezar más temprano mañana, Evan y yo nos fuimos los últimos de la casa. Evan se volvía a San Francisco el fin de semana, por lo que mañana iba a ser su último día *in situ* esta semana, y quería informarme de lo que tenía que pasar antes de volver. Estaba acostumbrada a trabajar sola en ciertas partes de un proyecto, pero no en uno tan grande. Estaba nerviosa, pero lo único que tenía que hacer era ceñirme a mi plan.

Evan se subió a su coche de alquiler y se aseguró de mirarme de reojo mientras decía:

—Pasáoslo bien. —Dios, era insoportable.

Me giré para mirar a Wes, acordándome de su regla. Que tenía que mirarle mientras hablaba con él. Era una regla estúpida. Era perfectamente feliz mirando a cualquier otra parte que no fuera sus

estúpidos e hipnotizantes ojos verdes. Pero también era perfectamente feliz mirándolos.

Una situación irritante, a decir verdad.

Me dirigí al asiento del copiloto de la camioneta de Weston, pero me agarró el codo con suavidad y tiró de mí hacia su pecho.

—Asiento del conductor, corazón —dijo.

Parpadeé despacio, esperando a que mi cerebro se reconectara.

—¿Perdona?

—Te sientas en el asiento del conductor. Nos vas a llevar a casa, ¿recuerdas? —La voz de Weston era de diversión.

—Claro, lo siento —contesté, y esta vez me dirigí al lado del conductor. Weston me abrió la puerta y me senté. La camioneta olía a él.

—Vale, ¿ves el pedal de la izquierda? —preguntó. Miré el tercer pedal (el embrague, supuse) y asentí—. Usa el pie izquierdo para pisarlo hasta que toque el suelo.

Hice lo que me dijo, pero no conseguí pisarlo hasta abajo del todo. No estaba lo suficientemente cerca de los pedales, ya que el asiento estaba echado hacia atrás, adaptado para una persona que medía mínimo un metro ochenta, no para alguien de un metro setenta, un metro setenta y tres un día bueno.

—Deja el pie en el embrague —dijo mientras ponía la mano en una barra de metal que había debajo del asiento del conductor, una barra de metal que solo alcanzaba si metía el brazo entre mis piernas.

¿Hacía calor aquí dentro?

Subió la barra y echó el asiento hacia delante unos centímetros. El hecho de que lo hiciera mientras yo seguía ahí sentada me licuó las entrañas, y si hubiera seguido con esta mierda, estarían hirviendo en cuestión de segundos.

—Vale, vuelve a pisarlo. —Lo hice y llegó hasta el suelo—. Bien. ¿Así está bien? ¿Llega hasta el fondo?

«Guárdate las bromas, Ada».

—S-Sí —respondí con la esperanza de que no se diera cuenta de que mi voz sonaba ligeramente entrecortada.

—¿Y llegas bien a la palanca? —Llegados a este punto, me estaba arrepintiendo mucho de no haber pensado en todos los comentarios relacionados con el sexo que se podían decir cuando aprendías a conducir con marchas. Tragué saliva y puse la mano derecha en el pomo de la palanca de cambios, sin responder, sino mostrándole que sí. Era más fácil así—. Perfecto —dijo, sonriéndome. Sentada en la camioneta, éramos casi de la misma altura, y estaba muy cerca, con una de las manos todavía en la barra de debajo de mi asiento.

Me pregunté si era consciente de lo cerca que estábamos, de cómo si subía unos centímetros más la mano estaría entre mis piernas. La forma en la que se pasó la lengua por los labios me dijo que sí.

«Mierda, mierda, mierda. Céntrate».

Se me escapó el pie del embrague, y el sonido que hizo cuando volvió a subir a su posición original nos sobresaltó a ambos. Wes parpadeó un par de veces antes de apartarse.

—Voy a… —dijo al tiempo que señalaba hacia atrás con el pulgar. No sabía qué intentaba decir hasta que rodeó la parte delantera de la camioneta y abrió la puerta del copiloto. Waylon saltó delante de él y se fue al pequeño asiento de atrás.

Claro. Entendido.

—Vale —dijo—. ¿Lista?

Ni de coña.

—Claro.

—Pon el pie derecho en el freno. Cuando arranques el motor, el

embrague tiene que estar pulsado hasta abajo de todo. —Lo pisé con el pie izquierdo—. Y la palanca de cambios tiene que estar en punto muerto. —Colocó la mano sobre la mía, tal y como hizo cuando fuimos al pueblo, y puso la palanca en punto muerto—. Bien.

—¿Podemos… mmm… poner algo de música? —pregunté. No sabía si lo que me estaba poniendo nerviosa era el conducir con marchas o Weston.

—Sí, pero primero tienes que arrancar la camioneta.

—Oh —dije con timidez. No había pensado en eso.

—Adelante, pues, gira la llave. —Hice lo que me dijo y el motor se encendió. Los nervios empezaron a subírseme hasta la garganta—. El volante no se va a ir a ninguna parte, Ada.

Me miré las manos y vi a lo que se refería. Era difícil no darse cuenta de que estaba agarrando el volante con demasiada fuerza.

—Lo siento —contesté, e intenté aflojar el agarre.

—¿Por qué te disculpas? —inquirió. Su voz era amable—. Es normal tener miedo cuando estás haciendo algo nuevo. —No respondí. En ese momento no me apetecía adentrarme en el tema de mi exmarido, pero, al parecer, eso no le bastó a Weston.

»¿Sigues en punto muerto? —preguntó. Asentí con la cabeza—. Vale, quita el pie del embrague y del freno. —Hice lo que me dijo, sin saber qué pretendía—. Mírame. —Lo hice. Los ojos verdes de Weston transmitían ternura—. Seguro que vas a cagarla. Muchas veces.

Eso sí que era reconfortante.

—Pero le pasa a todo el mundo. Tampoco hay ningún lugar más seguro que este para hacerlo. No hay nadie cerca. No hay otros coches con los que puedas chocarte ni nada.

—Pero hay ganado —dije.

—¿Crees que voy a dejar que atropelles a una vaca? —preguntó.

Eso me hizo reír, y sacudí la cabeza. Dudaba que ninguno de los dos fuera a soportar la culpa de haber atropellado a una vaca—. Lo vas a hacer de puta madre.

—¿Música? —volví a preguntar ahora que el coche estaba arrancado. Wes abrió la guantera y sacó un cable auxiliar.

—¿Qué te gusta?

Me lo pensé.

—James Taylor —decidí. No había nada que calmara más que James Taylor, ¿verdad?

Wes se rio un poco.

—Me gusta cómo piensas. —Vi cómo navegaba por una aplicación de música antes de reproducir en aleatorio los grandes éxitos de James Taylor. *Fire and Rain* empezó a sonar, o sea que empezábamos fuerte.

—Muy bien, James en los altavoces —dijo—, pie izquierdo en el embrague, pie derecho en el freno, mano en la palanca de cambios.

Adopté la posición.

—¿Te acuerdas de lo que dije sobre el embrague y el acelerador?

—Alternar —respondí. Tenía que pisar el acelerador y soltar el embrague al mismo tiempo.

—Pues adelante, inténtalo. —Puse la primera marcha y oí a Wes murmurar—. Bien. —Y, entonces, empecé a soltar el embrague y a pisar el acelerador.

La camioneta se sacudió y luego se quedó en silencio.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—Has podido con ella —indicó—. Lo que no es bueno en este caso. Ponlo en punto muerto otra vez y vuelve a arrancar. —Hice lo que dijo—. Ahora suelta el embrague, despacio, y deberías poder notar el punto óptimo del que hablamos.

—¿No se va a calar la camioneta?

—No si no hay ninguna marcha puesta. —Entendido. Despacio, levanté el pie izquierdo del embrague, y hubo un punto en el que noté que el embrague cedía más—. ¿Lo has notado?

—Creo que sí.

—Cuando notes ese punto óptimo, tendrás que pisar más el acelerador —explicó—. Un poco aquí y un poco allá.

—¿Estás…? —Le miré, consciente de que se estaba abriendo paso una sonrisa por mis mejillas—. ¿Citando *Cómo perder a un chico en 10 días*?

Se le sonrojaron las mejillas.

—Sí, supongo que sí —dijo. Me reí como aquella primera noche en el bar, y noté que se me relajaban un poco los hombros—. ¿Citar a Matthew McConaughey ayuda o perjudica?

—Ayuda —contesté con sinceridad. «Un poco aquí y un poco allá». Era algo que podía hacer.

—Bueno, bueno, bueno —dijo Wes con un extraño acento en la voz, y volví a reírme.

—¿*Eso* es tu McConaughey?

—Obvio —respondió, algo desanimado.

—Es, literalmente, la peor imitación de McConaughey que he oído en mi vida. —Puede que estuviera exagerando un poco, pero fue malísima. Weston se quedó boquiabierto, y fue tan increíblemente adorable que no pude evitar reírme un poco más.

Con cada exhalación, me sentía más ligera.

—Muy bien, listilla —dijo—. Si tan mala es, me gustaría oírte hacerlo mejor.

Me aclaré la garganta, sin tener siquiera la ocasión de preguntarme en qué momento había empezado a sentirme tan cómoda con Weston, y saqué mi mejor McConaughey:

—Bueno, bueno, bueno.

Weston soltó una carcajada que fue como cuando sales a tomar el sol después de haber pasado demasiado tiempo en un espacio con aire acondicionado. Noté cómo el calor se filtraba en los dedos de las manos y de los pies.

Así pues, me reí yo también.

Nos reímos juntos, y cuanto más nos reíamos, más nos costaba parar.

Intenté recuperar el aliento una y otra vez, pero me era imposible. No pasó mucho tiempo antes de notar cómo me asomaban las lágrimas por el rabillo de los ojos y de que empezara a dolerme el estómago. Cuando Weston se reía con fuerza, al parecer le daba una de esas extrañas risas silenciosas con hipo. Tenía la cabeza apoyada en el salpicadero y se le sacudía el torso. Me recordaba a un insecto, y eso hizo que me riera más.

Y cuando resoplé un poco, Weston golpeó el salpicadero con una mano, echó la cabeza hacia atrás y se rio un poco más.

Era una puta estupidez, pero no podía parar. No podíamos parar.

Pensé en aquella noche en el bar, en cómo me hizo sonreír y en cómo me había hecho sonreír cada día desde entonces, incluso cuando no era amable con él.

Era como el sol. Pasara lo que pasara, seguía saliendo.

Dudaba que hubiera habido algún momento en el que mis orejas hubieran estado tan lejos de los hombros.

—Ha sido horrible —dijo Weston mientras se quitaba una lágrima del rabillo del ojo—. Eres la peor imitadora de voces que ha existido. No es broma.

—No, tú eres el peor.

—Yo al menos sé conducir con marchas —señaló, y me guiñó un ojo. Madre mía. Y yo que pensaba que los hoyuelos eran malos.

—Bueno, mi profesor es un poco pésimo, así que… —Me encogí de

hombros.

Wes sacudió la cabeza.

—Arranca la camioneta, Ada. —Estaba sonriendo, y yo también. Me sentía más relajada que hacía unos minutos, como si de verdad pudiera hacerlo y estar bien.

—¿Punto muerto, embrague, acelerador? —recité en voz alta, mirando a Wes.

—Exacto. —Asintió y arranqué la camioneta. James Taylor volvió a sonar por los altavoces. Puse la primera marcha y me preparé para soltar el embrague y pisar el acelerador. «Un poco aquí y un poco allá».

Empecé a soltar el embrague y, cuando llegué al punto que noté antes, pisé el acelerador. Probablemente con demasiada fuerza, porque la camioneta se tambaleó hacia delante y nos sacudió a los tres.

Pero arrancó. No se caló.

—Bien —dijo Weston—. Ponla en movimiento y luego cambiamos de marcha, ¿de acuerdo? —Estaban pasando muchas cosas, tenía que concentrarme en muchas cosas, pero la camioneta se estaba moviendo.

Hostia puta. La camioneta se estaba *moviendo*.

Me limité a asentir con la cabeza.

—Vale, en unos segundos vas a levantar el pie del acelerador, pisar el embrague y poner la segunda marcha.

—Eso son muchas cosas. —Tragué saliva.

—Puedes hacerlo, Ada. Quita el pie del acelerador y pisa el embrague. —Lo hice. La camioneta emitió algo parecido a un hipo—. Segunda marcha, rápido. —Moví la palanca de cambios para meter segunda y noté cómo encajaba—. Acelerador, corazón. Pisa el acelerador ahora y suelta el pedal del embrague. —«Corazón». No lo

odiaba, pero intentaba fingir que odiaba lo mucho que me calmaba su voz.

Lo hice, y la camioneta volvió a dar otro trompicón.

—Bien, Ada. Vamos a ir despacio, ¿vale? No más rápido de cuarenta kilómetros por hora. —Miré el velocímetro, que marcaba quince. Tenía la sensación de que iba a ochenta por lo menos.

»¿Todo bien para cambiar de marcha otra vez? —me preguntó, y asentí—. Muy bien, una vez que alcancemos los treinta kilómetros por hora, quiero que me demuestres de lo que eres capaz.

Dios, era tan amable, tan reconfortante. Me hablaba como la gente les habla a las plantas cuando quiere que crezcan.

«No vayas a joderlo ahora, Ada. Demuéstrale de lo que eres capaz». Pisé un poco el acelerador tras mirar el velocímetro varias veces hasta que marcó treinta.

Allá vamos. «Soltar el acelerador». Levanté el pie. «Embrague». Lo pisé. «Cambio de marcha». Moví la palanca de cambios hacia arriba para meter tercera. «Acelerador, corazón». Oí la voz de Weston en mi cabeza, ya que estaba en silencio a mi lado.

Metí tercera y, por lo que vi, la camioneta no paró de moverse y la Tierra no paró de girar.

—¿Qué dije? —inquirió Wes.

—¿Que iba a hacerlo de puta madre? —respondí.

—Y tenía razón.

—¿Qué hago ahora? —le pregunté. Sentía que había mucho que hacer y que no estaba haciendo nada de eso. Ahora mismo, conducir la camioneta parecía ¿fácil?

—Conducimos a una velocidad agradable y tranquila de treinta kilómetros por hora. Escuchamos a James Taylor cantar sobre una carretera rural y, al cabo de un rato, nos detenemos.

—¿Y ya está? —inquirí.

—Y ya está. No te adelantes. —Weston empezó a tararear al ritmo de la música y yo seguí conduciendo, tratando de no distraerme con los soles (el que estaba en el cielo y el que estaba sentado a mi lado) que bañaban de luz todo lo que veía.

15

Ada



Era mi tercer viernes en Rebel Blue, y las cosas iban notablemente bien. Aparte de otro incidente con roedores (esta vez no estaba segura de que estuvieran muertos), abovedar el techo fue como la seda.

Cuando retiramos las superficies de las paredes, debajo encontramos algunas zonas con los ladrillos rojos originales. Mi intención era dejarlos a la vista. Parecía ser que la casa iba a acabar con mucho más color que el que había planeado en un principio, pero me encantaba. Estaba harta de que la gente me pidiera que las cosas fueran elegantes y limpias y… beis.

No tenía nada en contra del beis. Desde el punto de vista objetivo, el beis era genial. Pero este sitio se merecía algo más que el beis.

Como estábamos empezando a entrar en la fase de la reforma en la que tocaba recomponer, mis manos estaban impacientes por empezar a hacer cosas, y como no era experta en carpintería y

Aggie (con quien tuve una conversación telefónica encantadora a principios de semana) estaba en ello, opté por ponerme con las cortinas.

Mi coche seguía roto, pero pude encargar por internet unas cortinas de lino blanco liso, muchísimas. Y mazos.

Tenía un plan.

Aunque el tiempo en Meadowlark, Wyoming, todavía no se podía calificar como «cálido», alrededor del rancho estaban empezando a aparecer flores silvestres, y llevaba toda la semana recogiendo ramilletes pequeños. Esta noche iba a dedicarle algo de tiempo a hacer algo con las manos y el cerebro.

No se me daba bien dibujar ni pintar ni nada por el estilo, pero podía hacer un «hazlo tú mismo» con cualquier cosa, y eso era justo lo que iba a hacer con estas cortinas.

La jornada estaba casi terminando y los trabajadores comenzaban a irse, por lo que me puse a preparar el trabajo para la noche. Coloqué tres cortinas para empezar y cogí la caja que contenía todas las flores silvestres que había estado recogiendo.

Evan acababa de irse cuando oí una voz conocida en la puerta.

—Ada Hart, eres la única persona a la que un peto le queda tan bien —dijo Teddy.

Llevaba sin ver a Teddy en la vida real desde que tenía diecinueve años, pero aunque hubiera cambiado (obviamente lo había hecho, habían pasado siete años), era inconfundible.

No sabía si era por su aspecto o por su presencia en general, probablemente un poco de ambas.

Tenía el pelo cobrizo recogido en la misma cola de caballo que llevaba la primera vez que la vi. Llevaba unos *leggings* negros, un top blanco y una sonrisa. Tenía una botella de vino rosado en las manos. Detrás de ella apareció Emmy. Llevaba un conjunto

deportivo rojo que a mí me habría hecho parecer un payaso, pero, de alguna manera, le quedaba bien y parecía cómoda, lo que me pareció injusto.

—Me alegro de verte, Teddy —contesté mientras me acercaba a ella. No solía dar abrazos, pero me pareció apropiado saludar a Teddy con uno. Me sorprendió que Emmy también me abrazara, pero solo con una mano, ya que llevaba unas cajas de pizza.

—El sitio está casi irreconocible —comentó Emmy cuando se apartó—. Mola mucho.

—Gracias —dije con torpeza. Emmy me intimidaba. No sabía muy bien la razón, ya que había sido amable conmigo cuando nos conocimos. Graciosa también. No era que no me cayera bien, sino que simplemente no creía que yo le cayera bien a ella.

—Estoy tan feliz de que dijeras que sí —intervino Teddy—. Wes nos dijo que vas a mantener los azulejos de colores en los baños. Estaba vibrando de la emoción.

—Me encantan esos azulejos rosas —señaló Emmy—. Estoy intentando convencer a Luke de que necesitamos más rosa en nuestra casa.

—En eso estoy de acuerdo —contestó Teddy—. No hay suficiente rosa en la casa ClemenLuke. —Se volvió hacia mí—. Cuando termines aquí, deberías ir allí y convencer a Brooks de que se deshaga de los muebles de franela.

—¡Solo hay una silla de franela! —exclamó Emmy—. ¡Le gusta!

—¿Cuándo te has convertido en apologista de la franela? —preguntó Teddy.

—Lo dice la mujer que sé a ciencia cierta que tiene sábanas de franela en su cama en este mismo momento.

Teddy levantó la mano para detener a Emmy.

—No estamos hablando de mí. —Sentí una punzada en el pecho:

era una punzada similar a la que sentí cuando vi por primera vez a Luke y Emmy en el desayuno de aquel domingo.

No tenía muchos amigos, en especial amigas. Nunca sentí que supiera cómo conectar o hablar el idioma correcto, siempre a la izquierda del lenguaje verbal y no verbal correcto. Mi madre nunca pareció tener ese problema; tenía hermanas y un grupo de amigas íntimas con las que iba a cenar o a eventos. Pero era guapa y vivaz. Yo nunca me había considerado parecida a mi madre.

Así pues, construí muros a mi alrededor. No le di prioridad a cultivar amistades femeninas. Empleé un severo «no soy como las demás chicas» y decidí que toda mi personalidad se basaría en odiar a Taylor Swift, no llevar maquillaje y escuchar grupos *indie* poco conocidos. Todo como distracción del hecho de que, en realidad, quería ser exactamente como las demás chicas.

Pero para cuando me di cuenta de eso y me harté de pensar que las cosas que me gustaban (¡el rosa! ¡*Crepúsculo*!) eran placeres culpables, ya era demasiado tarde. Todo el mundo tenía ya una mejor amiga o un grupo en el que yo no encajaba, y eso se volvió más evidente aún cuando vi cómo Emmy y Teddy básicamente terminaban las frases de la otra.

—¿Qué hacéis aquí? —les pregunté. Sonó borde, como la mayoría de las cosas que decía, y retrocedí un poco.

—Wes nos dijo que te ibas a quedar aquí para un proyecto. Hemos venido a ver si querías compañía —explicó Emmy.

—Noche de chicas —dijo Teddy—. Y no puedes decirnos que no. —Todo esto me ponía nerviosa. Teddy era genial, pero hacía años que no pasaba tiempo con ella. ¿Y si tardaba menos de cinco minutos en darse cuenta de que yo era un asco?—. Pero puedes contarnos todo sobre el hecho de que te pillaron liándote con Wes en el bar. —Tragué saliva.

—¡Teddy! —Emmy miraba a su amiga con cara de «¿en serio?», pero Teddy no la estaba mirando a ella. Me estaba mirando a mí, y sonreía como el gato de Cheshire. Supongo que no estaría del todo mal hablar de lo que sea que estuviera pasando entre Wes y yo.

—Voy a necesitar un poco de eso primero —contesté mientras señalaba el vino que Teddy sostenía—. Y de eso —añadí, señalando la pizza.

—Tenemos una de queso, una de verduras y una doble de peperoni —indicó Emmy. Nos acercamos al banco de trabajo y lo dejamos todo. Teddy sacó unos platos de papel y vasos rojos del bolso.

—Toc, toc. —Otra voz de mujer llegó desde la puerta. Todas alzamos la vista; era Cam. Entró en la casa, todavía desprendiendo la misma fuerza que cuando llevaba pantalones de vestir y tacones, pero ahora lucía una sudadera grande de Margaritaville, unos *leggings* que le llegaban por encima de las rodillas y unas deportivas blancas.

—La fiesta está aquí —dijo Teddy mientras abrazaba a Cam. Emmy la abrazó también y luego Cam vino a abrazarme a mí. Pues sí que iba a tener que acostumbrarme a todo esto de los abrazos. Últimamente no daba ni recibía mucho contacto humano.

—Se supone que tengo que recoger a Riley —comentó Cam—, pero parece que no está aquí abajo.

—¿Quién te ha dicho que estaba aquí? —preguntó Emmy.

—Amos. Me dijo que él también estaba aquí.

Emmy se lo pensó un segundo.

—Deberías llamarle y decirle que te quedas aquí con nosotras.

Cam parecía confundida.

—¿Por qué?

—Porque es lo que quería que pasara. —Emmy se encogió de

hombros—. Teddy y yo fuimos primero a la Casa Grande. Sabía que estábamos aquí y que te pediríamos que te quedaras. Seguro que Riley ya está entusiasmada porque van a hacer *s'mores* o algo así.

—¡Ese hombre! —Cam sacudió la cabeza.

—Le preocupa que trabajes demasiado —dijo Emmy—. Y lo haces. Así que, todas las que estén a favor de que Cam se quede, que digan «sí».

Teddy, Emmy y yo levantamos la mano y dijimos «sí» a la vez. Cam puso los ojos en blanco, pero sonreía mientras sacaba el móvil y llamaba a alguien; a Amos, supuse. Puso el altavoz.

—Hola. ¿Te parece bien que me quede aquí un rato?

—Quédate toda la noche —respondió Amos, alegre—. Yo me encargo. Riley y yo vamos a hacer *s'mores*.

—¡*S'mores*! —exclamó una voz infantil al otro lado de la línea.

—Riley, pórtate bien con el abuelo, ¿vale?

—Siempre me porto bien con el abuelo —contestó Riley con naturalidad.

—Vale —dijo Cam—. Diviértete, cielo. Te quiero.

—Te quiero, mami.

—Gracias, Amos.

—Divertíos esta noche, señoritas —respondió Amos, asumiendo sin equivocarse que estaba el altavoz puesto—. Os quiero.

Teddy, Emmy y Cam respondieron «te quiero» antes de colgar. Era extraño estar rodeada de personas que parecían llevarse bien y preocuparse las unas por las otras.

—Ahora que eso está resuelto —dijo Teddy mientras giraba el tapón de la botella de vino rosado—, la noche de chicas puede empezar oficialmente.

Emmy cogió un altavoz del bolso de Teddy y lo conectó a su móvil.

—¿Qué os parece un poco de Taylor Swift esta noche? —Tanto

Teddy como Cam asintieron con entusiasmo—. ¿Ada? —inquirió, esperando a que respondiera.

—Claro —contesté. En mi fase de «no soy como las demás chicas», me había desagradado Taylor Swift de manera activa. Ahora, simplemente me era indiferente. Después de pasarme tanto tiempo diciéndole a la gente que no me gustaba, no llegó a interesarme su música una vez pasado ese momento de mi vida.

Emmy me miró un segundo antes de decir:

—Aunque no te guste ahora, te gustará antes de irte de Rebel Blue.

—Aplastaremos esa misoginia interiorizada, no te preocupes —añadió Teddy, y no pude evitar reírme, aunque en cierto modo odiaba que ambas parecieran capaces de leerme como si fuera un libro—. Enséñanos lo que estás haciendo con esas cortinas. —Teddy señaló los trozos grandes de lino que había extendido.

—Venid a verlo —dije—. Pero dejad las bebidas aquí. —Obedientes, dejaron sus vasos y me siguieron hasta el centro de la habitación. Me arrodillé, cogí una flor silvestre morada de la caja y la coloqué en la parte inferior de la cortina—. No estoy segura de que vaya a funcionar, pero ya veremos. —Puse un trozo de papel vegetal sobre la flor y la aplasté antes de coger un mazo.

—Me encanta golpear cosas —dijo Teddy mientras se frotaba las palmas de las manos—. Esto va a ser genial.

Golpeé el papel vegetal varias veces para asegurarme de que le daba a todos los puntos de la flor.

—Lo ideal —empecé— es que al retirar el papel vegetal, la flor se quede pegada y… —despegué el papel vegetal de la cortina— deje el pigmento de la flor.

En efecto, quedó una imagen abstracta de la flor silvestre morada. Emmy soltó un chillido de alegría.

—¡Es genial! —exclamó—. ¿Cómo se te ha ocurrido?

—Aquí arriba hay muchas cosas revoloteando —respondí, señalándome la cabeza—. Y he estado pensando en distintas maneras de traer el rancho Rebel Blue dentro de esta casa.

—Me encanta. A mi padre le va a encantar. —Emmy sonrió pensativa mientras miraba la cortina—. Puedes decir que no, pero ¿crees que podríamos hacer algunas con rosas?

—¿Hay rosas en Rebel Blue? —pregunté.

—Sí, los rosales de mi madre están delante de la Casa Grande. Creo que sería genial que ella también formara parte de esto. —Oh. *Oh*. Cuando llegué, me pasé mucho rato mirando las fotos del salón de los Ryder. Después del nacimiento de Emmy, solo había unas pocas en las que aparecía la mujer que supuse que era su madre. Asumí correctamente que falleció por aquel entonces.

—Sí, claro. Me encanta la idea —dije con sinceridad. Emmy me sonrió y, aunque Wes y ella no se parecían tanto como Gus y ella, vi las similitudes.

—Es una pasada, Ada —intervino Teddy. Se frotó las manos—. Adelante.

—¿Podemos hacer algo para mi casa también? —bromeó Cam. Cuando todas elogiaron mi idea, empecé a sentirme… tímida, como si hubiera hecho algo mal o como si no me mereciera sus elogios—. ¿Deberíamos romper un montón de papel vegetal primero? ¿Para tenerlo preparado?

—Es lo más Cam que he escuchado en mi vida —respondió Teddy.

—Ya lo he roto todo. No sabía si podríamos hacerlo con uno o si necesitaríamos varios —intervine.

Teddy nos miró a Cam y a mí.

—Dios, hay otra —dijo.

—A algunas nos gusta estar preparadas —contestó Cam con una

carcajada—. No todas nos salimos con la nuestra improvisando sobre la marcha.

—Qué puedo decir, tengo un don. —Teddy agitó la coleta—. Pero ya que la situación del papel vegetal está solucionada, yo digo que empecemos con las pizzas y luego nos pongamos a dar golpes con el mazo.

Así pues, eso hicimos.

No sabía si alguna vez había participado en alguna clase de noche de chicas (puede que una o dos fiestas de pijama en secundaria o algo así), pero siempre había sido más una de esas cosas que veía en las películas o en la tele. Esta noche hizo que echara de menos algo que no había experimentado nunca, y ahora sabía que tenía razón en echarlo de menos.

Emmy y Teddy estaban sentadas en el suelo, agarrándose la cara la una a la otra y gritando al ritmo de una canción de Taylor Swift que iba sobre suplicarle a alguien que no estuviera enamorado de otra persona, Cam estaba comiéndose dos porciones de pizza a la vez y yo estaba absorbiéndolo todo. Cam dejó uno de los trozos de pizza y cogió el vaso. De la nada, se le cayó el vaso lleno de vino rosado al suelo antes de poder darle un trago. Todas nos volvimos hacia ella. Estaba mirando por la ventana y parecía haber visto un fantasma.

—Cam, ¿estás bien? —pregunté.

Sacudió la cabeza, pero no como si estuviera diciendo que no, sino como si estuviera tratando de quitarse algo de encima.

—Sí, perdón —respondió en voz baja—. Es que… pensaba que había visto a alguien. —Apenas había terminado de hablar cuando alguien llamó a la puerta de entrada.

Todas giramos la cabeza en dirección al sonido al tiempo que un hombre con un sombrero de vaquero negro entraba en el salón. El

pelo ondulado y rubio le caía hasta la barbilla. Su pelo me recordaba a una playa del sur de California. Tenía el rostro anguloso y un aro de plata en uno de los orificios de la nariz. Era alto, estaba bronceado y tenía tatuajes. Vi que tenía tatuada una «A» en letra Old English en el lado derecho de la base de la garganta.

Teddy soltó un chillido y al momento se levantó del suelo y corrió hacia él. La atrapó con facilidad y se echó a reír.

—Dusty Tucker, ¿qué narices haces aquí? —gritó—. La última vez que oí hablar de ti, estabas arreando ganado en Australia. —Ah, conque esta era la persona de la que me habló Wes.

Emmy también se había levantado del suelo y fue a darle un abrazo a Dusty.

—Hola, Dusty —dijo. Le lanzó una mirada rápida a Cam. Era de preocupación, así que volví a mirar a Cam, que parecía aún más inquieta que después de que se le cayera el vaso. Me vio mirándola y se recompuso enseguida. Vi cómo se ponía la máscara. Lo noté porque yo también lo hacía y sabía bien cómo era.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Emmy a Dusty.

—Emmy, yo también me alegro de verte —respondió.

—Noche de chicas, no están permitidos los chicos.

—¿Ni siquiera yo?

—Ni siquiera tú —intervino Teddy—. Pero me alegro de verte. Bienvenido a casa. —Los ojos de Dusty escanearon la habitación y se detuvieron en mí un segundo antes de aterrizar en Cam. Vi cómo abría los ojos de par en par y luego volvían a la normalidad. Cuando detuvo la mirada en ella, fue como si alguien hubiera extraído el oxígeno de la habitación.

—Ash —saludó, todavía mirando a Cam.

—Dusty —contestó. ¿Le… tembló la voz?

—Bueno, Emmy —dijo, pero seguía mirando a Cam. Juraría que

también le lanzó una mirada a la mano izquierda—. He oído que Brooks y tú estáis juntos. —En su tono había un deje de algo. ¿Sarcasmo, tal vez? ¿Sorpresa?

—¿Y qué? —inquirió Emmy mientras se cruzaba de brazos. Cuando la miré, lo primero que pensé fue: «Madre mía, esa mujer sabe asesinar con la mirada». Hice una nota mental para no decir nunca nada malo sobre Brooks delante de Emmy.

—Creo que es genial —respondió Dusty, que por fin apartó la mirada de Cam y alzó los brazos en señal de rendición—. Es solo que me raya porque creo que la última vez que os vi juntos, quisiste matarle en una fogata.

—Las cosas cambian.

Dusty volvió a mirar a Cam.

—Sí, así es.

—Soy Ada —intervine, ya que, por alguna razón, sentí la necesidad de proteger a Cam, como si tuviera que apartarle los ojos de ella. Dusty me miró.

—Encantado de conocerte. Me han hablado muy bien de ti. —Alargó la mano y se la estreché.

—En serio —dijo Emmy—, es noche de chicas, así que tienes que irte.

—Qué raro —contestó Dusty—, también es noche de chicos, pero al parecer me he equivocado de sitio.

—Están en casa de Gus —indicó Emmy, y Teddy imitó el sonido de una arcada—. ¿Por qué iban a estar aquí?

—No lo sé —respondió Dusty—. Es lo que me dijo tu padre cuando me pasé por la Casa Grande. —Interesante que Amos Ryder hubiera mandado aquí a *dos* personas hoy.

—Vale, bueno, hora de irte —dijo Emmy. Le puso las manos a Dusty en los codos y le giró de manera que quedara cara a cara con

la puerta de entrada.

—Ya me voy, ya me voy —dijo, pero antes de salir por la puerta, se volvió hacia Cam y añadió—: Te veo bien, Ash.

Luego, se fue.

Miré a Cam.

—¿Ash?

Tragó saliva y se encogió de hombros.

—Antiguo apodo. Mi apellido es Ashwood.

16

Wes



Oí el antiguo Ford Bronco negro de Dusty antes de verlo. Hacía un ruido de cojones, como siempre. A medida que se acercaba a la casa de Gus, oí a Led Zeppelin por encima del sonido del motor.

La casa de Gus era blanca, tenía dos plantas y estaba situada en el extremo oeste de Rebel Blue. La construyó justo antes de que Emmy se fuera a la universidad, así que hacía unos diez años. Tenía una buena distribución. La casa tenía cuatro habitaciones y estaba lo suficientemente alejada del resto del rancho como para que pareciera suya de verdad.

Brooks, Gus y yo estábamos sentados en el jardín delantero hablando cuando Dusty se acercó. Estaba igual que la última vez que le vi, un poco mayor solo.

Los tres nos levantamos para darle un apretón de manos acompañado de un «qué pasa, tío».

—¿Por qué has tardado tanto? —pregunté.

—Tu padre me mandó a la Casa Grande antigua —respondió Dusty, y se encogió de hombros.

—¿Qué? ¿Por qué? —Qué raro.

—Me dijo que estabais allí —dijo Dusty, y luego se volvió hacia Gus —. Riley se está poniendo grande.

Gus se pasó una mano por el pelo, el que, por una vez, no estaba cubierto por un sombrero.

—Ya. Aunque intento no pensar en ello. —Gus sacudió la cabeza—. Pero ¿cuándo la has visto? Cam debería haberla recogido ya.

Algo cruzó los ojos de Dusty.

—Cam estaba en la Casa Grande antigua. Al parecer, están haciendo una noche de chicas.

Gus asintió.

—Bien, necesita descansar. —Gus sacó una cerveza de la nevera portátil y se la lanzó a Dusty, que la atrapó sin problemas—. Bebe, esta noche toca justa.

La justa de *cowboys* era lo que más les gustaba hacer a Gus y a Luke cuando quedábamos, probablemente porque se les daba de puta madre. En cuanto sacaban las cuerdas, se convertían en adolescentes, en unos adolescentes extremadamente competitivos.

Las reglas eran simples. A cada persona se le daba un lazo. Te ponías cara a cara con la otra persona, corríais el uno hacia el otro e intentabais atarle las piernas al oponente. Cuanto más fuerte lo hacías, mejor.

Esta noche, nos tocó a Dusty y a mí contra Brooks y Gus, como de costumbre. Creo que Dusty y yo habíamos ganado unas cuatro veces en toda nuestra vida contra ese dúo. No porque fueran mejores laceros, sino porque soltaban tanta mierda que se te metía en la cabeza.

Jugábamos por puntos. Si le atabas las piernas con éxito a tu oponente, pero no se caía, conseguías un punto. Si se tropezaba y luego se caía, dos puntos. Si le atabas con un movimiento limpio y conseguías levantarle los pies del suelo, ganabas tres puntos.

El primer equipo en llegar a treinta puntos ganaba.

Para empezar, sería Gus contra mí. Nos colocamos a cuatro metros y medio de distancia, no lo suficientemente lejos como para no ver su estúpida sonrisa arrogante.

De verdad, lo único que conseguía que Gus sonriera era Riley y la oportunidad de darme una paliza en algo.

—¿Listo para perder, hermanito? —preguntó. Le chispeaban los ojos.

Al más puro estilo hijo mediano, la única respuesta que se me ocurrió fue un «cállate», lo que hizo que Gus se riera.

—¿El perdedor se bebe de un trago lo que le queda de cerveza? —propuso.

—Hecho.

Luke nos dio luz verde y empezamos a correr el uno hacia el otro. Agité el lazo por encima de la cabeza y apunté a los pies de Gus de inmediato. Cuando lo lancé, lo saltó por encima y arrojó su cuerda con la derecha mientras pasábamos uno al lado del otro. Intenté saltar por encima del lazo, pero acabé saltando dentro de él. Tiró con fuerza y tropecé, me caí y me golpeé contra el suelo.

—¡Dos puntos! —gritó Brooks.

—No jodas —contesté todavía en el suelo, mirando el cielo que estaba cambiando de azul a rosa. Me incorporé y me desenrollé la cuerda de Gus de los pies. Gus me tendió la mano y la acepté.

Me acerqué de nuevo a Brooks, que me pasó mi cerveza para recordarme que los perdedores beben de un trago.

Brooks y Dusty fueron los siguientes, y aunque Dusty le rodeó un

tobillo a Brooks con la cuerda, Brooks fue demasiado rápido y le rodeó ambas piernas con el lazo y tiró, y Dusty cayó al momento.

Al menos Dusty y yo conseguimos un punto.

Cuando me tocó a mí ir contra Brooks, dijo:

—Si gano, tienes que contarnos qué hay entre Ada y tú.

—¿La diseñadora? —preguntó Dusty.

—No hay nada —empecé, pero Brooks me interrumpió.

—He estado ahí. También decía eso y era todo mentira, así que… —Brooks se encogió de hombros—. No te creo.

De verdad que no había nada. Bueno, había algo, pero no sabía el qué ni si en algún momento sería lo que quería que fuera.

Así que no había mucho que contarle, de todas formas.

—Vale —dije.

La diferencia entre Brooks y Gus en cuanto a su competitividad era que Gus quería ganar a toda costa y quería ganar a lo grande, mientras que Brooks quería ganar, pero estaba dispuesto a ceder algunos puntos por el camino, lo que siempre me inducía a una sensación falsa de seguridad. Cuando le rodeé los pies con el lazo, me relajé, lo que fue un gran error. Me concentré tanto en hacerle caer que no me di cuenta de que él no había lanzado todavía. No intentó echarme el lazo a los pies. En vez de eso, lo lanzó justo en el lugar hacia el que estaba corriendo y, en cuanto puse el pie, tiró con fuerza y caí.

Otra vez.

Era su movimiento característico, y yo mordía el puto anzuelo cada vez.

Para ser justos, cayó después que yo, pero aun así consiguió más puntos.

Los dos estábamos en el suelo y Brooks se estaba riendo, una risa grande y sincera que había empezado a aparecer con más

frecuencia desde que Emmy y él estaban juntos. Nos levantamos y nos dirigimos a las sillas del jardín delantero de Gus para descansar.

—Muy bien, Wes —dijo—. Empieza a hablar. —Estábamos sentados alrededor del brasero de Gus, pero no había fuego. Casi seguro que encenderíamos uno cuando se pusiera el sol.

—No sé, tíos. —Me pasé las manos por el pelo—. Me gusta.

—Eso es obvio —señaló Gus.

—¿Tú le gustas también? —preguntó Dusty.

—Creo que sí —respondí a la vez que Brooks decía:

—Sí.

Dusty nos miró a uno y luego al otro.

—Les pillé liándose en el bar —contó Brooks. «Por Dios». La gente se pensaba que las mujeres mayores de Meadowlark eran las más cotillas. Bueno, ellas y el padre de Teddy, Hank, pero Luke Brooks y su puta bocaza les ganaban a todos. Fue un milagro que hubiera podido mantener su relación con Emmy en secreto durante tanto tiempo.

—En ese momento ni siquiera la conocía —dije—. Pero ahora que la conozco, me gusta mucho. Es ingeniosa, inteligente, divertida e increíblemente trabajadora. Y creo que yo también le gusto, pero creo que no quiere que le guste, y esa es la putada.

—Guau. —Fue lo único que dijo Dusty.

Miré a Brooks.

—¿Tú qué hiciste?

Brooks parecía confundido.

—¿A qué te refieres? ¿Con qué?

—Con Emmy. En plan, solíais odiaros. ¿Qué cambió? —Brooks sonrió, y su cara adoptó esa expresión bobalicona que se le ponía cada vez que alguien hablaba de Emmy.

—Todo —respondió—. Todo cambió el día que Emmy llegó a casa,

pero creo que, sin ser del todo consciente, ambos empezamos a darnos el uno al otro partes de nosotros, y entonces nos dimos cuenta de que queríamos conservarlas. Para siempre.

Gus miraba a Brooks pensativo. Cuando se supo por primera vez que Brooks y Emmy estaban juntos, Gus no se lo tomó bien. Dudo que en realidad fuera porque no quisiera que estuvieran juntos, sino porque dos de las personas a las que más quería sintieron que tenían que mentirle y ocultarle su relación.

Pero la razón no cambió el hecho de que Gus no lo gestionara bien. Brooks se fue con un ojo morado y Gus se fue con un montón de culpa que dudo que haya superado todavía.

—Creo que el punto de inflexión fue cuando la llevé a mi lugar secreto —dijo Brooks—. ¿Igual podrías hacer algo así?

—Espera —interrumpió Gus—. ¿Tienes un lugar secreto? ¿Qué lugar secreto?

—Si te lo dijera, no sería un secreto, ¿verdad? —replicó Brooks.

—Pero Emmy lo conoce. —Gus sonaba ofendido de verdad.

—Sí, ¿y?

—¿Por qué no lo conozco yo?

—Porque es secreto, Gus.

—Pero soy tu mejor amigo. —Mi hermano se cruzó de brazos. «Madre mía, menudo par».

—¡Y Emmy es el amor de mi vida! —exclamó Brooks mientras le lanzaba una mirada de desesperación a Gus.

A Gus le costó rebatir ese argumento, pero murmuró en voz baja:

—Sigo pensando que debería conocer el lugar secreto.

—Vale, odio interrumpir la pelea entre amantes —cortó Dusty—, pero estamos hablando de Wes. —Asintió en mi dirección, y Brooks y Gus parecieron recordar de repente que yo estaba ahí.

—Sí, estamos hablando de mí —dije.

—¿Quieres mi consejo? —preguntó Dusty.

Dusty era buena gente (no le iban los compromisos, pero era buena gente), así que asentí.

—A fin de cuentas, si no le gustas, no le gustas, y deberías respetarlo. —Estaba seguro al noventa y nueve por ciento de que le gustaba, pero entendía lo que estaba diciendo—. Pero si le gustas —continuó—, intenta hacer algo que le haga saber que has estado pensando en ella, que la has tenido presente. Que sea sencillo.

Pensaba en ella sin parar. Cómo olía, como a una puta galleta de azúcar. Cómo se mordía el interior del labio cuando estaba pensando o cómo siempre se sentaba con las piernas cruzadas, ya estuviera en el suelo, en una silla o en el sofá. Daba igual.

No solo la tenía presente, estaba *dentro* de mi mente, en cada recoveco y ranura.

17

Ada



Después de que Dusty se fuera, la noche de chicas transcurrió sin problemas. Comimos, bebimos, nos divertimos. Y terminamos todas las cortinas. Le prometí a Emmy que les añadiríamos rosas esta semana. Teddy me contó la discografía de Taylor Swift entera, me explicó la relación entre *Crepúsculo* y My Chemical Romance y se ofreció a llevarme de compras a la *boutique* en la que trabajaba. Cam, que casi seguro que era una *crack* en el Trivial, nos habló de las leyes más extrañas de Wyoming; ni se te ocurra hacerle una foto a un conejo entre enero y abril.

Y me lo pasé bien.

Normalmente me siento fuera de lugar en situaciones como esas y, para cuando la noche terminaba, me habría convencido a mí misma de que todos los presentes me odiaban y de que todos estaríamos mejor si nunca me volvieran a ver.

Pero esa noche no me sentí así. Me sentí bien.

¿Lo mejor de la noche? A las nueve y media estaba de vuelta en la Casa Grande.

Cam me llevó de vuelta, ya que de todas formas tenía que recoger a Riley. Me enteré de que Gus y ella nunca estuvieron juntos, pero que decidieron criar a Riley juntos.

—Tengo suerte de que el padre de mi hija sea también mi amigo —me dijo—. Y se le dan genial ambas cosas.

La dinámica de este grupo de personas me resultaba tan interesante. Quizá fuera el vino, pero no lo pensé antes de preguntar:

—¿Todos son tan… buenos como parecen? Los Ryder.

Cam soltó una pequeña carcajada que me indicó que entendía a lo que me refería.

—Sí, la verdad es que sí —respondió—. Tienen sus defectos, salvo Amos —bromeó—. Gus es demasiado cabezón y rígido, Wes es demasiado complaciente y padece un caso grave de síndrome del hijo mediano, y Emmy lo embotella todo y tiene problemas con el control, pero, al fin y al cabo, los tres lo arriesgarían todo por los demás y por la gente a la que quieren, y me siento afortunada de que mi hija y yo formemos parte de eso.

—¿A qué te refieres con lo de Wes? —inquirí.

—¿Lo de complaciente o lo de hijo mediano? —contestó. No pude asegurarlo en la oscuridad, pero me pareció que estaba sonriendo.

—Las dos cosas.

—Sinceramente, lo más probable es que estén relacionadas. Desde que lo conozco, Wes ha sido un puto encanto, aunque eso implicara serlo a su costa. ¿Su amigo quiere pedirle a la chica que le gusta a Wes que vaya con él al baile? Oh, no pasa nada. Se lo pasarán bien. ¿Se te ha pinchado una rueda? Te la cambiará, aunque eso signifique que no pueda llegar a su destino. —Entendía lo que decía,

pero me confundía porque no entendía por qué a ese chico tan bueno parecía gustarle… yo—. Hace lo mismo con sus hermanos y con su padre. Los cuida, y a veces creo que piensa que eso es para lo único para lo que sirve.

—Pero no es así —dije, ya que sentía la necesidad de defenderlo.

—Lo sé. Su familia lo sabe, pero dudo que él lo sepa. Creo que este rancho de huéspedes era su forma de demostrárselo a los demás, pero nosotros ya lo sabemos. Espero que se lo demuestre a sí mismo.

Es curioso. Wes y yo éramos muy distintos, pero nos encontrábamos en la misma situación: ambos sentíamos que teníamos algo que demostrar.

Después de que Cam me dejara en casa, no me sentía lista para irme a la cama, así que decidí hacer algo que no había hecho desde que llegué a Meadowlark: *la* ducha. Lavarme el pelo, echarme acondicionador bien, exfoliarme, depilarme las piernas… todo.

Sinceramente, mi cuarto de baño en la Casa Grande tenía la mejor ducha que había utilizado en mi vida, y sentía que tenía que aprovecharla.

Después de estar limpia y suave y de haber entrado en calor, salí de la ducha, me adentré en la nube de vapor que había creado y me hice la rutina completa de la cara, incluyendo una de esas mascarillas faciales de gel. Incluso decidí sacar el pijama bonito: una camiseta de tirantes de seda negra con un ribete de encaje blanco y unos pantalones cortos a juego.

Entre la ducha y la falta de autodesprecio que sentía después de la noche de chicas, me sentía una mujer nueva.

Me acurruqué bajo las sábanas y froté las piernas entre ellas para disfrutar de la suavidad. Saqué el portátil y abrí una aplicación de *streaming*, la que tenía *Cómo perder a un chico en 10 días*.

No había nada que hubiera podido mejorar la noche. Salvo tal vez unas palomitas. Me encantaban las palomitas, joder, y ahora que la idea se me había pasado por la cabeza, no podía sacármela.

No me cabía duda de que en la gigantesca despensa de Rebel Blue había palomitas para microondas. Miré el móvil. Era poco más de medianoche. La casa estaría en silencio y sacaría las palomitas justo antes de que pitase el microondas.

Salí de la habitación, crucé por el pasillo y me dirigí a la cocina. La despensa estaba al fondo de la cocina, y los estantes estaban llenos como una tienda de comestibles. Encendí la luz y empecé a buscar las palomitas.

Las encontré en un estante alto, cerca de la parte delantera. De mantequilla. «Excelente». Estaba a punto de cogerla, pero en ese momento oí cómo se cerraba la puerta principal. Apagué la luz y esperé. Unos segundos después, Wes apareció en la cocina.

Mmm. Pensaba que ya estaba en casa. Estuvo a punto de pasar de largo sin fijarse en mí, pero en el último segundo, antes de llegar al pasillo que conducía a nuestras habitaciones, se detuvo, me echó un vistazo y luego volvió a mirarme.

Incluso en la cocina oscura, iluminada solo por la luz de la luna, vi cómo sus ojos claros me recorrían el cuerpo de arriba abajo. De repente me sentí muy cohibida por el pijama que había elegido. Cómo no, esto ocurría la única vez que me ponía algo que no fuera una camiseta gigante y un pantalón de chándal para dormir.

Tragó saliva mientras me miraba, y las manos se le cerraron en puños a los costados.

—Hola —dijo. Tenía la voz ronca.

—Hola.

—¿Te lo has pasado bien esta noche? —preguntó.

—Sí. —Era verdad—. ¿Y tú?

—Me han dado una paliza, pero sí, me lo he pasado bien. —Me limité a asentir, y no estaba segura de en qué momento había encogido tanto la cocina—. ¿Buscabas algo?

—Palomitas —respondí, y señalé el estante que tenía a mis espaldas—. Pero creo que no llego. —Vi cómo Wes volvía a tragar saliva e intenté contener el impulso que sentía de lamer allí donde se le había movido la garganta.

Caminó hacia donde me encontraba en la despensa y, con cada paso que daba, notaba que se me ponía la piel de gallina. Cuando se detuvo frente a mí y se inclinó hacia delante, dejé que se me cerraran los párpados.

Me dije a mí misma que no sabía lo que estaba esperando, pero era mentira. Era una experta en mentirme, pero lo que esperaba no llegó.

Oí cómo algo se deslizaba de un estante a mis espaldas y la voz de Wes diciendo: «Tus palomitas». Abrí los ojos y lo vi justo delante de mí. Había calor en su mirada y una sonrisa en su cara.

—G-Gracias —balbuceé. Asintió con la cabeza y dio un paso atrás, y ese paso fue como si alguien me quitara una manta calentita de encima. Nos miramos fijamente durante un segundo, pero no se acercó.

Vale.

Pasé a su lado y juro que, cuando mi brazo rozó el suyo, sentí una descarga eléctrica.

Después de abrir el paquete de palomitas, lo desplegué, lo metí en el microondas y pulsé el botón del modo «palomitas».

Wes seguía en la cocina, podía sentirlo, así que me quedé de cara a la encimera en vez de girarme para mirarlo. Al cabo de unos segundos, oí que sus botas se dirigían hacia mí y luego sentí cómo me pasaba la mano por el hombro y me movía el pelo hacia un lado

del cuello, y un escalofrío me recorrió la columna vertebral.

Acto seguido, sentí sus labios en mi hombro.

—¿Puedo? —murmuró. En realidad, era un milagro que pudiera oírle, teniendo en cuenta la fuerza con la que me retumbaban los latidos del corazón en los oídos.

—Sí —susurré. Volvió a besarme el hombro y luego el cuello. Le oí respirar hondo.

—¿Por qué siempre hueles tan bien, joder? —preguntó. No creí que buscara una respuesta, así que me quedé callada—. Mi camioneta huele a ti —dijo—. Y ahora me juego la vida cada vez que conduzco porque solo puedo pensar en ti. Esto… —Me rodeó con el brazo y me atrajo hacia él de manera que no dejó espacio alguno entre nosotros—. Es en lo único en lo que puedo pensar.

Volvió a moverme el pelo para poder centrarse en el otro lado del cuello y, cuando noté sus labios en la garganta, dejé caer la cabeza sobre su hombro y no pude evitar soltar un pequeño gemido.

—Me gustas, Ada. —Ahora tenía la mano debajo de mi camiseta, presionada contra mi abdomen, y ansié que la bajara más, pero mis inseguridades estaban empezando a gritarme. Wes era un buen chico. Era amable y atento, y no tenía ni idea de por qué le iba a interesar una mujer como yo. Me había pasado todo el matrimonio básicamente rogándole a mi marido que se fijara en mí, que me viera, que me quisiera… que *hiciera algo*.

Nunca lo hizo.

Cuando te tratan de cierta manera durante tanto tiempo, empiezas a creer que así es como *deberían* tratarte. Me dejó la sensación de que no había nada en mí que alguien *pudiera* amar.

Y ahí estaba Wes ahora. Él era todas esas cosas maravillosas que yo deseaba ser a veces: locuaz, carismático y profundamente atento.

Yo era cínica, tímida y no me *caía bien* mucha gente. A Wes

parecía caerle bien todo el mundo y a todo el mundo parecía caerle bien él, incluida yo. No entendía cómo íbamos a encajar.

Alcé la cabeza de su hombro y miré al suelo.

—No sé por qué sigues haciendo esto, Wes —dije en voz baja, sin dejar de mirar al suelo—. No sé por qué quieres estar conmigo. No soy… buena.

—Ada —murmuró. Usó la mano que tenía en mi abdomen para girarme y que quedáramos cara a cara. Apareció el zumbido de electricidad familiar que aparecía cuando se acercaba. Noté su dedo bajo la barbilla, obligándome a levantar la vista para mirarle—. Eres sincera y talentosa, tenaz y divertida. —No habría podido apartar la mirada de él ni aunque lo hubiera intentado. Sus ojos verdes me agarraron y no me soltaron—. Jamás te insultaría llamándote algo tan genérico como «buena».

No fueron sus palabras las que me afectaron, sino sus ojos. Desde la primera vez que me miró hasta ahora, sentía que Weston Ryder me veía, por mucho que yo intentara ocultarlo.

—Bésame —susurré—. Por f… —No llegué a terminar de pedírselo, ya que en un instante su boca estaba sobre la mía.

Besar a Wes era lo más parecido que había vivido a una experiencia religiosa. Era como si el cielo se abriera y las estrellas empezaran a caer a nuestro alrededor, como si un rayo cayera allí donde nuestra piel se tocaba y como si los latidos de mi corazón se hubieran convertido en una tormenta eléctrica.

Me estaba rodeando la nuca con una mano y la cintura con la otra, sujetándome contra él, pero no conseguía estar lo suficientemente cerca. Le metí las manos por debajo de la camiseta y aspiró una bocanada de aire.

—Qué frías tienes las manos, coño —dijo contra mi boca. Solté una risita como una tonta y se las coloqué en la espalda para

estrecharlo contra mí.

Utilizó el brazo que tenía alrededor de mi cintura para subirme a la encimera. Le rodeé con las piernas y movió las caderas. Noté su erección contra mi cuerpo y quise más. Empecé a tirarle de la camisa de franela, a bajársela por los brazos, y él la lanzó al suelo.

Una de sus manos me recorrió el muslo desnudo hasta llegar al dobladillo de los pantalones, donde se detuvo, pero solo un segundo. Subió la mano para agarrarme el culo y gemí en su boca.

¿Cuándo fue la última vez que hice esto? No me acordaba.

¿Cuándo fue la última vez que sentí algo parecido a lo que estaba sintiendo ahora? Nunca. De eso estaba segura.

Le mordí el labio inferior y él también gimió, tras lo que volvió a mover las caderas contra las mías.

—Más —supliqué, pero no funcionó. Se apartó y me entraron ganas de gritar.

Se le dibujó una sonrisa en los labios.

—¿Más? —preguntó. Su voz había adquirido un tono juguetón. Asentí con la cabeza. Me pasó la mano que tenía en mi pelo por la clavícula, y ese contacto leve me llevó al límite.

»Estos son los tirantes más absurdos que he visto en mi vida —dijo, y metió un dedo debajo del tirante de mi camiseta para bajármelo con suavidad por el hombro. Se inclinó hacia mí y posó la boca donde antes estaba el tirante, y me aferré a su pelo. Más atrevida de lo habitual, moví la otra mano entre los dos y le rodeé a través de los vaqueros.

Gimió contra mi cuello y lo sentí en todo el cuerpo.

—Dios, Ada.

Me encantaba cómo decía mi nombre. Se apartó otra vez y, como ya no le estaba sujetando con la otra mano, la llevé a su cinturón para empezar a desabrochárselo, pero antes de que pudiera avanzar

mucho, una de sus manos grandes me cubrió la mía.

—Despacio, corazón —dijo—. ¿Te gusta ver lo que me provocas? —Miré su polla, que se tensaba dentro de los vaqueros. Asentí, me apretó las manos con fuerza y volvió a gemir—. Quiero sentir lo que te provoco yo —añadió, acercando su frente a la mía.

Oh. *Oh*.

—Tócame —susurré. Normalmente no me gustaba esta parte. Siempre me daba vergüenza. ¿Estaba demasiado mojada? ¿No lo suficiente? Por lo general era lo segundo. A veces a mi cuerpo no le gustaba cooperar. Pero, aun así, quería esto. Quería que me tocara. Me estaba dibujando círculos en el muslo con los dedos, acercándose cada vez más al lugar en el que quería estar, en el que yo quería que estuviera. Abrí más las piernas, invitándole a entrar.

Con las frentes juntas, ambos vimos cómo su mano se deslizaba por debajo de mis pantalones y se introducía entre mis piernas. Jadeé al notar cómo hundía el dedo en mi interior.

—Joder, Ada —gruñó. Vi cómo su dedo entraba y salía despacio—. ¿Sigues queriendo más? —Su voz era más grave.

—Sí —gemí, y añadió un segundo dedo.

—Tan necesitada —dijo—. Los chicos de ciudad no saben follarte bien, ¿verdad? —Negué con la cabeza. La presión crecía en mi interior y me resultó tan extraña. No pude soportarlo. Llevé las manos a la cara de Wes y atraje sus labios hacia los míos.

Me besó con fuerza y firmeza, metiéndome la lengua en la boca mientras empujaba los dedos dentro de mí. Empecé a respirar más rápido y mis caderas comenzaron a moverse por sí solas. Me acarició el pulgar con el clítoris, gemí y solté un «sí» entrecortado.

—Ayúdame a que te corras así, Ada. Dime qué necesitas para correrte con mis dedos enterrados dentro de ti. —No lo sabía. Nunca me había corrido así, ni durante los preliminares ni durante el sexo.

El calor que me recorría la espina dorsal me resultaba desconocido y lo único que quería era que siguiera. Estaba desesperada por ver adónde llevaba esto.

Estaba a punto de decírselo cuando el sonido del microondas nos sacó a ambos del trance de lujuria.

Mi vida era una broma.

Wes, que reaccionó mucho más rápido que yo, levantó la mano y abrió el microondas para que dejara de pitar. Luego, se desplomó y apoyó la cabeza en mi hombro.

Estábamos respirando con dificultad, pero oímos unos pasos en el pasillo opuesto al de nuestras habitaciones. Wes se giró y era lo bastante ancho como para taparme y que no me vieran (al menos eso esperaba mientras me colocaba el tirante de la camiseta sobre el hombro), sobre todo en la oscuridad.

—¿Weston? —La voz aturdida de Amos llegó desde el pasillo—. ¿Eres tú?

—Sí, papá —contestó. Estaba intentando ocultar la respiración pesada, pero no lo estaba haciendo muy bien—. Lo siento si te he despertado.

—No pasa nada. ¿Todo bien? —Amos bostezó.

—Sip —respondió Wes—. Necesitaba comer algo, así que me estaba haciendo unas palomitas.

—Vale, haz menos ruido. —La voz de Amos se estaba alejando a medida que recorría el pasillo de su habitación—. No querrás despertar a Ada.

—No, es lo último que queremos —dijo Wes en voz baja, y reprimí una risita. Era la segunda vez que nos interrumpían a Wes y a mí. No sé lo que tenía que me volvía a convertir en una adolescente cachonda que tiraba toda precaución por la borda, pero me gustaba. Me gustaba sentir la oleada de alegría que me provocaba estar cerca

de él—. Buenas noches, papá —añadió un poco más alto.

—Buenas noches —contestó Amos.

Una vez que estuvo seguro de que su padre se había ido, Wes se giró hacia mí. Estaba sonriendo, y el corazón volvió a latirme con fuerza en el pecho. Se inclinó hacia delante y me dio un beso en la sien, y me deleité con lo íntimo que fue.

—Venga —dijo—. Te acompaño a la cama. —Estaba a punto de decirle que no estaba cansada, pero en vez de formar esas palabras con la boca, se me escapó un bostezo.

Parecía que Amos Ryder me había cortado el rollo con éxito.

«Joder».

Wes sacó las palomitas del microondas y me ayudó a bajarme de la encimera. Las piernas me temblaban, lo que hizo que Wes se riera por lo bajo.

—Calla —dije mientras le daba un codazo en las costillas.

Me acompañó a mi habitación y nos detuvimos delante de la puerta.

—¿Quieres…? —No podía creerme que estuviera diciendo esto, tuve que mirar al suelo para continuar—. ¿Pasar? —Le miré de reojo. Parecía en conflicto.

—Esta noche no —respondió al final.

—Pero ¿otra noche? —pregunté con esperanza.

—Sí —contestó al momento. Me dio otro beso en la sien—. Otra noche.

Asentí. Probablemente fuera lo mejor.

—Buenas noches, Wes.

—Buenas noches, Ada.

18

Wes



Antes de anoche, tenía mi atracción por Ada bajo control. Podía pasar junto a ella y su peto y no sentir el impulso de empujarla contra la pared más cercana y enseñarle lo que me provocaba.

Ya no.

Lo único en lo que pensaba era en su piel desnuda bajo mis manos. Ahora que sabía lo que se sentía, nada iba a ser suficiente.

Me deseaba. Fue la que me pidió que la besara, la que exigió que la tocara. Y ahora estaba jodido.

Bien jodido.

Eso era en lo que estaba pensando mientras reunía un puñado de ingredientes para hacer una de sus comidas favoritas: la cosa de espinacas de la que me habló en la camioneta cuando la llevé al pueblo.

Estaba siguiendo el consejo de Dusty y haciendo algo que le

demostrara que pensaba en ella. Todo el tiempo.

Solo había un pequeño problema. No se me daba muy bien cocinar. Sabía cocinar y cocinaba, pero no diría que todo salía cien por cien comestible. Mi padre se aseguró de que todos supiéramos los básicos de la cocina, sobre todo Gus y yo. Desde pequeños nos dijo que igual algún día tendríamos que compartir un hogar con alguien y que, cuando eso ocurriera, sería importante dividir las tareas, ya fuera cocinar, limpiar o lo que fuese.

Gus era como mi padre. Le encantaba cocinar y se le daba bien. Era otra cosa en la que era mejor que yo. Lo que estaba bien, porque ahora tenía que mantener con vida a un mini ser humano.

Yo sabía hacer lo básico (huevos, pollo a la parrilla, pasta y sabía preparar una ensalada de locos), pero la *spanakopita* (el pastel ese de espinacas) no estaba dentro de mis especialidades. Sobre todo, porque empezaba con repostería casera, lo que me daba la sensación de que podía salir muy mal en muy poco tiempo.

En fin, daba igual.

Era un tío competente e iba a hacerlo, puede que no bien, pero iba a hacerlo.

Ada había ido a casa de Aggie para hablar sobre lo que quería que construyera. Teddy había venido y la había recogido (al parecer se iban a ir de compras también), así que intuí que tendría unas cuatro horas para lograrlo.

Por ahora, llevaba un poco más de una hora y lo único que había conseguido era una cocina cubierta de harina.

Cuando se abrió la puerta de entrada, oí a Gus gritar:

—¿Hay alguien en casa?

—Aquí —contesté.

—¿Qué coño haces? —preguntó cuando entró en la cocina. Abrió los ojos de par en par cuando me vio a mí y a toda la harina.

—Repostería, obviamente.

—Te digo yo a ti que eso no es repostería.

—Vale, lo estoy intentando —dije. Y no, no estaba saliendo muy bien—. Ada mencionó que le gustaba una especie de pastel de espinacas que hace su madre, y estoy intentando prepararle uno.

Gus se acercó y evaluó todos los ingredientes que había sobre la encimera y los trozos de masa que no había conseguido pegar entre ellos.

—No te ofendas —empezó—, pero no creo que esté saliendo muy bien.

—Muy útil, Gus, gracias —espeté. Volvió a abrir los ojos de par en par. Yo no me solía irritar.

—Hazme un desglose —dijo—. Igual puedo ayudar. —Gus se dirigió al fregadero de la cocina y empezó a lavarse las manos. Iba en serio.

—En teoría es fácil —contesté, y me pasé la mano con harina por la cara. Ni siquiera quería saber el aspecto que tenía—. ¿Una especie de mezcla de espinacas con masa filo?

—Vale. —Asintió con la cabeza—. ¿Dónde está la masa filo?

—¿Es lo que estoy haciendo? —señalé, inseguro. Es lo que estaba intentando hacer, al menos.

Gus parecía un poco bastante preocupado para ser una conversación sobre masas, pero dijo:

—¿Estás intentando hacer masa filo? ¿Has visto *The Great British Baking Show* alguna vez?

—¿Cómo? No. ¿Por qué ves *The Great British Baking Show*? —Si había algo que no conseguía imaginarme a mi hermano mayor haciendo, era sentarse y elegir ver una serie sobre repostería.

—A Riley le gusta y sus acentos relajan. —Se encogió de hombros. Le miré boquiabierto—. En fin —dijo, ignorándome—. Esa no es la

cuestión. La cuestión es que la masa filo ya hecha es tu amiga, porque nunca vas a ser capaz de estirarla para que esté lo suficientemente fina. —«O estirarla en absoluto», pensé, teniendo en cuenta que había trozos de masa por todas partes.

—No tengo masa filo ya hecha.

—Voy a llamar a Emmy.

—¿Para qué vas a llamar a Emmy? —Estaba confundido, no entendía qué tenía que ver Emmy en esta situación. ¿Era una experta en masa filo? ¿Tenía unas habilidades que yo desconocía?

—Porque está en la tienda. —Puse los ojos en blanco. Pues claro que Gus sabía eso. El mes pasado, Emmy estaba arreando el ganado sola y no tenía una radio. No pudimos saber dónde estaba, por lo que hice lo que haría cualquier persona normal: miré su ubicación en el móvil.

Al parecer, Gus no sabía que eso se podía hacer. Ahora comprobaba nuestras ubicaciones cada dos por tres. En serio, cada vez que salía de casa, recibía un mensaje suyo en el que me preguntaba qué hacía.

—Tienes que parar de mirar nuestras ubicaciones continuamente. Da mal rollo —dije. Gus ya estaba marcando el número de Emmy. Mientras se llevaba el móvil a la oreja, contestó:

—Ya no tengo que comprobar la tuya. Siempre estás siguiendo a Ada a todas partes.

«Gilipollas».

Oí a Emmy contestar.

—Hola, ¿sigues en la tienda? —preguntó Gus. Silencio—. ¿Puedes comprar un paquete de masa filo, un par tal vez, y traerlos a casa? Wes está intentando hacerla casera. —Oí la voz amortiguada de Emmy al otro lado de la línea—. Ya —contestó Gus—. Eso es lo que le he dicho. No lo ve.

«Madre mía».

—Vale, hasta ahora. —Gus colgó—. Emmy llegará en veinte minutos. Vamos a empezar con el relleno.

Gus empezó a picar la cebolleta, el ajo y la cebolla y yo me puse a sofreír las espinacas en la sartén más grande que encontré. Por mucho que odiara admitirlo, era agradable tener a Gus en la cocina. Leyó la receta y se puso al mando, y las cosas empezaron a fluir.

Poco después, Emmy entró en la cocina con unas cuantas bolsas de la compra.

—Vale —dijo—. He comprado cinco paquetes de masa filo, porque la situación sonaba alarmante. —Vale, a ver, eso sonó un poco dramático—. También he comprado pan de masa madre y una bolsa de Sour Patch de sandía.

—¿Por qué? —inquirí.

—Porque anoche a Ada y a mí nos unió el amor que sentíamos por esas dos cosas, así que intuí que te vendría bien tener una alternativa por si acaso lo que prepares no sea comestible.

Quise discutir, pero tenía razón, así que, en vez de eso, le di las gracias.

—De nada, y también te he comprado unos Reese's mini. —Eran mis favoritos. Tenían la proporción perfecta de chocolate y mantequilla de cacahuete.

—Emmy —intervino Gus—, ¿puedes empezar a preparar la masa filo? Te he sacado aceite de oliva y un pincel. —Emmy le contestó con un saludo militar. Antes de empezar, conectó el móvil al altavoz de la cocina y puso la emisora de música *country*. A Emmy le gustaba tener sonido de fondo (música, la televisión, lo que fuera) mientras hacía cosas. Decía que la ayudaba a concentrarse.

—Sí, capitán.

Los tres trabajamos juntos en el plato. Creo que fue la primera vez

desde que volvió Emmy a casa que estábamos juntos, solo los tres. Era muy agradable.

Reconocía que, en lo que se refería a hermanos, era afortunado. Si tenía que vivir bajo la sombra de alguien, me alegraba que fuera la suya.

—Bueno, Gus —empezó Emmy—, ¿avisaste a Cam de que Dusty volvía a Meadowlark?

—¿Qué? —respondió Gus—. ¿Por qué iba a tener que avisarla de eso?

—Eres idiota —fue lo único que dijo Emmy a la vez que sacudía la cabeza. A mí tampoco se me había ocurrido avisarla. Cam y Dusty salieron en el instituto. Hasta donde yo sabía, Cam fue la última mujer con la que Dusty tuvo una relación seria. No terminó bien, pero no sabía que eso significaba que teníamos que avisarla de que volvía.

Los tres juntos hicimos las capas con el relleno de espinacas y la masa filo. Una vez que llegamos a la última capa, Emmy la cubrió con aceite de oliva y metimos la fuente en el horno. Puse un temporizador de veinticinco minutos.

Sí, había sido agradable que aparecieran mis hermanos para echarme una mano, pero agradecía más que se quedaran a ayudarme a limpiar. Lo había dejado todo hecho un puto desastre.

—Bueno —dijo Emmy mientras limpiábamos lo que quedaba de harina—, ¿qué ha inspirado este arrebato culinario? ¿Ha pasado algo con Ada? Aparte del beso del principio, claro. —Me quedé callado un segundo de más, porque los ojos de Emmy se abrieron de par en par y empezaron a brillar mientras gritaba—: ¡Lo sabía! ¡Lo sabía, joder!

No tuvo ocasión de decir nada más, ya que la puerta principal se abrió. Mierda, imposible que fuera Ada, ¿o sí? Miré el reloj del

microondas, el cortarrollos del siglo, y vi que habían pasado unas horas desde que empecé. «Mierda».

Pero no fue su voz la que escuché primero, sino la de Teddy.

—Ese corsé te va a quedar que te cagas —dijo mientras entraba en la cocina. Ada estaba justo detrás de ella, y mi corazón empezó a sonar como un bombo cuando la vi. El jersey negro y ancho que llevaba se le había caído de uno de los hombros. Pensé en mí poniendo la boca ahí anoche.

«Joder». Se me tensaron los vaqueros.

Llevaba el pelo recogido en un moño, pero como lo tenía corto, se le estaban saliendo las capas inferiores. Llevaba unos vaqueros que le quedaban ajustados por las caderas, pero sueltos en el resto del cuerpo. Cuando vio que la miraba, sonrió.

Dios, era preciosa.

—¿Qué es lo que huelo? —preguntó Teddy, escudriñando la cocina. En cuanto vio a Gus, añadió—: Mierda. Eso es lo que huelo.

Gus puso los ojos en blanco.

—¿Eso es lo único que tienes hoy, Theodora?

—No —respondió Teddy—. Pero por suerte para ti, hoy no me apetece mucho ver llorar a un hombre adulto. —Ada miraba a Gus y a Teddy y viceversa como si estuviera viendo un partido de tenis.

—Vale. —Emmy dio una palmada—. Lo que oléis no es de vuestra incumbencia y nos vamos todos. —Empezó a empujar a Gus en dirección a la puerta—. Menos tú, Ada. Tú puedes quedarte. —Emmy le guiñó un ojo.

Sutil.

—¿Por qué tengo que irme yo? —preguntó Gus.

—Porque tienes cosas que hacer —respondió Emmy, evasiva.

—No, qué va —dijo Gus, el único que no lo estaba pillando.

—Dios santo —gimió Teddy—. Eres estúpido, en serio. Venga, Top

Gun, vamos a afeitarte ese bigote.

—Que te den —espetó Gus. Emmy empezó a sacarle a empujones y Teddy la ayudó.

—¡Hasta luego, chicos! —gritó Emmy.

Cuando oí cerrarse la puerta, nos quedamos Ada y yo solos. Siempre que estábamos a solas, estuviéramos donde estuviéramos, el sitio parecía más pequeño.

—Hola —dije.

—Hola —respondió, metiéndose un poco del pelo negro suelto detrás de la oreja. Quería acercarme a ella y rodearla con los brazos, pero no quería ser demasiado brusco. No sabía cómo hacer esto. No después de lo de anoche.

—¿Qué tal el día? ¿Has conocido a Aggie?

Se le iluminó el rostro.

—Sí, ha ido genial. Es genial. Va a hacer dos aparadores, una mesa de cocina y una mesa de centro, y está personalizando tiradores de cuero para algunos de los cajones.

—Suena increíble —dije con sinceridad. Me encantaba cómo se animaba cuando hablaba de Baby Blue—. Me alegro de que hayas podido ponerte al día con Teddy también.

—Hablando de eso. —Ada se sentó en la encimera de la cocina. Ahora estaba justo frente a mí—. ¿Qué hay entre ella y tu hermano?

Nunca en toda mi vida había estado más confundido.

—¿A qué te refieres?

—Es obvio que hay algo. ¿Estuvieron juntos o algo?

Me reí.

—¿Teddy y Gus? ¿Crees que hay algo entre Theodora Andersen y August Ryder?

Ada asintió con emoción.

—Obvio. ¿No ves la tensión que hay?

—Sí, porque se odian —dije, confundido—. En plan, odiarse de verdad.

A Ada no pareció convencerla lo que dije.

—Me apostaría los ahorros de toda mi vida a que ha ocurrido u ocurrirá algo entre los dos. —Parecía muy segura. Me gustaba.

—Igual cuando las vacas vuelen —repliqué.

—¿Te apetece apostar? —Su sonrisa era juguetona.

—Adelante —respondí, y extendí la mano para estrechársela. Me miró la mano, estudiándola durante un segundo, antes de darme la suya. Nos miramos y vi cómo se le agitaba ligeramente el pecho. Me pregunté si estaría pensando en la noche anterior.

Te digo yo a ti que yo sí lo estaba, joder.

—Bueno —dijo, retirando la mano demasiado pronto—. ¿A qué huele aquí? Huele increíble. —Como si se hubiera puesto de acuerdo, el temporizador de mi móvil sonó y me apresuré a coger unos guantes de cocina y a sacar el plato del horno. Lo coloqué sobre los salvamanteles que estaban justo delante de Ada.

—*Spanakopita* —indiqué, de repente nervioso por… todo.

Ada bajó la vista a la masa dorada y luego volvió a mirarme a mí.

—¿En serio? —preguntó con la sonrisa más grande que le había visto esbozar desde el bar. Su sonrisa me dejó sin palabras, así que me limité a asentir. Volvió a mirar el plato—. ¿Lo has hecho para mí? —Su voz sonó más baja.

—Sí.

Se mordió el interior del labio.

—¿Por qué?

Me pareció una pregunta con trampa. Porque no podía parar de pensar en ella, porque quería que fuera feliz en Rebel Blue, porque quería que pensara en mí de la misma manera que yo pensaba en ella.

—Porque me dijiste que era tu comida favorita —fue la respuesta que elegí, lo que también era cierto.

—¿Puedo probarlo? —Sonaba algo emocionada.

—Por supuesto —respondí, y saqué un cuchillo de uno de los cajones y se lo di junto con un plato y dos tenedores—. ¿Haces los honores?

—Mi madre me mataría por no dejarlo reposar un minuto, pero… —Cortó un cuadrado y lo puso en el plato entre nosotros. El relleno echaba humo. Ada cogió un tenedor y me hizo un gesto para que hiciera lo mismo.

Ambos pinchamos un poco y soplamos para enfriarlo. Esperé a que lo probara ella primero. Quería ver su reacción. Sonrió mientras masticaba.

—Está bueno —dijo mientras se llevaba una mano a la boca, y asintió.

Me comí mi trozo, y no me esperaba que fuera a gustarme, pero me gustó. Estaba caliente, salado, hojaldrado y… bueno.

—¿Te gusta?

—Sí, la verdad —dije con una risita—. Me gusta.

—Creo que hasta mi madre diría que es aceptable —comentó, sacudiendo la cabeza con lo que parecía incredulidad.

—¡Aceptable! Menudo cumplido —contesté, y puse los ojos en blanco de forma exagerada.

—Te prometo que, viniendo de Thalia Hart, «aceptable» es equivalente a un Premio Nobel de la Paz.

—¿Me hablas de ella? —pregunté, sin estar seguro de dónde había salido eso. Ada se detuvo mientras masticaba. Miró el *spanakopita* durante un minuto.

—Mi madre es… feroz y directa —dijo en voz baja—. Es una buena madre, a su manera. No es cariñosa como tu familia, pero siempre

está ahí, incluso si no quiere.

»Siempre ha tenido unas expectativas altas sobre mí —continuó Ada—, y la mayoría del tiempo siento que la he decepcionado. —Escucharla decir eso fue como si me clavaran un cuchillo en el corazón. Ada era magnífica, y quería que todos lo vieran, que la vieran a ella—. Dejó toda su vida atrás cuando se vino a Estados Unidos. Todo lo que tiene se lo construyó ella. Quería que cumpliera unos sueños cuando yo era pequeña, sueños por los que nunca tendría que esforzarme tanto como lo hizo ella. Creo que siempre me sentiré un poco culpable por perseguir mis sueños en vez de los suyos.

—¿Qué opinó sobre lo de venirte a Wyoming? —pregunté.

—Que es una pérdida de tiempo. Aunque ha estado al tanto de mis redes sociales. Me envía unos pocos mensajes cuando le gusta algo y muchos más cuando no.

Suspiró y sonó sincera cuando añadió:

—Pero es una buena madre. Y mi padre es un buen padre.

—¿Me hablas sobre él? —pregunté.

Ada pareció pensárselo un momento.

—Es tranquilo, no le gusta mucho la gente, pero es un proveedor entregado. Trabajaba mucho cuando era pequeña, así que no fue un padre muy presente, pero sé que haría cualquier cosa por mi madre. —Asentí y estiré el brazo por encima de la mesa para cogerle la mano. Me gustaba que me hubiera contado todo eso. Me encantaba sentir que la conocía.

No se apartó. En cambio, dijo:

—Ahora tengo que hacerte una pregunta.

—Dispara.

Se le dibujó una sonrisa en los labios.

—¿Por qué tienes harina por toda la cara?

19

Ada



Las cosas estaban cambiando entre Wes y yo. Cuando estábamos en el lugar de trabajo, había pequeños roces: nuestros brazos rozándose cuando pasábamos junto al otro, una mano en mi codo o en la parte baja de la espalda para apartarme del camino de otra persona, cosas así.

Cuando estábamos en la Casa Grande, por lo general cenábamos juntos. A principios de la semana, vimos una película en el sofá y me rodeó con el brazo.

Y no me desagradó.

No sabía qué era esto que teníamos, pero me encantaba la sensación que me daba. Por primera vez en mi vida, creo que tenía un enamoramiento de los de antes. Era algo nuevo y emocionante, pero también me parecía estable y natural, como si fuera el comienzo de algo duradero.

En eso estaba pensando cuando se me acercó (sin Waylon, me di

cuenta) al final de la jornada laboral y me preguntó:

—¿Puedo invitarte a salir?

Como un resorte, levanté la cabeza del móvil, donde estaba subiendo algunas *stories* con actualizaciones sobre el techo abovedado y los baños. Wes llevaba lo que yo había empezado a llamar en mi cabeza «su uniforme»: camiseta blanca y vaqueros azules. Esos vaqueros azules parecían estar en las últimas, pero él hacía que parecieran perfectos, como la portada de ese disco de Bruce Springsteen.

—¿Invitarme a salir? ¿Eso no es una forma más educada de echarme de aquí?

Las mejillas de Wes se tiñeron de carmesí y todas las mariposas de mi estómago salieron de sus capullos.

—Puede ser —respondió—. Pero no quiero echarte. Quiero invitarte a salir en plan cita.

—Oh —dije, sorprendida—. Mmm… —Quería decir que sí, pero no sabía lo que significaría eso para lo que fuera que tuviéramos. ¿Y si teníamos una cita y todo cambiaba? ¿Y si pasaba tanto tiempo conmigo que empezaba a desagradarle como a todo el mundo?

Como a mi exmarido.

Le gustaba hasta que dejé de hacerlo.

Y, por alguna razón, me daba la sensación de que, si Wes decidía que no le gustaba, me dolería mucho más que cuando Chance decidió que no le gustaba, a pesar de que su decisión acabó con él yéndose a trabajar y no volviendo nunca más y conmigo recibiendo los papeles del divorcio en el correo.

Pensar en Chance y en mi matrimonio seguía siendo desagradable. No por él, necesariamente, o por el hecho de que hubiera estado casada, sino porque no estaba orgullosa de la persona que fui en esa época. Después de casarnos, tardé un mes en darme cuenta de

las pequeñas cosas que él hacía y que eran formas de controlarme.

A pesar de que fue una situación mala, no la desharía. Pero ojalá pudiera volver atrás y decirme a mí misma que no me esforzara tanto en reprimirme y meterme en un molde en el que no cabría nunca. Me desprendí de muchas partes para intentar encajar en su molde, y apenas estaba empezando a recuperarlas.

—Puedes pensártelo —dijo Wes después de quedarme callada demasiado tiempo.

—No —contesté, y vi cómo le cambiaba la cara—. En plan, sí a la cita y no, no tengo que pensármelo. —Wes no era Chance y yo no era la misma Ada que unos años atrás.

Se le volvió a iluminar la cara, como el sol saliendo de detrás de las nubes.

—¿Sábado?

—Sábado —respondí. Lo dije en voz baja, como un deseo. Los hoyuelos de Wes aparecieron cuando me sonrió, y sentí el impulso de darle un beso. Justo en mitad de la reforma. Sabía que si lo hacía empezaría a sonrojarse.

El Wes sonrojado era mi Wes favorito.

—Ada. —La voz de Evan dibujó una nube sobre el sol que era Weston Ryder. Estaba caminando hacia nosotros con cara de preocupación.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Hay un aviso de tormenta —explicó—. Todo el mundo acaba de recibir una alerta en el móvil. Se supone que llega en una hora. Dicen que vayamos a un sitio en el que podamos refugiarnos.

Miré el móvil y vi la misma notificación. Debí de distraerme con los hoyuelos de Wes cuando llegó.

—Vale —dije—. Vamos a asegurarnos de cubrir con una lona todo lo que haya que tapar y luego mandaremos a todo el mundo a casa.

Tanto Wes como Evan se pusieron manos a la obra y empezaron a trabajar a la velocidad de la luz para asegurar la casa. Wes incluso le pidió al personal que tapara las ventanas por si acaso empeoraba el viento. No las habíamos sustituido todavía (se suponía que las iban a reemplazar mañana), por lo que las probabilidades de que las derribara una tormenta eran más altas que si estuvieran las ventanas nuevas. Además, tenía planes para las ventanas antiguas, y para llevar a cabo dichos planes tenían que estar intactas.

En menos de veinte minutos, el personal se estaba yendo a casa y el cielo ya estaba oscureciendo. Mucho.

—¿Quieres quedarte aquí? —le preguntó Wes a Evan, que era el único que quedaba en la casa con nosotros—. Eres bienvenido en la Casa Grande. Parece que está empeorando rápido.

Evan negó con la cabeza.

—Me he aficionado mucho a mi pequeña habitación del hostal. Estaré bien. Pero gracias.

Me incliné para darle un abrazo, algo que no hacía muy a menudo, y Evan se dio cuenta, porque tardó un segundo en devolverme el abrazo con torpeza.

—Escríbeme cuando llegues, ¿vale?

—Vale —dijo Evan—. Tened cuidado los dos. —Evan se desenredó de mis brazos y le estrechó la mano a Weston antes de dirigirse a la puerta.

—¿Te parece bien si hoy conduzco yo? —preguntó Wes. Había estado conduciendo de vuelta a la Casa Grande varias veces a la semana, ya que todavía estaba aprendiendo a conducir con marchas. Estaba mejorando, pero no tenía la confianza para conducir con tormenta, eso seguro, así que asentí, agradecida de que se hubiera ofrecido—. ¿Lista para irnos?

Miré la casa para asegurarme de que todo estuviera en orden y de

que no me hubiera dejado nada. No es que supiera mucho sobre cómo prepararme para una tormenta. Simplemente lo intuía, por lo que me alegré de que Wes estuviera aquí.

—Sí, vamos.

Wes abrió la puerta principal nueva (estaba bastante segura de que iba a aguantar) y me guio hacia el exterior con una mano en la espalda antes de cerrar la puerta con llave tras nosotros. Me agarró la mano, entrelazando nuestros dedos, y le dejé.

Aunque había empezado a llover, Wes me abrió la puerta del copiloto y se aseguró de que estuviera dentro antes de cerrarla y dirigirse al lado del conductor. Habíamos estado fuera menos de diez segundos y ya estaba empapada. El agua goteaba del sombrero de vaquero de Wes.

—Vámonos a casa —dijo él a la vez que cerraba la puerta. Como para enfatizar su comentario, a lo lejos se escuchó un trueno. Empezó a conducir de vuelta a la Casa Grande, y la lluvia golpeaba el parabrisas cada vez más fuerte a medida que nos alejábamos del lugar de trabajo.

Volvió a sonar un trueno, esta vez más cerca, e hizo que diera un respingo. Wes extendió la mano por encima del asiento y volvió a agarrarme la mía.

Le dejé.

Me dibujó círculos relajantes en la mano con el pulgar y, cuando tuvo que cambiar de marcha, acercó ambas manos a la palanca de cambios, como aquel primer día en la camioneta.

Pero habían cambiado tantas cosas desde entonces.

Vi cómo la lluvia golpeaba el parabrisas. Vi cómo los árboles se sacudían por el viento y vi relámpagos en el horizonte.

Los limpiaparabrisas de la camioneta eran incapaces de seguir el ritmo de la lluvia, por lo que apenas vi cuando una figura pequeña y

marrón se cruzó delante de la camioneta, pero Wes sí. Dio un volantazo y mi cabeza casi chocó contra la ventanilla.

Detuvo la camioneta, se desabrochó el cinturón y se deslizó hacia mí por el asiento corrido. Antes de que me diera cuenta, tenía sus manos en mi cara.

—Lo siento mucho, corazón. —Sus manos pasaron de mi cara a mi cuello, a mis hombros, bajaron por mis brazos y volvieron a subir—. ¿Estás bien? —Asentí con la cabeza. Estaba bien, solo me había sacudido con un poco de brusquedad, pero no más de lo que lo habría hecho en el tráfico de hora punta de San Francisco—. He tenido que dar un volantazo. Creo que ha sido un ternero. —Volvió a colocarme las manos en la cara. Es como si estuviera buscando alguna lesión.

—Estoy bien —aseguré—. En serio. —Sus manos seguían buscando, por lo que dudaba que me hubiera creído—. Wes —dije con firmeza antes de inclinarme y darle un beso en la mejilla. Se quedó inmóvil—. Estoy bien. No te preocupes. —Le di un beso en la otra mejilla—. ¿Has dicho que se nos ha cruzado un ternero?

—Creo que sí. No lo sé con seguridad. Tengo que comprobarlo.

—Vale —contesté. Nuestras narices casi se estaban tocando—. Pues vamos a comprobarlo. —Ante la sugerencia de que volviéramos a salir juntos a la lluvia, Wes salió del trance en el que había estado al pensar que podría estar herida.

—Quédate aquí —indicó—. Ahora vuelvo. —Antes de que pudiera protestar, abrió la puerta del conductor y salió a la tormenta.

—Y una mierda —le dije a nadie, ya que estaba sola en la camioneta, y fui tras él.

La lluvia estaba congelada; a los pocos pasos, el frío me había calado en los huesos. Wes se estaba dirigiendo hacia un pequeño grupo de árboles y corrí para alcanzarlo.

Le cogí de la mano (no sabía en qué momento me había aficionado tanto a cogerle de la mano) y se volvió hacia mí al momento.

—Te dije que te quedaras en la camioneta —replicó. Sus ojos me suplicaban.

—Quiero ayudar —dije, alzando la barbilla—. Ya estoy aquí fuera. —Oí el suspiro que soltó Wes por encima de la lluvia, lo cual ya era mucho decir.

—Vale. —Se adentró entre los árboles. Wes tenía razón, era un ternero, y lo encontramos al cabo de unos minutos. El pequeño ternero marrón estaba acurrucado contra el tronco de un árbol. Wes se acercó despacio y se inclinó.

La pobre criatura era mucho más pequeña de lo que me esperaba y parecía estar muy asustada. También parecía herida, y se me partió el corazón.

—Hola, pequeña —dijo Wes en voz baja—. ¿Qué tienes aquí? —Fue entonces cuando me di cuenta de que había algo (alguna clase de metal tal vez) alrededor del cuello del ternero y que le bajaba por el pecho.

¿Un alambre de púas a lo mejor?

Wes se apartó del ternero y se dirigió hacia la camioneta. ¿Qué coño estaba haciendo?

Corrí tras él. No iba a darle la espalda al ternero mientras yo estuviera aquí. Ni de puta coña.

—¿Qué haces? —grité. No sabía si podía oírme por encima del ruido de la tormenta. Siguió caminando—. ¡Weston! —Madre mía, ¿siempre había tenido las piernas tan largas? ¿Cómo caminaba tan rápido?

¿Por qué se iba?

Cuando llegué hasta él, le agarré del brazo y lo giré hacia mí.

—¡No puedes dejarla ahí! —grité—. ¡Te necesita! —No sabía de dónde venían, pero las lágrimas amenazaban con salir, empujando, desesperadas por caer—. No puedes dejarla sola. No puede estar sola. No en esta tormenta. ¿No podría morir aquí? —No esperé a que contestara—. Por favor —le supliqué—. No la dejes sola.

Los ojos verdes de Wes eran tiernos mientras me observaban.

Había empezado a llorar. Las lágrimas calientes se mezclaban con la lluvia fría mientras ambas me caían por la cara. No recordaba la última vez que había llorado, pero se me pasó por la cabeza la posibilidad de que estuviera llorando por algo más que por un ternero en mitad de una tormenta.

—Por favor —repetí.

Wes me atrajo hacia él y me abrazó con fuerza.

—No voy a dejarla, corazón. Ni se me ocurriría —me murmuró al oído.

Me aparté y le miré.

—Entonces, ¿por qué te has ido? —resoplé.

—He venido a por los cortaalambres. Luego la meteremos en la camioneta y la llevaremos a casa. —*Oh*. Cortaalambres.

—¿La… la vamos a llevar a casa? —pregunté.

—Sí, ¿adónde si no íbamos a llevarla? —Mmm. Buena pregunta. Wes me dio un beso en la sien—. Hay una manta debajo del asiento reclinable. Sácala, ¿vale? —Me soltó y cogió un par de cortaalambres pequeños de una caja de herramientas que había bajo el asiento delantero—. Ahora vuelvo.

Me quedé de pie bajo la lluvia y observé cómo Wes se alejaba en dirección a los árboles. Cuando le perdí de vista, subí a la camioneta y busqué en la parte trasera la manta de la que hablaba Wes. La encontré y la saqué.

Menos de cinco minutos después, vi a Wes volver a través de los

árboles, y esta vez llevaba al ternero en brazos.

Cuando lo vi a través de la lluvia, imaginé que así se sentirían algunas personas al ver a un hombre cargando a un bebé. Yo no era muy fan de los bebés, pero al parecer sí que era muy fan de las vacas bebé, porque Weston Ryder nunca había estado más guapo.

¿Un vaquero con la camiseta blanca pegada al cuerpo, el sombrero de vaquero marrón y un ternero en brazos que acababa de rescatar de una tormenta?

Dios.

«Dios».

Llegó a la camioneta y le abrí la puerta del copiloto. Salí de un salto, pero dejé la manta dentro. Quería que se mantuviera seca.

—Necesito que te subas atrás, corazón —dijo Wes.

Bueno, sin duda, este *no* era el contexto en el que pensaba que este vaquero me diría esas palabras, pero hice lo que me pidió. No lo hice con elegancia, fue menos una subida y más un forcejeo y una caída.

Colocó al ternero sobre la manta con suavidad y se la envolvió alrededor del cuerpo. El ternero le miraba como lo hacía Waylon, con total adoración.

Se apresuró a cerrar la puerta, corrió hacia su lado y entró. Fue entonces cuando le vi una mancha carmesí cada vez más grande en la camiseta.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté. Ni siquiera intenté disimular la preocupación en mi voz.

—¿Qué? —respondió.

—Tus costillas —dije—. Estás sangrando.

Wes miró hacia abajo y soltó una exhalación pesada.

—Debo de haberme dado con el alambre de púas. No lo he notado. Le echaré un vistazo cuando lleguemos a casa. —Tras eso,

arrancó el motor y nos llevó de vuelta a la Casa Grande. Me pasé el trayecto mirando al ternero, que probablemente era la cosa más adorable que había visto en mi vida, y al vaquero, que era sin duda la mejor persona que había conocido en mi vida.

Cuando entramos en el garaje, los truenos eran cada vez más fuertes y me di cuenta de que la camioneta de Amos no estaba allí. Esperaba que estuviera a salvo.

Wes salió de la camioneta y abrió la puerta de la casa, luego volvió por el ternero y yo salí detrás de ellos. Waylon salió corriendo de la casa y entró en el garaje.

Me alegré de que se hubiera quedado en casa hoy. Me arrodillé y lo acaricié bien.

Wes dejó al ternero en una cama para perros que había cerca de la puerta de la casa. Se dirigió a la parte trasera del garaje y volvió con un calefactor y un montón de mantas. Encendió el calefactor y colocó un nido de mantas alrededor del ternero.

—Corazón —llamó. Esa era yo—. Hay una almohadilla térmica en el armario de la entrada. ¿Puedes traérmela? La verás nada más abrir la puerta. —Asentí con la cabeza y corrí al armario de la entrada, cogí la almohadilla térmica y volví al garaje tan rápido como pude.

Tanto Wes como Waylon se habían instalado junto al ternero. Parecía que Wes le había limpiado los cortes, ya que ya no tenía sangre pegada al pelaje color chocolate. Me apresuré a sacar el móvil del bolsillo e hice una foto antes de que Wes se diera cuenta.

Quería recordar este momento.

—Gracias —dijo Wes cuando me vio con la almohadilla térmica. Se la di y la puso a una intensidad baja. La colocó junto al ternero, cuyos ojos estaban empezando a cerrarse.

—¿Ahora qué hacemos? —pregunté.

—Le ponemos un nombre —respondió. Era lo último que me esperaba que saliera de su boca. Debió de ver mi confusión porque explicó—: Cuando los terneros se quedan atrás, los traemos a casa. Les ponemos un nombre y son nuestros. De pequeños, tuvimos a Dolly, Tammy, Patsy y Reba.

No era aficionada a la música *country*, pero capté la temática de los nombres que Wes acababa de mencionar. Así pues, dije el primer nombre que se me vino a la cabeza.

—¿Qué te parece Loretta?

Wes sonrió.

—Loretta es perfecto. —Extendió la mano y le acarició una de las orejas a Loretta. Ella le frotó la otra mano con la nariz.

»Esta noche la alimentamos. Nos aseguramos de que no pase frío y de que duerma. —Como si se hubiera puesto de acuerdo, la ternera cerró los ojos—. Mañana le diré al veterinario que le eche un vistazo.

Asentí. Me parecía bien.

—¿Está bien por ahora? —pregunté.

—Sí —dijo—. Waylon la vigilará. Vendrá a buscarnos si algo va mal. Le he puesto un poco de comida detrás de la cama y le daré un biberón más tarde.

—Pero ¿está bien? —volví a preguntar—. ¿Todo bien?

—Sí, ¿por?

Le agarré la mano a Wes y tiré de él hacia la puerta.

—Porque ahora toca que alguien cuide de ti.

20

Ada



—Quítate la camiseta —le exigí. Wes y yo estábamos en el baño del pasillo porque era donde se encontraba el botiquín de primeros auxilios. Me lo comentó el primer día que estuve aquí. Yo no era mucho de las que cuidaban. No sabía cómo serlo, pero daría lo mejor de mí por Wes.

Por primera vez en mi vida, *quería* cuidar de alguien. En el pasado, me preocupaba mayormente por mí, por lo que necesitaba ser en aquel momento. Tenía que centrarme en cuidar de mí o me habría desvanecido. Pero ahora, sentía que Rebel Blue me había ayudado a curarme lo suficiente como para poder cuidar de otra persona.

—Ada, puedo curármela yo —dijo a la vez que señala la mancha de sangre que tenía en la camiseta, la cual parecía mucho más grande que en la camioneta—. Tienes que estar helada. ¿Quieres darte un baño? Seguro que hay cosas para eso en tu cuarto de baño. Puedo ponértel…

No le dejé que terminara la frase, a pesar de que un baño sonaba muy bien.

—Weston no-me-sé-tu-segundo-nombre Ryder. Quítate la puñetera camiseta. Ya.

Soltó un suspiro de enfado y se quitó la camiseta mojada. Observé su figura, delante de mí, pero intenté que no fuera obvio. No sabía cuánto tiempo habría estado mirándole si no fuera porque tenía que ocuparme de otras cosas, pero probablemente habría sido una cantidad de tiempo alarmante. Su pecho era ancho y musculoso y tenía un poco de vello oscuro. Tenía el abdomen marcado, pero no de una forma exagerada.

El corte no parecía ser muy grave, menos mal. Le toqué la piel de alrededor y Wes siseó.

—¡Tienes las manos congeladas, coño! —exclamó con los dientes apretados.

—Perdón —murmuré—. ¿Te duele?

Wes negó con la cabeza.

—No, la verdad.

—Bien —contesté—. Bueno, primero debería limpiarla, ¿verdad?

Wes sonrió.

—Sí, primero deberías limpiarla, o puedes irte a darte un baño y calentarte los cubos de hielo que tienes por manos.

—Va a ser que no —dije. Encontré una toalla limpia bajo el lavabo y la mojé debajo del agua caliente. Respiré hondo antes de darle unos toques al corte, que medía unos cinco centímetros. Wes se apartó de un tirón ante el primer toque, pero luego consiguió quedarse quieto. Rebusqué en el botiquín y vi un frasco en el que ponía espray antiséptico, lo que sonaba prometedor. Supuse que Wes me avisaría si hacía algo mal, pero se quedó callado después de cogerlo, así que continué e intenté no notar cómo el aire se

espesaba a nuestro alrededor.

Rocié el líquido sobre el corte y Wes se encogió. A continuación, escogí el ungüento antibiótico color amarillo de aspecto familiar y utilicé un bastoncillo de algodón para aplicar un poco a lo largo del corte.

—¿Así está bien? —pregunté.

—Sí —susurró Wes. Acto seguido, busqué la tirita más grande que había en el botiquín. La abrí y pensé en la mejor forma de colocarla sobre el corte. Me decidí por la infalible «poner e ir despegando»: empecé poniendo el apósito sobre el corte, luego, poco a poco, fui retirando el papel y pegando la parte adhesiva a la piel al mismo tiempo. Una vez colocada, la presioné con firmeza una vez más.

Y, en ese momento, se fue la luz.

La oscuridad cargó el aire que nos rodeaba con una corriente eléctrica que sentí en los huesos. Oí a Wes tragar saliva antes de murmurar:

—Rhodes.

—¿Qué? —susurré, sin apartar las manos de su cuerpo.

—Mi segundo nombre es Rhodes —dijo. Weston Rhodes Ryder. «Es un buen nombre», pensé. Fue lo último que recuerdo haber pensado antes de que me besara.

Fue un beso corto. Se apartó al cabo de unos segundos y enseguida eché de menos tener su boca sobre la mía. No tuve que echarla de menos mucho tiempo, ya que me besó otra vez, y otra, y otra. El espacio entre besos se acortó y los besos se volvieron más largos, más lánguidos.

No fue como en el bar o la cocina. No había frenesí. Solo estábamos nosotros y estos besos. Lentos y deliberados.

Subí las manos por su pecho hasta llegar a los hombros. Me encantaba notar su piel cálida bajo las manos.

Me agarró el pelo húmedo con los dedos, tiró ligeramente de mi cabeza hacia atrás e hizo uso de esa ventaja extra para enredar nuestras lenguas. Estaba desesperada por él. Quería estar más cerca. Me puse de puntillas y Wes arrastró una mano por mi cuerpo hasta llegar al culo. Levanté la pierna y me agarró por detrás del muslo y se rodeó la cintura con ella.

—Llévame a tu habitación —dije contra su boca.

Me agarró el pelo con más fuerza y movió las caderas.

—¿Estás segura? —susurró.

—Sí. —Creo que nunca había estado tan segura de nada. Intenté bajar la pierna que me estaba sujetando, pero, en vez de eso, Wes me alzó y le rodeé con las piernas de forma instintiva.

Me sacó del baño y me condujo por el pasillo. Le besé y chupé el cuello mientras caminaba. Le oí abrir una puerta y, a pesar de que estaba oscuro y de que era mi primera vez aquí, supe que estábamos en su habitación.

Olía a él. A cedro.

En vez de llevarme a la cama, que era donde estaba desesperada por estar, me dejó en el suelo y retrocedió un poco. Me puso la mano en la cara, luego me recorrió el cuello y bajó hasta los pechos y el vientre. Su tacto era tan suave que me entraron ganas de gritar.

Se detuvo en el dobladillo de mi camiseta.

—¿Puedo? —preguntó.

—Por favor —susurré. Agarró la parte inferior de la camiseta con ambas manos y tiró de ella con suavidad para quitármela por encima de la cabeza. Agradecí haberme puesto hoy uno de los sujetadores que tenía que no estaba destrozado. Se le dilataron las fosas nasales cuando me vio.

Ni siquiera quería saber qué aspecto tenía (probablemente el de una rata ahogada), pero me dio igual y, al parecer, a él también.

Wes lanzó la camiseta a un lado y se arrodilló. Colocó las manos en mis caderas y me besó el abdomen al tiempo que empezaba a bajarme los *leggings* con una lentitud tortuosa. Tuve menos suerte con la ropa interior, ya que, sin duda, el tanga negro y raído tenía unos cuantos agujeros, pero eso también pareció darle igual.

Apoyé las manos en los hombros de Wes para mantener el equilibrio mientras me ayudaba a quitarme los *leggings*. Los lanzó encima de la camiseta y me miró. Aquel hombre estaba de rodillas y mirándome como si fuera lo más preciado del mundo. También me estaba tocando de esa manera, subiendo y bajando los dedos por mis muslos, por mis caderas y por debajo del tanga.

—Eres preciosa —dijo, y luego me besó cada hueso de la cadera y se puso de pie.

Sus palabras me atravesaron. No es que pensara que no era guapa, pero mentiría si dijera que mi autoestima no se había resentido después de todo lo que pasó con Chance, sobre todo en la cama. Chance y yo estuvimos dos años juntos (término que utilizo de forma superficial) y tres meses y medio casados. Tuvimos relaciones sexuales unas diez veces durante ese período de dos años y medio. Cuando éramos novios no me molestaba, pero después de casarnos empezó a afectarme a la autoestima. Sentía que le daba asco, que no me deseaba, y cada vez que intentaba decirle que quería sentir que me deseaba, se encogía de hombros.

No me cabía duda de que Wes me deseaba tanto como yo a él, y eso hacía que me sintiera libre, atrevida y emocionada.

Así que volví a besarle. Le rodeé con los brazos, ya que quería que nuestra piel se tocara todo lo posible. Me abrazó con fuerza, me levantó del suelo y me llevó a la cama. Cuando me tumbó, lo hizo con delicadeza. Nadie me había tratado antes con tanto cuidado; no solo durante el sexo, sino en mi vida.

—No he dejado de pensar en esto desde la noche del bar —susurró Wes. Estaba cernido sobre mí—. ¿Alguna vez has pensado en lo que habría pasado si no nos hubieran pillado?

Asentí. Había reproducido esa fantasía una y otra vez en mi cabeza durante los últimos meses.

—Quería follarte contra esa pared. —Wes me mordió el cuello con suavidad—. Cuando nos pillaron, estaba a punto de decirte mi nombre porque quería escuchar cómo lo gemías una y otra vez mientras estaba dentro de ti. —Me lamió el cuello y solté un jadeo—. Y entonces apareciste aquí y, por primera vez en mi vida, me sentí afortunado.

Dejé escapar una risa ahogada.

—Perdón por haber sido tan mala contigo.

—No lo sientas —dijo mientras movía las caderas contra las mías, y eso hizo que gimiéramos ambos—. Por raro que suene, me ponía cachondo.

—Wes —empecé, de repente nerviosa—. Antes de hacer esto, me… me… —Tropecé con las palabras e intenté pronunciarlas lo más rápido posible porque no sabía cómo iba a reaccionar—. A veces tardo un poco en mojarme, y no es porque no quiera o porque no me atraigas, porque quiero y lo haces… Es mi cuerpo, nada más. —No respondió enseguida, sino que siguió mordiéndome y chupándome el cuello.

Luego, susurró contra mi piel:

—A veces tardo un poco en empalmarme por los antidepresivos, y no es porque no te desee. Sinceramente, creo que nunca había deseado algo tanto.

El momento fue puro, vulnerable e importante. Quería verle. Le enredé los dedos en el pelo y aparté su boca de mi cuello para obligarle a mirarme.

—¿Llegaremos juntos entonces? —dije.

Tragó saliva y asintió.

—Dime lo que te gusta —pidió.

Me lo pensé un segundo, porque lo que me había gustado en el pasado no importaba; ahora solo importaba Wes. Con él todo era diferente.

—Me gustan los besos —contesté, lo que hizo que me ganara una de sus grandes sonrisas con hoyuelos y, cómo no, un beso.

—Tomo nota.

—Y me gusta cuando me hablas —continué—. Y cuando me muerdes.

Wes me recorrió el cuerpo con la mano: por los pechos, por el vientre, hasta que su meñique pasó por debajo de mi tanga. El calor iba siguiendo su rastro.

—¿Debería contarte que casi me corrí en los vaqueros en la cocina? ¿Solo por tocarte? —Acercó su boca a la mía y me forzó a abrirla para poder meter la lengua—. ¿Debería contarte que tuve que meterme en la ducha y hacerme una paja al pensar en ti retorciéndote sobre la encimera? —Empezó a bajarme la ropa interior—. ¿O debería contarte que tener tu coño en mis dedos era tan increíble que literalmente moriría por saber cómo es tenerlo alrededor de mi polla? —Se puso de costado para apartarse de mí, bajarme el tanga por las piernas y lanzarlo al otro lado de la habitación. Luego me puso encima de él—. ¿Debería contarte que fue como si pudiera saborearte en los dedos durante días?

«Madre mía». Wes no solo me preguntaba lo que me gustaba en la cama, sino que además lo cumplía. Este hombre era diferente. Me incliné y le besé. Con fuerza. Mis caderas empezaron a moverse por sí solas. Las manos grandes de Wes me presionaban el culo y me guiaban para que me frotara contra sus vaqueros. La presión

sentaba tan bien. Él sentaba tan bien.

Notaba cómo mi cuerpo reaccionaba ante él, como si hubiera lava recorriéndome la columna vertebral y acumulándose entre mis piernas.

—Eso es, corazón —dijo contra mi boca—. Toma lo que necesites.

«A él. Lo necesitaba a él».

Me incorporé y le atraje hacia mí para que quedáramos erguidos y enredados el uno con el otro. Le pasé las uñas por la espalda y le agarré el pelo. Él mantenía una mano en mi culo y me desabrochaba el sujetador con la otra. La sensación de los tirantes cayendo por mis brazos hizo que me entraran ganas de gritar.

Hacía que todo pareciera demasiado. O suficiente. No lo sabía.

Ahora estaba desnuda y mojada, pero Wes no tenía prisa. Siguió besándome, tocándome y dejándome que moviera las caderas sobre sus vaqueros. Al cabo de unos minutos, me volvió a tumbar boca arriba. Se levantó y alargué la mano hacia él.

—Un segundo, corazón —dijo—. Es hora de quitármelos. —Se desabrochó los vaqueros y le vi las venas de los antebrazos cuando se los bajó y se los quitó. Vi su polla presionando contra los calzoncillos. Parecía que la sesión de preliminares nos había funcionado a ambos.

—Los calzoncillos también —susurré. Me dedicó una sonrisa pícara, y bien podría haber llegado al orgasmo solo con eso. Provocó que el calor me atravesara todo el cuerpo. Pero hizo lo que le dije. Se colocó en el borde de la cama y se tocó varias veces mientras me miraba desnuda ante él. Se me hizo la boca agua.

—Eres magnífica —susurró con reverencia. Normalmente eso haría que me entraran ganas de taparme y salir corriendo, pero no con Wes. En vez de eso, me deleité con sus elogios, disfruté de su luz.

Volvía a estar encima de mí y me besaba con más fuerza y

urgencia. Su polla se deslizó contra mi coño y ambos jadeamos. Empezó a mover las caderas y recibí cada embestida.

—Joder, Ada —jadeó—. No tienes ni idea de lo que me provocas.

—Enséñamelo —contesté. Con eso, me llevó una mano hasta su polla. Se la rodeé y la moví hacia arriba y hacia abajo. Gimió. Lo hice unas cuantas veces más y los brazos que le sostenían firme sobre mí empezaron a temblarle. Me encantaba ver el efecto que tenía en él. Me daba confianza. Me excitaba.

—Joder, joder, joder —dijo mientras me retiraba la mano—. ¿Puedo tocarte ahora? Por favor, déjame tocarte. —Debajo de él, abrí más las piernas para invitarle a hacer justo lo que quería—. Dime que puedo —jadeó.

—Puedes tocarme. —Wes no tardó en hundir un dedo en mí, y jadeé. Sentía lo mojada que estaba, y también oía cómo me metía y sacaba el dedo, añadiendo otro después de unas cuantas veces.

—Eres tan perfecta, Ada. Sentirte es perfecto —dijo—. Quiero que te corras en mis dedos, como habría pasado en la cocina. —Me frotó el clítoris con el pulgar al tiempo que movía los dedos, y me sacudí. Sonrió, consciente de que iba por buen camino. Curvó los dedos en mi interior y volví a sacudirme—. Pórtate bien —añadió mientras me sujetaba las caderas con la otra mano.

Sus largos dedos estaban tocando un punto de mi interior al que mis dedos pequeños no llegaban y, hostia puta, este hombre iba a hacer justo lo que había dicho y hacer que me corriera en ellos. Continuó, sin disminuir la velocidad, sin acelerar, mantuvo un ritmo constante y noté que el orgasmo empezaba a crecer. Era extraño, abrumador y maravilloso.

Empecé a jadear.

—Wes —gemí.

—Joder. Eso es, corazón. Déjate llevar. Déjame ver cómo te corres.

—Mi cuerpo empezó a agitarse, pero Wes me mantuvo las caderas quietas. Sus dedos golpearon ese punto dentro de mí una vez más, un trueno retumbó, y caí al vacío.

—Dios —gemí mientras el orgasmo me sacudía el cuerpo. Wes no aflojó, siguió haciendo lo que había hecho para llevarme al límite. Se me sacudieron las caderas y me agarré a una almohada que había detrás de mí, ya que necesitaba algo a lo que aferrarme o, de lo contrario, tenía la sensación de que mi cuerpo se iría flotando.

A medida que se iba pasando, los dedos de Wes se volvieron más lentos. Se inclinó sobre mí para besarme y noté su polla contra el muslo. Larga, gruesa y dura como una puta piedra. Cuando se apartó, se llevó los dedos a la boca y cerró los ojos, como saboreándolo, y sentí que me ruborizaba.

Joder.

—Te deseo —dije, agarrándole por los hombros—. Quiero sentir tu polla dentro de mí, por favor. Necesito más. —Wes volvió a acercar su boca a la mía y me besó con firmeza. Noté mi sabor.

—No lo he hecho desde mi último reconocimiento médico —indicó —. No tengo ninguna ITS, pero tengo preservativos.

—Yo también estoy limpia —contesté. Me hice la prueba justo después del divorcio—. Pero me sentiría más cómoda si usáramos preservativo esta vez —añadí con sinceridad. Nunca había tenido relaciones sexuales sin condón, ni siquiera estando casada.

Wes me dio un beso en la sien y asintió.

—De acuerdo. No te muevas —dijo mientras se levantaba y cruzaba la habitación en dirección a la cómoda. Lo vi sacar una caja y luego un envoltorio de papel de aluminio antes de volver y arrodillarse en el borde de la cama. Observé hambrienta cómo abría el envoltorio con los dientes y empezaba a desenrollarse el preservativo.

Miraba cómo le observaba. Todo con él era tan intenso. Una vez puesto el preservativo, volvió a subir por mi cuerpo despacio y de forma deliberada, besándome, lamiéndome y chupándome. Cuando colocó la polla en mi entrada, ya estaba jadeando otra vez.

Todo en él tenía efecto en mí.

—¿Así está bien? —preguntó, y asentí ansiosa. No quería esperar ni un segundo más. Cuando deslizó la punta dentro de mí, fue como si se me derritieran todos los huesos—. Ada —dijo mientras se introducía poco a poco—, creo que estás hecha para mí. —Estaba muy apretada, así que lo hizo despacio, sacándola y volviéndola a meter un poco más cada vez.

Yo temblaba debajo de él y veía cómo le sudaba la frente. Cuando la metió del todo, se desplomó contra mi cuello.

—Joder —gimió, y me besó ahí—, dame un segundo.

Notaba los latidos de su corazón y sabía que él notaba los míos; me golpeaban las costillas con tanta fuerza que pensé que se me iban a romper.

Finalmente, Wes comenzó a moverse y el mundo se detuvo. Empezó despacio, entrando y saliendo a un ritmo suave. Era una sensación increíble.

—He imaginado millones de veces cómo sería estar dentro de ti —gimió—. Mis sueños ni siquiera se acercan.

Empezó a acelerar el ritmo. Me agarré a su espalda, a su pelo, a su culo, a cualquier parte que estuviera al alcance de mis manos. Quería tocarlo todo.

—Wes —gemí—. Me encanta. —Mi voz era casi irreconocible para mis propios oídos.

—Vuelve a decir mi nombre —exigió.

—Wes —dije. Lo recité una y otra vez mientras empujaba las caderas contra mí con más fuerza y rapidez. Cerré los ojos, a punto

de caer al vacío de nuevo. Sin embargo, su mano me agarró la mandíbula con firmeza.

—Abre los ojos, Ada. No va a venir nadie, no nos va a pillar nadie. Aquí no puedes huir de mí. Quiero que me mires cuando nos corramos juntos. —Hice lo que me dijo y, cuando miré a Wes, parecía enloquecido, como poseído, pero en el mejor de los sentidos. Nunca lo había visto salvaje y desatado, pero era posible que esta fuera mi versión favorita de él.

Sentí que la presión aumentaba en la base de la columna vertebral. Wes mantuvo el ritmo, consciente de que me estaba acercando.

—Siento cómo te acercas —dijo—. Joder, puedo sentirlo.

Mis gemidos eran cada vez más fuertes y los suyos también. Ambos nos estábamos acercando al borde de un precipicio y estábamos desesperados por caer. Wes me besó de forma descuidada y brusca y, cuando me mordió el labio inferior, me corrí. Se me contrajo todo el cuerpo y se me curvaron los dedos de los pies. Mis gemidos se convirtieron en gritos y Wes empezó a penetrarme con más fuerza y rapidez, corriendo hacia la línea de meta, deseoso de estar allí conmigo.

—Joder, Ada —fue lo último que dijo antes de que su cuerpo se quedara inmóvil, y se sacudió sin ton ni son dentro de mí unas cuantas veces más, para luego desplomarse sobre mí.

Sentí sus labios en mi cuello.

—No sabía que podía ser así —susurró.

—Yo tampoco —jadeé. No me moví. Quería aferrarme a él y a este momento todo el tiempo que pudiera.

21

Wes



Estaba medio enamorado de Ada Hart, y no tenía ni idea de qué hacer al respecto. Lo sabía desde hacía tiempo, pero hoy había sobrepasado el punto de no retorno. Seguíamos en la cama, enredados en las sábanas y el uno en el otro, y me habría quedado allí el resto de la noche si no la hubiera notado temblar contra mí.

Mierda.

Ninguno de los dos habíamos tenido la ocasión de ducharnos todavía. Habíamos estado demasiado ocupados estando ocupados, supongo. Era solo cuestión de tiempo que nos alcanzara el frío causado por la lluvia.

Acerqué a Ada a mí y le subí el edredón hasta los hombros. Quería disfrutar de cada momento que pudiera estar con ella. No sabía cuándo iba a volver a dejarme hacer esto.

—¿Tienes frío? —pregunté.

—Casi siempre lo tengo —respondió—. Pero sí. —Maldita sea. No podía dejar que se muriera congelada por mi culpa.

—¿Lista para darte ese baño? —propuse mientras le besaba el pelo.

—Solo si te metes conmigo. —Su voz era juguetona, y solo la había oído usar esa voz conmigo. Se me encogió el corazón. Me metió ideas en la cabeza (ideas relacionadas con lo que éramos y adónde íbamos) que, con toda seguridad, harían que Ada saliera corriendo en un instante.

Para ser justos, a mí también me asustaban. Era extraño sentir algo que te habías convencido de que no sentirías nunca.

—Eso se puede arreglar —dije. La besé una vez más, suave y despacio, antes de levantarme de la cama—. Quédate aquí. Voy a prepararlo todo.

Ada se puso de lado para mirarme. Tenía la cabeza apoyada en la mano y las sábanas le cubrían la mayor parte del cuerpo, pero no todo.

Un sueño no le haría justicia.

El cajón superior de la cómoda estaba abierto, así que cogí unos calzoncillos y me los puse. Eché un último vistazo a Ada, que me sonreía de una forma que hizo que sintiera que tenía caballos salvajes en el pecho en vez de un corazón antes de dirigirme al cuarto de baño.

Todavía no había vuelto luz. Mi móvil estaba donde lo había dejado, en la encimera del baño, así que le eché un vistazo. Eran poco más de las ocho y casi había oscurecido.

Tenía un montón de mensajes de mi familia. El primero era de mi padre.

Papá: He venido a ayudar a Hank y a Teddy a prepararse para la

tormenta. Me quedo aquí por el momento. Tened cuidado.

Luego había varios en un chat grupal que tenía con mis hermanos.

Emmy: Pasemos lista.

Gus: Riley y yo estamos en casa y a salvo.

Luke: Aquí, tesoro.

Emmy: Luke, estás a mi lado literalmente.

Luke: Acércate.

Gus: Puaj.

Teddy: ¡Los papás y yo estamos bien!

Gus: Doble puaj.

Teddy: 

Gus: Qué hace ella en esta conversación.

Teddy Andersen ha eliminado a Gus Ryder del chat

Emmy Ryder ha añadido a Gus Ryder al chat

Emmy: ¿Wes? ¿Estás bien?

Emmy: Llamando a Weston. ¿Hola?

Gus: Seguro de que está bien. Wes, dile a nuestra hermanita que estás bien.

Teddy: *seguro que*

Gus: QUÉ HACES AQUÍ

Luke: En serio, Wes. Responde. Emmy está entrando en pánico.

El último mensaje era de hacía unos minutos.

Emmy: Wes, como no respondas en los próximos diez minutos, pienso llamar a la Guardia Nacional.

No hacía falta, por lo que me apresuré a escribir una respuesta.

Wes: Todo bien por aquí.

Teddy: ESTÁ VIVO.

Teddy: ¿Ada está contigo?

Teddy: 😋😋😋

Wes: Sí, también está bien.

Emmy: Bueno, supongo que ahora todo tiene sentido.

Teddy: ¡Usad protección! ¡Pasáoslo bien! ¡Encended velas!

Luke: Genial.

Dejé el móvil e intenté borrar la sonrisa de mi cara. Pero es que estaba tan feliz por lo de hoy. Empecé a llenar la bañera y luego entré en la habitación de Ada. Sabía que Emmy tenía sales de baño. Me gustaba usarlas después de un largo día; iban bien para el dolor muscular.

Cogí la espuma de baño que también tenía el mismo aroma (eucalipto o alguna mierda así), volví a mi cuarto de baño y empecé a echar las sales y la espuma de baño en la bañera.

Teddy me había dado una buena idea en cuanto a las velas. Después de todo, no había luz. Sabía que teníamos velas de té en el kit de supervivencia, así que comprobé que no hubiera peligro de que se desbordara la bañera antes de salir al pasillo a buscarlas.

Lo primero que vi al abrir el armario de la entrada fue una bolsa enorme de velas de té y un mechero.

«Premio gordo».

Después de unos minutos y varias velas encendidas que probablemente provocarían un aneurisma a un bombero, volví con Ada.

Estaba justo donde la había dejado: como una puta diosa en mi cama.

Me arrodillé en la cama y empecé a trepar por su cuerpo, dándole besos y mordiscos juguetones donde podía. Le di un apretón en la cintura y soltó una risita.

Ada no era una mujer de risitas, pero soltó una risita por mí, y eso hizo que me sintiera como si pudiera atravesar una pared. En el buen sentido.

—Eso me ha hecho cosquillas —explicó, y no tuve más remedio que volver a apretarle la cintura. Pataleó y se rio—. Eres un gilipollas —dijo con una sonrisa. Dejé de hacerle cosquillas y le planté un beso en la boca.

—Veremos si eso es lo que piensas después de que veas lo que nos he montado en el baño. —Me levanté de la cama y la cogí en brazos, con sábanas y todo. Fui recompensado con otra carcajada, y no podía creer la suerte que tenía.

Cuando llegamos al baño, puse a Ada de pie. Dejó caer las sábanas mientras contemplaba la escena: el baño de burbujas, las velas. Si hubiera tenido pétalos de rosa, también los habría esparcido, pero no podía ganar siempre.

—Dios —dijo—. Voy a necesitar que la luz se vaya más a menudo. —«Yo también», pensé. Entrelazó los dedos con los míos y me condujo hasta la bañera. Era grande, así que había sitio de sobra para los dos.

Estaba a punto de meterse, pero la detuve. Me agaché y toqué primero el agua para asegurarme de que no estuviera demasiado caliente. Cuando lo hice, en su cara apareció una expresión que no había visto antes, pero no supe lo que significaba y no duró el tiempo suficiente como para intentar averiguarlo.

—Todo bien —indiqué, y se metió en el agua. Me quité los calzoncillos y me metí detrás de ella. Tiré de ella contra mi pecho y ambos nos relajamos en el agua.

Dejó escapar un suave gemido, y fue como música para mis oídos.

—Esto es perfecto.

«Igual que tú», pensé.

Ada y yo nos quedamos en la bañera hasta que el agua empezó a enfriarse, y entonces la obligué a salir porque no iba a permitir que volviera a coger frío mientras yo estuviera delante.

Dejé que se vistiera en su habitación, a pesar de que era lo último que quería hacer, pero mientras nos secábamos Waylon había venido a buscarme, por lo que tenía que ver cómo estaba Loretta.

Loretta.

La mujer que me dijo que no le gustaba la música *country* le había puesto el nombre de Loretta Lynn a un ternero hoy.

Waylon me llevó de vuelta al garaje, donde Loretta seguía en su cama, pero despierta del todo ya. Cuando el ternero me vio, se levantó tambaleándose. Eso era bueno. No estaba aletargada y tenía buenos reflejos.

—Hola, pequeña —dije mientras me acercaba—. ¿Tienes hambre? —Loretta era joven. Bastante joven. Lo más probable era que fuera

a necesitar un sustituto de la leche antes de pasar a la alimentación sólida. Notaba un tirón en el pecho cuando un ternero se separaba de su madre, pero eso formaba parte de la vida del rancho. Había un millón de razones por las que ocurría, sobre todo en las novillas primerizas, y no había nada que pudiéramos hacer para evitarlo.

Pero podíamos cuidar del ternero. Los terneros no destetados eran habituales en Rebel Blue, y en secreto me encantaba tenerlos. Me gustaba tener algo que cuidar. Fui a la parte trasera del garaje, donde había una buena cantidad de suministros agrícolas, no tantos como en nuestros establos, pero los suficientes.

Preparé uno de los hornillos portátiles y puse agua a hervir en una tetera. La dejé reposar hasta que pude tocarla sin problemas con la muñeca antes de mezclarla con el sustituto de la leche y agitarla. Volví a acomodarme con Loretta y me puse a intentar que tomara el biberón. Era algo a lo que los terneros tenían que adaptarse, por lo que hizo falta un poco de delicadeza y mucha paciencia.

Cuando por fin Loretta se aferró al biberón, oí que se abría la puerta de la casa que daba al garaje. El corazón me dio un vuelco porque solo podía ser una persona.

Ada se había puesto una sudadera y un pantalón de chándal y seguía siendo la mujer más guapa que había visto en mi vida. Se detuvo un segundo cuando me vio con Loretta en el regazo.

—Ahora mismo, te arrastraría arriba y me acostaría contigo —comentó—. ¿En serio estás sin camiseta y dándole el biberón a una vaca bebé?

Le guiñé un ojo y soltó un gruñido.

—Tienes que estar de broma.

—Ven, siéntate conmigo —dije. Se sentó con la espalda contra la pared. Waylon se le acercó, le puso la cabeza en el regazo y ella empezó a acariciarle la cabeza.

—¿Eso es leche? —preguntó Ada al tiempo que señalaba el biberón.

Negué con la cabeza.

—Es un sustituto de la leche. En plan, como la leche maternizada para humanos, pero para terneros.

—Todos los días se aprende algo —murmuró, y luego se quedó callada.

—¿Estás bien? —pregunté, empezando a preocuparme de que ya hubiera comenzado a huir de mí mentalmente.

Asintió con la cabeza.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Lo que quieras —respondí con sinceridad.

—Se trata de… —vaciló—. La depresión —concluyó después de un minuto. Ah. Eso explicaba la vacilación. La gente se sentía incómoda cuando hablaba de ello, pero yo no. Formaba parte de mi vida tanto como mi familia, mis aficiones, mis sueños, e intentaba hablar de ello como hablaría de cualquiera de esas cosas: con respeto y cuidado.

—Adelante —dije, asegurándome que mi voz fuera dulce.

—¿Te…? —Volvió a hacer una pausa, y vi cómo masticaba las palabras antes de que salieran—. ¿... sientes así todo el tiempo? —Era una buena pregunta.

—No —respondí—. No ha sido tan mala en los dos últimos años. Encontré una rutina que me funciona (medicación, terapia, trabajo), todo eso me hace sentir mejor. Waylon también. Lo necesito. —Me acordé de cuando toqué fondo. Solían costarme los cambios. Me hacían sentir inestable. También me gusta tener cosas de las que ocuparme, y durante toda mi vida hasta que Emmy se marchó a la universidad, fue ella. Creo que tanto Gus como yo sentíamos cierta presión para cuidar de Emmy, más de la que habríamos sentido si

nuestra madre hubiera estado con nosotros. Gus la protegía (en el sentido más literal de la palabra) y yo estaba *ahí*, a su lado.

De más jóvenes, Emmy no quería quedarse en Meadowlark más tiempo del necesario. No supuso una sorpresa cuando eligió una universidad fuera del estado, pero la eché de menos cuando se fue. Era como si Gus y yo no supiéramos qué hacer cuando ella no estaba. Mi identidad siempre ha sido quién soy en relación con mis hermanos, así que, cuando uno de ellos se marchó, todo mi ser se fue al traste.

Además, mis sentimientos siempre han sido a lo grande, así que, cuando me sentía triste, solo o desesperado, era en gran medida y… aterrador.

—Empeoró muchísimo cuando Emmy se fue a la universidad, pero mi padre y Gus estaban aquí. Eso fue antes de saber lo que era la depresión. Había sentido versiones más leves antes, pero no era capaz de ponerle un nombre. Simplemente me sentía mal.

»Fue mi padre quien me sugirió que acudiera a alguien, y me alegro de que lo hiciera. También fue entonces cuando llegó Waylon. —Fui a la perrera como voluntario y volví a casa con una diminuta bola de pelo blanco. Lo habían abandonado en el parque de bomberos. En cuanto lo vi, supe que era mío. Le voy a estar agradecido a ese perro el resto de mi vida. Es mi ancla. Ocurra lo que ocurra, cuando la cabeza grande de Waylon acaba debajo de mi mano, me siento mejor, al menos durante un minuto.

»Me siento estúpido diciéndolo ahora, pero, sinceramente, no esperaba que sentirme mejor fuera tan… difícil, supongo. Y, ahora mismo, estoy bien —dije—. Ahora mismo, lo que estoy haciendo funciona, pero estoy a la espera de que llegue un día en el que sienta el dolor en los huesos (como el que siente mi padre antes de una tormenta) y que no funcione lo que estoy haciendo ahora y

tenga que volver a empezar. Me aterroriza.

Ada apoyó la cabeza en mi hombro. No dijo nada, no hacía falta. Durante años, había deseado con desesperación que alguien simplemente… estuviera… conmigo. Que se sentara a mi lado cuando se fuera la luz y que capeáramos la tormenta juntos.

22

Ada



Emmy y Teddy estaban sentadas en la cama detrás de mí, viendo cómo me probaba otro conjunto más delante del espejo de cuerpo entero que había en la puerta del armario. Había dejado de contar después del décimo. Por lo visto, a Wes se le había escapado que íbamos a salir esta noche y, por lo visto, eso significaba que Emmy y Teddy tenían que ayudarme a arreglarme. Al menos, eso es lo que me dijeron cuando aparecieron con Coca-Cola Light y más conjuntos en la mano.

Me limité a aceptarlo y no mostrar resistencia. No conocía las reglas de la amistad, pero me alegraba que estuvieran aquí. Aunque echaba de menos a Cam. Hablábamos con bastante regularidad y empezaba a sentir que podía llamarla amiga.

—Creo que deberías ponerte la falda que compramos el fin de semana pasado —dijo Teddy. Era una falda larga y negra de ante cubierta de capas de flecos. Muy del Oeste, pero demasiado poco

sutil quizás.

—Todavía no te la has probado, ¿verdad? —preguntó Emmy.

Negué con la cabeza.

—No, pero no sé si va a pegar esta noche.

—Los flecos siempre pegan —contestó Teddy. Se levantó y fue a por la bolsa de la compra que había en el suelo. A pesar de que había sacado las cosas de la maleta, guardar las compras con la otra ropa me daba demasiada sensación de permanencia. No estaba preparada para eso.

Teddy sacó la falda y Emmy soltó un «oooh».

—Es bonita —dijo—. Tienes que ponértela.

Teddy me tendió la falda.

—Vamos. —Me ahuyentó con la mano—. Pruébatela. ¿Qué tienes que perder?

—Vale —acepté, y entré en el cuarto de baño. Me quité los vaqueros y me puse la falda. No me molesté en mirarme en el espejo antes de abrir la puerta del baño y volver a la habitación. Emmy y Teddy interrumpieron su conversación, se levantaron de la cama y empezaron a gritar. Ambas podrían conseguir trabajo como animadoras profesionales. Parecían tan auténticas.

—Ada, estás muy muy muy buena —comentó Emmy. Por si fuera poco, se abanicó.

—No te quites esa falda nunca —dijo Teddy—. No bromeo. Literalmente parece hecha para ti y, viniendo de alguien que hace ropa, son palabras mayores. —Teddy me giró para que me mirara en el espejo.

Era perfecta.

La falda se me ceñía a las caderas anchas sin quedar demasiado estrecha. Los flecos seguían todos mis movimientos, incluso los más pequeños. Era como si una ligera brisa soplara sobre mí en todo

momento.

Me hacía sentir segura de mí misma.

—Queda genial —dijo Emmy con una sonrisa. Estaba detrás de mí, pero Teddy había vuelto a la cama.

—Ahora solo necesitamos la parte de arriba adecuada —indicó mientras rebuscaba entre un montón de camisetas que había traído —. Si tuvieras que elegir tu rasgo favorito de cintura para arriba, ¿cuál sería?

Tuve que pensarlo un segundo. Nadie me lo había preguntado antes y nunca había pensado en ello.

—Sinceramente —empecé—, mis tetas. —En lo que respectaba a tetas, pensaba que eran bonitas—. Y mis tatuajes.

—Excelentes elecciones —contestó Teddy—. ¿Y te sientes más cómoda vistiendo de negro? —Asentí con la cabeza, no estaba segura de cómo me sentía que se hubiera dado cuenta de eso. Teddy sacó un top del montón y me lo tendió—. Este.

Volví al cuarto de baño y me lo puse sobre el sujetador rosa de encaje (un atrevimiento para mí) que llevaba esta noche. Con bragas a juego.

Ya sabes, por si acaso.

Esta vez me miré en el espejo antes de volver a salir con Emmy y Teddy. La camiseta que había elegido Teddy era una camiseta negra ajustada de manga corta. Tenía una costura que atravesaba la parte delantera por la mitad y que sujetaba la parte de arriba, lo que hacía que el escote fuera más bajo de lo que parecía cuando estaba colgada. Era sencilla, por lo que la falda seguía siendo la prenda estrella.

Abrí la puerta del baño y me recibieron con aplausos. No pude evitar sonreír. No sabía si Emmy y Teddy trataban así a todo el mundo, pero daba igual, me hacía sentir especial de todas formas.

—Solía ponérmelas aquí, y me lo tomo como una señal —dijo Emmy a la vez que me tendía un par de botas *cowboy* negras—. Pruébatelas.

Cogí un par de calcetines del cajón superior de la cómoda y me los puse y, justo después, las botas.

Nunca me había puesto unas botas *cowboy*, ni siquiera las que estaban hechas más por moda que por funcionalidad, como estas, pero me encantaban.

—Es nuestro mejor trabajo —le dijo Teddy a Emmy antes de mirarme—. Estás increíble. En serio, más le vale a Wes que esta noche te mantenga cerca, porque vas a atraer a todos los vaqueros que se encuentren en un radio de cincuenta kilómetros.

Miré el conjunto completo en el espejo de cuerpo entero. La última vez que me había mirado bien en un espejo fue en aquel motel durante mi primer día completo en Meadowlark. No tenía un aspecto muy distinto al de entonces (habían aparecido algunas pecas porque pasaba más tiempo al sol, me había crecido más el flequillo y mis mejillas parecían más rellenas, señal de vida), pero me sentía una mujer completamente distinta.

La mujer que veía en el espejo se sentía cómoda. Seguía disfrutando de la soledad, pero ya no se sentía sola, y para alguien que se había sentido sola toda su vida, eso lo valía todo. No es que creciera sintiendo que mi sitio no estaba en ninguna parte, sino como si mi sitio no fuera donde estaba, pero pudiera estarlo en otro lugar.

Tal vez mi sitio era este.

Con Wes.

Y Emmy, Teddy y Cam. Con Amos también.

Llamaron a la puerta.

—Ada —se filtró la voz de Wes—. ¿Estás lista?

Antes de que pudiera responder, Teddy y Emmy gritaron al unísono:

—¡Fuera!

—Se reunirá contigo en la entrada —añadió Emmy.

—¡Y está buenísima, así que prepárate! —exclamó Teddy.

Oí la sonrisa en la voz de Wes cuando dijo:

—Me muero de ganas. —Tras eso, oí sus pasos alejándose de la puerta.

—Chaqueta. Bolso. —Teddy me entregó mi chaqueta de cuero desgastada y mi bolso. Cogí ambos. De repente me sentí nerviosa. No recordaba la última vez que había tenido una cita de verdad.

—Respira hondo —dijo Emmy, que había notado mi nerviosismo. Hizo como que inspiraba en voz alta y la imité, y exhalamos al mismo tiempo—. Esta noche va a ser genial.

Tras eso, salí de la habitación y crucé el pasillo. Wes me estaba esperando en la entrada. Al principio no me oyó acercarme. Vi cómo se pasaba las manos por el pelo y cómo se ajustaba la camisa de franela que llevaba encima de la camiseta. Sus vaqueros parecían nuevos y llevaba unas botas que no había visto antes.

Weston Ryder era el hombre más hermoso que había conocido en mi vida, por dentro y por fuera.

Cuando me vio, sus hoyuelos aparecieron acompañados de una sonrisa enorme y, de forma exagerada, se llevó el puño a la boca y se mordió el dedo índice, como si mirarme le frustrara; no en el mal sentido, sino en el sentido que me demostraba lo mucho que me deseaba.

—Dios, eres preciosa —dijo. Se inclinó hacia mí y me besó el cuello —. ¿Cómo se supone que voy a mantener las manos apartadas de ti? —gruñó, y noté que el calor me recorría el cuerpo.

—¿Quién ha dicho que tenías que mantener las manos apartadas

de mí? —inquirí.

—Buena observación —contestó, y me dio un beso en la mandíbula. Luego me alzó la barbilla y me besó con fuerza e intensidad hasta que oímos un «ejem» proveniente del pasillo.

Era Emmy. Estaba sonriendo de oreja a oreja. Teddy nos saludó con la mano y dijo:

—Divertíos, niños. No hagáis nada que yo no haría.

Por suerte para Wes y para mí, eso dejaba la puerta abierta a bastantes cosas.

• • •

—¿Qué se supone que vamos a hacer con veinte trozos de tarta? —pregunté mientras Wes y yo caminábamos de vuelta a la camioneta. Llevaba una bolsa llena de cajas para llevar que contenían, literalmente, veinte trozos de tarta. Wes había pedido una porción de los veinte sabores de tarta del Meadowlark Diner.

—Comérnoslos, obviamente.

—Es mucha tarta, Wes —repliqué.

—Tengo fe en nosotros —dijo simplemente—. ¿Puedes sostenerlas bien mientras conduzco? Como la tarta de crema de coco toque la cereza, no voy a mentirte, me pondría a llorar.

—¿No te gusta que se toquen los alimentos? —pregunté.

—No me gusta que nada arruine el sabor perfecto de la tarta de crema de coco —respondió. Mmm, no me lo imaginaba como alguien al que le gustara el coco. Iba a guardar esa información para más tarde.

—Haré todo lo que pueda para mantener las cajas estables —dije, e imité un saludo militar. Me abrió la puerta de la camioneta y entré. Me puso las cajas de tarta en el regazo y me dio un beso rápido en la sien antes de cerrar la puerta.

—¿Adónde vamos?

—Ya lo verás —dijo con una pequeña sonrisa—. Háblame del resto de tu semana. —Supuse que se refería a que le hablara de mi semana a partir del miércoles, que fue el día de la tormenta y el apagón y el día que… ya sabes… nos lo montamos.

No nos habíamos visto mucho, pero sí lo suficiente como para saber que estaba ocupado en el rancho con las secuelas de la tormenta, pero no conocía los detalles.

Sinceramente, los últimos días habían sido los más agitados de la reforma. Antes de eso, todo había ido sobre ruedas casi siempre. Eso significaba que había cierto caos atrasado, que empezó después de la tormenta.

—La tormenta arrancó un montón de tejas y reveló algunos daños en el tejado que no habíamos visto, así que tenemos que cambiarlo, pero por suerte los techadores vendrán la semana que viene. Llegaron las alacenas de la cocina, pero son del color equivocado, así que eso también está pendiente. —Sacudí la cabeza—. Ah, y también nos hemos quedado sin suelo porque las medidas estaban mal, y se me cayó una caja entera de baldosas y se rompieron.

Cuando terminé de contarle el resumen de la semana infernal, me pregunté si no debería haberle restado importancia. Durante un segundo, temí haberme sentido demasiado cómoda con Wes, haber cruzado la línea aún más de lo que ya lo había hecho. Tenía tantas ganas de contarle mi semana que había olvidado lo que éramos: una empleada y su jefe.

Un tejado nuevo (aunque parcial) era algo grave. También lo era admitir sin tapujos que habíamos medido mal. Me había encargado de todo, claro está. Anticipé que habría que cambiar el tejado antes de llegar aquí, así que estaba cubierto por el presupuesto, pero tenía que asegurarme de no invertir ese dinero en otra cosa mientras

tanto. El suelo de madera adicional llegaría el viernes, las alacenas se pintaban con semifacilidad y la caja de azulejos era una que sobraba y que estaba llevando al sótano. Además, tenía dos semanas de margen y, llegados a este punto, sabía que iba a tener que utilizar al menos una parte, sobre todo para pintar las alacenas.

Contuve la respiración mientras esperaba la respuesta de Wes.

Soltó un silbido bajo.

—Una de esas semanas, ¿eh?

Sí, una de esas semanas, sin duda. Y lo raro era que estas cosas solo parecían ocurrir en la obra cuando Wes no estaba.

Era un amuleto de buena suerte.

—¿Estás preocupado? —pregunté en un intento por evaluar si estaba tan tranquilo como parecía.

—¿Tú lo estás? —respondió.

—No —dije, e iba en serio. Podía hacerlo.

—Vale, bien. Confío en que vas a hacer tu trabajo, Ada. Si a ti no te preocupa, a mí tampoco. —Wes se encogió de hombros—. Y si te preocupara, lo solucionaríamos juntos. Este proyecto es de los dos.

Solté un pequeño suspiro de alivio que debió de notar, ya que extendió la mano por encima del asiento corrido hasta donde descansaba la mía, la agarró y la apretó para tranquilizarme.

—¿Dónde has estado esta semana? —Llevaba sin verle desde el jueves por la mañana. Después de pasar la noche en su cama, preparamos el desayuno temprano cuando volvió la luz. Amos vino a casa mientras estábamos cocinando y comimos los tres juntos antes de que ambos se marcharan a evaluar los daños que la tormenta había causado en el rancho. Al final del día se pasó por la reforma para que pudiera conducir su camioneta de vuelta a la Casa Grande, pero más tarde de lo normal, y volvió a marcharse cuando llegamos a la Casa Grande.

—La tormenta ha causado muchos daños —explicó con un suspiro. Eso ya lo sabía—. Ya habíamos sufrido algunos daños meteorológicos durante el invierno. —Recordé que el primer día me habló de las cabañas inundadas, razón por la que me alojaba en la Casa Grande—. Y no hemos podido arreglarlos todos, así que algunos han empeorado. Además, las tormentas así pueden asustar al ganado y este puede acabar en lugares en los que no deberían estar, por lo que hemos tenido que guiar a un montón de vuelta. También tenemos que retirar árboles caídos y otras cosas. Siempre hay mucho que hacer después de un fenómeno meteorológico como ese.

—¿Por eso las camionetas de Emmy y Brooks han estado en la Casa Grande todas las mañanas cuando salgo al trabajo?

—Sí. Emmy sigue en el rancho al menos cuatro días a la semana porque se dedica al entrenamiento de caballos además de a dar clases, pero esta semana tanto ella como Brooks han tenido que echar una mano también en otros trabajos del rancho. Brooks siempre ha sido nuestro manitas (puede arreglar casi cualquier cosa), pero esta semana ha tenido mucho trabajo por delante.

Pensé en la primera vez que vi a Emmy y me pregunté si ya le habría arreglado la camioneta. Tendría que preguntar.

Aunque llevaba unos meses en Rebel Blue, todavía no tenía ni idea de lo que suponía llevar un rancho día a día. Una cosa era segura, los Ryder me tenían impresionada. Los cuatro eran diferentes, pero una cosa que tenían en común era que amaban su rancho, y todos se dejaban la puta piel para cuidarlo y todo lo que eso abarcaba: ganado, ovejas, caballos, establos, trabajadores, todo.

Los admiraba. Consideraba que el hecho de amar algo tanto era un poco especial.

Wes se desvió por un camino de tierra sinuoso que nos llevó a la

cima de una montaña. Estaba tan empinado que tuvo que reducir la marcha un par de veces.

—En serio, ¿adónde me llevas?

—Ya casi hemos llegado —dijo—, te lo prometo. —El camino estaba rodeado de árboles densos, casi como un túnel. Nunca había visto nada igual—. En unos treinta segundos, vamos a salir de los árboles —indicó—. Y vas a ver las mejores vistas de Meadowlark, puede que hasta de todo Wyoming. —Los pulgares de Wes golpeaban el volante como si fuera incapaz de contener la emoción y, la verdad, parecía que estaba conteniendo la respiración.

Tal y como había dicho, no tardamos en atravesar los árboles y, aunque estábamos mucho más cerca del borde de un acantilado de lo que hubiera deseado, tenía razón. Me quedé maravillada con las vistas. Creo que me quedé literalmente con la boca abierta. Dudaba que hubiera estado tan alto en mi vida. Sentí como si pudiera ver todo el estado de Wyoming ante mí. El sol se estaba poniendo y el cielo estaba pintado de morado y rosa sobre las montañas cubiertas de árboles. Vi algunas casas del tamaño de casas de muñecas entre grandes extensiones de tierra y masas de agua. Las flores silvestres salpicaban los prados como manchas de pintura.

Antes de que pudiera asimilarlo todo, Wes dio la vuelta a la camioneta. Apoyó el brazo en el asiento, detrás de mí, miró por encima del hombro y empezó a retroceder hacia el borde del acantilado. Si no me hubiera aterrorizado pensar que íbamos a caernos por el precipicio, habría pensado un millón de cosas inapropiadas sobre su forma de conducir marcha atrás con tanta facilidad.

—¿Qué haces? —pregunté justo cuando se detuvo la camioneta.

—Vamos —dijo—. Te lo enseñaré. —Me quitó las cajas de tartas del regazo y salió de la camioneta; no tuve más remedio que

seguirle.

Cuando salí, me di cuenta de que la camioneta no estaba tan cerca del borde como había creído, lo que fue un alivio, pero seguía estando bastante cerca. Wes no me lo había dicho abiertamente, pero me daba la sensación de que le gustaba desatar su instinto de lucha o huida.

No me daban miedo las alturas, pero tenía *cierto* sentido de supervivencia, por lo que mirar por encima del acantilado me revolvió un poco el estómago.

Wes abrió la puerta del maletero de la camioneta y colocó las cajas de las tartas sobre ella. Saltó al maletero sin esfuerzo (yo por ahora iba a estar reproduciendo ese pequeño salto en bucle en mi mente), levantó la tapa de la caja de almacenamiento plateada que había detrás de la cabina y empezó a sacar mantas y almohadas y a forrar la parte trasera de la camioneta con ellas. ¿Había preparado todo esto… para mí?

Estaba dándole vueltas a eso en la cabeza cuando me ofreció la mano.

—Usa la rueda como escalón y te termino de subir yo —dijo con una de sus dulces sonrisas.

Weston Ryder era amable a más no poder, y pensé que eso era lo mejor que podía ser un hombre.

Le cogí de la mano y me subí a la rueda de la camioneta con toda la elegancia que me fue posible, que era ninguna elegancia, y luego tiró de mí hasta que subí del todo y quedé entre sus brazos. Permanecimos juntos en la parte trasera de la camioneta durante un minuto y miré a este hombre, a este vaquero que era un desconocido hacía tan solo unos meses.

Ahora me preguntaba si podría vivir una vida de la que él no formara parte.

La idea me petrificó, así que me la quité de la cabeza. No quería pensar en eso. Esta noche no.

Nos acomodamos sobre las mantas y Wes empezó a abrir cajas de tartas. Había tres, ocho trozos en dos y cuatro en una.

—Puede que no lo sepas, pero Meadowlark es la capital de las tartas del oeste de Estados Unidos.

—¿En serio?

—No. —Se rio—. Pero debería. —Me pasó un tenedor y me hizo un recorrido por las opciones que había. Fui incapaz de acordarme de todas, pero había, entre otras, de fresa, de arándanos, de melocotón, de crema de plátano, de crema de pistacho, de boniato, de calabaza, de nueces pecanas, de lima, de cereza y la favorita de Wes, de crema de coco—. ¿Cuál vas a probar primero? —Se me estaba pegando su entusiasmo. No diría que era una fanática de las tartas (no las odiaba ni mucho menos, pero no era algo que comiera o pensara en comer con frecuencia), pero la energía de Wes por las cosas que le encantaban era contagiosa.

Así pues, la posibilidad de que me convirtiera en una entusiasta de las tartas después de esta noche era bastante alta.

Observé los trozos durante un minuto antes de decidirme por la de lima. Cogí un trozo con el tenedor y me lo metí en la boca.

Hostia puta. Noté cómo abría los ojos de par en par y Wes me sonrió de oreja a oreja.

—Te lo dije.

—Es la mejor tarta que he probado en mi vida, en serio. —Y así empezamos a comer tarta. Wes sacó una de sus pequeñas libretas de dibujo de la camioneta para trazar una tabla clasificatoria con las tartas.

A medida que pasaba las páginas, vi algunos de sus dibujos. Era bueno. Bastante bueno, de hecho.

Comimos, reímos y hablamos.

—¿Viene mucha gente aquí? —pregunté.

—Antes sí. En el instituto, a este sitio se lo conocía como «el Picadero» —explicó con un movimiento de cejas y una sonrisa traviesa que me dieron un vuelco al corazón—. Pero creo que ya no lo es, o ahora mismo estaríamos rodeados de camionetas con las ventanillas empañadas.

Me reí.

—¿Venías con frecuencia?

Sacudió la cabeza.

—No, la verdad, pero cuando cumplí dieciséis, Gus y yo estuvimos un tiempo compartiendo una camioneta. Una noche, estaba tumbado en la parte trasera de la camioneta fuera de la Casa Grande, mirando la luna y las estrellas, cuando oí a Gus saliendo de casa a escondidas. Tenía curiosidad por saber lo que estaba haciendo, así que me quedé quieto y callado. Se subió a la camioneta y empezó a conducir.

—¿Contigo todavía detrás? —pregunté, riéndome.

—¡Sí! Y entonces se paró para recoger a una chica, Mandy Miller, y a esas alturas estaba acojonadísimo, pero sentía que era demasiado tarde para decir algo. Condujo hasta aquí y, en vez de liarse dentro de la camioneta como una persona normal, salieron y bajaron la puerta del maletero.

De mí brotó una risa, de esas que emergen de la barriga, ante la imagen de un Wes adolescente arruinándole la noche a su hermano porque se quedó atrapado en la parte trasera de una camioneta.

—Y cuando Gus me vio, prácticamente le salió humo de las orejas.

—¿Qué hiciste? —pregunté, todavía riéndome.

—Saludé con la mano. —Wes se encogió de hombros—. ¿Y tú? —inquirió—. ¿Alguna historia embarazosa?

—Muchas, seguro —respondí—. Pero no tan buenas como esa.

Wes alzó la mano y me metió un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Entonces, cuéntame otra cosa —dijo.

—¿Qué quieres saber?

—Quiero conocerte —contestó simplemente—. Cuéntame algo que no sepa nadie.

Me comí un trozo de la tarta de nueces pecanas y pensé en ello.

Sinceramente, consideraba que había muchas cosas que nadie sabía porque no sabía si había alguien que me conociera de verdad, ni si había alguien que en algún momento hubiera querido de verdad conocerme.

Y si eso era cierto, me alegraba que Wes fuera el primero.

—Cuando era pequeña, quería ser una modelo de *Price Is Right* —solté. Pues claro que no se me podía haber ocurrido otra cosa—. Me encantaba la idea de soltar la bola del Plinko, mostrar una licuadora nueva con orgullo y acariciar un Volvo sin estrenar con los dedos.

Wes estaba sonriendo tanto que tenían que dolerle las mejillas.

—Ada Hart —dijo con tono sincero—, habrías sido una modelo de *Price Is Right* alucinante.

Me reí y le di un empujón en el hombro.

—Calla.

Y así fue como transcurrieron las siguientes dos horas. Intercambiamos historias y anécdotas y, con cuidado, fui añadiendo pedacitos de Wes a la colección cada vez más grande de cosas sobre él que estaba guardando cerca de mi corazón.

23

Wes



El jueves había vuelto a la Casa Grande para darle de comer a Loretta antes de regresar al rancho cuando me sonó el móvil. Era Ada.

—Hola, corazón —dije a modo de saludo.

—Hola, vaquero. —El sonido de su voz hizo que mi corazón diera una voltereta. Si hacía un par de semanas estaba medio enamorado de Ada, ahora estaba completamente enamorado de ella.

Pero no hacía falta que lo supiera. Todavía no.

—¿Qué pasa? ¿Todo bien? —pregunté.

—Sí, ¿crees que podrás pasarte hoy por la reforma? Quiero revisar unas cosas contigo antes de que empecemos a trasladar los muebles la semana que viene. —Era increíble que ya hubiera llegado ese momento. Quedaba casi un mes para que se terminara el proyecto, y Ada estaba *ocupada*. Cada día se iba más y más tarde de Baby Blue. Sabía que estaba cansada, y deseaba poder hacer algo por

ella.

Pero últimamente había empezado a meterse en la cama conmigo algunas noches a la semana, cuando estaba agotada, y yo la abrazaba y le recorría la espalda con los dedos hasta que se quedaba dormida.

—Puedo pasarme por Baby Blue ahora —dije.

Ada se quedó callada al otro lado del teléfono. Mierda. ¿Qué había hecho?

—¿Weston? ¿Acabas de referirte a la casa como «Baby Blue»? —«Mierda». Se suponía que solo debía llamarla así en mi cabeza.

—Mmm, sí —respondí.

—¿Llevas todo este tiempo llamándola así en tu cabeza?

Tragué saliva.

—Sí.

Volvió a quedarse callada unos segundos antes de decir:

—Es, sin duda, lo más perfecto que he oído en mi vida. No puedo creerme que te lo guardaras para ti.

—¿Perdona?

—¡Deberías! Y ahora trae tu culo de cuero y zahones a Baby Blue para que pueda enfadarme contigo en persona. —Colgó antes de que pudiera contestar. Hoy había vuelto a la Casa Grande montando a Ziggy, así que, en vez de conducir hasta Baby Blue, recorrí los senderos con Ziggy, y Waylon corrió a nuestro lado. Durante el tiempo que llevaba la reforma, no había montado tanto como de costumbre. Era más fácil conducir.

Además, conducir significaba pasar más tiempo con Ada por las tardes.

Me pregunté si Ada había montado a caballo alguna vez. Algo me decía que no. Pensé en montar con ella, con los muslos sujetándole las caderas y ella apretada contra mí.

Ahora iba a tener que conseguir que ocurriera.

Cuando Ziggy y yo llegamos, seis miembros del equipo estaban metiendo un rectángulo gigante en la casa con cuidado. Supuse que era la encimera de la isla. Ada se había decidido por el mármol verde esmeralda y vi cómo asomaba a través de la tela que cubría la losa para protegerla.

Tras sujetar a Ziggy a un poste en el exterior, los seguí al interior. Evan los dirigía, gritando «despacio» y «más despacio» y, por último, «bien», mientras el equipo bajaba el mármol hasta su hogar definitivo.

Hacía unos días que no venía y me sorprendió la rapidez con la que estaban avanzando las cosas. Sobre todo, después de todos los contratiempos de la semana pasada.

Los suelos ya estaban colocados (aunque ahora mismo estaban tapados) y los paneles de yeso estaban listos para ser pintados. Se suponía que mañana llegaban las alacenas correctas, y Evan había terminado de instalar los muebles empotrados en el salón. Las vigas estaban puestas en el techo abovedado y se había hidrolavado la pared de ladrillos expuestos.

Sin embargo, lo que más me gustaba era la chimenea. Antes solo tenía un marco de madera, pero le enseñé a Ada una foto que me encontré el año pasado en el desván en la que parecía de piedra. Desmontó con meticulosidad el marco de madera después de ver la foto. Ahora, la chimenea de piedra, con su borde de mármol estilo *vintage* e incrustaciones doradas, estaba bellamente restaurada y era el foco de atención de la habitación.

Todo transmitía esa sensación de «casi terminado», y eso me hinchó el corazón. Estaba orgulloso de en lo que se había convertido esta casa, pero estaba más orgulloso aún de la mujer que estaba a la cabeza. Estaba más que feliz de ser cómplice de su grandeza.

Hablando de esa mujer, estaba en la esquina, con un bolígrafo detrás de cada oreja y el lápiz óptico en la boca, mirando algo en el iPad.

Como si hubiera notado que la estaba mirando, levantó la vista del iPad. Cuando me vio, me dedicó esa sonrisa tranquila que se había convertido en mi favorita. Cuando me sonreía de esa manera, era como compartir un secreto que solo nosotros conocíamos.

Me acerqué a ella y, sin pensarlo, me incliné y le di un beso en la sien. No pareció importarle.

—¿En qué estás tan absorta aquí? —pregunté.

Le dio la vuelta al iPad para enseñarme una renderización digital del espacio en el que estábamos.

—Mañana hacemos el revestimiento de madera —explicó, y señaló al otro lado de la habitación, donde dos hombres estaban colocando papel pintado de flores azules y blancas en la mitad superior de la pared. El azul era claro, sutil. Me gustaba—. Creo que lo quiero alto —dijo—. Dos tercios de la pared tal vez. ¿Qué te parece?

—¿Va a ser del mismo azul que el del papel pintado? —pregunté.

—Un poco más oscuro. Pero no mucho.

—Entonces creo que dos tercios de la pared es perfecto —respondí —. La encimera es increíble —comenté a la vez que señalaba el mármol—. Todos los colores hacen que parezca tan… —Intenté pensar en la palabra adecuada—. Hogareño.

Ada sonrió.

—De eso se trata, vaquero. Ven a que te enseñe las habitaciones —dijo, y empezó a caminar hacia la parte trasera de la casa—. Quería seguir una paleta de colores *vintage*, así que hay mucho azul cielo, obviamente, algunos verdes y algunos rosas para rendir homenaje a ese azulejo de baño que tanto nos gusta.

Me gustó cómo dijo «nos». Ada me guio por las seis habitaciones.

Todavía no estaban amuebladas, pero por lo demás estaban terminadas. Tenían una mezcla de pintura, papel pintado y revestimiento de madera. Una de ellas compartía la pared de ladrillos expuestos del salón. Todas parecían únicas y diferentes (algo que cabría esperar de un *bed and breakfast* antiguo), pero frescas y limpias aun así, no desordenadas ni recargadas.

La *suite* principal tenía unas cristaleras que daban a un pequeño patio restaurado. Sabía que la semana que viene y la siguiente tocaba el paisajismo, pero ya estaba increíble.

Las cristaleras estaban enmarcadas por unas cortinas de lino blanco que parecían tener un campo de flores silvestres pintadas en ellas. También rosas.

—¿De dónde las has sacado? —pregunté señalando las cortinas—. Me gustan.

A Ada se le sonrojaron las mejillas, algo que no ocurría muy a menudo.

—Las hicimos nosotras. Emmy, Teddy, Cam y yo. Fue lo que hicimos aquella noche hace unas semanas. Son flores silvestres de los alrededores del rancho y rosas de los arbustos que hay fuera de la Casa Grande.

Los rosales de mi madre.

—Son increíbles —dije, amándolas aún más ahora.

—Guardé las flores silvestres que utilizamos y las sequé. Las vertí sobre posavasos de resina y las pegué en velas, tarros, vasos y velas de té. Puede que salga hortera, pero tengo esperanzas. Y eso me lleva a otra cosa de la que quería hablarte —añade—. ¿Hay algún objeto de decoración en específico (arte, baratijas, libros, lo que sea) que quieras incorporar? ¿Algo de Rebel Blue que podría necesitar una vida nueva en un hogar nuevo?

—Podemos buscar en el desván de la Casa Grande —propuse—. Es

donde acabaron la mayoría de las cosas originales que había aquí. Pero… —Hice una pausa a la vez que notaba que se me formaba un nudo en la garganta a causa de lo que estaba a punto de decir.

—Pero ¿qué? —preguntó Ada en voz baja.

—Hay algunas cosas que sé que quiero que estén aquí —indiqué. Ada asintió y esperó—. Mi madre era pintora. Una pintora brillante, la verdad. Tenemos un montón de cuadros suyos en el desván. Llevan mucho tiempo tapados, y creo que… —Intenté tragarme el nudo que tenía en la garganta, pero el cabrón ese no se movía—. Creo que a ella le encantaría que estuvieran aquí.

Ada me rodeó la cintura con los brazos y apoyó la cabeza en mi pecho.

—Me parece perfecto, Wes.

24

Ada



Había estado descuidando bastante las redes sociales, lo que fue una mala decisión por mi parte, teniendo en cuenta que era la base de toda mi carrera profesional.

No tenía ningún título que me respaldara ni ninguna formación oficial; lo único que tenía era mi portafolio, que estaba alojado en mis perfiles de las redes sociales.

Era viernes. Le dije a Evan que esta mañana tenía que ponerme al día con el contenido, los correos electrónicos y algunas tareas administrativas, y estuvo encantado de encargarse de todo en la reforma durante el día. «Baby Blue», pensé. No podía creerme que Wes llevara ocultándolo meses, años quizá.

Le quedaba perfecto a la casa. Me encantaba.

Estaba sentada en la mesa de la cocina de la Casa Grande con el móvil, el portátil y el iPad a toda máquina. Hasta el momento, me había puesto al día con las *stories* de la semana pasada y había

editado tres vídeos para publicarlos. También había editado algunas fotos y escrito algunos pies. Sinceramente, no tenía tanto contenido como de costumbre, pero, por suerte, Evan llevaba trabajando conmigo el tiempo suficiente como para saber que tenía que sacar fotos y grabar vídeos que pudiera utilizar.

Ahora me salía con facilidad. Es lo que pasaba cuando me encontraba en mitad de un proyecto. El contenido se volvía mucho más fácil porque mi creatividad fluía con libertad. Me sentía como si no pudieran pararme.

Cuando no tenía un proyecto, el contenido era tedioso, una tarea que detestaba, así que me aseguré de empaparme de cómo me sentía en ese momento.

También era una forma estupenda de evitar mirar la bandeja de entrada del correo. Tal y como yo lo veía, seguía trabajando y siendo productiva, así que no contaba como procrastinar.

Tenía lógica, en mi opinión.

Tardé otras dos horas en preparar contenido suficiente para las dos semanas siguientes, pero una vez hecho, me sentí más ligera que por la mañana. Esa era la buena noticia.

La mala era que ahora que había terminado, no tenía excusa para desatender el correo. Miré el reloj del horno. Eran más de las diez. Me serví otra taza de café, respiré hondo y abrí el correo electrónico en el portátil.

Tenía unos cuantos de Evan, que se limitaba a reenviar gastos u otra información. Fácil: los clasifiqué en su carpeta correspondiente. Había muchos de marcas que estaban interesadas en que utilizara sus productos en las casas que diseñaba, lo que era emocionante, pero, entonces, vi un correo con el asunto «Consulta de trabajo en Tucson, Arizona». Lo abrí, vacilante.

Hola, Ada:

Me llamo Irie Fox y te escribo desde la soleada Tucson, Arizona. Para empezar, quiero decirte que soy una gran fan de tu trabajo. Llevo siguiendo tu Instagram desde el principio y ha sido genial ver cómo has ido evolucionando. Estoy especialmente impresionada con el alcance del proyecto del que te has hecho cargo hace poco en el rancho Rebel Blue, en Wyoming. No he estado nunca en Wyoming, pero seguir tu reforma ha hecho que lo vea como un error que he de remediar de inmediato.

En fin, yendo al grano, hace poco me he vuelto la propietaria de un pequeño bed and breakfast*. Tiene encanto y una buena estructura. Creo de verdad que podría ser algo increíble, pero necesito a alguien que me ayude a conseguirlo. ¡Creo que tú encajarías a la perfección!*

¿Estás disponible para recibir encargos en este momento? Espero empezar a principios de agosto. Si estás interesada, por favor, dime cuándo te viene bien que nos llamemos.

Un cordial saludo,
Irie

Ese correo debería haberme puesto feliz. Era tal cual el resultado que esperaba cuando acepté el trabajo en Rebel Blue.

Entonces, ¿por qué me sentía como si alguien acabara de rociarme con un cubo de agua helada?

Cerré el portátil enseguida. Ahora mismo no quería enfrentarme a eso. Todavía me quedaban unas semanas en Rebel Blue. Unas semanas para averiguar qué era lo siguiente.

Unas semanas con Wes.

Ese pensamiento convirtió mi corazón en cristales rotos, y los

fragmentos empezaron a clavárseme en el pecho. «No pienses en ello, Ada. No pienses en cómo vas a sentirte al dejarle».

Dios, qué estúpida era.

Tracé una línea con él cuando llegué aquí. Tenía un plan. Tenía sueños, y no quería desbaratarlos por nadie. Wes respetó eso, me dio mi espacio, no intentó dar el paso hasta que yo no me acerqué a la línea.

Y, ahora, esa línea estaba borrada. Habíamos cruzado el límite y no podíamos volver atrás. Y no quería hacerlo.

No tenía ni idea de dónde nos dejaba eso a mí y a mis sueños cuando todo esto acabara.

Joder, necesitaba un poco de aire fresco. Me puse unas botas estropeadas que había junto a la puerta trasera. Me quedaban bien, por lo que debían de ser un par viejo de Emmy. Salí por la puerta trasera de la Casa Grande, cosa que solo había hecho unas pocas veces, y empecé a caminar por el sendero que salía del porche de atrás.

La cabeza me daba vueltas y seguí caminando sin tener ni idea de adónde iba, pero ahora mismo no podía quedarme parada. Estar parada haría que me sintiera atrapada y sentirme atrapada era algo que no quería volver a sentir.

Llegué a una bifurcación. Miré por el camino de la derecha y vi una pequeña cabaña al final, así que elegí el de la izquierda.

Mientras caminaba, empecé a notar la cabeza cada vez más llena y sentí que perdía el equilibrio. Tuve que parar. Me puse en cuclillas, me rodeé las rodillas con los brazos y metí la cabeza entre ellas.

Me quedé así hasta que oí una voz.

—¿Ada? —Era Emmy—. ¿Estás bien? —Oía sus botas acercándose a mí sobre la tierra.

—Sí —respondí, pero no levanté la cabeza. Noté cómo se

agachaba a mi lado. Me puso la mano en el pelo y empezó a acariciármelo. No la detuve ni me aparté.

—Lo parece —dijo con sarcasmo, pero su tono también reflejaba preocupación—. Es normal que alguien esté hecho un ovillo en el camino que va a los establos un viernes por la mañana. —La mano de Emmy en mi pelo me tranquilizó más de lo que pensaba. Emmy siempre estaba dispuesta a brindar su apoyo. No era una fortaleza que yo tuviera, pero estaba empezando a admirarla en otras personas.

Durante el último año, me había centrado mucho en ser fuerte. Era lo que todos me decían que tenía que ser. «Sé fuerte y lo superarás», me decían. No fue hasta que llegué a Rebel Blue y pasé tiempo con otras mujeres que me di cuenta de que la dulzura también era una fortaleza, una que Emmy tenía a raudales.

Estar con Emmy, Teddy y Cam hacía que me preguntara por qué me había pasado la vida pensando que solo podía ser una cosa.

Me quedé callada y dejé que Emmy me acariciara el pelo. Necesitaba ser débil, solo durante un minuto.

Cuando levanté la cabeza, Emmy me estaba mirando con preocupación.

—¿Quieres hablar de ello? —preguntó.

Negué con la cabeza.

—La verdad es que no.

Emmy asintió.

—Luke y yo empezamos a hacer una cosa después de mudarnos juntos el año pasado. Ambos estábamos lidiando con un montón de mierda que teníamos que gestionar. Así que dijimos que, si hay algo que nos esté preocupando a uno de los dos y no estamos preparados para hablar de ello, no pasa nada si no queremos hablar de ello ahora mismo, pero juramos con el meñique hablarlo en algún

momento. —Emmy levantó el meñique—. Jura con el meñique que hablarás de ello en algún momento.

Entrelazamos los meñiques.

—Normalmente lo sellamos con un beso, pero no voy a hacerte pasar por eso. —Eso me sacó una sonrisa.

»¿Quieres estar sola? —preguntó.

—No lo sé —respondí con sinceridad.

Emmy me miró pensativa, como si entendiera lo que decía, a pesar de que yo ni siquiera entendía lo que decía.

—Bueno, voy hacia los establos. ¿Te apetece montar?

—¿En plan a caballo?

—Sí, en plan a caballo. —Se rio.

—Nunca he montado a caballo —dije, ni siquiera en un poni en la feria ni nada parecido.

—No te preocupes, tengo el caballo perfecto para ti —señaló Emmy—. Y te prometo que es mucho más difícil que se te llene la cabeza de preocupaciones cuando estás cabalgando por un sitio como Rebel Blue. —Miró al cielo (grande y azul) y sonrió—. ¿Qué te parece?

Me mordí el interior del labio.

—Vale —accedí. Me parecía la mejor manera de olvidarme de Tucson.

—Excelente —dijo Emmy. Caminamos codo con codo hasta lo que Emmy llamaba «los establos», pero la imagen mental que yo tenía de unos establos y el lugar en el que estaba ahora no tenían nada que ver. Esto parecía el hotel de cinco estrellas de los establos. *Yo* podría vivir aquí. Emmy recorrió la hilera de establos y abrió uno. Entró y reapareció un momento después con un caballo detrás.

—Esta es Maple. —Colocó al caballo junto a mí y lo ató a unas bridas que colgaban de la pared—. Es mi ángel. —Maple le acarició

el cuello a Emmy con el hocico y luego fue a por su bolsillo—. Ah, ya veo —le dijo Emmy—. Quieres hacerme carantoñas para que te dé una golosina. —Emmy se sacó algo del bolsillo y se lo dio a Maple.

Maple era de color castaño. Su pelaje era muy brillante. No sabía mucho de caballos, me parecían terroríficos, pero me encantaban los animales y sabía que, por lo general, un pelaje brillante era señal de buena salud.

—Y voy a por Moonshine. La montarás hoy. —Emmy entró en otro establo y Maple me miró fijamente.

Le devolví la mirada.

Emmy volvió un minuto después con Moonshine. Era clara y moteada. Cuando la vi, lo primero que pensé fue que parecía sabia. Su nariz era algo gris, como el hocico de un perro cuando se hace mayor, pero lo que más me llamó la atención de Moonshine fueron los ojos. Eran tiernos, amables y astutos.

—Moonshine es un buen caballo para principiantes —explicó Emmy —. Le gusta cuidar de la gente. —Le rascó detrás de las orejas—. ¿Quieres acariciarla? —preguntó Emmy y, para mi sorpresa, asentí sin pensármelo dos veces.

Me acerqué despacio a Moonshine. Estaba a punto de tenderle la mano, pero me detuve y miré a Emmy, que asintió para darme el visto bueno para que continuara. Puse la mano sobre el hocico de Moonshine. Era sorprendentemente suave.

—Toma —dijo Emmy mientras me daba una de las golosinas que llevaba en el bolsillo de los vaqueros—. Pon la mano plana cuando se la des.

Hice lo que me dijo y Moonshine se comió la golosina de la palma de mi mano. Su lengua era la cosa más rara con la que había estado en contacto en mi vida. La sensación me hizo reír.

Luego, Emmy me tendió un cepillo y dijo:

—Sigue mis movimientos. —Observé cómo cepillaba a Maple e intenté hacer lo mismo con Moonshine.

—Wes me contó que dabas clases de equitación —comenté—. Y que te encargas del adiestramiento de los caballos.

Emmy asintió.

—Sí. No llevo mucho tiempo aquí. Me mudé de Denver el pasado julio. Me dije que era temporal, pero es obvio que no lo fue. —Sonrió para sí mientras cepillaba el pelaje de Maple—. Empecé a dar clases en noviembre y a principios de año acepté algunos clientes de mi padre como adiestradora de caballos.

No sabía que Emmy había vuelto a Meadowlark; había asumido que siempre había estado aquí. Era incapaz de imaginarme Rebel Blue sin Emmy, y eso que no la conocía tan bien.

—¿Y tú y Brooks? —Me había dado cuenta de que Emmy era la única que le llamaba Luke—. ¿Cuánto tiempo lleváis juntos?

Emmy sonrió.

—Desde que volví a casa, supongo.

—¿No salíais antes? —pregunté, confusa. Por cómo interactuaban, habría pensado que llevaban juntos desde siempre, aunque recordaba vagamente cuando Dusty se sorprendió de que fueran pareja.

Negó con la cabeza.

—No, Luke y yo no nos llevábamos muy bien cuando éramos más jóvenes. Cuando me vine, llevaba casi diez años sin verlo más de cinco minutos. —Se puso a limpiarle los cascos a Maple con un palo mientras hablaba—. Volví a casa en unas circunstancias poco ideales, pero lo repetiría todo para estar con él.

—¿Es raro? —inquirí—. ¿Mirar hacia atrás y saber lo cerca que estuviste toda tu vida de tu alma gemela sin saberlo?

Emmy se acercó a Moonshine y empezó a limpiarle los cascos,

pero me miró con una gran sonrisa mientras respondió:

—Luke Brooks es, sin duda, el amor de mi vida, pero mi alma gemela siempre ha sido Teddy Andersen.

—Tiene sentido. —Me reí, a pesar de la punzada de celos que sentía en el pecho. No tenía ninguna amistad de la que pudiera decir eso.

Emmy se enderezó y fue hacia las sillas de montar que colgaban de la pared. No tenía ni idea de que costara tanto esfuerzo ensillar un caballo. Creía que era ponerla y listo. Emmy trabajó en silencio durante unos minutos y, después de colocar las sillas, desató a cada caballo de las ataduras que los sujetaban y dijo:

—Montaremos fuera. Puedes coger las riendas de Moonshine. Te seguirá.

Emmy cogió un bloque grande con una mano, agarró las riendas de Maple con la otra y empezó a guiarla hacia la puerta del establo. Yo la seguí con Moonshine.

Una vez fuera, Emmy puso el bloque en el suelo y Moonshine caminó hacia él.

—Esto es un escalón de montar —explicó—. Hace que sea más fácil subirse a la silla de montar. Te da un poco más de altura que estar en el suelo.

—¿Solo tengo que… ponerme de pie encima? ¿O lo uso como escalón?

—Te pones de pie. —Hice lo que me dijo—. Ahora pon el pie izquierdo en el estribo. Bonitas botas, por cierto. Bien, pon una mano en el cuerno, el pomo pequeño ese, y otra en la parte de atrás de la silla. Así. Y luego levantas el pie derecho y lo balanceas para pasarlo por encima de la silla.

—Creo que suena más fácil en la teoría —contesté, temblorosa.

—Si puedes subirte a una bicicleta, puedes subirte a un caballo —

aseguró—. Te lo prometo. —Intenté acordarme de la última vez que monté en bicicleta, pero me quedé en blanco.

»Tú puedes —dijo Emmy—. ¿Quieres una cuenta atrás? A veces ayuda. —Asentí. Aceptaría cualquier cosa en este momento—. Recuerda, levanta el pie derecho y balancea la pierna para pasarla por encima. —Volví a asentir—. Bien, tres..., dos..., uno..., ¡ya! —A la señal de Emmy, empujé el bloque con el pie derecho y lo balanceé.

Un poco demasiado fuerte.

Pasé por encima de la silla, pero llevaba tanto impulso que empecé a irme para el otro lado. Pensé que iba a caerme, pero Emmy rodeó el caballo corriendo y me empujó hacia arriba.

Y ahora estaba sobre un caballo.

—Bien —dijo Emmy con una risa—. ¡Eso sí que es balancear la pierna!

—Lo siento —contesté, avergonzada.

—No, ha estado bien, de verdad. Me habría sentido mal si te hubieras caído, pero me gusta el entusiasmo. —«Entusiasmo», pensé. «Eso parece un cumplido».

—¿Algún consejo? —pregunté.

Emmy esbozó una sonrisa enorme.

—Mantén un pie a cada lado y la mente en el centro. —No sabía si eso era útil o no.

Emmy se acercó a Maple y dejó en evidencia mi forma de montar. Todo lo que hacía relacionado con los caballos le salía tan natural. La primera vez que vi a Emmy, pensé que parecía libre, y lo parecía, pero aquí, con los caballos, no solo parecía libre, sino que *era* libre.

—Moonshine seguirá a Maple, pero lleva riendas en el cuello, así que si necesitas dirigirla, tira de las riendas en la dirección que quieras —explicó Emmy. Asentí con la cabeza.

Maple echó a andar y Moonshine la siguió. Mierda, este animal

gigante se estaba moviendo. Y yo me estaba moviendo con ella.

Hostia *puta*.

Moonshine mantenía la cabeza y el cuello junto a los cuartos traseros de Maple, por lo que no estaba ni detrás ni junto a ella, solo cerca.

—Bueno —empezó Emmy cuando llevábamos un rato caminando —, ¿cuánto tiempo queda para que termine la reforma?

—Unas semanas —respondí—. Todo está empezando a cuajar, pero las últimas semanas son las más difíciles siempre. Hay una lista con un millón de detalles pendientes.

—Tiene sentido —dijo Emmy—. Es tu primer proyecto de esta envergadura, ¿verdad?

Uf.

—Sí. En San Francisco hice sobre todo casas, o habitaciones de casas, pero una vez hice una cafetería.

—¿Crees que volverás a San Francisco? —preguntó. Era una pregunta inocente. Era natural en la conversación, pero aun así hizo que se me formara un nudo en la garganta.

—No —contesté con sinceridad. Emmy se quedó callada, probablemente a la espera de que me explayara—. Acepté este trabajo para empezar de nuevo. Quería una oportunidad para perseguir mis sueños. —Ahora daba la sensación de que estaba persiguiendo mucho más que eso—. Tengo unas deudas por un apartamento, pero podré pagarlas después de esto, y ese es el último lazo que tengo que cortar.

—Curioso —dijo Emmy—. Entiendo a lo que te refieres. Yo también vine a Meadowlark para empezar de nuevo. —La diferencia entre Emmy y yo, sin embargo, era que ella podía quedarse.

—Wes dijo que Meadowlark era conocido por la tarta, pero a lo mejor debería ser conocido por los nuevos comienzos —bromeé en

un intento por evitar profundizar en la conversación. Los caballos estaban caminando por un sendero que más adelante se adentraba en unos árboles.

—Le gusta mucho la tarta. —Emmy asintió delante de mí—. Tú también le gustas mucho, ¿sabes?

Me quedé callada un minuto antes de susurrar:

—A mí también me gusta mucho.

Al principio, ni siquiera sabía si Emmy me había oído, pero entonces habló:

—¿Por eso antes estabas acurrucada como un bicho muerto?

—¿Cómo lo sabes? —suspiré.

—Intuición.

—No lo sé —dije—. Espero que no sea raro que te hable de esto porque es tu hermano, pero creo que es genial, increíble, en serio, pero no sé adónde puede ir lo nuestro.

—¿Existe alguna razón por la que tenga que ser «adónde puede ir» en vez de «dónde está»? —preguntó Emmy.

—No puedo volver a sentirme atrapada —expliqué—. He estado casada, intenté eso del amor, estaba desesperada por ello. Todavía sueño con ello, pero me hice tan pequeña que ya no sabía quién era. —Una vez que empecé a hablar, no pude parar—. Y ahora que lo he averiguado, me he dado cuenta de que no soy la clase de persona que le gusta a todo el mundo. Soy la clase de persona que todo el mundo tolera. —Dejé escapar un profundo suspiro—. Y no me parece mal, me gusta como soy, pero si yo me he dado cuenta de eso, es solo cuestión de tiempo que Wes lo haga.

Odiaba lo asustada que sonaba.

Emmy se giró para mirarme.

—Si te gusta como eres, ¿por qué es tan difícil de creer que a los demás también? —Volvió a girarse hacia delante y me quedé

pensando en lo que había dicho.

No tenía una respuesta.

El silencio que se extendió entre Emmy y yo no fue incómodo. Fue contemplativo. ¿Así era tener un amigo? ¿Tener a alguien con quien poder hablar, que te diera un impulso y te hiciera pensar? ¿Tener a alguien que se preocupaba por ti lo suficiente como para hacer eso?

Miré a mi alrededor y observé el paisaje por el que estábamos pasando. Cuando llegué a Rebel Blue no era invierno, pero había restos de nieve. Ahora, Rebel Blue estaba frondoso y verde. Me encantaba la imagen de los pinos contra el cielo.

Ir a caballo no daba tanto miedo como me pensaba, probablemente porque Moonshine y Emmy estaban haciendo todo el trabajo. Yo tenía que limitarme a quedarme sentada, pero pensé que no me importaría aprender a hacerlo por mi cuenta en algún momento.

—Ada —dijo Emmy después de un rato—. No quiero que te lo tomes a mal, pero tengo que pedirte un favor.

—Vale —contesté, vacilante.

—No quiero que se me malinterprete, porque Wes y tú sois adultos y estoy haciendo todo lo posible por no entrometerme, pero… —Oí cómo respiraba hondo—. No le trates como tu destino final si solo es una parada técnica. Dudo que pudiera recuperarse de eso. —No me miró, así que no vio que asentí con la cabeza.

Yo también dudaba que me fuera a recuperar de eso.

25

Wes



Anoche Ada se quedó dormida en mi cama. No le apasionaban los mimos cuando se dormía (le gustaba tener su espacio), pero siempre se acercaba más a mí durante la noche y, para cuando me despertaba, me tenía agarrado como a un koala bebé.

Anoche no volvió a la Casa Grande hasta pasadas las diez, y no la vi hasta que se metió en mi cama sobre las once y media. Durante un tiempo, Ada se había estado quedando en su habitación más que en la mía, pero la última semana había dormido en mi cama todas las noches.

Y no me cansaba.

Sentía que estaba empezando a despertarse. Era madrugadora, pero no tanto como yo; crecer en un rancho tenía ese efecto. Llevaba despierto desde las cuatro y media, así que llevaba casi una hora esperando a que se despertara.

A estas alturas, estaba bastante seguro de que llevaba

esperándola toda la vida, así que una hora no era nada.

La estreché contra mí y empecé a besarle el cuello, los tatuajes, la frente… por todas partes, básicamente. Seguía con los ojos cerrados, pero noté que estaba intentando no sonreír.

—Sé que estás despierta —dije, y le di otro beso en el cuello.

—No, no lo sabes —contestó con un gruñido—. Quiero estar dormida.

—Corazón, es un buen día para estar despierta. Es el Día de los Ryder. —El Día de los Ryder era una tradición familiar. Lo hacíamos todos los años. Era una de las fiestas más importantes del calendario del rancho Rebel Blue.

Ada abrió los ojos de golpe.

—¿Qué es el Día de los Ryder?

—Es el día que se conocieron mis padres —expliqué—. El día que mi madre llegó al pueblo en un Volkswagen Cabriolet destartalado, mi padre fue a rescatarla y ella le mandó a la mierda.

Vi brillar los ojos de Ada al oír la última parte.

—¿En serio se conocieron así? —preguntó.

—Sip. Se casaron el mismo día del año siguiente, justo debajo del roble que hay nada más salir por la puerta de atrás.

—Parece una película —dijo Ada mientras se acurrucaba contra mí —. ¿Y qué conlleva el Día de los Ryder?

—Mucha comida, sobre todo —respondí—. En las fiestas grandes como Navidad y Acción de Gracias, mi padre siempre les da el día libre a los empleados del rancho, así que esos días trabajamos en el rancho por nuestra cuenta. El Día de los Ryder es nuestro día.

—¿Y el Día de los Ryder es solo para los Ryder? —inquirió.

Negué con la cabeza.

—El Día de los Ryder es para la familia, pero la familia es más que aquella con la que nacemos —dije, citando a mi padre—. Así que

Teddy y Hank, su padre, estarán aquí. Es posible que venga Cam, aunque su prometido sigue sin aparecer. Como Dusty está en casa, a lo mejor Aggie y él se unen a nosotros en algún momento.

—¿Y quieres que vaya yo? —preguntó. Me puse encima de ella y le sujeté las manos por encima de la cabeza.

—Sí. Por favor.

—Bueno —jadeó—, ya que lo has pedido con amabilidad.

Me incliné y la besé despacio, con firmeza. Me rodeó la cintura con una pierna y me mordió el labio inferior con suavidad.

«Joder».

La besé con más intensidad y le solté las manos para poder usarlas para recorrerle el cuerpo, su puta locura de cuerpo que era básicamente la suma total de todo lo que siempre me había parecido atractivo. Sentí cómo sus dedos me subían y bajaban por la espalda antes de deslizarse bajo la cintura de los calzoncillos.

—Ada —gruñí contra su boca. Soltó una risita inocente que me llegó directamente a la polla. Ese sonido era solo para mí—. No empieces algo que no puedes terminar.

—Créeme —dijo—, *yo* puedo terminarlo.

Antes de poder hacer que me lo demostrara, uno de nuestros móviles empezó a sonar. Miré hacia la mesilla de noche. Era el de Ada. Me acerqué y lo cogí para dárselo.

—¿Quién te llama tan temprano? —pregunté.

—Probablemente sea Evan. —Era la última semana de Evan *in situ*, así que sabía que lo más probable era que hubiera muchas cosas que tenían que tratar juntos.

Ada miró la pantalla y vi cómo se le iba el color de la cara.

—No… no puede ser —murmuró. Dudo que su intención fuera decirlo en voz alta.

—¿Va todo bien? —No me gustaba el efecto que la persona que

llamaba estaba teniendo en mi chica. Fue desconcertarte ver cómo pasaba de juguetona a inexpresiva en pocos segundos.

Ada no contestó. Se limitó a sujetar el móvil y mirar cómo sonaba. No habló hasta que dejó de sonar.

—Era mi exmarido —susurró.

«Vale, pues que le den», pensé.

—¿Mantenéis el contacto? —pregunté. No porque me molestara, ya que tenía la confianza suficiente en mí como para que no lo hiciera. La llamada no me inquietó, sino el efecto que tuvo en Ada. No sabía mucho de su ex, pero sabía que la hizo sentir atrapada, y eso bastaba.

Ada negó con la cabeza.

—No, para nada. —Tenía la mirada perdida—. La última vez que hablamos, le di las buenas noches. Cuando me desperté a la mañana siguiente, se había marchado. Recibí los papeles del divorcio por correo electrónico una semana después.

Joder. Eso fue despiadado.

Envolví a Ada en mis brazos y sentí alivio cuando se inclinó hacia mí.

—No te merecías eso —dije mientras le acariciaba el pelo.

—Lo sé —contestó—. Gracias por decirlo. —Le pasé las manos por los brazos. No sabía si estaba intentando calmarla más a ella o a mí —. ¿Puedo contarte algo? —preguntó.

—Lo que sea.

—Aquel día que tuvimos la cita, me dijiste que querías saber algo que nadie más sabe. —Recordaba haber dicho eso. Quería saberlo todo sobre ella—. Cuando me desperté y se había ido, me sentí aliviada. Después me sentí profundamente triste, pero no porque estuviera en duelo por la relación. El duelo era por todas las partes de mí misma que perdí o a las que renuncié en aras de la comodidad

porque prefería estar cómoda antes que ser feliz. Elegí darle prioridad a mi falsa sensación de seguridad en vez de a mí.

Respiró hondo antes de continuar.

—Me daba vergüenza a mí misma. Dejé que controlara todos los aspectos de mi vida porque yo no tenía la confianza para hacerlo. No me sentía dueña de nada en mi vida, así que el hecho de depender completamente de otra persona no me importaba. Ni siquiera me sabía el PIN de nuestra tarjeta de débito.

Intenté imaginar una versión diferente de Ada, una menos feroz y ferviente, pero me fue imposible. Ahora admiraba aún más esas cualidades porque sabía que todo lo que era ella, lo era a propósito.

—Creo… —suspiró—. Creo que Chance quería tener poder sobre alguien y yo lo confundí con cariño.

Me dolía el pecho. Lo único que podía hacer era abrazarla más fuerte, así que eso hice. Nos quedamos en la cama un rato más e intenté no pensar en lo vacíos que se sentirían mis brazos sin ella.

26

Ada



El Día de los Ryder tenía todas las papeletas para ser uno de mis días favoritos. Después de un comienzo inesperadamente emotivo, Wes y yo salimos de la cama a regañadientes y empezamos nuestras jornadas. Él iba a ir a ver cómo estaba Loretta y a ayudar a Gus con algunas cosas en el rancho antes de que ambos volvieran a la Casa Grande para celebrar la fiesta de la familia Ryder.

Mientras Wes y yo nos vestíamos, me preguntó si quería llamar a Chance y si quería que él estuviera allí mientras lo hacía. Mentiría si dijera que no sentía curiosidad por saber por qué me había llamado, pero no la suficiente como para devolverle la llamada.

Le dije a Wes que no.

Si había algo urgente o apremiante (no me imaginaba qué), volvería a llamar, me escribiría o encontraría otra forma de ponerse en contacto conmigo.

Unos meses después de que ocurriera todo, pensé en lo que sentiría si Chance se ponía en contacto conmigo. Intenté comunicarme con él las semanas inmediatamente posteriores a que los papeles del divorcio aparecieran en el correo, pero siempre sin éxito. No quiso hablar conmigo, hasta ahora, al parecer, casi dos años después.

Por aquel entonces, pensé que me reconfortaría recibir algún tipo de cierre por su parte. Ahora, pensaba que el cierre que había establecido para mí en el último año era más importante.

¿Qué sentía ante la inesperada llamada? Conmoción. Y tenía todo el derecho a sentirme así.

¿Qué sentía por el hombre que hizo la llamada? Nada. No era una nada vacía ni una nada dolida, era una nada… indiferente.

Era lo contrario de lo que sentía cuando pensaba en Wes, pero todavía no estaba preparada para sumergirme en esa corriente de pensamientos, sobre todo con la oferta de Arizona cerniéndose sobre mí.

Entré en la cocina y vi a Amos. Estaba leyendo el periódico y tomándose un batido que supuse que era sano dado el hecho de que tenía el color de la tierra.

Cuando entré, me dijo:

—Buenos días, Ada.

Era raro ver a Amos por las mañanas. Juraría que se despertaba a las tres.

—Buenos días —respondí—. ¿O debería decir «feliz Día de los Ryder»? ¿Decís eso?

Amos se rio entre dientes.

—Feliz Día de los Ryder.

—¿Por qué decidiste crear vuestra propia fiesta? —pregunté con una sonrisa. Sentía verdadera curiosidad y me gustaba escuchar

hablar a Amos.

Me devolvió la sonrisa, cálida y amable. Me acercó una taza de café.

—¿Sabes? Eres la primera persona que me lo pregunta.

—¿En serio?

Amos se encogió de hombros.

—Mis hijos no conocen una vida sin el Día de los Ryder, así que no creo que se hayan planteado nunca el por qué; quizá solo el qué y el quién.

Me senté en la silla junto a él y le di un sorbo al café.

—Te escucho.

—Fue idea de Stella —empezó Amos, pensativo. Stella. La difunta esposa de Amos, la madre de Wes. Amos se recostó en la silla—. Cuando yo era niño, mi padre tenía el Día de los Rancheros, que no era más que un día en el que decidía no trabajar, básicamente. Tenía… prioridades diferentes a las mías. —Amos torció la boca ligeramente—. No era un hombre amable. No le era fiel a mi madre, no se preocupaba mucho por mí ni por mis hermanos, así que cuando heredé Rebel Blue (cosa que no tendría que haber ocurrido porque era el más pequeño), decidí que no quería hacer nada de lo que él hacía.

»Stella lo sabía —continúa—. Así que, en nuestro primer aniversario, introdujo el Día de los Ryder, un día para celebrarnos a nosotros, a la familia que estábamos construyendo y al lugar que cuidábamos y que nos cuidaba a nosotros. —Los ojos de Amos se habían vuelto tiernos y su tono era apasionado. Solía dudar de que Wes fuera tan bueno como parecía, pero cuanto más tiempo pasaba con los Ryder, más me daba cuenta de que los tres (incluso Gus, que era mucho más gruñón que los otros dos) eran el producto de un padre devoto que los quería tanto que no podían evitar ser buenas

personas.

—Es precioso —dije—. Gracias por dejar que me una a la fiesta. —Esperaba sonar tan agradecida como me sentía.

—Todos estamos contentos de tenerte —aseguró—. Ahora eres parte de Rebel Blue. —Las palabras de Amos se me clavaron en el corazón y quise conservarlas allí para siempre. Dijo que era parte de Rebel Blue, pero yo sentía que Rebel Blue era parte de *mí*.

Era extraño. Me había pasado toda la vida sintiendo que no pertenecía a ningún sitio, no porque no encajara ni porque me sintiera sola, sino porque sentía que pertenecía *a otro sitio*.

Pero no sabía dónde.

Creo que añoraba Rebel Blue antes de saber que existía.

• • •

Unas horas más tarde, Emmy y yo pusimos la mesa fuera y sacamos más sillas Adirondack de un cobertizo para ponerlas alrededor de la hoguera. Emmy llevaba un vestido de verano rojo que parecía hecho para ella. Mientras lo preparábamos todo, había encendido un altavoz Bluetooth y sonaban algunas canciones de *country* que no conocía.

—¿En Rebel Blue es un requisito que te guste la música *country*? —le pregunté a modo de broma.

—Algo así, sí —respondió—. Y el *rock and roll* de la vieja escuela.

—Ves, eso puedo hacerlo. —Hice un gesto con la mano en dirección al altavoz—. Pero esto no es lo mío.

—Ya veremos cuánto dura —dijo con una sonrisa. Iba a durar para siempre, pero no tuve valor para decírselo. No pensaba convertirme en una adepta a la música *country*.

Aunque algunas de las canciones eran bastante pegadizas.

Brooks y Amos empezaron a traer comida a la mesa. Amos llevaba

todo el día cocinando y Emmy se le había unido bastante temprano. Entré y salí de la cocina mientras trabajaban, escuchándolos hablar y, de vez en cuando, interviniendo en la conversación. Luke había aparecido hacía una hora y se había unido.

Llevaba sin ver a Wes desde esta mañana, pero me había escrito para decirme que Gus y él llegarían pronto.

—¡Hola, familia Ryder! —La voz de Teddy llegó desde la puerta trasera. Miré desde donde estaba, colocando los cubiertos junto a cada plato, y la vi en la puerta. Delante de ella había un hombre en silla de ruedas, quien supuse que era su padre, Hank. Llevaba el pelo canoso recogido en una coleta y lucía una barba larga. Desde aquí vi que tenía la piel cubierta de tatuajes, incluidas las manos. Llevaba una camiseta negra de Led Zeppelin que parecía sacada de 1972.

En pocas palabras, le daba un aire de tipo duro.

Llevaba la funda de una guitarra y un bastón sobre el regazo.

Todos saludaron con la mano a Teddy y a Hank, y Luke se acercó a la puerta para ayudar a bajar la silla de ruedas.

Observé cómo Amos se acercaba a Hank y le estrechaba la mano. Emmy le dio un beso en la mejilla. Teddy empujó a Hank hacia la cabecera de la mesa, cerca de donde yo estaba, y me presentó a su padre.

—Papá, esta es Ada. Es la diseñadora de interiores que está ayudando a Wes.

—Ah. —Asintió—. De la que está prendado Wes. —Sí, no cabía duda de que era el padre de Teddy. Noté cómo se me abrían los ojos de par en par. No sabía cómo reaccionar ante eso.

—Te lo juro por Dios —dijo Teddy con un gemido—, no voy a contarte nada más nunca.

A Hank le brillaban los ojos. Eran del mismo color que los de

Teddy: azul plateado. Me tendió una de sus manos curtidas. Me fijé en los tatuajes que tenía en los nudillos, pero no supe distinguir qué eran.

—Encantado de conocerte, Ada. Soy Hank.

—*Ahora* tiene modales —murmuró Teddy. Me miró y artículo un «lo siento».

Le estreché la mano a Hank.

—Encantada de conocerte —dije con una sonrisa tímida.

—Teddy me ha hablado mucho de ti.

—Es evidente —contesté con una risita—. Pero no estoy segura de que «prendado» sea la palabra adecuada —añadí en un intento por restar importancia a cómo me estaba sintiendo.

—Yo sí. —Era la voz de Wes. Cuando me di la vuelta, estaba caminando hacia mí en compañía de Waylon desde la puerta trasera. No le había oído llegar. Cuando estuvo lo bastante cerca, me puso una mano en la parte baja de la espalda y me dio un beso en la sien. Estaba tan centrada en su contacto y en la corriente eléctrica que me producía que apenas me dio tiempo a preocuparme el hecho de que Wes me estuviera tocando, besando, delante de todo el mundo.

O del hecho de que me gustase. Mucho.

Gus apareció en la puerta con Riley sobre los hombros. Cuando me vio, me saludó y gritó:

—¡Hola, Ada Althea Hart!

Dios, qué buena memoria tenía esa niña.

—Hola, Riley Amos Ryder —la saludé de vuelta. Gus alzó a Riley por encima de su cabeza para poder dejarla en el suelo.

—El tito Wes se trajo un ternero a casa el otro día —dijo, y le alborotó el pelo. Riley abrió los ojos de par en par de forma adorable —. Está en el prado, al otro lado de la casa. ¿Por qué no vas a

saludarla?

Riley ni siquiera respondió, sino que se fue a la velocidad del rayo.

Gus se unió a nuestro círculo y le ofreció la mano a Hank. Este se la estrechó.

—Me alegro de verte, Gus —dijo.

—Igualmente —contestó Gus, y juraría que sonrió, solo un poco.

Teddy se giró hacia mí.

—Ada, ¿puedes pellizcarme muy rápido? ¿Darme un puñetazo en la cara quizá? —Arrugué la frente. «¿Qué?»—. Ese que está hablando con mi padre se parece mucho al demonio de mis parálisis del sueño y tengo que despertarme antes de que se acerque más.

Gus puso los ojos en blanco.

—No quiero oír hablar de los sueños que tienes conmigo, Theodora.

—Pesadillas —corrigió Teddy.

Miré a Hank, que miraba de su hija a Gus y viceversa con una pequeña sonrisa.

—¿Cam viene? —intervino Wes. Había aprendido que, como alguien no cortara a Gus y Teddy, no pararían de lanzarse insultos.

—No —respondió Gus con un suspiro—. Ha surgido algo. No parecía estar bien por teléfono y me preguntó si podía quedarme con Riley el fin de semana. —Gus negó con la cabeza—. La verdad es que me tiene preocupado.

—¿Le han dado los resultados del examen? —preguntó Teddy. Había desaparecido el tono sarcástico y condescendiente que normalmente empleaba cuando hablaba con Gus. La preocupación por Cam había tomado el control.

—No lo ha mencionado —contestó Gus. Era obvio que Gus se preocupaba por Cam como algo más que la madre de su hija. Por lo que había observado, eran amigos.

Teddy alargó la mano y le dio un apretón a Gus en el brazo. Gus la miró, pero para cuando parpadeé, Teddy volvía a tener la mano en el costado y Gus estaba mirando hacia otro lado. Podría habérmelo imaginado todo.

—Estoy segura de que estará bien —le dijo Teddy a nadie en particular. Al menos, creo que eso era lo que quería que pareciera. Hice la nota mental de escribirle a Cam mañana para ver si estaba bien.

—¡La cena está lista! —gritó Emmy. Amos, Brooks y ella sacaron las últimas fuentes de comida y las pusieron sobre la mesa.

Había tanta comida que no tenía ni idea de cómo íbamos a comérnoslo todo. Ensalada de patatas, zanahorias asadas, calabacines y maíz a la parrilla. Huevos rellenos, fruta y panecillos caseros. La comida concluía con pollo asado a la parrilla. Todo era perfecto: la comida, el entorno, la gente.

Nos sentamos todos. Amos y Hank estaban a la cabeza de la mesa. Gus estaba junto a Amos, Riley a su lado y luego iban Emmy y Brooks. Al otro lado de la mesa, Teddy se sentó junto a su padre. Luego estábamos Wes y yo, que mantuvo una mano en mi muslo por debajo de la mesa durante toda la cena, lo que no le pasó desapercibido a Emmy.

Intenté no pensar en lo que me dijo cuando montamos a caballo: que no debía tratar a Wes como un destino final si tenía intención de irme. Sabía a lo que se refería, pero nada en Wes me parecía temporal y no sabía cómo tratarlo como si lo fuera.

No obstante, eso no cambiaba el hecho de que esto no era permanente.

Aquel pensamiento me revolvió el estómago y solté el tenedor con brusquedad. Estaban hablando mucho, por lo que nadie se dio cuenta, salvo Wes.

Él siempre se daba cuenta.

—¿Estás bien? —susurró. Asentí con la cabeza y le dediqué la mejor sonrisa que fui capaz de esbozar. Sabía que no me creía, pero no insistió. Se limitó a darme un apretón tranquilizador en el muslo.

La cena se alargó hasta que el sol empezó a ponerse. El cielo estaba rebosante de naranja, rosa y morado. Durante los últimos meses había visto muchos atardeceres en Wyoming y cada uno de ellos me parecía más precioso que el anterior.

Después de cenar, Wes, Brooks y Gus recogieron la mesa y volvieron con mantas y provisiones para hacer malvaviscos.

Nos sentamos alrededor de la hoguera.

—Bueno —dijo Wes mientras me tapaba el regazo con una manta —, ¿qué tal tu primer Día de los Ryder? —La manera en la que dijo «primer», como si fuera a haber más, hizo que el corazón me diera un salto y luego se desplomara.

—Creo que me encanta el Día de los Ryder —respondí. Wes me miró como yo miraba la puesta de sol, y quise huir y esconderme. Había tanto… sentimiento cuando me miraba.

Me di la vuelta y cogí un malvavisco de la bolsa que me había dado Teddy. Hank empezó a rasguear la guitarra con el crepitar del fuego de fondo. Me sorprendió lo hábil que era. La canción que estaba tocando era suave y hermosa, casi melancólica.

Sentí que me envolvía.

—¿Qué canción es? —le pregunté a Wes, que estaba prendiendo fuego a su malvavisco.

—*Let Me Call You Sweetheart* —contestó sin pensar. Se me formó un nudo en la garganta y, si bien es cierto que Wes solo estaba respondiendo a mi pregunta, sentí que era algo más.

Wes parecía ser algo más.

Este lugar, esta familia… todo parecía ser algo más. En ese

momento, casi pude verlo: el futuro que deseaba tener. Un futuro en el que pudiera sentarme junto al fuego, al lado de Wes, rodeada de gente a la que empezaba a sentir cercana.

Sentí una punzada en el corazón por un futuro que no estaba en sintonía con mi pasado.

El pasado que me provocaba unas ganas interminables de huir para no sentirme atrapada, incluso si huir me provocaba ampollas en el corazón y cansancio en el alma.

No podía estar aquí ahora.

—N-No me encuentro bien —le susurré a Wes—. Me voy a la cama.

—¿Estás bien? ¿Quieres que te acompañe? —preguntó.

—Sí —respondí—. Estoy bien. Solo necesito descansar un poco.

Me levanté. Notaba la cabeza igual que cuando Emmy me encontró en el camino, como si estuviera llena y pudiera desbordarse en cualquier momento.

—¿Te marchas? —preguntó Teddy—. Todavía no han llegado Aggie y Dusty.

Asentí con la cabeza.

—No me encuentro bien —repetí—. Gracias por dejar que forme parte de vuestro día —añadí—. Ha sido maravilloso. —Y lo había sido, pero las cosas maravillosas no duraban. Caminé hacia la puerta e intenté que nadie viera que me estaba desmoronando.

—Avísanos si necesitas algo —me dijo Emmy.

No respondí. Seguí caminando. No me detuve hasta que entré en la habitación y cerré la puerta tras de mí.

Con la espalda apoyada en la puerta, me desplomé en el suelo. Cuando levanté la vista, me di cuenta de que había ido a la habitación de Wes en vez de a la mía.

Suspiré. No podía quedarme aquí, por lo que me puse de pie.

Estaba a punto de abrir la puerta y dirigirme a mi habitación cuando vi un cuaderno sobre la cama de Wes. Reconocí el cuero marrón. Era su cuaderno de dibujo.

No sé qué me impulsó a cruzar la habitación y cogerlo, y mucho menos abrirlo. Curiosidad, tal vez. O tal vez porque él no estaba aquí para consolarme y esto me parecía la segunda mejor opción.

Fuera como fuese, lo abrí. Caí en una página cerca de la mitad del cuaderno. Nunca había visto ninguno de los bocetos de Wes de cerca, solo de pasada, así que no sabía qué esperarme. Lo primero que pensé fue que el boceto que estaba viendo era precioso.

Pues claro que lo era.

Era una secuencia de rosas, espinas y hojas. El sombreado era precioso, grueso. El estilo me resultaba familiar, pero no supe precisar por qué.

Pasé la página y me encontré un dibujo parecido, pero esas rosas estaban coloreadas. El rojo era intenso.

Volví a pasar la página y de nuevo me encontré rosas, espinas y hojas. Una y otra y otra vez.

Todas las páginas me resultaban familiares, como si lo hubiera visto antes. Sin embargo, no fue hasta que volví a pasar la página y las rosas, las hojas y las espinas estuvieron dibujadas sobre el boceto de un brazo y un hombro que me di cuenta de por qué me sonaban esas imágenes.

Era porque las veía en el espejo todos los días.

En ese momento, se abrió la puerta y me quedé helada.

No me giré para mirarle. No cerré el cuaderno. Me quedé mirando los dibujos.

La puerta se cerró con un chasquido y en pocos segundos estaba detrás de mí, tan cerca que sentía su aliento en la nuca. Cada nervio de mi cuerpo estaba disparando pequeños relámpagos.

—Estos bocetos —murmuré—. ¿Son…?

—Sí —susurró antes de que pudiera terminar.

—¿Por qué? —pregunté en voz baja.

—Ya sabes por qué —respondió. Cerré los ojos con fuerza. Esto era demasiado—. Cielo, ¿va algo mal?

«No es lo que va mal», pensé. «Es lo que va bien». Pero eso no fue lo que dije.

—No puedo hacer esto —dije mientras me giraba para mirarle.

—Dime por qué.

—Porque me voy en unas semanas, Wes. En ningún momento iba a ser algo que no fuera temporal. —Mi voz sonaba hueca. No era convincente—. Nunca debimos empezar esto.

—¿Quieres dejarlo por una pequeña distancia? —preguntó, como si fuera ridículo.

—Me voy a Arizona —solté, aunque no había aceptado el trabajo ni le había respondido el correo a Irie siquiera—. Me han hecho una oferta. Quieren que empiece en agosto.

La cara de Wes era de sorpresa y luego de dolor.

—¿Por qué no me lo has contado?

—Porque no tiene nada que ver contigo. —Las palabras sabían a bilis—. Eres mi jefe. Me han contratado para un proyecto. Una vez que ese proyecto se completa, termino. Me voy. Tengo un nuevo jefe.

Los rasgos de Wes pasaron del dolor a la ira.

—Entonces, ¿eso es lo único que soy para ti?

—Eso y un buen polvo. —Me encogí de hombros en un intento por no mostrar lo mucho que me dolía. «¿Qué coño me pasa?».

Wes se rio, pero la risa carecía de humor.

—Oh, conque eso es lo que intentas hacer, apartarme. —«Sí», pensé—. Bueno, pues adivina qué, corazón. Puedes intentarlo todo

lo que quieras, pero no me voy a ir a ninguna parte.

—Pero yo sí —dije—. Me voy, Wes. ¿Qué es lo que no entiendes de eso?

—Y estoy orgulloso que te cagas de ti —contestó—. Te mereces ese trabajo. Quiero que lo aceptes. No voy a impedirte que persigas tus sueños.

Parpadeé despacio. Esa no era la respuesta que me esperaba.

—Veo que estás confundida. —Se acercó más a mí—. Deja que te lo aclare: te adoro, Ada. Eres, sin duda, la mujer más brillante y decidida que he conocido en mi puta vida, y sería el hombre más estúpido del mundo si dejara que algo tan estúpido y superable como la distancia te alejara de mí.

—Ni siquiera me conoces.

Wes respiró hondo.

—Sé que siempre tienes los pies y las manos frías haga el tiempo que haga. Sé que prefieres despertarte temprano los fines de semana porque prefieres echarte una siesta por la tarde antes que levantarte tarde. Sé que te encantan las chuches ácidas y que odias repetirte. Sé que siempre eres puntual y que mientes cuando dices que odias la música *country*. —Se quedó callado un minuto antes de añadir—: Te conozco.

—No, no me conoces. Todo eso son cosas pequeñas. Detalles minúsculos.

—Las cosas pequeñas son las cosas grandes, Ada. Son las cosas de las que están hechas todas las cosas grandes. Puede que no te conozca al cien por cien, pero quiero hacerlo, y lo único que te estoy pidiendo es que me des la oportunidad de hacerlo.

Sacudí la cabeza.

—No quieres estar conmigo de esa forma, Wes. Igual piensas que sí, pero no. No soy la mujer indicada para ti. —Se me rompió el

corazón al decirlo y tuve que mirar al suelo. Como le mirase a él, me echaría a llorar—. Cuando me vaya, te darás cuenta. Y entonces la encontrarás, una persona tan cálida y brillante como tú.

Se quedó callado, y el silencio me permitió sentir el peso de mis palabras. Pesaban lo suficiente como para aplastarme. Al cabo de unos instantes, noté cómo el dedo de Wes se colaba bajo mi barbilla y me obligaba a mirarle.

Pensaba que iba a estar enfadado, pero no fue así. Parecía sincero cuando habló:

—Dices que no eres agradable, ni cálida, ni brillante, ni ninguna de esas estúpidas palabras que la gente usa para describir el sol, pero en ningún momento te he pedido que seas el sol. —Puse los ojos en blanco en un intento por moverlos para evitar que cayeran las lágrimas—. De todas formas, prefiero tener la luna.

Me burlé de él. Actuar como si estuviera haciendo el ridículo era mi único mecanismo de defensa.

—¿Que soy la luna? —pregunté con sarcasmo.

—Eres la luna —dijo—. Y yo soy la marea. Me atraes sin ni siquiera intentarlo, y yo acudo a ti de buena gana. Siempre lo haré.

Finalmente, empecé a derramar lágrimas y me dejé caer al suelo. Wes se arrodilló frente a mí.

—Necesito que seas sincera conmigo, corazón —continuó—. ¿Quieres esto? ¿Me quieres a mí? —Tenía la sensación de que él ya sabía la respuesta a esa pregunta, pero que quería asegurarse de que yo también la supiera.

Asentí con la cabeza, ya que no confiaba en mi voz.

—Entonces, nos debemos el uno al otro el intentarlo. —Me quedé callada, dejando que las lágrimas me corrieran por la cara—. Por favor, Ada, dime que podemos intentarlo.

—Vale —contesté en voz baja, tan baja que ni siquiera sabía si me

había oído, pero debió de hacerlo, porque me envolvió en sus brazos y me permití fundirme en él. Si bien es cierto que había empezado yo, no quería tener esta pelea. No sabía qué más hacer.

Cuando me quedé dormida en sus brazos aquella noche, me permití creer que tal vez, solo tal vez, podría funcionar.

27

Wes



Siempre me ha atraído la adrenalina, las cosas que me hacen sentir indestructible. Sentía que no tenía nada que perder. Por eso, solía ser intrépido.

Hasta que conocí a Ada Hart.

Ahora tenía algo que me aterrorizaba perder.

Y, a poco menos de una semana para que Baby Blue estuviera terminado, nos estábamos acercando cada vez más a un punto en nuestra relación en el que perderla era una posibilidad real.

No me preocupaba la distancia ni el trabajo en Arizona, pero sí lo que pensaba Ada en cuanto a la distancia, como si se creyera que eso era lo único que necesitaba para abandonarla.

No sabía cómo demostrarle que esto iba en serio.

Después del Día de los Ryder, acordamos intentarlo, y las cosas habían ido bien. Genial, incluso. Sentía que era nuestro comienzo, que nos encontrábamos al borde de algo grande.

Eran más de las siete y Ada seguía en Baby Blue. Yo había vuelto a la Casa Grande después de la jornada laboral para coger algo de comer y llevárselo. Hoy no la había visto todavía.

Estaba preparando un sándwich, unos Doritos, unas Sour Patch de sandía y una Coca-Cola Light cuando mi padre entró en la cocina.

Todavía llevaba puesta la ropa de trabajo, incluido su característico sombrero de vaquero negro.

—Weston, ¿tienes un minuto?

—Iba a llevarle algo de cenar a Ada… —empecé, pero mi padre levantó la mano.

—Va a ser breve —dijo—. Te lo prometo. —Asentí y esperé a que continuara. Sacó una silla de la encimera y se sentó frente a mí.

»Cuando decidí que iba a construir esta casa… —Mi padre hizo un gesto con las manos, refiriéndose a nuestro hogar—. Lo único que quería era derribar la vieja Casa Grande. —Eso me sorprendió. Mi padre se esforzó mucho por mantener muchas de las estructuras originales del rancho. Para él era importante que no construyéramos cosas nuevas por el simple hecho de hacerlo ni que dejáramos que algo se estropeara porque eso era más fácil que cuidarlo—. Pero no me atreví a hacerlo, a pesar de que los recuerdos que guardo de ella no son los mejores.

»Tú viste algo en esa casa que yo no pude ver nunca —continuó mi padre—. Y estoy muy orgulloso de ti. —A medida que hablaba, se sacó un sobre de la chaqueta vaquera y lo deslizó por la encimera.

Lo cogí.

—¿Qué es esto? —inquirí al tiempo que abría el sellado.

—Unas escrituras.

Me quedé paralizado. ¿Le había oído bien?

—¿Unas escrituras? —pregunté despacio, inseguro.

—A tu nombre. Para esa casa. Y las seis hectáreas que la rodean.

—Se me hizo un nudo en la garganta y apreté el sobre entre las manos—. Tu propio trozo de Rebel Blue. —Noté cómo el agua me punzaba detrás de los ojos.

—¿Es en serio? —Me temblaba la voz.

—Si mi vida hubiera ido según lo previsto, Rebel Blue no habría sido mío —dijo—. Y una vida sin Rebel Blue… —La voz de mi padre se fue apagando—. No es una gran vida.

»Algún día, August dirigirá el rancho y lo hará genial —continuó mi padre. Asentí con la cabeza. Jamás se habían pronunciado unas palabras más ciertas. Yo nunca había querido dirigir Rebel Blue, ese era el sueño de Gus. Pero quería formar parte de él—. Tú también te mereces tener un trozo.

Poco a poco, abrí el sobre, saqué los papeles y vi mi nombre. Era mío de verdad. Miré al techo e intenté contener las lágrimas.

Sentí que me había demostrado a mí mismo que era capaz de hacer algo de lo que mi familia y yo nos sintiéramos orgullosos.

—Gracias, papá —fue lo único que conseguí decir—. Esto es… es… Gracias.

—Estoy orgulloso de ti, Weston. —Su voz era grave—. Tu madre también lo estaría. —Joder, eso sí que fue un disparo al corazón. Cuando mi padre mencionaba a mi madre, sabía que estaba hablando con total sinceridad.

Me quedé en ese momento con mi padre un rato más hasta que asintió en dirección a la comida que había preparado para Ada.

—No la hagas esperar —dijo.

Sonreí. No hizo falta que me lo dijera dos veces.

• • •

Cuando llegué a Baby Blue, Ada estaba quitándole el plástico a un espejo grande que acababan de colgar en la pared del salón. Incluso

con todo el plástico, me di cuenta de que hacía que la habitación pareciera mucho más grande.

Todo aquí dentro era precioso, pero palidecía en comparación con Ada Hart. Llevaba un mono desgastado y una camiseta de tirantes negra.

Me vio en el espejo y su reflejo sonrió al mío. Me encantaba ser el único que le sacaba sonrisas.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

—Te traigo la cena. —Levanté la bolsa.

—¿Y a qué viene esa sonrisa tan grande? —Dejé la bolsa en el suelo y me acerqué por detrás—. En serio —dijo—. Parece que te van a explotar las mejillas.

La abracé por la cintura y se inclinó hacia mí. Le di un beso en el hombro, justo en medio de una de las rosas.

—Estoy feliz —contesté. Me saqué el sobre del bolsillo trasero y se lo di. Entrecerró los ojos cuando lo cogió. Observé a través del espejo cómo lo abría y cómo ponía los ojos como platos cuando lo leyó.

—Guau —dijo—. Wes, me alegro muchísimo por ti. —Los ojos le brillaban tanto que era casi cegador.

Le besé el hombro y las mejillas y le di un apretón en los costados. Se retorció y se rio.

—¡Wes! —chilló. Dios, me encantaba cuando decía mi nombre. Descendí las manos por su cuerpo y, cuando nuestras miradas volvieron a cruzarse en el espejo, algo cambió. De repente, fui muy consciente de que la mujer más hermosa del mundo estaba pegada a mí y de que tenía el pecho agitado.

Nos quedamos mirándonos a los ojos. Detuve las manos a la altura de sus caderas y las atraje hacia las mías. Ya estaba empalmado. Vi cómo abría los ojos marrones de par en par y entreabría la boca.

Volví a subir las manos por su cuerpo hasta llegar a los pechos, que no pude evitar apretar antes de desabrocharle un lado del mono y luego el otro. Los tirantes le cayeron por los hombros. Se lo bajé por el cuerpo. Tuve que arrodillarme para que pudiera quitárselo.

Dios, tenía la piel tan suave. Le recorrí ligeramente el interior de la pierna con los dedos mientras me ponía de pie; se le pusieron los pelos de punta y sonreí de satisfacción. Cuando llegué al dobladillo de la camiseta, se la subí por encima de la cabeza y la lancé al suelo.

Deslicé los dedos debajo del elástico de la cintura de las bragas y la miré en el espejo. Ya tenía la cara enrojecida y los ojos vidriosos.

—Me dejas sin respiración —susurré.

Le dio la espalda al espejo para mirarme. Metió las manos debajo de mi camiseta y tuve que reprimir un sobresalto. Esta mujer y sus putas manos frías. Me dedicó una sonrisa cómplice.

—¿Estamos a punto de follar en tu nueva casa? —me preguntó con una modestia falsa, aunque el bulto que tenía en los vaqueros debería haberme delatado.

—Dios, eso espero —gemí a medida que me arrastraba las uñas por la espalda. Le agarré la nuca y la empujé contra el espejo a la vez que acercaba mi boca a la suya. En cuanto nuestras bocas se encontraron, ambos gemimos. Ada se aferró a mí y yo usé la otra mano para apartarle las bragas. Joder, estaba mojada. Era como si cuanto más cómodos estábamos el uno con el otro, más respondían nuestros cuerpos, lo cual era mucho decir, ya que nunca había estado con nadie que me volviera así de loco.

Deslicé dos dedos dentro de ella y me mordió el labio inferior. Por cómo me estaba agarrando los hombros, supe que sus uñas iban a dejarme marca.

Lo estaba deseando.

Cuando le acaricié el clítoris con el pulgar, suspiró mi nombre. Necesitaba más.

Saqué los dedos y gimoteó. Le agarré el culo con fuerza con las dos manos (con la esperanza de dejar marca) y la levanté. Nos conduje al sofá y la tumbé. La besé por todo el cuerpo y me detuve para quitarle el sujetador blanco de encaje. Le succioné el pezón con la boca y arqueó la espalda debajo de mí.

—¿Puedo bajar? —pregunté contra su piel.

—¿Q-Qué? —contestó mientras levantaba la cabeza. Parecía aturdida.

—Quiero bajar y comértelo, corazón —respondí—. Firmaré las escrituras de esta casa a tu nombre ahora mismo si me dejas bajar. —Era posible que estuviera bromeando, pero no estaba seguro.

—Eres ridículo —suspiró Ada. Lo era. Ella me hacía ser así.

—Dime que sí, corazón —dije mientras la besaba justo debajo del ombligo y le colocaba las manos en las caderas, tras lo que le di un beso por encima de la tela de la ropa interior y gimió.

—Sí. Por favor, por favor, por favor —coreó.

—Soy el hombre más afortunado del mundo —gruñí. Le bajé las bragas y, cuando las arrojé al otro lado de la habitación, vi algo por el rabillo del ojo.

Éramos nosotros. En el espejo. «Mmm».

Me levanté del sofá y, mientras lo hacía, arrastré a Ada hasta el borde.

—¿Qué estás…? —empezó.

Me arrodillé frente a ella. Me quité la camiseta antes de hablar.

—Mira hacia arriba, corazón. Disfruta de las vistas.

Las piernas le colgaban de mis hombros y tiré de ella hacia mí para darle una lamida larga y lánguida en el centro. Soltó un «oh» sorprendido, y sonreí contra ella. Fue entonces cuando supe que

nada iba a ser suficiente entre nosotros.

La polla ya me dolía de lo dura que estaba en los vaqueros, y eso que apenas la había tocado.

Volví a lamerla y, entonces, dejé de contenerme. Enterré la cara entre sus piernas y la devoré como si estuviera hambriento.

Y lo estaba. Por ella.

—Madre mía, Wes —gimió Ada—. *Dios*. —Me agarró el pelo y los muslos se le cerraron alrededor de mi cabeza. Usé las manos para abrírselos. Le succioné el clítoris con la boca y movió las caderas.

La miré. Tenía los ojos clavados en el espejo que había a mis espaldas. «Joder». Le chupé el clítoris con más fuerza. Vi cómo se le abría la boca y echaba la cabeza hacia atrás. Había comenzado a respirar más rápido. Sabía que estaba cerca.

Empecé a follarla con los dedos a la vez que la saboreaba. Empezó a agitarse y me agarró el pelo con más fuerza. Lo que empezó como un cántico de mi nombre se disolvió en una cadena de gemidos y suspiros.

Su coño se estrechó alrededor de mis dedos y se le puso rígido el cuerpo. Noté cómo se corría en mi lengua y continué sacándole el orgasmo. No fue hasta que se desplomó de nuevo en el sofá que me senté sobre los talones.

Los ojos de Ada estaban fijos en mí y seguían cada uno de mis movimientos mientras levantaba la mano para limpiármela de la boca antes de lamérmela de los dedos.

—Joder —susurró. Tenía toda la intención de arrastrarme a su lado en el sofá y tumbarme con ella un rato, pero Ada tenía otros planes. Me agarró la cara y acercó mi boca a la suya. Me pregunté si se saborearía a sí misma.

»Wes, te quiero dentro de mí —dijo contra mi boca—. Y quiero verlo otra vez. —Dios santo.

Aparté la boca de la suya y empezó a besarme y a morderme el cuello mientras empezaba a desabrocharme los vaqueros. Me tocó a mí gruñir.

—Corazón —gemí antes de pronunciar las peores cuatro palabras de cualquier idioma—. No tengo ningún condón. —¿Por qué coño no tenía ningún condón?

Imbécil.

—Me da igual —contestó, y me quedé quieto—. Me tomo la anticonceptiva, los dos estamos limpios.

—Ada… —vacilé. No quería que se sintiera presionada o que hiciera algo en el calor del momento de lo que pudiera arrepentirse.

—Por favor, Wes. —Me bajó los vaqueros y me cogió la polla por encima de los calzoncillos—. Quiero sentirte.

—¿Estás segura de que el orgasmo no es el único que está hablando? —conseguí decir, y fue una suerte haber sido capaz de pronunciar algo cuando me estaba bajando los calzoncillos y envolviéndome la polla con la mano.

—Orgasmo o no… —Me recorrió el cuello con la lengua y me mordió el lóbulo de la oreja, y tuvo suerte de que no me cayera de rodillas—. No cambia el hecho de que quiero sentir tu polla dentro de mí. Sin nada de por medio.

«Joder». Me encantaban todas las partes de Ada, pero sobre todo esta. La parte atrevida. La que me besó en el bar, la que discutía conmigo, la parte que me empujaba, me sacudía y me ponía de putas rodillas cada vez que salía a jugar.

La besé, fuerte y sensual.

—¿Estás segura? —pregunté.

—Sí, tienes mi consentimiento entusiasta. —Sentí su sonrisa contra mi boca y empecé a conducirla hacia el espejo.

Cuando estuvimos cerca, le di la vuelta.

—Las manos en el espejo, cariño —le dije al oído, y luego le mordí el cuello.

Ada se inclinó hacia delante y posó las palmas en el espejo justo antes de que nuestros ojos se encontraran en el reflejo.

—Abre las piernas —le ordené. Le bajé las manos por la espalda y le agarré la cadera para poder guiarla mientras me introducía en ella.

Fui despacio. Por su bien y por el mío, quería que durara. Ada me observó todo el tiempo. Tenía todo el cuerpo sonrojado.

—Te siento… —gimió mientras empujaba más adentro—. *Grande*. —Moví las caderas de forma involuntaria y ahora estaba dentro de ella por completo.

Me costaba respirar. Apoyé la cabeza en su hombro y cerré los ojos. «Respira».

—Míranos, Wes —suspiró Ada, y levanté la cabeza—. Mira qué buena imagen.

En ese momento, estuve a punto de soltarlo, lo que sentía por ella, pero me mordí la lengua. En vez de eso, empecé a meterla y sacarla.

Otra vez. Otra vez. Una y otra vez.

Los gemidos de Ada se convirtieron en gritos, y no nos quitamos los ojos de encima mientras nuestros cuerpos empezaban a temblar.

—Estoy cerca, Wes. Estoy muy cerca, joder. —Empujé con más fuerza, pero mantuve el mismo ritmo, y se le pusieron los ojos vidriosos.

—Dime dónde correrme —dije. Solo habíamos hablado del principio, no del final.

—De-Dentro de mí —balbuceó.

—Joder —gruñí. Ada empezó a poner los ojos en blanco, así que la rodeé con la mano y le agarré la barbilla—. Mírame, Ada. —Sus ojos

marrones apuntaron hacia delante—. Quiero que me mires cuando te llene.

El cuerpo de Ada se puso rígido y sentí cómo las paredes de su coño se apretaban a mi alrededor. Ambos nos estábamos acercando al límite, y la penetré con fuerza. Nos perdimos en un mar de suspiros y gemidos.

Nuestros cuerpos se estremecieron y se quedaron inmóviles cuando ambos alcanzamos el clímax.

• • •

Un rato después, Ada y yo estábamos abrazados en el sofá. Yo tenía una mano en su pelo y le estaba masajeando el cuero cabelludo. Tenía los párpados entrecerrados.

—Mmm —suspiró Ada—. ¿Dijiste algo de una cena?

Me reí entre dientes.

—Me alegra ver que el cerebro te sigue funcionando. Voy. —Me desenredé de ella y me levanté del sofá para coger la bolsa del suelo.

Cuando volví a mirar a Ada, mi corazón volvió a hacer lo de los caballos salvajes.

Estaba sensual y parecía satisfecha. Sentí algo primitivo y posesivo en el pecho al saber que era yo quien la hacía sentirse así.

Cuando volví junto a ella, dejé la bolsa a su lado, en el sofá, me arrodillé frente a ella y apoyé la cabeza en su regazo. Me acarició el pelo.

—Ada… —empecé. El corazón me latía con fuerza y los sentimientos me subían por la base de la garganta.

—¿Qué pasa, vaquero? —preguntó.

—Voy a decirte algo. —Todavía tenía la cabeza sobre su regazo. Sabía que, si no decía algo, me arrepentiría. Porque sabía que

prefería esperar a Ada Hart antes que estar con cualquier otra persona.

—Vale… —Su voz sonó preocupada.

Respiré hondo y levanté la cabeza para mirarla a los ojos oscuros y conmovedores.

—No voy a decir lo que quiero decir porque sé que no estás en ese punto todavía, pero quiero que sepas que yo sí. Y que estoy esperando.

Me miró a la cara y vi que luchaba contra el impulso de huir. Era una buena señal que estuviera luchando contra ello.

Volví a apoyar la cabeza en su regazo para darle espacio para que respirase. Volvió a acariciarme la cabeza.

—Vale —susurró. Era la mejor respuesta que podía haber recibido e hizo que se me hinchara el corazón.

—Vale —contesté.

28

Ada



Hoy era el día. Baby Blue iba a hacer su debut, y yo intentaba (sin éxito) estar calmada. Siempre me ponía un poco nerviosa cuando enseñaba un proyecto terminado, pero este parecía diferente.

Era diferente.

Este proyecto era importante para mí. Era mi forma de salir de California y un trampolín para mi carrera profesional. Pero también iba mucho más allá de mí.

Baby Blue formaba parte de una familia. Era un sueño hecho realidad para el hombre que… me gustaba. Mucho. El hombre que me dijo que sentía algo grande por mí y que estaba dispuesto a esperar a que yo también lo sintiera.

No fui capaz de decirle que ya lo sentía.

Porque si lo sentía, eso significaba que podía quedarme aquí, y quedarme me acojonaba.

Sabía que, como me quedase, no me iría nunca. Casi podía verlo. Wes y yo remodelaríamos una de las casitas de su parte de la propiedad. Escucharíamos discos de vinilo los domingos por la mañana y él dibujaría mientras yo encontraba algo que hacer con las manos. Me sentaría con Loretta mientras él jugaba con Waylon a que le trajera la pelota. Todos los años, el dos de junio, iríamos a la Casa Grande y participaríamos en el Día de los Ryder.

Nunca tendría que preguntarme cómo era que te amaran, porque Weston Ryder me amaría hasta el final.

Me desprendí del pensamiento. No podía entrar en una espiral, hoy no. Me eché agua en la cara en el lavabo del baño. Cogí una toalla pequeña del armario para secármela.

Cuando me miré en el espejo, me acordé de la otra noche en Baby Blue. Primero pensé en Wes arrodillándose frente a mí, en cómo se le flexionaban los músculos de la espalda mientras me devoraba. «Mira hacia arriba, corazón. Disfruta de las vistas». Luego pensé en la imagen de nosotros juntos en el espejo y en cómo era tenerlo dentro de mí. «Quiero que me mires».

Vi cómo se me ruborizaban las mejillas en tiempo real. Dios mío, me sentía como Wes.

«Vale, Ada. Céntrate». Di unos cuantos saltos y sacudí los hombros. No sirvió de nada.

Todo parecía raro hoy, como si estuviera al borde de algo. Era la misma sensación que cuando entré en Baby Blue por primera vez hacía tres meses.

También era la misma sensación que cuando vi a Wes por primera vez en el bar. Solo que entonces no la reconocí.

Mi aspecto no había cambiado mucho desde que llegué a Wyoming. Tenía el pelo un poco más largo y me habían salido algunas pecas de exponerme al sol.

Aunque no había nada tangible que hubiera cambiado en mi aspecto, me veía más ligera y feliz.

Me había pasado los últimos tres meses haciendo un trabajo que me encantaba, y ahora mismo intentaba decirme a mí misma que ese era el único motivo. Porque podía hacer el trabajo que me gustaba en cualquier sitio, así que, si creía que ese era el único motivo por el que me veía (y me sentía) más feliz, entonces sería mucho más fácil irme a trabajar a Tucson.

«Me cago en todo». ¿Por qué estaba sintiendo tantas cosas? Este molesto monólogo interno mientras me miraba en el espejo del baño tenía que acabar.

Salí del baño antes de que pudiera tener otra sesión de pensamientos profundos.

La habitación en la que entré no era en la que había estado pasando todas las noches. Sinceramente, no recordaba la última vez que dormí aquí.

La idea de dormir en una cama sin Wes me ponía triste. Siempre transmitía calor y nunca se enfadaba cuando le ponía los pies congelados encima.

«Nop. No vayas por ahí. Se acabaron los pensamientos profundos».

Me puse unos vaqueros y una camiseta negra de manga corta. Una cosa era segura sobre Wyoming, nunca había experimentado tantas estaciones en un periodo de tiempo tan corto. A veces vivía las cuatro estaciones en un día. La cantidad decente de nieve que quedaba cuando llegué había desaparecido hacía tiempo, y mirara donde mirara todo era frondoso y verde.

Me entraron ganas de saber cómo estaría todo en otoño.

Si todo salía bien, estaría en Arizona, trabajando en un encantador y pequeño *bed and breakfast*. Se me hundieron los hombros

notablemente, que es lo contrario de lo que deberían haber estado haciendo. ¿Desde cuándo no me emocionaba por un encantador y viejo *bed and breakfast*?

Desde Weston Rhodes Ryder. Desde ese momento.

Había dicho un montón de cosas que habían dejado bastante claro lo que sentía por mí, pero cuando pensaba en ellas ahora, el corazón me daba patadas.

No en el buen sentido.

Todo lo que había dicho (que la distancia no era importante, que me esperaría, que yo era la luna) me golpeó a la vez y la cabeza empezó a darme vueltas.

No podía ser en un momento más inoportuno.

Mi cerebro estaba empezando a deformar sus palabras para convertirlas en algo que no eran, en algo que ya había oído antes. De otra persona.

Alguien que había hecho que confundiera el control con el cuidado y la dependencia con el amor. De repente, todos esos falsos paralelismos estaban dándome vueltas en la cabeza como en una máquina de *pinball.* La verdad también estaba ahí, pero todo iba tan rápido que no sabía cuál era cuál.

¿Había salido de una situación en la que dependía total y exclusivamente de un hombre para volver a la misma situación menos de dos años después? ¿Había salido del lugar que sentía como una jaula solo para encerrarme en una nueva?

Me dejé caer al suelo y me llevé las rodillas al pecho.

Cuando alcé la vista, vi las llaves del coche en la mesilla de noche. Las llaves del coche que seguía sin funcionar.

Wes me dijo que iba a arreglarlo, pero no lo había hecho todavía. Sabía que era porque había estado ocupado, y cuando me preguntó si quería que lo arreglara, le dije que no le diera prioridad. Pero

cuando pensé en un coche que no podía conducir, lo único en lo que pensé fue en la vida que tuve antes de Rebel Blue y en la vida que tuve antes de la familia que traía con ella.

Wes era bueno. Era amable. Entonces, ¿por qué coño estaba entrando en pánico?

Porque una vez que sentía el impulso de huir, no podía detenerlo. Wes podía, pero no estaba aquí ahora. Antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo, me levanté y cogí mi pequeño bolso de viaje de detrás de la puerta del baño.

Estaba tranquila mientras cruzaba el pasillo y abría la puerta del garaje. Llevaba la máscara puesta y sabía por experiencia que no se me iba a resbalar.

La vieja camioneta de Wes, la que yo no sabía conducir, estaba abierta y las llaves estaban en el asiento.

Supongo que era hora de ver si las clases para conducir con marchas habían surtido efecto.

29

Wes



Sabía que estaba esbozando la sonrisa más estúpida, pero me daba igual. Hoy era mi puto día y nada podía arruinarlo.

En serio, el cielo podía caerse ahora mismo, el titán que lo sostenía podía desplomarse, y me daría igual.

Porque ¿quién necesitaba el cielo cuando tenía a Ada Hart?

No me había dejado ver Baby Blue los últimos dos días porque quería que el producto casi terminado fuera una sorpresa. Le quedaban algunas cosas por hacer (unos cuantos muebles, ropa de cama, cosas así), pero ambos queríamos contar con la opinión de la familia para ver si querían que tuvieran representación otras partes de Rebel Blue.

Volví a la Casa Grande a lomos de Ziggy y lo dejé en el prado más pequeño que había junto a la casa. Puede que Ada hubiera ido a montar con Emmy, pero nunca había montado conmigo. Y desde el primer momento que tuve esa imagen mental, estaba intentando

crear una ocasión para que sucediera.

Hoy parecía el momento perfecto. ¿Cabalgar por Rebel Blue con mi chica hasta el lugar que habíamos construido juntos? ¿Y que estaba en mi propiedad? Sí, no sonaba mal.

Además, estaba muy orgulloso de Ada. Se le daba increíblemente bien su trabajo, era talentosa de cojones, y estaba deseando alardear de ella. Sinceramente, me hacía ilusión que se fuera a Arizona y ejerciera su magia allí también.

Sí, teníamos que elaborar un plan. El rancho de huéspedes no abriría hasta el próximo verano, así que podría visitarla mientras estuviera en Arizona, y ella siempre podía volver aquí cuando quisiera.

No quería que fuera así para siempre, pero merecía la pena hacer un plan a corto plazo para una relación a largo plazo.

Cuando entré por la puerta principal de la Casa Grande, algo no encajaba, pero no sabía el qué.

—¿Ada? —llamé.

No hubo respuesta. Mmm. Revisé nuestras habitaciones. Ni rastro de ella.

Pensaba que ya estaría aquí.

La puerta principal se abrió y oí pasos. Me dirigí al pasillo para encontrarme con quienquiera que estuviera en la cocina.

—¿En serio vas a poner un toro mecánico? —Era Gus.

—Sí, tengo que hacer algunos arreglos, pero tenemos la segunda planta entera. —Y Brooks.

—Compadezco a la primera persona que tenga que entrar en ese segundo piso —dijo Emmy—. Igual deberíamos ponerle un arnés y meter una de esas almohadas gigantes que usan los dobles.

—Hay un millón de cajas ahí arriba —replicó Brooks.

—Y me apuesto lo que sea a que el suelo está sustancialmente

menos pegajoso —intervine al entrar en la cocina—. Hola —saludé a todos, y Emmy se acercó y me dio un abrazo rápido.

—Hola, desconocido —dijo—. Tengo la sensación de que hace años que no te veo. —Hacía tiempo que no veía a Emmy. Mi trabajo no coincidía mucho con el suyo, pero hablábamos casi todos los días. Sobre todo, me enviaba mensajes inquisitorios sobre lo que estaba pasando entre Ada y yo.

Cuando Emmy volvió a casa el año pasado, tardé un segundo en adaptarme a su regreso. Para Gus y para mí, era como si estuviéramos a la espera de que sucediera algo malo, a la espera de que se marchara de nuevo. Me alegré mucho de que no lo hiciera. Los tres nos equilibrábamos los unos a los otros.

—Oye —dijo Brooks—. Ha llegado la parte que me dijiste que pidiera para el coche de Ada. Está en mi camioneta.

Me sentía mal por haber tardado tanto en arreglar el coche de Ada, pero necesitaba que Brooks me ayudara a diagnosticar el problema, ya que los motores de coches eran como su cubo de Rubik, y le encantaba arreglar cosas. Existe una razón por la que siempre estaba haciendo de manitas en el rancho. Resulta que nos hacía falta una pieza, y las piezas para un Honda de principios de los noventa no abundaban en Meadowlark.

—Gracias, tío. Te lo agradezco.

—¿Dónde está papá? —preguntó Gus mientras miraba su reloj. Faltaban diez minutos para la hora, y eso significaba «tarde» para Amos Ryder.

Y Ada Hart.

—Estoy aquí. —La voz de mi padre llegó desde la puerta trasera—. Hoy me ha llegado una potra mayorcita. La estaba dejando en los establos.

—Papá —gimió Gus—. Dime que no le has conseguido un caballo a

Riley.

Mi padre sonrió.

—En realidad, rescaté a tres caballos mayores, y dio la casualidad de que también había una potra que necesitaba un hogar. —Siempre que teníamos sitio de sobra en los establos, a mi padre le gustaba llenarlos. Por lo general los llenaba con caballos que necesitaban un lugar bonito en el que vivir con mucho amor y sol el resto de sus días.

Gus entrecerró los ojos.

—Y esto no tiene nada que ver con el hecho de que tanto tú como Emmy… —Le lanzó una mirada a mi hermana—. Me hayáis dicho en la última semana que Riley debería tener su propio caballo.

—Nada en absoluto —contestó mi padre—, pero no podía dejarla allí, y si Riley acepta mi oferta de empezar a ayudarme a cuidarla, es decisión suya.

—Estáis locos. —Señaló a mi padre y a mi hermana—. Los dos. —Cuando Gus se dio la vuelta, vi cómo mi padre le lanzaba un guiño a Emmy. Me pregunté qué estarían tramando esos dos.

—Bueno —dijo Emmy, cambiando de tema—, ¿estamos listos para irnos? —Volví a mirar el reloj. Era la hora.

—Ada no ha llegado todavía —respondí.

—¿Estás seguro de que no va a reunirse con nosotros allí? —preguntó Emmy.

—Estoy seguro. —Y lo estaba. Había visto cómo Ada anotaba el día de hoy en su agenda (la hora y el lugar incluidos) y, cuando se trataba del trabajo, vivía según esa cosa. Saqué el móvil para llamarla. Me alejé de mi familia y ellos siguieron hablando.

El móvil sonó. Y sonó. Y sonó. Saltó el buzón de voz. Volví a intentarlo y ocurrió lo mismo.

«Inténtalo una vez más antes de entrar en pánico», pensé.

Así pues, lo intenté una vez más. Volvió a saltar el buzón de voz del tirón. No dio señal, lo que significaba que había apagado el móvil.

Noté que se me hundían los hombros. O a lo mejor fue el corazón, no sabría decirlo.

Había huido.

—¿Has hablado con ella? —preguntó Emmy. Lo único que pude hacer fue negar con la cabeza. Respiré hondo antes de darme la vuelta y mirar a mi familia.

En cuanto Emmy vio mi expresión, se le cambió la cara.

—Wes, lo… —Sacudí la cabeza antes de que pudiera terminar. No necesitaba que me dijera que lo sentía.

Necesitaba salir de aquí.

Y eso es lo que iba a hacer. Todos menos Emmy parecían confundidos mientras cogía mi sombrero del gancho y me dirigía a la puerta del garaje.

—¿Vas a ir tras ella? —dijo Emmy.

—No —respondí—. Voy a esperarla. —Cuando abrí la puerta del garaje, vi que mi vieja camioneta no estaba.

La de la palanca de cambios.

«Esa es mi chica».

30

Ada



Habría sido mucho más fácil salir de la ciudad en esta estúpida camioneta vieja si no hubiera oído la voz de Wes en mi cabeza diciendo «embrague, corazón» cada vez que tenía que cambiar de marcha o parar o hacer cualquier cosa con el puto embrague.

También habría sido más fácil si hubiera sido previsora y hubiera apagado el móvil antes de que Wes empezara a llamarme.

Pensé en Wes, en la cocina con su familia, teniendo que decirles que yo no estaba allí y que no iba a ir.

Estaba a punto de pasar el cartel de bienvenidos a meadowlark, salvo que ahora estaba viendo la parte de atrás. El cartel me informaba de que me estaba yendo de Meadowlark.

Todo mi cuerpo reaccionó cuando pasé la frontera. Se estremeció y se debilitó.

A pesar de que no quería, pensé en lo que me dijo Emmy: que no

tratara a Wes como un destino final si iba a marcharme de todas formas.

El corazón me dio un vuelco en el pecho porque eso era justo lo que había hecho.

Me había pasado las últimas semanas adentrándome cada vez más en lo que fuera que teníamos Wes y yo cuando debería haber intentado mantener cierta distancia entre nosotros.

Porque dejarle me dolía de cojones.

¿Por qué no había hecho lo que dije que iba a hacer? ¿Por qué no me había mantenido lejos de él? ¿Por qué nos había metido en una situación en la que ambos íbamos a acabar heridos cuando me marchara?

Porque quería estar con Wes. Aunque fuera durante un periodo corto de tiempo.

Pero en ese periodo corto de tiempo, había conseguido más de lo que había previsto.

Así que me había marchado sin decir una palabra.

Como hizo Chance conmigo.

No me había dado cuenta de que eso era lo que estaba haciendo. Dudaba que lo estuviera haciendo a propósito, pero en la silenciosa cabina de la camioneta, con el sonido del motor y de los latidos del corazón como única compañía, empecé a sentirme como la peor persona del mundo.

Al marcharme sin decírselo, no tuve que soportar cómo lucharía para retenerme. Podía obtener lo mejor de ambos mundos y no tendría que recoger ningún fragmento.

De esta forma, los restos que dejara atrás no serían responsabilidad mía.

Ese pensamiento me golpeó como un tren de carga, y *dolía*. Al darme cuenta de que le estaba haciendo a Wes lo que alguien me

había hecho a mí, me entraron ganas de vomitar.

Me salí de la carretera y me metí en al arcén. Se me olvidó pisar el embrague cuando me detuve, por lo que la camioneta tembló y se apagó, lo cual encajaba con cómo me sentía.

Los ojos se me llenaron de lágrimas, como un tejado mal remendado, y me desplomé con la cabeza sobre el volante.

Mi cuerpo se agitaba entre sollozos. ¿Cómo la había cagado tanto en menos de unas horas? ¿Cómo había pasado de querer estar con alguien a dejarlo? ¿De sentirme como en casa a huir? ¿De ser feliz a tener el corazón roto?

¿De verdad me daba tanto miedo lo que sentía por Wes que estaba dispuesta a convertirme en una persona que no me gustaba? ¿De verdad quería vivir con el hecho de que había abandonado al hombre que amaba porque la posibilidad de ser feliz parecía diferente de lo que me esperaba?

No, no quería vivir con eso.

Quería a Wes.

No quería llamarle de la nada casi dos años después con la esperanza de que respondiera. Seguía sin saber por qué me había llamado Chance (no me importaba), pero odiaba que sintiera que podía hacerlo. No quería ser esa persona para Wes.

Y lo peor de todo era que, a la hora de la verdad, sabía que Wes me perdonaría. Sabía que, si me iba ahora y volvía dentro de unos meses, un año, me perdonaría. Me quitaría la carga y la culpa que sentía por haberme ido dándome la absolución.

Dejaría que todo estuviera bien.

Porque era extremadamente cariñoso, amable y gentil. A menudo cargaba él solo con las cosas que eran demasiado pesadas para los demás. No por ningún tipo de reconocimiento o elogio, sino porque le importaba, nada más.

No podía dejar que hiciera eso. No por mí, no por esto.

Porque esto, irme, era lo más estúpido que había hecho en mi vida.

Wes me dijo una vez que yo era la luna y yo me burlé de él. Pero tenía razón. Era la luna, y la luna no podía brillar sin el sol.

Y mi sol estaba en Meadowlark, Wyoming.

Esto era un error.

Tenía que volver. No podía continuar y abandonarle. No quería hacerlo.

El rancho Rebel Blue era ahora mi hogar. Era el primer lugar que había sentido como tal, y era una idiota por pensar siquiera en irme.

Pisé el embrague, arranqué el motor y saqué la camioneta del arcén. Tierra y piedras salieron volando, y le di las gracias al cielo en silencio por no haber visto un coche de policía en Meadowlark ni una sola vez.

Una vez que iba en la dirección correcta, me tomé un segundo para admirar el mundo que me rodeaba. Las montañas y los árboles de Wyoming eran como mis amigos. Parecía como si me estuvieran animando, que le hubieran dicho al viento que soplara detrás de mí para que pudiera llegar junto a Wes más rápido.

Me había alejado del pueblo más de lo que me pensaba. Tardé casi treinta minutos con el sol poniéndose detrás de las montañas en ver el cartel de bienvenidos a meadowlark a lo lejos.

A medida que me acercaba, vi una camioneta que me resultaba familiar justo delante del cartel.

Era imposible.

Pero no lo era. Un vaquero estaba sentado en el capó de la camioneta y una bola de pelo blanco estaba sentada en el suelo a su lado.

Reconocería a ese vaquero, y a su perro, en cualquier parte.

Por segunda vez en el día, me salí al arcén. Mientras paraba el motor, sentí los ojos de Wes clavados en mí.

Respiré hondo antes de alzar los míos para mirarle. Temía que pareciera enfadado o triste. Pero no fue así.

Estaba sonriendo. Tenía los hoyuelos bien visibles.

Salí de mi camioneta al mismo tiempo que él se bajaba del capó de la suya, y Waylon corrió hacia mí. Cuando llegó hasta mí, me agaché para rascarle la cabeza grande y mullida.

—Le gustan las mujeres guapas —dijo Wes, todavía sonriendo.

Me acordé de que eso fue lo que dijo la noche que nos conocimos, así que respondí igual que entonces:

—¿Te ha funcionado alguna vez esa frase?

—Has vuelto, ¿no?

No corrimos el uno hacia el otro. No chocamos y creamos un momento cósmico y extraordinario. Caminamos con pasos lentos y ordinarios hacia el otro y nos encontramos en el medio.

—Hola —susurré.

—Hola. —Seguía sonriendo.

—¿Qué haces aquí? —pregunté. Era imposible que supiera que iba a volver.

—Te estaba esperando. —Pero, por algún motivo, supongo que lo sabía.

No sabía qué decir, así que intuí que debía empezar con una disculpa.

—Perdón por haber huido. —Wes asintió, pero no respondió de inmediato.

Su sonrisa se desvaneció un poco. Parecía que estaba pensando, ya que se le formó una pequeña línea entre las cejas.

—Ada… —Su voz era vacilante—. Perdón si te di a entender que era uno de esos tíos a los que le parecería bien que no hicieras algo

que quieres.

Ahora era yo la que probablemente parecía confusa.

—Quiero que vayas a Arizona. Quiero que aceptes ese trabajo si es lo que quieres —continuó.

Sí que quería eso. Sentía que había aprendido muchísimo en Rebel Blue, y quería intentar hacer lo mismo en otro sitio. Quería devolverles la vida a las cosas y crear espacios en los que la gente se sintiera como si fuera su sitio.

Pero había algo que quería más.

—Te quiero a ti —dije—. Quiero estar contigo.

Wes me observó como si no lo entendiera. Después de unos segundos, contestó:

—Puedes tener las dos cosas. No tienes que elegir entre el trabajo y yo. No tienes que renunciar a algo para obtener otra cosa a cambio.

Parpadeé despacio.

—Puedes irte a Arizona. Puedes irte a donde quieras. Y yo iré a verte cuando pueda. Y luego, cuando se termine tu proyecto, puedes volver a casa como hace todo el mundo cuando termina de trabajar.

—No podemos hacer eso para siempre —dije, dándole a entender que quería estar con él todo ese tiempo.

—Lo sé. —Asintió. Levantó la mano para meterme un mechón de pelo detrás de la oreja—. Algo tendrá que ceder en algún momento, pero no tiene por qué ser ahora, así que no hay necesidad de forzarlo.

Le rodeé con los brazos. Me abrazó con una mano en la nuca.

—¿Lo dices en serio? —le pregunté contra el hombro.

—Cada palabra —respondió. Sentí sus labios en mi pelo.

Me aparté y miré a Wes. Antes de que pudiera contenerme, solté:

—Te quiero. —En cuanto las palabras salieron de mi boca, noté cómo la sorpresa me coloreaba las facciones.

Los hoyuelos de Wes crecieron y sus ojos verdes brillaron.

—Quería decirlo yo primero —replicó.

—No hacía falta que lo dijeras. —Me encogí de hombros—. Me lo has demostrado.

En ese momento, me besó, despacio y de forma deliberada, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo. Y en muchos sentidos, lo teníamos. Porque este era el comienzo de mi vida. De esto era de lo que me encontraba al borde cuando llegué a Wyoming.

Juntamos las frentes y Wes habló:

—Te quiero, Ada. Te lo seguiré demostrando, pero necesitaba decírtelo también. —Volví a besarle—. Y si en algún momento vuelves a sentir que necesitas huir, ¿puedo pedirte que al menos te quedes dentro de la línea del condado?

Me reí. Desde la primera vez que nuestros ojos se cruzaron en el bar, tuve la sensación de que Wes podía verme de una forma que nadie más podía, y esa pregunta lo demostraba. Sabía que estaba asustada y, aun así, me quería.

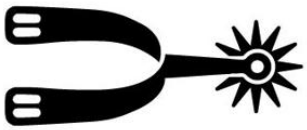
Me veía tal y como era y me quería por eso, no a pesar de ello.

Y en lo que respectaba a la vida, disfrutar del calor del sol parecía una buena forma de pasar una.

Epílogo

Ocho meses después

Wes



Esperaba a Ada en el aeropuerto de Jackson. Estaba dando saltitos sobre las puntas de los pies, jugueteaba con los pulgares con nerviosismo y no paraba de ajustarme el sombrero cada dos por tres. Hacía dos meses que no la veía, el periodo más largo de tiempo desde que se marchó de Rebel Blue a Tucson en julio.

Desde entonces, también había completado proyectos en Utah y Nuevo México. Todos fueron proyectos dentro de la hostelería: pensiones, *bed and breakfast*, esa clase de cosas. Había encontrado su nicho y se le daba de lujo. Había ido a verla unas cuantas veces a cada lugar, lo que significaba que había salido de Wyoming más de lo que lo había hecho en toda mi vida.

En Utah, incluso tuvimos un fin de semana para explorar algunos parques nacionales. El del Cañón Bryce fue mi favorito.

Los lugares a los que fuimos eran preciosos, pero Wyoming siempre iba a ser mi hogar, y Ada lo sabía. También sabía que, cuando estuviera lista, Meadowlark y yo estaríamos esperándola para darle la bienvenida a casa para siempre.

Ada volvía a Rebel Blue durante las pocas semanas que tenía siempre entre trabajo y trabajo. Yo había empezado a reformar una cabaña situada en el lado más alejado de mi parte de Rebel Blue pensando en ella. Seguía yendo y viniendo entre ese sitio y la Casa Grande. Cuando mi padre me preguntó por qué, le dije que era porque sin Ada no sentía la casa nueva como un hogar.

Dios, la echaba de menos.

Hicimos lo que dije que íbamos a hacer. Conseguimos que funcionara. Pero joder, no fue fácil. Cuando Ada se fue, en mi vida y en mi alma quedó un hueco con su forma.

Pero lo llené con recuerdos de ella y de nosotros. Lo llené con el orgullo que sentía porque estaba persiguiendo sus sueños y haciendo lo que quería. Lo llené con un amor que era perfectamente ordinario y extraordinario al mismo tiempo.

Llevaba toda la vida esperando a Ada. Llevaba tres décadas preguntándome por qué no podía o no quería enamorarme. Treinta años de espera eran muchos, pero lo volvería a hacer todo para tenerla a ella al final.

Y la tenía.

Lo nuestro era algo así como para siempre.

Ese fue el pensamiento que se me pasó por la cabeza cuando vi cómo una inconfundible melena negra y brillante y mis rosas favoritas corrían hacia mí. Antes de que pudiera prepararme, había soltado el bolso, saltado a mis brazos y me había rodeado la cintura

con las piernas. Me tambaleé un poco, pero me recuperé enseguida.

No nos besamos. Todavía no.

La abracé fuerte y le enterré la cara en el cuello, y ella hizo lo mismo. Nos quedamos así un segundo, respirándonos el uno al otro. Cada vez que nos veíamos, era como si tuviéramos este momento en el que recordábamos que el otro era real.

—Te he echado de menos —susurró.

—Bienvenida a casa, corazón.

Se apartó y sus ojos marrones se encontraron con los míos. Nos miramos el uno al otro de la misma forma que siempre. Venía de Nuevo México y debía de haber pasado mucho tiempo al aire libre, porque sus pecas habían vuelto.

Sus ojos examinaron los míos durante un segundo antes de plantarme un beso firme en la boca. Había algo en el hecho de que ella diera el primer paso que me volvía loco. Hacía que me acordara de aquella noche en el bar, cuando me agarró la camiseta y estrelló su boca contra la mía.

«¿Qué me estás haciendo?», recuerdo que dije.

La conocía («conocía» es una palabra fuerte, lo sé) desde hacía cinco minutos y ya me tenía agarrado por los huevos.

Nos besamos el tiempo suficiente como para que los transeúntes empezaran a gritar y silbar. Sabía que me estaba poniendo rojo, pero me daba igual.

Cuando por fin se separó, lamenté la pérdida de su boca contra la mía, pero supuse que, por ahora, tendría que bastar tener su frente contra la mía.

—Te he echado de menos —repitió.

—Te quiero —contesté—. Y te he echado muchísimo de menos.

—No volvamos a estar tanto tiempo sin vernos, ¿trato hecho?

—Trato hecho —accedí. El trato más fácil que había hecho en toda

mi vida. Apretó las piernas a mi alrededor una última vez antes de soltarse y dejarse caer al suelo.

Cogí su bolso y le pasé un brazo por el hombro mientras caminábamos hacia la recogida de equipajes; mi chica no viajaba ligera.

—¿Cuántas maletas esta vez? —pregunté. A veces traía muchas cosas a casa, antigüedades y cosas así.

—Solo dos. —Me sonrió. Reconocí la primera maleta (era la misma que trajo a Rebel Blue) cuando apareció en la cinta. Ahora estaba marcada con una de esas etiquetas naranjas de «pesado» de la aerolínea.

Señaló la siguiente maleta, que tenía la misma etiqueta. «Dios». Hice una nota mental para levantar con las piernas antes de coger las dos.

Pesaban una barbaridad.

—Sabes —dije—, si el avión se hubiera caído del cielo, habría sido culpa tuya por estos dos monstruos.

Ada agitó la mano como si no tuviera importancia.

—Valió la pena correr el riesgo por el juego de cuencos raro *vintage* de Pyrex que compré para nuestra casa.

«Nuestra casa».

No era la primera vez que lo decía, pero cada vez que lo hacía parecía la primera vez. Creía que nunca superaría el hecho de que Ada Hart era mía y yo de ella.

—Te tomo la palabra —contesté mientras le abría la puerta del copiloto de la camioneta. Me dio un beso rápido antes de subir. Rodeé el vehículo hasta el otro lado y subí. Ada se apresuró a deslizarse por el asiento corrido para sentarse a mi lado, como a mí me gustaba.

Puse algo de James Taylor y emprendimos el viaje de tres horas de

vuelta a Meadowlark y Rebel Blue. Hablamos del último proyecto de Ada y de su nueva afición a incorporar piedras encontradas en elementos de diseño como salpicaderos y paneles de pared para la cocina y suelos de ducha. Le hablé de los vaqueros que habíamos contratado para guiar los paseos a caballo en Baby Blue este verano.

Baby Blue, que ahora era el nombre real del rancho, abriría oficialmente el 15 de junio y ofrecería viajes de una semana hasta la última semana de agosto. Nuestros huéspedes tendrían la opción de montar todos los días, hacer senderismo, ir a pescar y, con suerte, también relajarse. Ya teníamos reservadas todas las semanas. Las redes sociales de Ada atrajeron a mucha gente.

Los vaqueros y guías de temporada que contratamos eran geniales, y habíamos trazado los senderos que utilizarían alrededor de Rebel Blue para que no interfirieran con el trabajo de los empleados del rancho, pero las probabilidades de que los huéspedes entraran en contacto con algunas vacas testarudas seguían siendo bastante altas.

Todo parte de la experiencia del rancho, supongo.

—¿Crees que estarás para la inauguración? —pregunté, tratando de no revelar lo mucho que quería que estuviera, aunque lo más probable era que ya lo supiera.

Se levantó y me dio un beso en la mejilla.

—No me lo perdería por nada del mundo —respondió—. Además, tengo que asegurarme de que el interior quede perfecto.

El alivio y la alegría me recorrieron el cuerpo. Iba a estar ahí para darle la bienvenida a la gente al lugar que habíamos construido juntos. El lugar que había sido el trampolín de nuestros sueños.

Cuando Ada regresó de su breve fuga, le enseñamos Baby Blue a mi familia. Les encantó cada centímetro. Sobre todo, el cuadro que ahora adornaba la entrada. Era de mi madre. Era grande,

probablemente de un metro veinte por un metro ochenta, y representaba la puerta principal del rancho Rebel Blue al atardecer.

A mi padre se le saltaron las lágrimas cuando lo vio. A Emmy y Gus también.

—Bueno, ¿cuándo vuelves a irte? —pregunté—. ¿Tienes programado el próximo encargo? —Me di cuenta de que todavía no habíamos hablado de ello. No lo había mencionado en ninguna de las llamadas normales o por FaceTime ni por mensajes. Programaba el siguiente encargo unos dos meses antes de que terminara el actual.

En lugar de contestar, se limitó a decirme que parara la camioneta, lo que era extraño, pero hice lo que me dijo. Una vez que me detuve en el arcén de tierra a las afueras de Meadowlark, Ada giró el cuerpo hacia mí y me puso una mano en la cara.

—No voy a hacerlo —dijo—. No me voy.

El corazón me retumbó en el pecho. ¿Estaba diciendo lo que yo creía?

Sus ojos marrones eran suaves cuando habló.

—Me dijiste que nunca te interpondrías en mis sueños. Tú eres mi sueño, Wes. Tú, Waylon, Loretta y Baby Blue. —Se me cortó la respiración—. Me puse en contacto con la Pensión Poppy Mallow. Voy a reformar algunas de las habitaciones. Seguí mis sueños y me llevaron hasta ti.

La besé. Fue frenético y lleno de incredulidad. Se iba a quedar.

Para siempre.

Ada me rodeó el cuello con los brazos y atrajo su cuerpo hacia el mío. Nuestros besos pasaron de ser frenéticos a necesitados cuando empezó a desabrocharme la camisa. Metí las manos por debajo de su camiseta negra ajustada y le acaricié la espalda, deleitándome con la sensación de volver a tocarla.

El puto paraíso.

Le metí la lengua en la boca y gimió. Dios, echaba de menos los sonidos que hacía. Me encantaban. Me encantaba todo de ella; su cuerpo, su mente. Llevó las manos a mi cinturón.

—Ada —le advertí.

—Te necesito —jadeó—. Te quiero, Wes. —No me avergonzaba admitir que la polla se me ponía dura cada vez que pronunciaba mi nombre, y esperaba que fuera así siempre. Le besé el cuello y le mordí la base de la garganta.

Los caballos salvajes que tenía en el pecho empezaron a galopar a medida que la recostaba en el asiento. Le levanté la camiseta para ver cómo se le hinchaban sus perfectas tetas mientras me deslizaba dentro de ella. Vi cómo ponía los ojos en blanco y abría la boca.

—Joder, Ada —gemí—. Sueño contigo todo el rato. Con cómo es estar contigo cuando estamos juntos. —Su respiración era rápida y entrecortada—. Mis sueños ni siquiera se acercan a la realidad.

Tiró de mí hacia abajo para que la besara y fui a quitarme el sombrero, pero me detuvo con una mano en el pecho.

—Déjate puesto el sombrero de vaquero —dijo con una sonrisa malvada que hizo que moviera las caderas.

Me dejé el sombrero puesto.

• • •

Habían pasado casi dos horas cuando llegamos a Rebel Blue. El sol se estaba ocultando detrás de las montañas y me sentía como si estuviera tocando el cielo con las manos.

—Espero que no nos hayamos perdido nada —dijo Ada preocupada—. Me sentiría fatal como nos perdamos su entrada.

—Si nos la perdemos —contesté con una sonrisa—, es culpa tuya. —Aunque sabía que no nos habíamos perdido nada. No nos daba

tiempo a soltar las cosas de Ada en nuestra casa como había planeado, pero Brooks y Emmy no llegarían hasta dentro de quince minutos.

Detuve la camioneta frente a la Casa Grande. Parecía que Teddy, Gus y Dusty ya estaban aquí. Cuando salimos de la camioneta, entrelacé mis dedos con los de Ada.

Dentro, sonaba una suave música *country* de la de antes. Oía las voces por encima de la música y olí todas las comidas favoritas de Brooks y Emmy: pollo asado, puré de patatas, pan fresco, zanahorias con miel.

Todo lo bueno.

Cuando Ada y yo entramos en la cocina, nos recibieron mi padre, Hank, Gus, Riley, Teddy y Dusty. Hubo sonrisas y abrazos y varios «bienvenida a casa» para Ada. La vi abrazar a todo el mundo. Su sonrisa era auténtica. No recordaba la última vez que había visto la sonrisa profesional y tensa con la que nos recibió al principio.

El sitio de Ada estaba aquí, y todos lo sabían.

—Habéis venido justos, ¿no? —comentó Gus.

—¿Qué estabais haciendo, cabras locas? —preguntó Teddy con un guiño. Antes de que ninguno de los dos pudiera contestar, la puerta principal volvió a abrirse y todos nos quedamos quietos, esperando a que Brooks y Emmy aparecieran en la cocina.

Cuando lo hicieron, ambos tenían los ojos vidriosos y parecían más felices que un caballo en campo abierto. Estaban esbozando unas sonrisas tan grandes que seguro que les dolían las mejillas, y se volvieron más grandes a medida que nos miraban a todos. Ver a Emmy y Brooks así de felices hizo que se me elevara el corazón.

—¿Y bien? —preguntó Teddy, y Emmy soltó una risita mientras desenredaba la mano izquierda de la de Brooks y la levantaba para que todos la viéramos.

El anillo de mi madre, una alianza de oro sencilla con pequeños diamantes incrustados, le adornaba el dedo anular.

Sabía que Brooks llevaba con ese anillo en su poder desde una semana después de la última carrera de Emmy como jinete de carreras de barriles.

Estallamos en vítores y hubo más abrazos y lágrimas. Mi padre no paraba de fruncir la nariz, lo que en él era la señal que indicaba que estaba hecho un manojo de emociones.

Emmy estaba radiante y Brooks se regodeaba en su resplandor. Me alegré muchísimo por ellos. Hubo más abrazos, más lágrimas y más risas. Gus le dio una palmada en la espalda a Brooks y Teddy abrazó a Emmy y le dio un beso en la cabeza.

Cuando todo se hubo calmado un poco y nos sentamos a cenar, Ada se inclinó y susurró:

—Creo que me gustaría hacer eso algún día. Contigo. —La miré de forma inquisitiva. ¿A qué se refería? Debió de vérmelo en la cara, porque todo mi mundo se detuvo un momento cuando dijo—: Casarnos, quiero decir.

Le di un beso en la sien y respondí.

—Sí, señora.

Agradecimientos

Escribir un libro es difícil. Escribir un segundo libro es muy difícil. Hubo muchas veces, mientras escribía *Cortar el viento*, en las que me pregunté si estaba hecha para esto. Me siento humilde y profundamente agradecida por estar rodeada de una familia, unos amigos y unos lectores que me han impulsado a escribir un libro del que me siento orgullosa.

Han cambiado muchas cosas desde que escribí los agradecimientos para *Morder el polvo*, pero algo que no va a cambiar nunca es la gratitud y el amor que siento por mis padres: mi madre, una gata negra, y mi padre, un *golden retriever*. Soy lo que soy gracias a vosotros dos, a la forma que tenéis de quereros y a la forma que tenéis de quererme. Gracias por superar todas las adversidades.

He derramado muchas lágrimas mientras escribía este libro, pero Stella las ha atrapado todas. Gracias, ángel mío.

Esto no sería una novela de Rancho Rebel Blue si no agradeciera a mi Lexie. Estás a mi lado mientras escribo esto, y ni siquiera lo sabes. En los días más oscuros, la fe que tienes en mí es como el sol. Gracias por decirle a todos los que hemos conocido que escribí un libro.

A Sydney, gracias por no estar nunca demasiado ocupada como para escucharme. Gracias por ayudarme a ordenar los restos de mis pensamientos para así crear algo hermoso.

A Candace, por acompañarme desde el principio. Te has convertido

en mi roca y estoy muy agradecida de haberte conocido.

Tayler, estoy increíblemente agradecida por las oportunidades que he tenido de trabajar contigo. Eres amable conmigo los días en que mi cerebro no lo es, y no puedo agradecerte lo suficiente que quieras a Rebel Blue tanto como yo. Gracias por acogerme en vuestra familia.

Angie, sigues apoyándome de maneras que nunca hubiera imaginado. «Gracias» no es suficiente, pero espero que sirva por ahora.

Austin, me asombras. Gracias por compartir tu talento conmigo y con mis historias. Las portadas que creas son mi cosa favorita del mundo.

Jess, no bromeo cuando digo que eres la mejor agente del mundo. Gracias por apoyarme, por cuidarme y por creer en mí. Esta profesión puede ser aterradora, pero tú consigues que lo sea menos. Gracias por hacer que parezca que sé lo que estoy haciendo.

Emma, gracias por ver algo en mí que yo no había visto en mí misma. Has cambiado mi vida. Estoy deseando darte la bienvenida a Rebel Blue con los brazos abiertos y un par de botas *cowboy*.

Y lo más importante: gracias a mis lectores. Tanto si lleváis aquí desde la época independiente de Rebel Blue como si este libro ha sido vuestra primera aventura en Meadowlark, estoy muy contenta de que estéis aquí. Ha sido el viaje de mi vida, y soy la chica más afortunada del mundo por poder compartirlo todo con vosotros.

Os llevo a todos y cada uno de vosotros cerca del corazón. Todos me habéis apoyado de una forma que solo puede ser descrita como milagrosa. ¡No solo sois muchos los que leéis mis libros, sino también los que se los recomendáis a vuestros amigos y los que los utilizáis como inspiración para hacer cosas preciosas! ¡Me emociona mucho! ¡Me pone hecha un manojo de emociones! Gracias por amar

mis libros y por amarlos en voz alta. Mi corazón late por todos vosotros y, por supuesto, por Rebel Blue.

Por último, un *yiii-jaa* a Huey, Thumper, Brindle, Spanky, Jewel y a toda la familia del rancho Absaroka. Gracias por animarme. Enviar esta historia mientras estaba rodeada de todos vosotros, de las montañas y del cielo grande y azul fue un momento que no olvidaré jamás.

Spanakopita de Wes

(Pastel de espinacas)

Receta directamente de labios de Mamá Sage
(no ha medido nada en su vida)

Ingredientes:

1 paquete de masa filo
900 gramos de espinacas, picadas (a Mamá Sage le gustan picadas para que sean más fáciles de comer)
3 cebolletas, picadas (enteras, la parte verde y la blanca)
½ taza de perejil, picado
225 gramos de queso feta (siente la necesidad de decir «un buen feta»)
3 huevos
Sal
Aceite de oliva (una vez más, siente la necesidad de decir «un buen aceite de oliva»)

Instrucciones:

1. Precalienta el horno a 180 ºC.
2. Lava las espinacas, las cebolletas y el perejil y sécalos bien. Empieza mezclando casi todos los ingredientes del relleno (espinacas picadas, cebolletas, perejil, huevos y sal al gusto) en el bol más grande que tengas. Esto es

polémico, pero Mamá Sage no pocha las espinacas antes (pero no se lo digas a mi abuela).

3. Una vez mezclado, añade ¼ de taza de (un buen) aceite de oliva y el queso feta desmenuzado. Vuelve a mezclar. Mi madre dice que es mejor usar las manos.
4. Engrasa un molde para horno de 30 × 22 centímetros con (un buen) aceite de oliva.
5. Echa un poco del (buen) aceite de oliva en un bol pequeño. Lo usarás para esparcirlo por las hojas de masa filo antes de ponerlas en el molde. La masa filo tiene su maña. Para evitar que se rompa, una vez que la saques del paquete y la desenrolles, cúbrela con papel film y un paño de cocina.
6. Aplica el aceite de oliva sobre una hoja de masa filo con un pincel y colócala en el molde. Debe sobresalir unos centímetros del molde. Continúa este proceso hasta que el fondo del molde esté cubierto de masa filo y tengas un borde de masa filo.
7. Vuelca el relleno en el molde y extiéndelo de manera uniforme.
8. Unta más hojas de masa filo con aceite de oliva y úsalas para cubrir el relleno. Una vez que el relleno esté cubierto, coge la masa filo que sobresale del molde y dóblala. Esto hace que los bordes queden crujientes. Mi familia se pelea por esa parte.
9. Unta la parte superior del *spanakopita* con (un buen) aceite de oliva. A veces mi madre añade un poco de mantequilla, pero eso es la estadounidense que lleva dentro.
10. Con un cuchillo afilado, haz unos cortes delicados en el

spanakopita en forma de cuadrados. Esto hace que sea más fácil cortarlo una vez horneado y ayuda a que se libere el vapor durante la cocción.

11. Hornea entre 30 y 45 minutos. (Sí, es un margen grande entre el tiempo de cocción, pero es lo mejor que le he podido sacar a mi madre).
12. ¡Disfruta!



#SíSoyRomántica